

san marcos



Lima
1979

20

UNMSM-CEDOC

San



Marcos

Revista de Artes, Ciencias y Humanidades, editada por la
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Rector: GASTON PONS MUZZO

Director de Biblioteca y Publicaciones: **Carlos Daniel Valcárcel**

Director de "San Marcos": **Alberto Tauro**

Nueva época

Lima, 1979

No. 20

ELLA DUNBAR TEMPLE

Miguel Grau 3

ALBERTO TAURO

La defensa de Lima 53

WILLIAM A DYKE ACLAND

REGINALD CAREY BRENTON

Informes sobre la defensa de Lima 63

MERLIN D. COMPTON

El mundo de Ricardo Palma 135

RAFAEL JAEGER

Un inédito sobre la institución del Cabildo en Cajamarca 149

EDGARDO RIVERA MARTINEZ

Poética de los primitivos 157

Bibliografía 163

“SAN MARCOS” solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos no solicitados. Puede reproducirse su contenido, siempre que se indique su procedencia.

Redacción: Avenida República de Chile 295, Of. 504; Lima.

EL "VICTORIAL" DE MIGUEL GRAU

Cien años atrás, a las primeras horas de un día como hoy, se cumplió en Angamos un acto memorable, claro y decisivo: un héroe peruano, de los más grandes de América y entre los primeros de la Humanidad, con su hermoso morir, redimió al Perú de todas las graves lacras que lastimosamente había exhibido, y que lo arrastraron al oscuro drama de la derrota en una de las más lacerantes etapas de nuestros anales republicanos; y con Grau, los que lo acompañaron colorearon de rojo la cubierta del Huáscar y las azules aguas del Pacífico Sur.

Angamos cerró la campaña naval y a los hazañosos marinos siguieron los timoneles de la resistencia terrestre en las sucesivas jornadas de la incandescente lucha: Tarapacá, Arica, San Juan, Miraflores, La Breña. La Nación tuvo la inaudita y providencial gloria de redimirse por el patriotismo sin regateos de sus pueblos: hombres, mujeres, niños, de todos los estratos raciales, sociales y económicos, aunados con sus héroes, engendrados por esa misma masa, la cual no constituye, como se pretende con fines bastardos de división de la nacionalidad, un conjunto siempre anónimo, aparte y abstracto. Los héroes, civiles, militares, religiosos, son simplemente esos seres extraordinarios que inciden en un momento determinado en la vida de la comunidad, mezclados a la tierra que los recibe a la vida y los guarda en la muerte. El culto a los héroes, ese temblor de almas y de tierras al pronunciar sus nombres, es el trasunto de la integración de las figuras epónimas a los pueblos que los reconocen y reclaman como suyos.

Nunca como ahora, cuando bajo el disfraz de ostentosas interpretaciones historicistas de índole económica, se intenta centralizar el enfoque de la Guerra del Pacífico en torno a la falencia de las élites directoras, a las luchas de banderías de esos lla-

* El texto de este trabajo comporta el discurso que debió pronunciarse en el Cabildo de la ciudad de Piura, con motivo del Centenario del Combate de Angamos. Los apostillas anexas, resultado de prolijas pesquisas, se reservaban para la publicación completa de esta semblanza.

mados “grupos de poder”, causantes de la crisis económica y moral, del suicida abandono de la defensa nacional y de la desbaratada vida pública, cabe la referencia a nuestro incisivo pensador González Prada. En su condigna crítica de reproche y premoción, que todos compartimos, por el estado agónico y de disolución del Perú de la pre-guerra, alumbra escombrada la veta secreta de su entraña peruanísima y ofrece su mejor homenaje al “espartano Comandante” del “Huáscar”, resuelto a morir en el “combate homérico del 8 de Octubre”.

Muy ajenos a propugnar el olvido de las duras lecciones de ese conflicto bélico, ni a paliar la responsabilidad solidaria de las generaciones del pasado siglo, algunas de cuyas notas parecerían iterarse en los tiempos que corren, debemos también memorar que, por su severo ministerio de veracidad y justicia, el historiador debe contrastar las luces y las sombras de ese luctuoso acontecimiento; y nada fue más luminoso e inmaculado que la campaña marítima del Pacífico con sus paladines y sus héroes que borrarón cualquier oprobio e hicieron de la derrota final una de las más encumbradas victorias.

Grau, el ídolo multitudinario de leyenda, alma del Perú en la guerra, y su milagroso “Huáscar”, fantasma y terror de los puertos y aguas chilenas, ha suscitado, en vida y en muerte, un litúrgico alud de fervidos homenajes nacionales y extranjeros, en prosa y en verso, marchas, coronas y guirnalda fúnebres, discursos y testimonios iconográficos, honras y monumentos, semblanzas y biografías. Ocurre, empero, que un personaje de tal magnitud no ha recibido aún la obra completa, reflexiva y exigente de investigación histórica sobre su vida y sus acciones. Existe sí esa profusión de meros ensayos, de sondeos o especulaciones, de repetidos y cortos datos biográficos, o de alentados manojos de loas difíciles de superar; y similar es el caso de las campañas navales de la guerra, sobre las cuales no se ha presentado aún el estudio definitivo, crítico e integral que comparte la valedera exégesis de los sucesos.

En este aniversario, a la par de gloriosa y triste recordación, el más condigno, justificado y perentorio de los homenajes sería iniciar el corpus documental de la Guerra del Pacífico, tarea previa a cualquier labor de auténtico carácter histórico. En esa colección sistemática se reuniría todo el caótico y desperdigado conjunto de las fuentes éditas e inéditas, de todo orden y linaje, sobre el acontecimiento bélico, que se guardan en los repositorios limeños y regionales, oficiales, eclesiásticos y particulares; al igual que en los similares existentes en el extranjero. La gran mayoría de estos testimonios consisten en informes, partes y bo-

letines de guerra, proclamas, bandos, listas de revistas, estados de fuerzas y efectos, despachos, órdenes, instrucciones, actas, boletines de guerra, expedientes diversos, correspondencia pública y privada, hojas sueltas, discursos, epistolarios, etc.; material disímil, emanado de las más variadas fuentes de origen, y cuya falta de centralización complica los trabajos heurísticos.

A modo de galeato justificativo de estas consideraciones, cabe observar que en algunas de las biografías de Grau, se insertan textos íntegros de partes oficiales sobre las acciones cumplidas por su comando, pero la presentación de las mismas por los respectivos autores no siempre concuerda con ellos, a todas luces porque han usado varias fuentes sin la debida confrontación.

Merecedores de especial señalamiento son los testimonios representados por los corresponsales de guerra o de órganos periodísticos, peruanos y extranjeros, y los agentes diplomáticos de la época. Los primeros, a la manera de los cronistas de la Conquista, participaban a las veces en las acciones bélicas y, como testigos coetáneos a los sucesos, sus informes comportan un haz de testimonios dispares, aún en relación con los textos oficiales. Dignos son así de mención, entre muchos, los informes del periodista uruguayo Benito Neto, colaborador del diario limeño "La Patria"; o los dramáticos y bien divulgados relatos de Rodolfo del Campo, el cual a bordo de la "Unión" y "entre el humo del combate irreparable", contempló, a la manera de una justa medioeval, la epopeya de Angamos; ó los partes de Julio O. Reyes, corresponsal de "La Opinión Nacional" en el propio "Huáscar", que reflejan la espera tensa de los inminentes encuentros de tan varia fortuna, o transmiten los electrizantes ecos de las arengas y del toque de diana o zafarrancho de combate, a cuya llamada se abrazaban con entereza los guardiamarinos de hasta 16 y 15 años.

La documentación de los funcionarios diplomáticos y consulares y de los Comandantes de buques extranjeros, constituye otra fuente realmente inagotable y en extremo fascinante porque, no empuje su posición neutral, suelen parcializarse con las naciones en lucha. Tal ocurre con la correspondencia de los agentes norteamericanos, entre ellos Pettis quien, a raíz de los triunfos iniciales de Grau, aceptó gestionar una mediación; o de Christianity, el cual relata la pérdida del Huáscar que había reducido a la impotencia a toda la escuadra chilena; y sin recatar su admiración por Grau, expresa que hombres como él eran "raros en todas partes". Informaciones similares, a pesar de sus bien conocidos intereses económicos, remiten los representantes británicos en Bolivia, Chile y Perú; y habría que rastrear cuidadosamente en los fondos diplomáticos europeos y americanos a la

búsqueda de tan significativo material, en particular el relacionado con los tenedores de bonos y los contratos y negociados del salitre y del guano.

Gracias a todo ese equipo de hombres de todas las naciones, que recuerdan a los agentes y misiones extranjeras de los días de la Emancipación hispanoamericana, en Europa y América se siguieron ávidamente los acaecimientos de esa guerra que las prensas extranjeras registraban celosamente y casi al unísono. Fue así como el "Times", el "Globe" y el "Engineering" de Londres, el "Herald" y la "Tribune" de New York, la "Encyclopédie", "L'Année Maritime", "L'Année Militaire" y la "Revue Maritime et Coloniale" de París, la "Estrella de Panama", el "Heraldo" de Cochabamba, "El Mercurio" de Valparaíso, la "Tribuna", "La República" y la "América del Sur" de Buenos Aires, "La Ilustración Artística" de Barcelona, "El Civilista" de La Paz, entre otros muchos periódicos y revistas, difundieron, a raíz del combate de Angamos, la pérdida del histórico y gallardo "Huáscar" y de su Comandante, "más grande que la muerte y el destino", cuyas excelencias cantó la pregonera fama en unívoco coro de reverentes y dolidos elogios.

Sería imposible empeño por la obligada parvedad de este discurso, intentar el acabado relato de la ponderable existencia y de las hazañas navales de Miguel Grau, ni adujar comentarios de acciones o sucesos de los cuales apenas si será agible su esquiva mención. Por otra parte, lo ya conocido de la vida y hechos del héroe y de toda esa etapa histórica, ha sido profusamente divulgado y figura en cualquier biografía o manual patriótico. Por tales razones nos limitaremos a rápidos escorzos en torno a determinados aspectos que sirvan de hitos o esquemas moduladores para futuras investigaciones, en particular por lo que toca al adecuado enfoque de la figura humanísima del héroe.¹

Escoteras con las fuentes para la reconstrucción de la peripécia vital de Miguel Grau y Seminario, sobre cuyo apellido materno hasta hace poco no se había reparado o insistido; y es muy diminuto lo que podemos atisbar de los años que corren hasta su entrada a la marina de guerra. De esos tiempos de su niñez y primeras mocedades, desdibujados y casi sin perfiles biográficos, sólo nos quedan escasas huellas, como si él mismo hubiera querido elidir todo intento avizor de su intimidad de la cual fue siempre celoso custodio.

Nacido en San Miguel de Piura, un significativo 27 de Julio de 1834, pertenecía por sus dos ancestros a bizarros linajes, de

frondosos árboles genealógicos, bien sonados en sus ciudades natales y en sus oriundeces hispánicas.

Su padre, el Teniente Coronel colombiano, D. Juan Manuel Grau y Berrio, era natural de Cartagena de Indias y en su blasonada ascendencia catalana, miembros de su estirpe hicieron honor a la tradición marítima del Mediterráneo, entre ellos el hazañoso caballero D. Jofre de Grau. En la amurallada ciudad fortaleza de Cartagena, se detuvo varias veces Miguel Grau en sus primeras correrías marinas y entre sus más cercanos familiares de esa rama, debió vincularse con su medio hermano, Juan Manuel Grau y Pradas, único hijo habido en la primera y legítima unión de su padre antes de su venida al Perú; y con uno de sus tíos carnales, D. José María Grau y Berrio, señora gloria cartagenera, cuyo hijo, el afamado médico Rafael Grau y Tejada, se afincó en Lima, integró el círculo de las más prestigiosas figuras intelectuales de su tiempo, prestó servicios en la Escuela Naval y mantuvo cordiales relaciones con su familia peruana: el padre y el hermano del héroe, Juan Manuel Grau y Berrio y Enrique Grau Seminario, apadrinaron su enlace matrimonial con Doña Ana Tejada y Soroa; y, a su vez, Miguel Grau lo eligió para que llevara a su primogénito a la pila bautismal.

Nacido en 1799, D. Juan Manuel Grau y Berrio había participado en campañas militares en su país, desde 1811 hasta julio de 1822; y en agosto de ese año pasó al Perú, su "patria adoptiva", como él mismo consigna en su hoja de servicios, fechada en Paita el 10 de febrero de 1845.² En el año de 1823, bajo el mando de Sucre, tomó parte en la campaña de Arequipa y estuvo en Junín, Ayacucho y Guayaquil hasta la evacuación de esa plaza en 1829, fecha en la cual se retiró del servicio y se asentó en San Miguel de Piura.

En 1842, después de la batalla de Ingavi, por razones incógnitas, pero que bien pudieron ser de orden económico, sirvió al General Antonio Gutiérrez de la Fuente, incorporándose a su Secretaría General con destino en Ayacucho; y en noviembre de ese mismo año fue designado Vista de Aduana en Paita, cargo que continuaba desempeñando el 10 de febrero, como consta de su mentada hoja de servicios. Preciso es suponer que desde esa fecha, coincidiendo con los viajes de su hijo Miguel en buques mercantes, D. Juan Manuel no gozaba de próspera fortuna y subsistía con su discreto pasar en el puerto norteño, habitando una modesta casa, propiedad de un José Chire, frente al mercado.

Reaparece su difusa huella en Lima el 27 de octubre de 1853, cuando a los 54 años de su edad, a la vuelta de muchos desenga-

ños, cesante y enfermo, solicita una pensión de gracia que le fue otorgada, por Ley del Congreso el 16 de noviembre del mismo año, en atención a sus servicios a la Independencia americana y por su estado de miseria “y la de su familia”. Por aquellos tiempos estaban ya en Lima D. Miguel Grau y su hermano Enrique y elevaron ambos su pedido de ingreso a la marina de guerra, en recurso firmado por su padre, el 18 de agosto del precitado año, en razón de su minoría de edad.

La última aparición del “viejo soldado” fue, una vez más, al lado de su hijo Miguel y hubo lugar en Valparaíso por los años de 1865, cuando la revolución acaudillada por Mariano Ignacio Prado contra Pezet y el desatinado Tratado Vivanco-Pareja. En esa ocasión, Pezet y Vivanco enviaron al achacoso Juan Manuel para que instara a su hijo a no plegarse a la rebelión, pedido al cual no pudo éste acceder por sus arraigados principios patrióticos. A escasos días de esa entrevista, el 30 de noviembre del mismo año, falleció D. Juan Manuel Grau y Berrio en ese puerto de Valparaíso y sus restos reposaron allí hasta el año 1877, fecha en la que Miguel Grau, ya perfilado en el Perú y fuera de él como “un honor de su Patria”, pidió licencia para devolverlos a la tierra que había escogido como suya.

Sería inexcusable falta de probidad histórica dejar de anotar que, además de sus vástagos conocidos, Juan Manuel hubo por lo menos un hijo en Doña Matea Vega, nacido en Piura, el año de 1845, bautizado como Albino Grau Vega y fallecido en el Callao en 1918.³

La madre de Miguel Grau, Doña Luisa Seminario y del Castillo, era de no menos ilustre origen que D. Juan Manuel Grau y Berrio; y por ser ésta temática tan familiar que me embargaría, soslayo aquí su acabada relación genealógica. Progenitores de doña Luisa fueron María Joaquina del Castillo y Talledo, entroncada con los más antiguos fundadores de Piura, y Fernando Seminario y Jaime, Regidor Perpetuo y Alcalde Ordinario del ilustre Cabildo de San Miguel de Piura, mayorazgo de una familia en cuya alcuña se entremezclaron esquejes de stirpes tan famosas y evocadoras, como los Colonna en su rama de Córcega; y los Gonzaga del Ducado de Mantua, protagonistas de singulares hazañas que guardan los fastos itálicos.

El padre de Fernando Seminario y Jaime, el Maese de Campo Manuel Seminario y Saldívar, biznieta de Andrés Seminario y Gonzaga y de Angela Gandiño y Gonzaga, originarios de la villa de Tolosa en Guipúzcoa, fue el primero de su apellido afincado en Piura a los comedios de la décimaoctava centuria, de-

sempeñó el cargo de Corregidor de Huancabamba y acrecentó su linaje al tomar estado, el 6 de octubre de 1743, con Isabel Jaime de los Ríos y Rodríguez de Taboada, hija legítima de Baltasar Jaime de los Ríos Rivera y de María Rodríguez de Taboada.⁴ Otro de sus aventajados vástagos, el Teniente Coronel Miguel Gerónimo Seminario y Jaime, tío carnal de la madre de Miguel Grau, fue la señera figura patriota de la proclamación de la Independencia de Piura, auténtica manifestación de la libre determinación del pueblo ;y su pariente y consorte, Manuela de Báscones y Taboada, descendiente de los Irarrazábal de Andía y los Ortiz de Zárate, con la cual contrajo matrimonio el 31 de octubre de 1814, encabezó a las mujeres piuranas que confeccionaron la primera bandera de la Patria libre.⁵

En toda esa estirpe de duros y altaneros varones, en particular en la descendencia de D. Fernando y D. Miguel Gerónimo Seminario y Jaime, alentaron vigorosos ejemplares de heroísmos y audacias, contrastantes a las veces con desaforados excesos, a la manera de los arrogantes y duros condottieros del Renacimiento. Descollante hito en ese linaje de múltiples enlaces familiares, fue el tío de Miguel Grau, su colomboño Miguel Cortés del Castillo, el "lancero inmortal" de Junín"⁶; y en la guerra con España y más tarde en la del Pacífico, figuraron otros cercanos parientes maternos de Miguel Grau con los cuales necesariamente debió relacionarse. Es el caso de Augusto Seminario y Báscones, nacido en 1833, uno de los 9 hijos de su tío abuelo, el prócer Miguel Gerónimo, a quien se debió el equipamiento del Batallón "Piura", de valerosa actuación en San Juan y Miraflores. En sus filas se incorporaron muchos piuranos, como Enrique Coronel Zegarra, Maximiliano Frías, y sus propios sobrinos carnales, Toribio y Alberto Seminario Cortés, hijos de José Toribio Seminario y Báscones y Dolores Cortés Romero, primos segundos de Grau, fallecidos heroicamente, abrazados a la enseña nacional, en el campo de batalla de San Juan.⁷ Todo indica, asimismo, que Miguel Grau hubo de tratar con frecuencia a su primo hermano, Fernando Seminario y Echeandía, ese personaje legendario y de señalada actuación en la Guerra con España.

Doña Luisa Seminario del Castillo, la mentada hija menor de Fernando Seminario y Jaime, progenitora del héroe de Angamos, nació aproximadamente por los años de 1807 a 1810, según se infiere de su testamento inédito y de otras probanzas que colacionamos en las apostillas de esta escueta semblanza. Su fallecimiento acaeció en su domicilio de la limeñísima calle del Quemado, el viernes 20 de marzo de 1874, reposando sus restos en el camposanto de Presbítero Maestro donde ocupan un abandonado y triste nicho.⁸

Por las alegadas razones de exactitud histórica y a la vista de fuentes inéditas, es de rigor advenir que Doña Luisa Seminario, antes de su unión con el Teniente Coronel Juan Manuel Grau, contrajo legítimo matrimonio con el Capitán Pío Díaz, asimismo de nacionalidad colombiana, venido al Perú con Bolívar y de muy destacada actuación en la batalla de Pasto al lado del Libertador.⁹ Aunque no contamos con el definitivo amparo de la partida matrimonial, el testimonio de su última voluntad, del 5 de diciembre de 1873 y las fechas del natalicio de sus hijos, permiten aducir que en el momento de su enlace con Pío Díaz, Doña Luisa contaba de 15 a 18 años de su edad. Vástagos de esa unión fueron Roberto, Emilio y Balbina Díaz Seminario, los dos primeros nacidos, respectivamente, en 1826 y 1828. Al hilo de sus biografías, por nadie alegadas hasta ahora, se verifica que, si bien no tuvieron incidencia conocida en la peripecia vital externa de su heroico hermano materno, alcanzaron altos grados en la carrera de las armas, especialmente Emilio cuya hoja de servicios en la marina bien merecería un cotejo con la de Miguel Grau.¹⁰

Muy ajenos, como expresamos, a henchir este discurso con pormenorizados aspectos biográficos, de la misma manera que hemos presentado las huellas móviles de sus ascendientes y de algunos de sus más allegados familiares, que bien pueden servir de hilo conductor para la compulsa de algunas de las actitudes vitales del héroe, nos cumple ponderar, en cortas alusiones, algunos rasgos que tal vez coadyuven a paralelos esclarecimientos.

A tenor del examen de su partida baustimal, Miguel Grau y Seminario vio la luz en la mentada fecha de un 27 de julio de 1834. El futuro héroe no llegó a conocer a su abuelo materno ya fallecido, pero vivía en cambio su tío abuelo, el prócer Miguel Gerónimo, cuya existencia se prolongó hasta los años de 1851. En la coyuntura de su nacimiento, prestó su ayuda profesional el médico irlandés Dr. Alexander Diamont Newell, arraigado en Paíta, donde había contraído nupcias con una nativa del mismo puerto, Doña María Noé; y cuyos hijos, el marino Alejandro, probable compañero de infancia de Miguel Grau, y Juan Antonio Newell Noé, pelearon en los combates de Abtao y 2 de Mayo contra la escuadra española.¹¹

El acto del bautizo de Miguel Grau, celebrado en Piura con notoria ausencia de familiares maternos, el 3 de setiembre de 1834, al mes y siete días de su nacimiento, fue oficiado por el Presbítero Santiago Angeldonis y actuaron como padrinos Ma-

nuel Ansoátegui, administrador de la Aduana de Paita, hermano de Domingo y Juan Ansoátegui, todos ellos del círculo íntimo de Doña Luisa; y Rafaela Angeldonis, posiblemente hermana del Presbítero que le administrara las aguas bautismales.¹²

Como lo adviera su epistolario, los hermanos enteros de Grau, fruto de la unión de Doña Luisa Seminario del Castillo con el mentado Teniente Coronel Juan Manuel Grau y Berrio, ponen una constante nota de intimidad fraternal en su vida. El primogénito, Enrique Grau y Seminario, nacido en octubre de 1831 abrazó, como expresamos, la carrera de marino junto con su hermano Miguel, pero falleció prematuramente, el año de 1857 en La Merced (Chanchamayo) sin dejar descendencia. De sus dos hermanas, Ana Joaquina Gerónima del Rosario, última de la familia, vino al mundo el 1º de octubre de 1835 y falleció soltera el 18 de julio de 1880. María Dolores Ruperta, la segundogénita, al igual que todos los vástagos de Doña Luisa, vió la luz en Piura en los comedios de 1833 y alcanzó a vivir hasta el 10 de diciembre de 1906, fecha de su muerte acaecida en su morada de la calle Lezcano No. 22, donde habitaba también su hermana Ana y a las veces el propio Miguel Grau. Había contraído matrimonio con el Teniente Coronel Manuel María Gómez, nacido en Trujillo en 1816, de brillante aunque poco divulgada hoja de servicios y muy apreciado por Miguel Grau, quien lo cita con frecuencia en su correspondencia familiar. En la Guerra del Pacífico, se batió con heroísmo en Miraflores y murió en el campo de batalla el 15 de enero de 1881. Su viuda, Doña Dolores, quien no había logrado descendencia y acababa de perder a sus hermanos, Ana y Miguel, a los cuales profesaba un entrañable cariño, recorrió el luctuoso escenario del combate en dolorosa búsqueda, hasta encontrar los restos mortales de su marido que fueron trasladados, años más tarde, a la Cripta de los Héroes.¹³

Según alcanzan nuestras noticias, los primeros años de la infancia de Miguel Grau se deslizan en San Miguel del Villar de Piura, la blanca y otrora errática ciudad, de ritmo señorial y aldeano, presidida por su río dadivoso o avaro, gran señor de esa tierra dura y arrecida, soleada y tropical; y en el puerto de San Francisco de la Buena Esperanza de Paita, la hermosa bahía asentada en el primitivo lugar que ocuparon los pescadores tallanes: al inmóvil y seco arenal, los cambiantes paisajes marinos de amaneceres plateados y noches lunares; al chilcal de Tacalá, la arruinada torrecilla del Centinela, en otros tiempos atalaya avizora de la llegada de corsarios y piratas; a la devoción de Nuestra Señora del Carmen, la advocación de la acuchillada Virgen de las Mercedes.

Aspecto no esclarecido desde el punto de vista documental, es el atañadero a los primeros estudios de Grau, porque de esos años iniciales de su niñez sólo contamos con su propio testimonio relativo a su carrera mercante. Es agible suponer que debió estudiar los primeros años de primaria en Piura o en Paita antes de iniciar su periplo marino o en los intervalos de sus diversos embarques, pero sería presunción sin sustento afirmar que fué alumno de la Escuela Náutica de Paita y tuvo allí compañeros como los hermanos de La Haza y Ezequiel González Otoya, futuro combatiente en Abtao.

Con su precoz madurez y al lado de su padre, debió seguir con avidez los remolinos políticos de esos anárquicos años de pronunciamientos y dictaduras y el sucederse incontrolable de caudillos, muchos de ellos aureolados por la fama de las aún cercanas luchas emancipadoras. La llegada a Piura en 1844, con el previo desembarco en Paita, de la urna de finas maderas con llave de oro que guardaba los restos del melancólico y valeroso Gran Mariscal La Mar, constituyó un suceso al cual no sería ajeno Miguel Grau, ya en trance de odiseas marinas. Su padre, José Manuel, había luchado al lado de La Mar y en Piura posiblemente hubo de encontrarse con él y Morazán, el caudillo de la unidad centroamericana, en la casa de esa misteriosa dama piurana, Doña Francisca Otoya, a la cual le remitió este último el arca fúnebre de su amigo que ella custodiaría celosamente hasta su entrega al Gobierno peruano en 1846.

En esos tiempos perduraban ínclitas glorias piuranas, como José Miguel Medina, José María Raygada, José Ildefonso Coloma y; florecían nuevos hombres, a los cuales les tocaría afrontar dos guerras y muchos de los cuales actuaron en lances de gesta al lado de Grau: Lizardo Montero, su entrañable amigo ayabacino, a quien siempre secundó en sus gestos revolucionarios principistas; Camilo N. Carrillo, el ilustre marino de tan múltiple trayectoria; José María y Sixto Meléndez; Ignacio y Francisco García León.

Empero, la llamada definitiva del destino marino de Grau le llegó del encantado puerto paiteño que le enseñó a tejer y destejer ensueños y a colmarse de lejanías. Llenaban aún los mares del Pacífico las leyendas románticas de la guerra marítima de la Emancipación y de los aventureros del mar. De esa tierra paiteña era el gallardo marino mercante de noble estirpe, Juan Noel y Lastra, capitán de la goleta "Caupolicán", el cual, en 1842, ya incorporado a la marina de guerra y con el grado de Capitán de Navío, llegó al puerto a secundar el pronunciamiento de Vidal. Miguel Grau, a la sazón de 8 años, debió sentir el in-

cendio de sus raíces ancestrales, escuchando los relatos del hazafioso gesto de Noel, al colocarse en Huanchaco al lado del navío inglés "Cormorant" y amenazarlo con hacer explotar su goleta "Libertad", para volar juntos entre estallidos de pólvora. Años más tarde, en 1853, culminaría Noel su heroico destino en otra de nuestras gestas marinas, pereciendo al mando de la fragata de guerra "Mercedes", a cuyo final no quiso sobrevivir después de salvar parte de su tripulación, entre la cual figuraba Lizardo Montero en aquel entonces aspirante a marino.¹⁴

Otra clase de incentivos más pragmáticos ofrecía por esos tiempos la carrera del mar. Paíta había cobrado gran importancia como activo centro marítimo, todos los buques de carrera entre Panamá y Callao tocaban en su rada y no era menos intenso el surgiente tráfico de los buques guaneros, al lado del ya tradicional de los balleneros. Eran también los días de los progresos de la navegación a vapor en el Pacífico, iniciada por el esforzado bostoniano William Wheelwright: en 1840, llegó a nuestras costas el airoso "Perú", primer vapor que arribó al Pacífico, al mando del Capitán George Peacock, uno de los más expertos marinos de la época; se estableció la Pacific Steam Navegation con sus agentes en Paíta; se acrecentaron las novedosas construcciones navales; y, en la misma línea de la conquista del Pacífico por el vapor, el año 1845 se inauguró el servicio postal entre Panamá y Valparaíso con una de sus escalas en el puerto de Paíta.

Con tales incitaciones y quizá por urgencias económicas que ya presionaban a su padre, en marzo de 1843, a la temprana edad de 9 años y a la manera de Jack La Bolina, empezó Miguel su carrera del mar. Se embarcó en el bergantín granadino Tescua, al mando del Capitán Manuel Herrera, posiblemente cercano familiar del rico armador paiteño Ramón Herrera, muy amigo de Juan Manuel Grau, y con él viajó a Huanchaco, aún saturado de la proeza de Noel, y a Buenaventura. Quiso, empero, el destino que esta primera salida marítima de Grau no tuviera feliz epílogo, porque la embarcación naufragó en las procelosas aguas de la Gorgona, esa isla de los Mares del Sur bien conocida por sus encrespadas corrientes que descorazonaron a los compañeros de Pizarro. Hubo de retornar al puerto de Paíta pero sin alterar sus planes, tomados desde tan cortos años con esa callada, obstinada y reflexiva decisión que, siempre acrecida, lo habría de acompañar a lo largo de toda su arriscada existencia.

Al año siguiente, 1844, sentó plaza en la goleta "Florita" del mismo Capitán, con destino al Callao, Buenaventura y Panamá, retornando a Paíta; y todo ese período definido de su vida en la marina mercante lo conocemos al sesgo de una sola y ya menta-

da fuente: la que el propio Grau nos ofrece en su relación de servicios mercantes, fechada en Lima el 10 de agosto de 1853, siete meses antes de su ingreso a la marina de guerra del Perú.

Fueron largos años de correrías y aventuras, cuyos sugerentes pormenores desconocemos, en cargueros balleneros, carboneros, guaneros, y de servicio de paquete hasta el establecimiento de la línea de vapores, a lo largo de 10 años y 12 embarques en diversos puertos; Paita, Callao, Macao, la importante colonia portuguesa centro del tráfico de coolíes; San Francisco, núcleo del intenso comercio entre Estados Unidos y el Oriente; Hong Kong, uno de los puntos claves del movimiento mercantil del Imperio Británico. En mercantes de diversos pabellones, especialmente norteamericanos e ingleses, con breves estadas en Paita y el Callao, recorrió mares, islas y tierras exóticas: las Marquesas, Sandwich, La Sociedad, Shanghai, Singapur y asimismo los principales puertos y ciudades europeas y americanas: Londres, Burdeos, Baltimore, Boston, New York, Río de Janeiro. Nada personal puede deslizarse en esa escueta y seca hoja de servicios de un joven de 19 años, pero en esos tiempos de su dura y singular adolescencia debió adquirir su sólida formación práctica, su conocimiento de hombres, buques y mares, su resistencia física y su estoicismo a toda prueba. En esa escuela de azares sin blanduras, abandonado a su propio valer, supo también ganar prestigio y amistades, que más tarde le fueron muy útiles, entre los capitanes y marineros, aprendiendo a mandar y hacerse obedecer de las más difíciles tripulaciones y de los más empedernidos hombres del mar.¹⁵

Como ya dejamos apuntado, en agosto de 1853 se presenta a la Marina de Guerra, ingresando como Guardiamarina el 14 de marzo de 1854, a los 20 años de edad. Se inicia así el logrado periplo de su vida de madurez, renso y cargado de fatigas y glorias. Algún biógrafo se ha referido a sus estudios en Lima, de los cuales el sólito testimonio conocido es la mención del poeta español Fernando Velarde, de vida aventurera y agitada, quien se estableció en Lima hasta 1855, fundó la revista "Talismán", regentó un colegio de segunda enseñanza y tuvo gran influencia en el movimiento romántico de la época. A la muerte de Grau, Velarde, al igual que el bardo piurano Carlos Augusto Salaverry, le dedica sentidas e inspiradas estrofas y lo recuerda como su alumno "férvido y constante", nunca "risueño ni elocuente", pocas veces sonriente, pero merecedor de entusiasmos y simpatías profundas. Ambos se volverían a encontrar, años más tarde, en el curso de una de las misiones navales de Grau. En todo caso,

por lo que se refiere a la preparación intelectual de Grau, fue en la Escuela Naval donde completó o logró su gran formación técnica y científica, demostrada en cada uno de los cargos que le tocó ejercer.¹⁶ Prueba de su capacidad en el campo de su ejercicio profesional, es la pleitesía que le rindieron sus contemporáneos, manifiesta en publicaciones de la calidad y alto nivel del "Bulletin de la Réunion des Officiers".

Su bien conocida hoja de servicios oficiales nos socorre con el pormenor de sus ascensos, de sus cargos en los mejores buques de la Armada, empezando por el "Rímac" nuestro primer vapor de guerra y el primero de su clase en Sud-América, de sus campañas y acciones de guerra y de sus largos años en la marina nacional. Constan, asimismo, los interregnos en los cuales hubo de abandonar el servicio y retornar a la carrera mercante, por razones que obedecen a otros aspectos de su personalidad, elididos por sus gestas heroicas y a los cuales nos hemos de referir.¹⁷

En 1856, a la vera de su brillante paisano Lizardo Montero y consecuente con sus ideas y las de su padre, el joven Alférez Miguel Grau se pronuncia a favor de la revolución conservadora de Vivanco contra Castilla y la Constitución liberal. Terminada la aventura, en 1858, con la derrota del culto y refinado caudillo, Grau, separado de la Marina de Guerra, regresó a la mercante donde siempre encontraba acogida; y simplemente sabemos que recorrió los mares de China y la India, hasta su retorno a Lima en 1860 y su inscripción en el Escalafón de la Armada, dos años después, con cédula de licencia indefinida. Tampoco aquí nos alumbró fuente alguna sobre sus actividades en diversos buques mercantes ingleses y norteamericanos, de variados giros, algunos de ellos posiblemente dedicados al tráfico ballenero, en particular en la Polinesia. Finalizó ese interregno de incógnita y varia fortuna, con su reincorporación efectiva a la Marina de Guerra, el 12 de setiembre de 1863, destinado al vapor "Lerzundi" al mando de Aurelio García y García, otro de sus íntimos compañeros y amigos.

Corriendo los años de 1864, frente al amago de la reconquista bélica emprendida por España, el Gobierno peruano decidió adquirir unidades navales en Inglaterra y Francia, designando una misión en la cual, al lado de José Salcedo y Aurelio García y García, figuraba Grau, ya bien acreditado por sus conocimientos técnicos navales. Data de esos tiempos la compra en Francia de la corbeta "Unión"; y la construcción en Londres, en 1865, de la blindada "Independencia" y el monitor "Huáscar"; éste último, bajo la dirección de Salcedo, por los armadores Laird Hermanos, en los astilleros de Birkenhead, frente a Liverpool. El

REPUBLICA PERUANA.

ARMADA

NACIONAL.

El Capitán de Navío de la Armada D. Miguel Gran en posesión

en el estado **casado** su edad 39 años, uno servicios y circunstancias, las que se expresan.

Empleos y fechas en que los obtuvo.	Días.	Meses.	Años.	Tiempo que ha servido en cada clase.	Años.	Meses.	Días.
Guardia Marina	11	Ago.	1856	De Guardia Marina	1	11	20
Alferez de Fragata	11	Mar.	1856	Alferez de Fragata	1	6	7
Teniente Segundo	11	Ene.	1858	Teniente Segundo	1	2	28
Teniente Tercero gdt	11	Ene.	1858	Teniente Tercero gdt	1	1	14
Teniente Tercero efctivo	8	Ene.	1858	Teniente Tercero efctivo	1	2	28
Capitán de Corbeta	31	Mar.	1863	Capitán de Corbeta	1	3	21
Capitán de Fragata	22	Jul.	1865	Capitán de Fragata	1	1	3
Capitán de Navío graduado	25	Jul.	1868	Capitán de Navío graduado	1	8	21
Capitán de Navío efctivo	23	Nov.	1873	Capitán de Navío efctivo	1	2	8

Total de servicios hasta fin de Julio de 1873

19 4 17

Buques y destinos en que ha servido.

En el vapor de guerra "Pinaros"
 "Haidet" idm "Vigilante"
 "vapor de guerra" "Abayali"
 la fragata "Pinaros" y separado del servicio: época abonable por
 y hasta la ley de reparación de 11 de Abril de 1861
 Navegando con licencia en buques mercantes: tiempo abonable por resolución de 22 de Oct. 1869
 Llamado al servicio y de 2.º Comandante del vapor "Grál. Larrauri"
 En Europa y al mando de la Corbeta de guerra "Unión"
 Empleado por la comisión "Trichter"
 Absuelto y navegando en buques mercantes por 2.º vez con licencia: época
 que se le abonó por la citada resolución suprema de 22 de Octubre 1869.
 Comandante del vapor de guerra "Huascar"

Años.	Meses.	Días.
6	18	
10	21	
11	12	
5	3	3
2	11	29
4	2	
2	6	11
6	22	
11	20	
5	5	26

Ejercicios

Servicios naturales

19 4 17

Por la campaña y el combate en Atlixco el 1.º de Feb. 1866 contra la escuadra española

1 6 .

Total..... 20 10 17

Campes, y acciones de guerra en que se ha hallado.

Visto la campaña contra la escuadra española el año de 1866 al mando de la corbeta de guerra "Unión" y bajo las órdenes del Comandante

en jefe de la División General de Operaciones del Ferrocarril Capital de las
graduados, hoy eficientes, Don Wilhelm Völsch

Alcance de la actividad de guerra Unico en el combate de
Atari el 8 de febrero de 1866 contra la armada española

Salud Salvo y seguro
Miguel Grau

A Jefe que precede la Dirección los
servicios que en la presente hoja se mencionan
se han hecho

Diego de la Haza

Amaro I. Puxon, Capitán de Navío graduado del
Armado Nacional, Mayor de Ordenes y Comandante de
Arsenal del Departamento de Marina, B.

Certifico: que la presente hoja de servicios se
conforma con la que existe en esta oficina

Callao Octubre 18 de 1873

Amaro I. Puxon

Primigenia hoja de servicios de Miguel Grau. Original del 31 de Julio
de 1873, firmado por el propio héroe.
Cortesía del Museo Naval del Perú. Callao.

propio Grau, en su *Memoria* del 2 de enero de 1878, describe las características de su futuro compañero de heroísmos: su casco de fierro, dimensiones y máquina, anotando que su principal armamento consistía en dos cañones de a 300 libras, sistema Amstrong, en el interior de una torre giratoria blindada con planchas de fierro; y dos cañones en cubierta, de a 40 libras y del mismo sistema. Había calibrado desde un principio ese buque que sería como cera en sus manos, a cuyo nacimiento asistió y por el cual renunciaría a lucir los muy condignos galones de Contralmirante.

Empero, fue al mando de la "Unión" que zarpó Grau de Saint Nazaire y, después de superar el bien divulgado incidente de Plymouth y de afrontar temporales y atrenzos, que lo retrasaron más de un mes en el Atlántico, ancló en Valparaíso el 6 de julio de 1865, cuando ya se había producido la revolución restauradora de Prado contra Pezet. El Perú entero que había puesto todo su empeño continental y hondamente nacionalista en su lucha contra la injusta agresión española, repudió el Tratado Vivanco-Pareja y por tan exclusiva razón acompañó a Prado en su rebelión. Grau secundó el movimiento y, por segunda vez, su rebeldía no fue a favor de un caudillo sino de una causa principista, en este caso de la más pura dignidad patriótica. En la acción naval de Abtao en aguas chilenas, coronada de triunfo por el esfuerzo peruano, participó Grau al mando de la "Unión"; y allí le correspondió luchar al lado de marinos chilenos, algunos de los cuales, como Prat, serían sus futuros contrincantes. En este extremo, no deja de merecer oportuna mención el insólito incidente acaecido después de ese combate, cuando al embocar el canal de Chacao la corbeta "Unión" comandada por Grau, fue cañoneada por las baterías chilenas.

Los sucesos posteriores patentizan que la actuación de Grau en la revolución encabezada por Prado, estuvo enteramente al margen de razones personalistas. La armada peruana se había cubierto de lauros en Abtao y en el combate del 2 de Mayo y tenía plena y justificada conciencia de su idoneidad y comprobada pericia. El dictador Prado, detentador de esos triunfos, intentó batir a España en sus lejanas posesiones de Filipinas y para ello se permitió contratar en Estados Unidos al Contralmirante retirado John Tucker, designándolo Comandante de la División del Sur, en reemplazo del arrojado Montero a quien consideraba "demasiado impetuoso". La ofensa era a toda la Marina de Guerra del Perú y, una vez más, Grau acompañó a su paisano en su justa y alturada protesta. Renunció a su cargo y con un grupo de oficiales fue confinado a la isla de San Lorenzo. La vibrante defensa de Grau por Luis Benjamín Cisneros, es una de las piezas más hermosas de nuestra oratoria forense. Con inspiración pro-

fética, tras el elogio a los “denodados defensores de Abtao”, advierte que para mandar la escuadra peruana no eran suficientes la ciencia, el valor y la pericia, sino el amor a la Patria y un noble y valiente corazón peruano “cuando se trata de pelear por el honor del Perú”.

A raíz de esa condigna actitud, expresión, como decía Cisneros, del “patriotismo herido” por los deslices de una ligera y poco meditada política, Grau se retiró nuevamente de la armada peruana en 1867 y retornó a su seguro refugio de la marina mercante donde era tan bienquisto que, aún no siendo de nacionalidad británica, alcanzó el mando del “Callao”, el “Puno” y el “Quito”, buques de la Compañía Inglesa de Vapores. Años más tarde, el propio Grau nos ofrece un olvidado y valioso testimonio que arroja luz sobre esa etapa de su vida y otras posteriores, en relación con su aventajada situación en la actividad privada mercante y sus vinculaciones con el Gobierno del Presidente Balta. Expone en un corto rasgo autobiográfico, al hilo de un cambio de remitidos periodísticos, las razones de su separación de la marina de guerra por los “sucesos” de Tucker y su destino en la empresa naviera inglesa, en la cual se desempeñaba como Capitán efectivo; señalando además que Jorge Petrie, en prenda de su seguridad futura, le había ofrecido que podía contar “en cualquier momento” con igual cargo en los vapores de la Compañía. Como la data de ese documento es de 1874, Grau destaca que su reingreso a la marina nacional y su nombramiento como Comandante del “Huáscar”, era ajeno a subalternas razones, porque en aquella época gozaba de un “sueldo superior al estatal” y había continuado recibiendo ventajosas ofertas, como la de Emilio Althaus para que asumiera la Superintendencia del ferrocarril de Eten con elevado estipendio; y la del mismo Petrie, quien lo había propuesto para que sucediera al Capitán Wells en la Superioridad de la Compañía de Vapores, calificándolo como el “jefe más distinguido, leal y caballeresco de la marina peruana”, Fiel sin saberlo a su destino de gloria, Grau enfatiza que, no empeece tan alentadoras perspectivas, terminó por seguir en la Marina de Guerra contra sus “legítimas conveniencias” y las de sus hijos, a los cuales sólo les legaría “un nombre modesto pero limpio”.¹⁸

El 6 de abril de 1867, antes de partir en el mercante inglés, Miguel Grau solicitó licencia a la Superioridad naval para contraer nupcias con Doña Dolores Cabero y Núñez, primogénita del vocal del Tribunal Mayor de Cuentas, D. Pedro Cabero y Valdivieso, y de su legítima esposa Doña Luisa Núñez Navarro. Por línea paterna, su futura consorte descendía de antiguos lina-

jes españoles, oriundos de Granada, afincados en Trujillo del Perú y entroncados con los Vásquez de Acuña y con los Tagle.

En el consabido expediente matrimonial actuado ante la autoridad eclesiástica, con la alegada causal del inmediato viaje del contrayente, el 2 de abril de 1867 se libró la dispensa de las trinas moniciones. El matrimonio se celebró en la parroquia del Sagrario de la Catedral de Lima, el día 12 del mismo mes y año, impartiendo las bendiciones nupciales el Presbítero Manuel Fuente Chávez. Apadrinaron la ceremonia Luisa Núñez, madre de la desposada, y el ilustre piurano de límpida trayectoria, General José Miguel Medina. Actuaron de testigos sus entrañables amigos, Lizardo Montero, Aurelio García y García y Manuel Ferreyros, quienes integraban con él los llamados "Cuatro Ases de la Marina".

Nos corresponde el debido señalamiento de los datos personales de los contrayentes que figuran en el citado expediente eclesiástico que hemos revisado; y en la respectiva y divulgada partida matrimonial. Miguel Grau, sin precisar su credo religioso, declara ser natural de Piura, domiciliado en Lima en la calle Mogollón, marino, soltero, hijo de Don Juan Manuel Grau y Doña Luisa Seminario. A su vez, Doña Dolores figura como hija legítima de los ya enunciados Pedro Cabero Valdivieso y Luisa Núñez Navarro y puntualiza que profesa la religión católica.¹⁹

Al tiempo de su enlace, contaba Grau con 33 años de edad y Doña Dolores asumía 23. En los testimonios iconográficos que de ella se conservan, sus rasgos reflejan la serena conformidad que caracterizó todos sus actos a lo largo de los 12 años que duró su unión conyugal, tejiendo y destejiendo ausencias. En el discurrir de esa etapa y casi al final de su corta vida, el núcleo íntimo familiar de Grau se concentra en torno a su mujer, su madre política, que alcanzó a llevar a la pila bautismal a su nieta María Luisa Grau Cabero; y a sus cuñadas, Cristina y Manuela Cabero Núñez, la primera casada con Manuel Soyer Lavalle, Comendador de la Orden de San Estanislao de Rusia, y la segunda con el Capitán de Navío y futuro Almirante de la Armada chilena Don Oscar Viel y Toro, de ilustre ancestro, hijo del General Benjamín Viel y de Luisa Toro, y de la muy cercana afección de Grau, como lo demuestra el hecho de haber apadrinado ambos a varios de sus respectivos vástagos. A ese grupo estrecho y tan personal, al cual se aferró Grau y que alivió algunos hondos vacíos de sus mocedades, se integraron sus dos hermanas enteras, Ana y Dolores Grau Seminario; y el marido de ésta última, el Teniente Coronel Manuel María Gómez a cuyo heroico final hicimos ya oportuna referencia.

En su unión con Doña Dolores hubo Grau una dilatada descendencia de diez hijos, que quedaron muy niños a su muerte, porque apenas alcanzaban entre los 11 años y 9 meses de su edad. Algunos pesares le vinieron a Grau del fallecimiento de su segundogénito, de 8 años, acaecido en Valparaíso en un desgraciado accidente; y de su hija Elena, la cual no alentó un año de vida.

Profundamente conmovedoras y ejemplares únicos en su dimensión humana son las cartas de Grau a su mujer.²⁰ De límpida e ingenua sencillez, recatadas y medidas aún en las expresiones sentimentales, reflejan su gran señorío espiritual. Desliza algunos lacónicos datos sobre sus lances bélicos, sin dejar asomar la más leve nota de vanidad o euforia; y como si quisiera acercarla a su lado, la hace partícipe de sus cotidianas preocupaciones o inquietudes. Le refiere que el "Huáscar" está "sumamente sucio", que sus artilleros han resultado pésimos a pesar del ejercicio, que tiene más de 100 cartas de felicitación por contestar; o, simplemente y sin lamentaciones, que ha perdido sus modestas acciones en la mentada quiebra del Banco Nacional.

Colma sus cartas de pequeños encargos como la adquisición de retratos suyos en Courret para los jefes del ejército boliviano que se los han solicitado, cobranzas de sus sueldos, compras de vestidos a sus hijos para que vayan aseados a la escuela, pedidos de dulce de guayabas a su hermana Dolores, o remisión de aceitunas y vino, sin olvidar a las veces a sus dependientes domésticos, como al hijo de uno de ellos, el artillero Colán, que disipaba todos sus sueldos, o a Vicente Vico, alias Garibaldi, que le traía huevos y vino. Sus hijos ocupan gran espacio en ese conmovedor epistolario: le recomienda a su esposa que tenga con ellos los máximos cuidados, vigile sus tareas escolares y no los deje salir solos a la calle. Hay en todas esas espontáneas y cortas misivas, escritas a su retorno o a la víspera de un combate, de fechas ya muy cercanas a su fin, rasgos de una honda, reprimida y premonitoria ternura que debía llenar su alma de saudades, como cuando le reitera su cariño y le declara que ella y sus hijos es lo que más le interesa en esta vida y su único consuelo.

Entre las cartas de ese epistolario íntimo, la del 27 de setiembre de ese definitivo año de 1879, comporta una valiosa fuente informativa sobre dos sucesos importantes en la vida del héroe. En agosto de ese año "respondiendo al sentimiento general de la nación", se le había ascendido a Contralmirante y, según bien se sabe, renunció a los goces y al uso de la insignia que no arboló nunca en el "Huáscar", así como tampoco vistió jamás a bordo el uniforme de su clase. En confidencia a su mujer

advirtiéndole que “sólo lo sepa” su hermana Dolores, le dice que en definitiva se quedará de simple Comandante del “Huáscar”, para no tener que huir “como ahora” con insignia izada a la vista de un blindado, porque se “moriría de vergüenza”. Confiesa que, aunque pueda ser vanidad, no vé un solo jefe para Comandante del “Huáscar”, ya que nadie lo maneja como él por su larga experiencia; y, finalmente, agrega que lo natural habría sido que el Gobierno le mandara con sus despachos el nombramiento de Comandante General de la Escuadra y no dejarlo de Jefe de División. Similares conceptos le había ya expresado a su compadre Carlos Elías, en carta del 20 de setiembre, adicionándole otras dos razones de trascendencia política, a saber: que no podía aceptar la imposición de un Comandante incompetente; y que Prado, en su “vanidad”, creía saber de la marina más que cualquier jefe, quebrantaba la disciplina de la oficialidad y discutía asuntos profesionales “con asombroso aplomo”. Testimonios ambos que bien merecerían su más adecuada apreciación crítica porque, a la par que definen la rectitud y la entereza de Grau, descubren graves trasfondos en la dirección superior de la guerra marítima.

En la misma carta a Doña Dolores, Grau es categórico en lo atañadero al rumor sobre su presunta candidatura a la Presidencia de la República para el período que debía comenzar en agosto de 1880. Textualmente le expresa: “Había resuelto no contestarte nada respecto al asunto presidencia, porque francamente me parecía una broma, pero al ver que me lo repites nuevamente con cierta seriedad, debo decirte que no pienso en tal cosa por lo menos por ahora que aún conservo mi razón”. No nos alumbra ningún testimonio definitivo sobre tal candidatura y, en cambio, en esos días se citaba con insistencia el nombre de Montero para esa elección, apoyado por la marina y la juventud limeña, aspiración que no culminó por la falta de adhesión de algunos connotados civilistas. Grau había ya adquirido muy alto prestigio en los pueblos del Perú que seguían ávidamente sus increíbles hazañas de las cuales pendía su destino. Su llegada a Arica, como ocurrió en el Callao, había sido apoteósica y las prístinas crónicas de “El Comercio” de Lima, nos permiten columbrar ese recibimiento por las multitudes cargadas de entusiasmo, muy similar a los que se sucedían en las giras triunfales de los Libertadores. Empero, a través de su correspondencia y de sus propias actitudes, se le siente alejado de ese tipo de intereses que apenas le rozaban y que nunca habían sido eje de su vida, marcada por otra vocación y por otro ineluctable destino de límpida claridad.

Retomando los hechos de la vida y la odisea de Grau, el 27 de febrero de 1868, abandonó su destacada posición en la marina mercante y fue nombrado Comandante del "Huáscar": a ese buque seguiría unido hasta el fin de sus días, con excepción de los interregnos de su Diputación y su cargo administrativo en la marina.

Corresponde aquí hacer mención de algunos aspectos poco señalados tocantes a su capacidad intelectual, equilibrada, vigorosa y profunda, que supo ejercitar sin alardes cuando era menester necesario. Fue elegido por esos años árbitro en un caso de colisión entre dos buques, el uno norteamericano y el otro inglés. Su acatado fallo revistió categoría jurídica, porque consideró que ambos capitanes deberían reportar sus propias averías en razón de sus recíprocas responsabilidades. Dentro de la misma órbita figura el desempeño de la comisión que le fuera conferida por Balta en 1870, para que estudiara las condiciones hidrográficas de la garita de Moche con miras al establecimiento de un puerto, que sería el de Salaverry, en reemplazo de Huancho. Digna y alturada fue, asimismo, su posición en el juicio seguido a los Alcázar, el año 1869, por supuesta conspiración para apoderarse de un buque de la Armada. Grau intervino a favor del Teniente Pera, del Monitor "Huáscar" y, gracias a su declaración, se dejó sin lugar la sentencia.²¹

En medio de estas nuevas tareas no descuidaba el estado de su buque, ni el adiestramiento de su tripulación; y, ya en 1870, con singular clarividencia o por informes de los mercantes ingleses con los cuales mantenía contactos, comprendió los peligros que acechaban del Sur. Ninguna otra razón le asistía para sus sucesivos recorridos al litoral chileno con el "Huáscar", de todos los cuales dejaba valiosos y desatendidos informes. En 1872, frente a la compra de blindados por Chile, aconsejó a Balta la adquisición de acorazados en Inglaterra, pero las gestiones fracasaron por las mezquinas exigencias de la Casa Dreyffus y el asesinato del Presidente. De igual ineficacia serían todos los intentos armamentistas del Perú en la etapa de Pardo, esterilizados por la situación política interna y la crisis fiscal, similar a la de Chile, pero que ese país sureño logró superar con éxito.

Enemigo de toda dictadura e imposición violenta, siendo ya Capitán de Navío Graduado, asumió con decidido empeño la defensa de la legalidad constitucional frente a la sublevación de los Gutiérrez. En unión de Camilo Carrillo, esa señera figura científica, de sus mismos lares nativos y de igual clase en la marina, convocó en el vapor "Marañón" a los Comandantes de los buques de la Armada y los exhortó a "salvar a la República del

abismo en que la ha colocado la ambición de cuatro soldados sin prestigio", humillándola "al ensartar las leyes en sus bayonetas". Con el "Huáscar", digno compañero de esa jornada cívica, y con el propio Carrillo, García y García, Ferreyros y otros ilustres marinos, recorrió puertos peruanos, alentando a las autoridades a resistir la tempestad revolucionaria, en tanto que desde el Congreso su paisano Montero lo secundaba en la lucha. En el Manifiesto de la Armada Nacional contra la dictadura del Coronel Tomás Gutiérrez, signado "Al ancla", en el Callao el 23 de julio de 1872, con el epígrafe "A la Nación", restalla el nombre de Grau entre los que declaran no reconocer "otra regla de conducta que la emanada o dirigida al fiel cumplimiento de las instituciones patrias".²²

En su mentada refutación a la nota periodística de 1874, Grau se refiere a sus relaciones con Balta y declara con hidalguía que lo acompañó hasta el final, sin serle deudor de favores ni ascensos, pero sí de señaladas "distinciones personales con que lo honró". En una verdadera y escueta declaración de principios se pronuncia, una vez más, contra las infracciones del orden constitucional, iterando que apoyó con su buque "el movimiento de la escuadra" cuando se proclamó la dictadura de los Gutiérrez y que su actitud fue por consolidar la constitucionalidad y no "por proclamar determinado caudillo".²³

Insurge así Grau, ya en su lograda madurez, como un gran promotor de la restauración del ordenamiento legal y su nombre adquiere dimensión política y singular prestancia en el ámbito nacional e internacional. Lo confirma, entre otros testimonios, el elogio del periodista argentino Héctor F. Varela en "El Americano", editado en París. Varela, gran amigo de Grau, quien lo agasajó en el Callao, en octubre de 1871, a bordo del "Huáscar", reproduce un retrato del héroe y augura que, con oficiales como Grau, "la honra y el nombre del Perú serán dignamente defendidos", calificando al "Huáscar" de magnífico acorazado, comparable con los mejores navíos de la flota inglesa por su disciplina y organización. Años más tarde, a los finales de noviembre de 1879, el mismo Varela le rendiría emocionado homenaje al recopilar las loas y elegías, publicadas en Argentina y el Uruguay, sobre el epónimo marino peruano, cuya vida y muerte revestían ya el sabor de una conseja histórica.

Con Pardo y con los civilistas en el poder, Grau integra en 1872 la Comisión Consultiva de Guerra y Marina, se ofrece para "la completa regeneración" de la escuadra y reinicia sus cruceros de inspección a Chile, ratificando sus condiciones de hábil diplomático y experto observador, como lo confirma su in-

forme de ese mismo año. Se percata de la situación y relaciones entre Bolivia y Chile y, en 1874, prosigue esos reconocimientos con el cargo de Jefe de la Escuela de Evoluciones. Por esa misma época, hubo de intervenir en el episodio de la sublevación del "Talismán", protagonizado por el avasallador caudillo Nicolás de Piérola. Reiterativa de su posición ideológica es la declaración que prestó en el juicio de presas derivado de la captura de ese buque que navegaba con bandera inglesa. Con referencias históricas a los principios de la neutralidad, expresa que el pabellón neutral no puede cubrir carga enemiga o contrabando de guerra sin ser sujeto a su confiscación; y que, en el caso del "Talismán", su condición era más grave, porque había incurrido en delitos previstos por la Ley peruana.²⁴

Muy significativa, aunque corta vertiente de su vida, es su participación en las legislaturas de 1876 y 1878, como Diputado por Paita, representando al Partido Civil al lado de las más brillantes figuras intelectuales y políticas de su tiempo. En esas Asambleas que lo obligaron a renunciar a la Comandancia General de la Marina, Grau, hombre al margen de los juegos de la política partidaria y de los ajetreos parlamentarios que hidalgamente declara no conocer, se recluyó en la Comisión de su ramo, la más propicia para su desempeño; y propuso leyes de ascensos en la Armada según méritos y la urgente reorganización del Ministerio de Guerra y Marina. Con Montero, siempre celoso del ordenamiento jurídico, vota la suspensión de las garantías constitucionales al acaecer el grave suceso de la captura del "Huáscar", por el incansable caudillo Piérola, el 6 de mayo de 1877.

En esos años, durante la clausura de las Cámaras, Grau actúa como Agregado al Departamento de Marina, viaja a Valparaíso por la enunciada razón familiar de repatriar los restos de su padre, aprovechando esa visita para informar al Gobierno peruano de la gran supremacía naval y aprestos bélicos de Chile; y desempeña los cargos de Vocal de la Junta Revisora de Ordenanzas Navales y Comandante General de la Marina.²⁵ De su acuciosa labor en ese último cargo es prenda digna de encomio su citada *Memoria* del 2 de enero de 1878, extenso documento que constituye una primera visión integral de la marina llamada, según expresa, a "tomar la iniciativa en defensa de la soberanía". Este meditado trabajo de Grau, a la par que abarca todos los detalles de cada dependencia, personal de la escuadra y característica de cada buque de la armada, presenta la adecuada crítica de sus problemas y, dentro de su línea nacionalista, insiste en la necesidad de contar con personal especializado peruano, porque el extranjero jamás poseerá las calidades "que tiene el que

sirve a su propia Patria". El detallado análisis de esa *Memoria* oficial nos permite, una vez más, vislumbrar esa interesante y poca escudriñada faceta de su personalidad: la del hombre de estudio y de gabinete, asiduo visitante de repositorios bibliográficos, a la búsqueda de fuentes principalmente técnicas y cartográficas.

Sus altas calidades personales de todo orden se habían impuesto por su propio y exclusivo mérito y prenda segura de su valimiento en el ámbito nacional, fue el acatamiento que mereció de las más señeras figuras de su tiempo con las cuales mantuvo vinculaciones de diversa índole. Interesante en puridad sería la presentación, a la luz de variadas fuentes entre ellas su epistolario, de la reveladora nómina de sus amigos más cercanos; aspecto hasta ahora soslayado en sus biografías o centralizado en torno a escasas y muy conocidas figuras de la Marina. Probanza de tan merecida pleitesía rendida por sus contemporáneos, fue su elección por la Asamblea del Partido Civilista, como uno de sus directores, al lado de ese otro ilustre piurano Camilo N. Carrillo, Presidente de la Cámara de Diputados en el período 1878-79.²⁶

El 28 de marzo de 1879, Grau se hace cargo nuevamente del "Huáscar" para cumplir con su cimero destino y el de su buque entre dianas de gloria.

No nos corresponde, y sería presunción vana el intentar en tan corto espacio el análisis y la estimativa crítica de la Guerra del Pacífico, pero sí nos cumple dejar asentado, una vez más, que de acuerdo con toda la doctrina jurídica del derecho de guerra y a la luz de todos los testimonios de la época, principalmente de los emanados de fuentes chilenas, esa agresión armada se encuadró dentro de un típico caso de guerra de conquista sin justa causa, justo título ni recta intención.

Al estallar la guerra, Grau había previsto su desarrollo, conocía la aventajada superioridad de las fuerzas chilenas en tierra y en mar, al igual que el duro contraste de la situación general del Perú, en irreparable bancarrota fiscal y económica, crisis de todo orden y con una desmedida deuda interna y externa que le impedía atender a la defensa nacional. Preocupado por la modernización de la armada, que calificó de "museo naval", en las importantes Juntas de mayo celebradas en la Casa de Gobierno y a bordo de la Corbeta "Unión", puso en evidencia

la necesidad de retardar la salida de la escuadra “desarbolada y dispersa”, como diría Vicuña Mackenna. Sobre el propio “Huáscar”, previno que no se hicieran ilusiones, porque no estaba en condiciones de enfrentar un blindado chileno, por carecer de balas aceradas y de una tripulación debidamente entrenada. No empecé, frente a la presión general para que se hiciera a la mar, declaró con su parco estoicismo que el “Huáscar”, y el “Huáscar” era él, cumpliría con su deber “aún cuando tuviera la seguridad de su sacrificio”. Sin que se escucharan sus meditaciones prevenciones, aquel hombre, ejemplar de severa disciplina, hubo de acatar disposiciones cuya insolvencia bien conocía.

La campaña marítima, que se inicia el 16 de mayo, duró 5 meses y el historiador venezolano, Jacinto López, ha hecho su mejor elogio al calificarla, en gallardas frases, del “milagro naval de la Guerra del Pacífico” y sin precedentes en la historia de las guerras marítimas del mundo.

Fueron sucesos descollantes de esa epopeya donde la muerte tenía montadas sus invisibles paranzas, el primer combate de Iquique, primer combate de Antofagasta, segundo combate de Iquique, captura del “Rímac”, operaciones contra el litoral chileno, segundo combate de Antofagasta, bombardeo de objetivos y localidades enemigas fortificadas; y el epílogo final de Angamos, la más luminosa acción de heroísmo en los anales de las lides marítimas, que comportó, además, para la historia naval, la definición de la supremacía del cañón y el primer encuentro bélico entre acorazados.

Cada uno de esos nombres trae a la memoria alucinantes evocaciones de épicas jornadas navales y de hombres impávidos que iban a la muerte con la convicción de su fin, tras las huellas de un admirado jefe, esperanza suprema de su pueblo.

El 21 de mayo, en el primer combate de Iquique, a la ruptura del bloqueo del puerto, le sucedió el hundimiento de la “Esmeralda” al tercer espolonazo del “Huáscar”, que retrocedía cada vez “con admirable prontitud”; y la pérdida irreparable de la “Independencia”, encallada y con sus tripulantes fusilados a mansalva por el inclemente enemigo. Restalla allí, en luminosa oposición, la humanidad y nobleza de Grau al rescatar a los naufragos de la “Esmeralda” y al evidenciar su sincero pesar por la muerte de Prat. En una carta a su cuñada, Manuela Cabero de Viel, le relata que el Comandante chileno murió como un héroe sin que pudiera salvarlo y que su pérdida amargó su “pequeña victoria”; y con emocionante delicadeza, cuida de no citar el nombre de Viel, a bordo de la “Chacabuco”, confesándole sus

compartidos temores de encontrarse con él, porque “sería la desventura más grande” que pudiera ocurrirle en esa campaña.

El 26 del mismo mes, en el primer combate de Antofagasta, cuartel general de las fuerzas chilenas, tras una serie de sus típicas operaciones de sorpresa, Grau combatió dos horas y media hasta destruir las defensas portuarias y, en otro alarde de generosidad, se retiró sin bombardear la indefensa población; digno ejemplo que no sería seguido por los chilenos cuando atacaron a los inermes habitantes de puertos peruanos, en inútiles actos vandálicos que motivaron las protestas de los cónsules extranjeros.

Tras la corta estada en el Callao para reparar el maltratado “Huáscar”, el recibimiento febril del pueblo agradecido y la última despedida hogareña, retornó Grau a la inclemente lucha. En una madrugada del 10 de julio, en el segundo combate de Iquique, sorprende a toda la flota chilena, abriéndose camino con inaudita audacia entre los poderosos blindados; y pudiendo destruir al “Matías Cousiño” para coronar su triunfo, prefirió no echarlo a pique, proceder hidalgo que mereció el reconocimiento del Capitán de la nave, el inglés Castleton.

La caza y captura del “Rímac”, el 23 de julio, en riesgosa persecución que se alongó 4 horas, fue un gran triunfo peruano que alarmó grandemente al gobierno y a la opinión pública chilena. La valiosa presa llevaba a su bordo, además de cuantioso armamento, caballos, y carga, el cuerpo de carabineros de Yungay, integrado por selecta oficialidad al mando del Coronel Bulnes, que fue desembarcado en Arica.

En nuevas y atrevidas correrías por el litoral chileno, burlando el acosamiento de la escuadra enemiga, Grau apresó transportes que remitía al Callao, destruyó impunemente lanchas en las radas de sus puertos, cortó sus cables; y fueron tantos sus actos de audacia en su veloz y airoso monitor, que los chilenos temían verlo arribar a su plaza fuerte de Valparaíso apagando las luces de sus faros. El propio “Mercurio” de ese puerto, en uno de sus editoriales, pedía resignación a los habitantes, alegando que mientras el “Huáscar” dispusiera de su “andar superior”, escogería a su antojo sus propios objetivos.

El 28 de agosto cañoneó Grau por segunda vez el cuartel de Antofagasta y sostuvo un combate de 4 horas, al descubierto, con las baterías del puerto y los blindados chilenos “Abtao” y “Magallanes”, que se escondían detrás de los mercantes surtos en la rada y sólo aparecían en el momento de hacer fuego. En correspon-

dencia de Iquique se relata el ambiente de pavor que dominaba en Antofagasta y se califica esa acción como de las "más sobresalientes" complidas por Grau y su "duende del mar". Sólo una pérdida oscureció ese triunfo: la muerte del joven teniente Carlos de los Heros, que afectó mucho a Grau. Se lo dice así en carta a su cuñada; y un joven tripulante del "Huáscar" relata a su madre que "el Comandante lloraba como un niño". Hermoso gesto que ilumina con luz de ternura el contorno humano de Grau.

Hasta octubre, en avizores días del combate final, seguía Grau acreciendo sus proezas de difícil parangón, a la manera de un valeroso caballero andante de los mares, dejando en pos suyo tan sólo la blanca estela de su histórica nave. En cotidianas faenas navales, escoltó transportes de tropas peruanas, abasteció y accorrió puertos levantando sus bloqueos, efectuó reconocimientos e inspecciones de radas enemigas, persiguió en rápidos esquines a los buques chilenos, asedió su correspondencia y comercio de cabotaje y, como diría algún periódico europeo de la época, ninguna empresa fue demasiado grande ni demasiado pequeña para ese denodado buque "que parecía tener vida encantada" con su valeroso Comandante: a los chilenos "sólo les quedaba otra gloria, la más triste de llegar siempre tarde".

En el amanecer de un 8 de octubre retornaba el "Huáscar" de una de sus acostumbradas giras, esta vez con andar retardado porque tenía sus fondos sucios y necesitaba premiosas reparaciones, cuando, frente a Punta Angamos y la bahía de Mejillones, se vió rodeado en el círculo de hierro de toda la escuadra enemiga, emboscada en la zona de su paso, con sus dos divisiones en alas envolventes y decidida a terminar con la resistencia marítima peruana. Grau, con su incontrastable serenidad, comprendió que no había escape posible y se resignó a la desaventajada lucha. A las 9.40 de la mañana, desde su aerada torre de mando, dió la orden de combate y empezaron los disparos de los cañones del "Huáscar" y los intentos de espolonear los buques enemigos. Una granada de la segunda descarga de los blindados chilenos, perforó la torre de comando y estalló dentro, volando en pedazos el cuerpo de Grau y cayendo a su vera su ayudante Diego Ferré. Según el parte de Melitón Carvajal, eran las 9.50 de esa mañana del 8 de octubre. El combate continuó sostenido por la bravura de los oficiales del "Huáscar" que se sucedieron uno a uno en el mando, sin rendirse ni arriar la bandera; y se cumplía la última orden de hundir el buque, cuando fue abordado por el enemigo quien sólo encontró, como expresara Monseñor Roca y Boloña en su Oración fúnebre, una ruina flotante cubier-

ta de cadáveres y de heridos. Todos a bordo del "Huáscar", oficialidad y tripulación, cumplieron su deber siguiendo a su Jefe.

Tenía Miguel Grau 54 años de su edad, cuando feneció su vida terrena para integrarse a su gloria y la del Perú. Había transformado la muerte para hacerla un medio de victoria y de triunfo; y fue tal la prestancia de sus virtudes y sus inconmensurables hazañas, que aún sus enemigos las reconocieron y rindieron honores a la mutila y sagrada reliquia que se conservó de su astillado cuerpo.

A la búsqueda final de piezas que completen la peripecia vital de ese héroe sin ejemplar de comparación, reparamos en la necesidad de evocar su estampa física y dar prendas de su etopeya. De su vera efigie nos han llegado fotografías atañederas a su etapa de lograda madurez, a partir aproximadamente del año 1860, pero no así de sus mocedades; y de testimonios contemporáneos se allegan datos para recuperar esa imagen y rehacer los trazos esenciales de su personalidad.

Fue Miguel Grau hombre de varonil y recia apostura y la descripción de su persona podía semejar la de un atleta antiguo: macizo, robusto y muy fuerte, de más alto que mediano porte, ancho de espaldas y de elevado pecho; y de un andar decidido "con el típico balanceo del marino". Su cabello, bigotes y tupidas patillas a la española, que adoptó ya en su madurez, eran muy negros y enmarcaban un rostro curtido por los vientos y soles de todos los mares. Libre quedaba el mentón, fuerte, recio y, a lo que parece, de partida barba. La frente alta y despejada, como preñada de inquietudes y cuidados, las orejas grandes y enhiestas, la nariz de trazo recto regular, las cejas negras y unidas y los labios firmes de raro sonreír, conformaban una fisonomía leal, bondadosa y a la par recia, de rasgos severos y masculinos. En ese conjunto, de líneas tan enteras, se imponen los ojos, de mirada penetrante, serena y dulce, a los que se atribuye un color verde oscuro, sombreados o velados de íntima melancolía y de los cuales parecía escapársele el alma a las regiones imprecisas del ensueño. El sólito contraste con esas condiciones físicas, de tan definida y probada varonía, era su voz reposada, la cual, según testimonios primarios, tenía un timbre delgado y, en sus ocasiones, atiplado.

Era Grau de natural elegancia, cuidadoso en el vestir y que no dejaba de apostarse. Los que lo trataron en sociedad memoran su buen trato, su delicadeza y sus finos e insinuantes

modales, propios de su señoría espiritual, a los que se adunaba su buen sentido de la prudencia..

Su carácter se señalaba por la sobriedad, decoro y gran naturalidad de todos sus gestos y actitudes. Acostumbrado a las largas soledades de los mares, se trasluce su ideal de vida silente, serena y austera, a la cual no era ajena su generosa solidaridad humana.

Con igualdad de genio, parco y lento en el hablar, severo, poco expansivo y a menudo taciturno, "no era hombre de discursos" y sus palabras "fluían en largos intervalos"; y esa extraña combinación de fuerza con el sentimiento de melancolía que le era característico, suministra posiblemente el mejor enfoque de sus más alquitaradas enseñanzas.

Otra parte, y grande, resultaba de sus calidades morales y espirituales. Su gran sensibilidad se revela en el afecto a sus hijos, a los niños y a todos los que de él dependían; y fueron proverbiales su lealtad, gran caballerosidad, entereza a toda prueba, nobleza y energía de ánimo. Hombre íntegro, de su propia inclinación no quería entender salvo en cosas justas y rectas, no cuidaba de vanidades ni ambiciones y sólo se proyectaba al cumplimiento del deber, en el cual era inflexible consigo mismo y con los demás. Como era un paradigma su honradez y la honestidad inmaculada de su vida pública y privada, en tiempos de menguados valores muy diversos, su oficialidad y tripulación acataban el rigor de su disciplina y supo inspirarles cariñoso respeto, confianza y entusiasmo en la guerra y en la paz.

Como la más pura "flor de sus virtudes, transcendía la resignación" que le permitía afrontar, frío e inmutable, todas las situaciones de su azarosa existencia. Su muerte es el mejor ejemplo de esa condición suya: la acató con plena conciencia, porque se sabía atado a su propia leyenda y que ya no tenía vida ni destino propios.

Aunque ya corrieron deshilvanadas a lo largo de este discutir, resulta valedero insistir en algunas de esas notas determinantes de la conducta pura, noble e hidalga de Grau. Su comportamiento, siempre fiel a las más prestantes tradiciones de honor y caballerosidad, fue la expresión de su hondo y arraigado humanismo. A lo largo de todo el conflicto bélico no se apartó de las normas del Derecho Internacional y de Gentes, inspiradas en las concepciones éticas de raíz medioeval y vitoriana: respetó las poblaciones indefensas, la vida y los bienes de los "inocentes" y neutrales, salvó náufragos enemigos y no se excedió nun-

ca en las represalias ni abusó del triunfo. Hizo la guerra por deber y patriotismo, guerra defensiva sin odios al contendor; y eso explica su proceder en el caso de la "Esmeralda", el "Matías Cousiño" y tantos otros.

Hombre tan esforzado en la acción que, aunque no era su osadía sin tiento nunca rehuyó un inevitable combate, fue sin embargo afecto a la paz y a la unidad continental, tal vez por su cercana relación a paladines de la Independencia hispanoamericana, que habían vivido las comunes y dramáticas luchas de donde surgieron las grandes quimeras de la armonía y unión entre las nacientes Repúblicas de América. Hermoso testimonio de esa faceta humanista de Grau, es el consignado en su carta a su cuñada, Manuela Cabero de Viel, en la cual le confiesa que está cada vez más contrariado de no ver el término de esa guerra que él siempre ha considerado "fratricida o guerra civil".

Otro ejemplar valioso en ese orden es su conocido autógrafo, publicado en Buenos Aires, en 1877, en la colección de Lagomaggiore. Después de referirse al aporte de la Marina en el progreso de las Repúblicas sudamericanas, expresa que le está reservada una gran misión en "el sostenimiento de su autonomía y de sus instituciones", cuando por principios formen "una sola nación" y la Marina, "enarbolando el pabellón de la alianza haga prevalecer sus derechos"; y enfatiza al final que "a la presente generación" le tocaba "preparar el camino de la preponderancia americana". Muy poco después, la realidad y los hechos darían una dura respuesta a tan elevados ideales.

No menos definidas eran sus ideas sobre la dignidad y obligaciones cívicas. No fue ajeno, como hemos visto, a los problemas del Perú, aunque jamás se dejó dominar por mezquinos intereses ni algarabías políticas. En su carta del 13 de junio de 1878, dirigida desde el Callao a Felipe Barrera, analiza con serena objetividad el horizonte político y le anuncia que no se despegará la tempestad, "si es que se pretende como hasta aquí hostilizar el elemento sano y honrado del país". Conocedor de los rumores que circulaban en Lima y con sentido admonitorio, advierte que Manuel Pardo no debería regresar, "por prevención", hasta principios de Agosto y ya calificado en el Senado, "evitándose de esa manera que se cometa con él algún atentado". Cinco meses después, Pardo moriría asesinado al ingresar a ese cuerpo legislativo; y Grau, que integró el cortejo fúnebre, declaró en misiva a P.P. León el 27 de noviembre de 1878, que tan elevado crimen había producido en su alma un hondo sentimiento, porque profesaba a Pardo una "amistad profunda y sincera".

En los tiempos que le tocó vivir, pocas figuras pueden ostentar, como Miguel Grau, tan pura e intangible ejecutoria de integridad, tan generosa solidaridad humana y tan nobles prendas morales, que revisten de un limbo casi legendario su próspera existencia. Sin gozar nunca de holgura económica, como se columbra a través del prisma de su correspondencia conyugal, no trató de alcanzar bienes de fortuna. Se comprueba su desprendimiento con el cortejo de dos órdenes de fuentes documentales básicas. En el expediente de su intestado, abierto el 20 de mayo de 1880, los testimonios de sus muy cercanos amigos, Fernando Casós, José Ignacio Távora, Alberto Ureta, Juan Francisco Pazos, y el de su propia viuda, adveran que no había dejado patrimonio alguno a su familia, que sus sueldos “se consumían en su casa” y sus “prendas personales y de uso”, se perdieron en el “Huáscar”. Por otra parte, el promotor material histórico constituido por los juicios seguidos a raíz de las buenas y legítimas presas capturadas por Grau, demuestran por modo definitivo que ni el héroe ni su familia alcanzaron a gozar de su importe, que por cierto no era de desdeñar.²⁷

Por su rígida formación, la adhesión al orden que profesó Grau, iba acorde con su romántico amor por la libertad y la justicia. Por ambas luchó en sus gestos de rebeldía política, cuando la arbitrariedad o la violencia intentaron dominar el panorama nacional quebrando los ordenamientos legales; y no vaciló en adoptar extremas actitudes que perjudicaron su propia carrera e intereses personales. Simbólico fue así su nombre estampado al pie del monumento a la libertad, erigido en Piura la tierra de sus mayores; y simbólico fue el homenaje universal que se le rindió después del combate de Angamos, gloria y aurora de su Victorial.

Lima, 8 de Octubre de 1979.

Ella DUNBAR TEMPLE

APOSTILLAS AL TEXTO

¹ Estas anotaciones, en apariencia incongruentes por su extensión y contenido y complementarias del texto, obedecen a razones muy definidas y que han de justificarse con el tiempo. Hemos considerado que, más allá de las estrictas y clásicas normas historiográficas, la simple enunciación del epígrafe de este haz de loores sobre Grau, corresponde al condigno anhelo de una vera biografía del héroe de Angamos, enraizado como todo ser humano a su ancestro familiar y a su solar nativo, pero el cual, como ser de excepción, pudo forjarse su propio nombre, su propio destino y su propio final; y, a un tiempo mismo, con desinteresada alteza, ofrendar a sus lares patrios ese nombre, ese destino y ese indeleble final.

Es, asimismo, necesario iterar que no alcanza a esta corta semblanza, ni a lo matriculado en esta panoplia de notas, ningún propósito de asumir el carácter de una biografía documental de Grau, ni pretende en modo alguno análisis críticos o interpretativos del complejo momento histórico escenario de su acerado vivir. Razones son éstas, como bien se comprende, preventivas de colaciones bibliográficas, que han de limitarse a las provenientes de fuentes inéditas o primarias de indispensable asentamiento.

No empee, es de rigor señalar los trabajos de los Drs. Barreda y Arosemena. Se debe al primero, el más completo estudio genealógico existente sobre Grau, si bien circunscrito únicamente a su ancestro paterno y a la propia descendencia del héroe. Por lo que atañe a la muy divulgada obra del Dr. Arosemena, comporta la biografía más amplia y meritoria publicada sobre Miguel Grau. Cf. Felipe A. Barreda, *El Caballero de los Mares Almirante Miguel Grau*. Lima-Perú, MCMLIX; Geraldo Arosemena Garland, *El Almirante Miguel Grau*. 5ª edición. Lima, Abril, 1973.

² El hallazgo primicial de la foja de servicios del Teniente Coronel Juan Manuel Grau y Berrio por el Dr. Barreda, ha permitido fijar los hitos principales de su carrera militar. Cf. Felipe A. Barreda, *ob. cit.* pág. 22 y anexo I.

Cabe señalar que la Resolución Legislativa del Congreso, promulgada el 9 de Noviembre de 1870, concedía a Dolores y Ana Grau, hijas de Juan Manuel Grau y Berrio y hermanas enteras del héroe, una pensión alimenticia, en atención a su penosa situación económica y a los servicios prestados por su difunto progenitor "a la causa de la Independencia nacional". En el dictamen de la Comisión de premios de la Cámara de Senadores, se precisaba que había tomado parte en las batallas de Junín y Ayacucho, en las filas del Ejército Auxiliar de Colombia.

³ Por la documentación existente en el archivo del Sr. Roberto Toribio Temple Seminario [en adelante Arc. R.T.T.] conocíamos la existencia de ese otro hermano paterno de Miguel Grau. En esos años del presunto nacimiento del mentado Albino Grau y Vega, Miguel Grau recorría ya los mares en buques mercantes. Las mismas fuentes familiares del archivo R.T.T., nos revelan que el Teniente Coronel Don Juan Manuel dejó, además, otros vástagos en tierras peruanas. Últimamente, en este año de 1979, informaciones periodísticas piuranas han mencionado un "sobrino nieto" de Miguel Grau, Don Marcos Farfán Grau, de 83 años, especificando su calidad de "hijo de Juana Grau, hermana del Caballero de los Mares". Nos limitamos a observar que, a tenor de esos mismos informes de prensa, no podría tratarse de

un sobrino nieto sino de un sobrino carnal del héroe, hijo de una incógnita hermana paterna suya y de un Farfán, apellido de antigua raigambre piurana; y, por otra parte, desde el punto de vista cronológico, teniendo en cuenta las conocidas fechas biográficas de Juan Manuel Grau, resulta bastante hipotética tan cercana descendencia.

4 Para abocetar el andamiaje sobre el cual han de levantarse las futuras biografías críticas del héroe piurano, hemos de permitirnos en este apuntamiento la reconstrucción, siquiera esquemática, de su retablo genealógico por línea materna, relegado en el texto en razón de su propio carácter.

Tronco del linaje de los Seminario en el Perú fue el Capitán Don Martín Seminario y Gonzaga, bautizado el 6 de Febrero de 1646, tercer vástago habido en la legítima unión del Armero Real Don Andrés de Seminario y Gonzaga, celebrada el 31 de Enero de 1644, con Doña Angela de Gonzaga (o Gandiño y Gonzaga), Don Martín, oriundo como sus padres de la ilustre villa de Tolosa en la Provincia de Guipúzcoa, se estableció en Lima, contrajo enlace en la Parroquia del Sagrario de la Catedral de esta ciudad, el 4 de Noviembre de 1673, con Doña Ignacia Calderón Dávila y Arévalo (o Ignacia Dávila y Arévalo), hija legítima de Gaspar Bonifacio Calderón y Catalina Dávila y Arévalo, y feneció sus días el 24 de Noviembre de 1691, bajo testamento otorgado el día 15 de ese mismo mes y año.

Su hijo, Don Cipriano Seminario y Calderón, Capitán de Caballos de la Guardia de S.E., tatarabuelo de Miguel Grau, nació en Lima el 17 de Setiembre de 1674, se bautizó en la misma Parroquia del Sagrario el 11 de Octubre de ese año e ingresó, el 21 de Febrero de 1690, al Colegio Real de San Martín. Cf. Luis Antonio Equiguren, *Diccionario Histórico Cronológico de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos y sus Colegios. Crónica e Investigación*. Tomo II. Imp. Torres Aguirre, S.A.-Lima-Perú-1949, pág. 208. El 10 de Mayo de 1700, contrajo matrimonio en la Parroquia de Santa Ana de Lima con Doña Isabel de Saldívar y Soto (o Saldívar y Fernández), hija del acaudalado contador Juan de Saldívar y Soto y de Doña Eufemia Fernández Coronel, casados en la misma Parroquia el 13 de Junio de 1670. Don Cipriano otorgó, el 15 de Julio de 1721, poder para testar a su esposa y dejó once vástagos, entre ellos el Capitán Manuel Seminario y Saldívar, primero de la familia afincado en la ciudad de San Miguel de Piura, de cuyo Cabildo fue Regidor, Juez de Aguas y Alcalde Ordinario, habiendo ejercido, asimismo, ese último cargo en la ciudad de Ayabaca.

Don Manuel Seminario y Saldívar casó en Piura, el 6 de Octubre de 1743, con Doña Isabel Jaime de los Ríos y Taboada, hija a su vez de Baltasar Jaime de los Ríos Rivera y de María Rodríguez de Taboada, quienes habían contraído matrimonio el 25 de Julio de 1724. En su disposición de última voluntad, otorgada en la misma ciudad norteña el 12 de Mayo de 1794, declara nueve vástagos, fruto de su mentada unión con Isabel Jaime de los Ríos y Taboada, entre ellos a Don Fernando y Don Miguel Seminario y Jaime de los Ríos, abuelo y tío abuelo, respectivamente, de Miguel Grau.

Don Fernando Torcuato Seminario y Jaime, Alcalde Provincial Ordinario y Regidor Perpetuo del ilustre Ayuntamiento de Piura, tomó estado en esa ciudad, el 15 de Octubre de 1781, con Doña María Joaquina del Castillo y Talledo (o Talledo Velásquez Tineo), fruto del primer enlace del Alcalde Perpetuo de Piura, Don Miguel Serafín del Castillo y Velásquez Tineo con Doña María Eufemia (o Juana Eufemia) Talledo y Torquemada. Don Fernando Seminario y Jaime otorgó sucesivas disposiciones testamentarias el 23 de Setiembre y el 10 de Octubre de 1821, ante el Secretario de Gobierno y de Cabildo, Don Manuel Rebolledo; y, acatando su postrera voluntad,

fue sepultado en la iglesia del convento de la Merced de su ciudad natal. En su numerosa prole legítima, integrada por diez hijos, figuran el Regidor Don Miguel, el Presbítero Don Fermín y Doña Luisa Seminario y del Castillo, la última de esa dilatada descendencia y la de mayor significación como progenitora de Don Miguel Grau. Al hilo de esos testimonios valederos de sus últimas decisiones, consta que Don Fernando designó defensor de los bienes de sus hijos menores a su hermano Don Miguel Gerónimo Seminario y Jaime, en aquel entonces Sargento Mayor o Capitán de Dragones, lo cual adviera que sus opuestas y muy recientes posiciones frente a la Independencia de Piura, no habían menguado sus vínculos fraternos. Cf. Ella Dunbar Temple, *La Independencia de Piura*. Universidad de Piura. Colección Algarrobo/3. Piura (30 de Abril), 1971.

Esas mismas fuentes de raíz testamentaria, revelan que, además de su activo giro comercial con Panamá, Cuenca y otras ciudades, era dueño de extensas heredades, tales como Ocoto, Locuto, Guangalá, (que pasaría a ser aldea), Chapairá y Casa Tina, numeroso ganado, esclavos y bienes muebles. No deja de ofrecer peregrino interés, por tratarse de un hacendado norteño, la mención en ese instrumento legal de las obras de Buchan [Guillermo, autor de "Domestic Medicine" ?], "El Evangelio en Triunfo" [Pablo de Olavide], las "7 Partidas" en 4 tomos y en pergamino, y la "Instituta", todas ellas de ajena pertenencia y que conservaba en su poder. Cf. Archivo Departamental de Piura [en adelante: Arc. Dep. Piura]. Protocolos. Esc. Pedro Rebolledo, 1821, fs. 207-213; 246.

En la *Razón de los Empréstitos y Donativos con que han contribuido para la División Expedicionaria de Piura sus vecinos*, figura en la parroquia de esa ciudad, en Marzo de 1822, "la testamentaria del finado D. Fernando Seminario"; y, en Enero del mismo año, como contribuyentes para el sostenimiento de las tropas acantonadas en Piura, aparecen sus dos hijos, los repetidos D. Fermín y D. Miguel, tíos carnales del futuro héroe de Angamos. Cf. *Gaceta del Gobierno*. Lima. Tomo 2º Núm. 5. Miércoles 16 de Enero de 1822, pág. 4; Id. Suplemento a la *Gaceta del Gobierno*. Núm. 21 (Del Miércoles 3 de Marzo de 1822), pág. 4.

Doña María Joaquina del Castillo y Talledo, viuda de Don Fernando Seminario y Jaime, testó ante el mismo actuario el 8 de Marzo de 1834, cuatro meses antes del nacimiento de su nieto Miguel Grau. De sus cinco hijas, todas ellas casadas, sólo mejora en 3,000 pesos a Doña Manuela, legítima consorte de Juan José de Vegas Alvarez, Capitán de Navío de la Real Armada; y a Doña Luisa la futura madre del héroe, a la cual menciona como "también mujer legítima de D. Pío Díaz", precisando que le señala esa suma "por ser así mi voluntad, y teniendo consideración á su actual estado". Por modo similar, entre sus nietos, beneficia con los réditos de una pensión de 200 pesos a Juana Vegas, sin recibir el principal hasta su mayoría de edad o al contraer matrimonio; y asigna igual imposición de 300 pesos a su "nieto D. Roberto Díaz hasta que cumpla su mayor edad, ó esté en estado de manejarse por sí en consideración al especial cariño con que lo he criado y distinguido y dichos intereses se entregaran a su madre mi hija Doña Luisa para que se auxilie en su educación". Se evidencia así en este vero testimonio de su última voluntad su preocupación maternal por la complicada situación de Doña Luisa.

Es de rigor señalar que las copiosas probanzas inéditas que adveran los datos genealógicos de ésta y las posteriores acotaciones, que no colacionamos bibliográficamente por las razones expuestas, forman parte del citado archivo de mi señor padre Roberto T. Temple Seminario, acopiadas en el curso de sus investigaciones en los repositorios de Lima y Piura, con la

finalidad de rehacer los perdidos hilos de su familia materna, los Seminario, en sus tiempos de significativa resonancia en la historia local piurana y aún en la nacional. Por nuestra parte, hemos allegado otras informaciones y verificado aquellas sobre las cuales no existía la documentación completa.

Cúmplenos, asimismo, agradecer al Dr. Carlos Robles Rázuri, Director del precitado Archivo Departamental de Piura, de reciente creación, el envío de las copias fotostáticas de los testamentos de Don Fernando Seminario y Jaime y de su consorte Doña Joaquina del Castillo y Talledo, de los cuales si bien teníamos extractos de sus cláusulas más importantes, nos eran indispensables los textos completos para su debida confrontación.

5 Como dejamos asentado, Don Miguel Gerónimo Seminario y Jaime, último de los hijos del mentado Don Manuel Seminario y Saldivar, tomó estado con su prima Doña Manuela de Bascónes y Taboada, fruto de la legítima unión, celebrada el 14 de Enero de 1791, entre el Maese de Campo Don Manuel José de Bascónes y Valdivieso y Doña María Josefa Rodríguez de Taboada y Jaime, de linajes tan sonados como los Ortiz de Zárate y los Irrarázabal de Andía. Uno de los nueve vástagos de ese enlace fue Don Toribio Seminario y Bascónes, al cual hemos de referirnos en nota especial.

En Abril de 1851, Don Miguel Gerónimo Seminario y Jaime, en trance de muerte y ante el actuario Manuel Rebolledo, otorgó poder para testar a su esposa, en cuya conformidad Doña Manuela, en su casa solariega de la calle San Francisco No. 9, el 6 de Mayo del mismo año, extendió el respectivo instrumento consignado en el registro del precitado Escribano. A tenor de ese documento consta que Miguel Gerónimo era dueño de las dilatadas haciendas de Monte de los Padres, Salcante, Congoña de la cual formaba parte la hacienda San Martín, Pabur que sería pocos años después empresa algodonerera, Chapica; de casas y solares en Piura, Paita y Trujillo, de numerosas cabezas de ganado y más de cien esclavos, aparte de muy apreciables depósitos en la Casa Gibbs y Cía. y otros créditos importantes. Cf. *Protocolo*. Manuel Rebolledo. Copia en el Arc. R. T.T. Por su parte, Doña Manuela de Bascónes y Taboada otorgó hasta dos testamentos, el 10 de Febrero de 1868 y el 10 de Noviembre de 1869 ante el mismo Escribano.

La mitad de la hacienda Pabur pasó a ser propiedad de uno de los hijos de Miguel Gerónimo, Don Manuel Seminario y Bascónes, casado con Julia de Aramburu, según consta del testamento otorgado por este último en Lima, el 5 de Enero de 1887. Cf. *Archivo General de la Nación*. Lima. Perú [en adelante: A.G.N.P.] *Protocolos* No. 304. Esc. Manuel Iparraguirre, 1887, fol. 1. Don Manuel Seminario y Bascónes alcanzó destacada figuración en el Partido Civil y hubo de vincularse con su correligionario Miguel Grau, hijo de su prima hermana Doña Luisa Seminario y del Castillo. Actuó en la Asamblea reunida en el Club Literario bajo la presidencia de Juan Antonio Ribeyro, el 16 de Diciembre de 1880, para examinar los desastres del Sur y las posibles medidas en pro de la recuperación de Tarapacá. Uno de sus hijos, Oswaldo, inició en Piura las monteras pierolistas. Cf. Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú*. Quinta edición aumentada y corregida. Tomo V. Ediciones "Historia". Lima-Perú, 1961, pág. 2393; Id. Tomo VI, 1962, pág. 3002.

6 Por vez primera se integra a su completo mosaico genealógico este bizarro héroe de tan pródica actuación y avara biografía. Don Miguel Cortés del Castillo, primo hermano de la madre de Miguel Grau, nacido por los años de 1803, fue uno de los nueve hijos de Don Antonio Cortés Fuen-

tes (o Antonio de la Rosa Cortés de Fuentes), Regidor perpetuo del ilustre Cabildo piurano, y de Doña María Josefa del Castillo y Talledo (la cual en algunos apuntes genealógicos familiares aparece como María Paula), casados el 16 de Marzo de 1781. Doña María Josefa era hija del repetido Don Miguel Serafín del Castillo y hermana de María Joaquina, la madre de Luisa Seminario del Castillo. (Cf. Nota 4 ut supra).

⁷ Don José Toribio Seminario y Bascónes, asimismo primo hermano de la madre de Grau, por línea paterna (cf. nota 5 ut supra), se bautizó en la capilla de San Lucas de la Catedral de Piura el 25 de Marzo de 1830, pasados 1 año, 10 meses y 24 días de su natalicio. Contrajo enlace, en la capilla de Santa Lucía de la misma iglesia catedralicia, el 20 de Junio de 1858, con Doña María Dolores Cortés Romero, hija de Manuel Eugenio Cortés del Castillo, hermano del héroe de Junín, y de María de la Concepción Romero y Adrianzén, descendiente por ambos ancestros de muy acreditados linajes y de los primeros conquistadores piuranos, tales como los Cortés Mancha, Cortés de Monroy, Cartavio, Roldán Dávila, Varón de Luna y Zorrilla de la Gándara.

Doña Dolores feneció sus días el 18 de Abril de 1867 y Don Toribio, once años más tarde, el 5 de Junio de 1878. Vástagos de su corta unión fueron cuatro hijas mujeres, tres de ellas con dilatada descendencia; y dos varones, José Toribio Pablo e Ignacio Alberto Seminario Cortés, héroes de San Juan, batalla en la cual rindieron la vida el 13 de Enero de 1881. Toribio, el primogénito, recibió las aguas bautismales en la Parroquia de San Miguel de Piura el 21 de Abril de 1862, a los 2 meses y 27 días de su nacimiento; y su hermano, Alberto, fue bautizado en la misma Parroquia el 15 de Marzo de 1863, cuando contaba 1 mes y 20 días de nacido. Al tiempo de su heroico final, Toribio integraba, como Subteniente Abanderado, el Batallón Manco Cápac, comandado por el Coronel piurano Don Maximiliano Frías; y Alberto, era Subteniente del Regimiento de Artillería de Campaña, dirigido por Ezequiel de Piérola. A Toribio le faltaban 11 días para alcanzar los 19 años de su edad; y Alberto habría cumplido 18 años, 12 días después de su muerte. El Dr. Basadre destaca la actuación de estos jóvenes caídos en la defensa de Lima, pero no consigna sus exactas edades. Cf. Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú*, ob. cit. Tomo VI. Lima-Perú, 1962, pág. 2531.

Según tradición familiar, la hermana mayor de estos aventajados combatientes, Doña Mica María Seminario Cortés, recibió la espada perteneciente a uno de ellos, posiblemente Don Toribio, que le fuera remitida por el jefe chileno y que en efecto se conserva aún en Piura. Empero, la precitada versión no es auténtica, porque esa reliquia fue recogida del campo de batalla y llevada a Piura por Genaro Seminario, hermanastro por línea paterna de los adolescentes héroes y ayudante de su tío Augusto Seminario y Bascónes en el Batallón Piura.

⁸ La fecha hipotética del nacimiento de la madre de Don Miguel Grau, ha sido calculada a base de fuentes complementarias, porque la respectiva partida no ha sido habida y no existen los libros de bautismos de la catedral de Piura de los años 1802-1812, en los cuales habrían podido asentarse esos datos biográficos de carácter primario. Cf. *Libros parroquiales de ciudades del Perú. Libros parroquiales de la catedral de Piura (antes parroquia de San Miguel). Desde 1666 hasta la Independencia. Cortesía del Exmo. y Rvdmo. Monseñor Federico Pérez Silva, Obispo de Piura*, en "Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas". No. 8, Lima 1955, pág. 111. Ricardo Vegas García, sin la respectiva probanza documental, sostiene que en 1840 Doña Luisa Seminario del Castillo tenía 33

años, "de modo que nacería en 1807". Cf. Ricardo Vegas García, *Nace un héroe. Capítulo de una biografía novelada próxima a publicarse*, en "Fanal". Año VII, No. 32, 1952, pág. 27.

En su testamento inédito otorgado el año 1873, al cual nos referiremos a continuación, Doña Luisa declara tener 63 años, afirmación que en puridad no constituye prueba definitiva al respecto. Cabe sí observar que como su primer hijo, Roberto Díaz, nació en 1826, resulta permisivo el señalamiento cronológico del natalicio de Doña Luisa en ese lapso de 1807 a 1810.

Doña Luisa Seminario del Castillo dictó sus últimas disposiciones testamentarias, cuyos pormenores se ofrecen aquí por vez primera, a las 4 de la tarde del 5 de Diciembre de 1873 en su domicilio limeño de la calle del Quemado No. 65 [u Osorno, Jirón Maquegal]; y, según constancia del Escribano, se hallaba algo enferma, pero levantada y en el pleno ejercicio de sus facultades intelectuales. En esa declaración de su postrera voluntad, poco ceñida a la verdad y marcadamente elusiva como debió ser la propia Doña Luisa, declara haber sido casada con Don Pío Díaz en el cual hubo "tres hijos de los cuales viven nombrados Don Roverto y Don Emilio Díaz, y la tercera que falleció casada pero sin sucesión, nombrada Valvina". Itera que esos dos hijos varones, a los que designa sus albaceas y herederos universales, son "sus legítimos hijos y del expresado su marido"; y, por razones explicables en aquellos tiempos, agrega que "no tiene hijo natural de ninguna clase". En la enumeración de sus bienes constan variadas cantidades de dinero en efectivo, en poder de diversas personas, inclusive 31,000 pesos "a interés, según documento", de los que era acreedor su hijo Don Emilio Díaz; además de bonos, acciones y una casa en Piura. Entre sus legatarios, figura "su nieta Doña Corina Díaz a la cual le asigna 1,000 pesos, sin precisar su filiación; y señala 8,000 pesos a una señora" Doña Joaquina Díaz para que se le entreguen luego que esté espedita, pues por ahora aunque tiene treinta años de edad se halla enferma e incapaz", advirtiendo que si falleciere en ese estado, el legado debería pasar a "sus herederos legales y guardadores", los mentados Roberto y Emilio Díaz. Como otra de sus beneficiarias, favorecida con 2,500 pesos, aparece Doña Mercedes Elizalde, siendo de observar que en la genealogía de los Díaz existe un entronque con ese apellido Elizalde.

Sin mención alguna a su indiscutible relación maternal, restallan en este testamento los nombres de sus dos hijas, las hermanas enteras de Miguel Grau, Doña Dolores y Doña Ana Grau, a las cuales señala, respectivamente, 2,500 y 3,000 pesos en efectivo.

Testigos de esa disposición de última voluntad de Doña Luisa y llamados por ella misma, fueron Don Isaac Myer, Manuel Morote y Luis Sokolaski, sobre los cuales carecemos de mayor información. Cf. A. G. N. P. Protocolos. No. 866, Esc. Félix Sotomayor, Año 1873, fs. 981 vta.-983.

Repasando lo apuntado en el texto de este historial, la madre de Miguel Grau feneció sus días la noche del viernes 20 de Marzo de 1874, en la misma morada donde había extendido su testamento. La respectiva partida de defunción, asentada en la Parroquia del Sagrario, es del tenor siguiente: (Al margen) Seminario, Doña Luisa. "En la ciudad de Lima en veinte y dos de Marzo de mil ochocientos setenta y cuatro. En la Yglesia del Convento de la Merced se exequió con cruz alta el cadáver de doña Luisa Seminario, natural de Piura, viuda, deja dos hijos, testó ante el escribano público Sotomayor. Falleció de cáncer a la edad de sesenta y tres años y dicho cadáver fue conducido al Cementerio General, de que certifico" (fir-

mado) José Santos Chávez, Cura Rector. Cf. Archivo de la Parroquia del Sagrario de la Catedral de Lima. *Libro de Defunciones*. No. 19. 1872-77, fol. 177.

La invitación a las exequias, celebradas en la citada iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes a las 7 y media del día 22, se publicó en el periódico limeño *La Patria*, suscrita por sus hijos Roberto y Emilio Díaz y su sobrino Fernando Vegas, de la línea directa de Pedro Seminario y Jaime. Figura allí como "Luisa Seminario, viuda de Díaz"; y en el mismo órgano periodístico, el día 23, agradecen la asistencia al sepelio los "hijos y demás deudos" de "doña Luisa Seminario". En *El Comercio* del mismo 23 se inserta similar aviso de la "familia de la Sra. Luisa Seminario". Cf. *La Patria*. Año III, No. 848, Sáb. 21 de Marzo de 1874, pág. 2 (sección: Defunciones); Id. Año III, No. 849, Lun. 23 de Marzo de 1874, pág. 3; Id. *El Comercio*. Año XXXVI, No. 11946, Lun. 23 de Marzo de 1874, pág. 2 (sección: Defunciones).

Para terminar con estas informaciones, a base de fuentes primarias y de las cuales se ofrece razón por vez primera, debemos revelar el lugar de su enterramiento, a lo que parece asimismo desconocido u olvidado, no empece haber sido madre del máximo héroe peruano y de otras dos destacadas figuras del ejército y de la marina nacional. Fue sepultada en el cementerio Presbítero Maestro en un modesto nicho del cuartel de San Pedro Nolasco No. 106-D. La lápida de mármol blanco con luna, actualmente rota, lleva un marco de idéntico material, forma y dimensiones, en cuyo tercio inferior figura en dos líneas el siguiente epitafio: "Luisa Seminario de Dias. Falleció el 22 de marzo 1874". En el resto de la parte superior destaca en alto relieve una cruz flordelisada o hendida, rodeada por una rueda dentada de 14 puntas cuadradas que podría sugerir un presunto timón de buque. Cabe observar que algunas lápidas vecinas ostentan el mismo tipo de cruz, pero sin el señalado aditamento. Mi alumno Fernando Alfredo Ayllón Dulanto tomó nota de la leyenda y detalles de la precitada lápida; y mi discípulo Rafael Jaeger Requejo, tuvo a su cargo la verificación final.

⁹ Por lo que atañe a Pío Díaz, para nosotros de incógnita biografía, sólo cabe apuntar la colación bibliográfica de la referencia ofrecida en el texto acerca de su participación en la batalla de Pasto. En el *Aviso Oficial*. Colombia. *Derrota de los rebeldes de Pasto*, se recomienda "muy particularmente" a los que destacaron en esa acción y entre ellos se cita al Capitán Pío Díaz. Cf. *Gaceta del Gobierno*. Lima: Imprenta del Gobierno. Tom. 5º Núm. 8, Sábado-23-Agosto-1823-4º-2º, fol. 7.

Un homónimo, Pío Díaz, figura como Sub-Inspector de Policía el año de 1874. Cf. *El Nacional*. Lima, No. 2609, Lunes 23 de Marzo de 1874.

¹⁰ Sin intentos de engarzar completas biografías, no podemos excusar la mención de algunos datos, recogidos en el curso de nuestras investigaciones, acerca de esos tres hermanos maternos de Miguel Grau. Los dos varones, fruto de la primera unión de Doña Luisa Seminario con Don Pío Díaz, siguieron la carrera de las armas. El primogénito, Don Roberto Díaz Seminario, fue bautizado en la Iglesia Matriz de Piura con los nombres de José Anselmo Roberto, el 22 de Abril de 1826, de dos días de nacido y lo apadrinaron Juan Ansoátegui y su abuela materna Doña Joaquina del Castillo. Cf. Archivo Parroquial de la Catedral de Piura. *Libro de Bautismos*. No. 18, fol. 10, partida No. 83. Copia de esta partida me ha sido gentilmente remitida por el Dr. Carlos Robles Rázuri.

Revisando la plantilla del Escalafón General del Ejército de diversos años, verificamos que Don Roberto Díaz alcanzó el grado de Capitán Efectivo y Sargento Mayor Graduado en 1861; y en 1865 era ya Teniente Coronel Efectivo de Infantería. En 1900 figura en la lista del Cuerpo General de Inválidos como Coronel Graduado con cédula de Setiembre de 1899; y debió fallecer al año siguiente porque ya no aparece en las nóminas de años posteriores. Cf. Memoria que presenta el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra y Marina al Congreso Nacional de 1862. Lima, 1862. Doc. 2. *Escalafón General del Ejército*, pág. XXIII; Id. Memoria que presenta al Congreso Ordinario de 1888 el Ministro de Estado en el Despacho de Guerra y Marina D. Elías Mujica, pág. 30, No. 22 y pág. 89 del *Escalafón* anexo; Id. *Escalafón General del Ejército y la Armada*. Lima, 1899, No. 9; Id. *Escalafón General del Ejército*. Lima, 1900.

Su hijo, Godofredo Díaz, Guardiamarina de la Escuela Naval, gozaba de una pensión asignada por su padre, con cargo a sus haberes de Oficial Archivero del Ministerio de Guerra. En 1895, como la Tesorería del Callao no cumplió con el respectivo abono, le dieron de baja y se enroló en el Batallón "Pachacamac" del Ejército Restaurador, del cual egresó como Cabo Primero. Cf. *Foja de servicios de D. Godofredo Díaz*. Archivo del Museo Naval del Perú. Callao.

Por lo que respecta a Don Emilio Díaz, con el apoyo de su foja de servicios en la marina de guerra y otras fuentes supletorias que hemos ubicado, es agible reconstruir los hitos fundamentales de su vida profesional, de condigna trayectoria y en muchas de sus etapas más o menos paralela a la de su hermano Miguel Grau, con el cual por lo menos debió mantener contactos profesionales, aunque no se han señalado documentalmente las huellas reveladoras de tales relaciones.

Según la partida que figura en su expediente, Don Emilio Díaz, quien tampoco usaba el apellido materno, fue bautizado el 21 de Noviembre de 1828, sub conditione, en la Parroquia de la Santísima Trinidad de Sullana por el "Cura compañero", Manuel Norberto Reyes, con el nombre de Manuel Emilio y como "hijo legítimo de Don Pío Díaz y de Doña Luisa Seminario". Actuó de padrino, el Coronel Jefe del Estado Mayor Pedro Bermúdez y, al igual que a su hermano Roberto, lo amadrinó su abuela materna, Joaquina del Castillo. Cf. *Libro Parroquial de la Iglesia de la Santísima Trinidad de Sullana que principia en 4 de Junio de 1826 y concluye 21 Mayo 1834*, fs. 75, partida No. 635.

Don Emilio Díaz estudió como externo en el establecimiento de educación de la calle Banco del Herrador y su Director, Don Clemente Noel, de calificado ancestro piurano y hermano del heroico marino Don Juan Noel y Lastra, certifica, el 17 de Noviembre de 1847, su aprovechamiento en Ciencias Matemáticas y su intachable conducta. El 6 de Noviembre de ese mismo año había solicitado personalmente su ingreso a la Armada Nacional como Guardiamarina. Sus ascensos en la marina de guerra fueron regulares hasta alcanzar, el 25 de Agosto de 1865, la clase de Capitán de Navío Graduado en la cual continuaba en 1871. Su larga carrera en la Marina, fue de cumplida y discreta corrección. Sirvió en diversos buques de la Armada, entre ellos el "Vigilante", "Ucayali", "Amazonas", "Lerzundi", "Izcuchaca", "Sachaca", en algunos de los cuales, si bien casi siempre en diversos años, estuvo también su hermano Miguel Grau. Precisamente, el 10 de Junio de 1855, cuando servía Grau en el "Vigilante" e intentó infructuosamente el salvamento del aspirante a marino, Manuel Bonilla, era Comandante de ese buque Don Emilio Díaz al cual hubo de dirigir el parte respectivo. Cf. *Archivo del Museo Naval del Perú*. Callao. 1855.

Emilio Díaz cumplió, asimismo, misiones de servicio en Europa y practicó en la armada francesa. Entre los cargos que desempeñó en el Perú, figuran los de Capitán de los puertos de Paita, San José, Pisco, Chincha, Islay, Arica y el de Jefe de la Comisión de Reconocimiento de las islas guaneras. Al acaecer la revolución de Vivanco, comandaba el vapor de guerra "Izcuchaca" y, en actitud opuesta a la adoptada por su hermano Miguel Grau y la gran mayoría de la escuadra, puso el buque a disposición del Gobierno.

Durante la guerra con España, participó en el combate del 2 de Mayo, actuando en el Arsenal y Castillo de la Independencia como Capitán de Fragata bajo el mando del Comandante Ignacio Mariátegui. Empero, no tomó parte en Abtao donde Miguel Grau tuvo tan lucida figuración. En el curso de la Guerra del Pacífico, era Jefe de las baterías de la Torre de la Merced en el Callao; y en 1880, durante el bloqueo y bombardeo de la plaza, combatió como Mayor de Ordenes del Departamento contra la escuadra chilena. Prisionero de guerra, el 17 de Enero de 1881, se le puso en libertad bajo su palabra y se le dio por cárcel la ciudad de Lima.

En años posteriores a la ocupación, ya con el grado de Capitán de Navío Efectivo, desempeñó importantes funciones, entre otras, en la Junta Superior de Marina y Director de Marina, cargo que continuaba ejerciendo en 1900. Dos años más tarde, en 1902, cuando ocupaba la vocalía de la citada Junta, se le expidió cédula de licencia indefinida. No empecé, a pesar de su mal estado de salud, que motivó sus frecuentes licencias, generalmente para retirarse a la ciudad norteña de su nacimiento, alcanzó a vivir por lo menos hasta el año de 1906. Cf. Archivo del Museo Naval del Perú. Callao. Hoja de Servicios de Emilio Díaz. Id. Memoria que presenta al Señor Ministro de Guerra y Marina acerca del estado de la formación de los cuerpos de la Guardia Nacional, el Inspector General de la Institución Coronel D. Justiniano Borgoño. Lima, 1888. V. Anexos de Marina. Anexo No. 20: Escalafón General de la Armada; Id. Anexo No. 27: Relación nominal de los sitiadores y asistentes a los combates de "Abtao", "2 de Mayo" y "Punta Angamos" que están inscritos en el Escalafón General de la Armada; Id. Escalafón General del Ejército y la Armada. 1899. Lima, 1899. Vid. Cap. de Frag. Manuel I. Vegas G. [arcía], *Historia de la Marina de Guerra del Perú. 1821-1924*. Publicaciones del Museo Naval del Perú. Biblioteca del Oficial. Vol. I. Lima, 1978, págs. 97, 307, 312.

Parece oportuno anotar que a la llegada de las reliquias mortuorias de Miguel Grau, en el cortejo fúnebre del 15 de Julio de 1890, figura el Capitán de Navío Emilio Díaz, sin mención de parentesco, llevando las cintas del féretro al lado de los Contralmirantes Lizardo Montero y Antonio A. de la Haza y los Capitanes de Navío Camilo Carrillo, Amaro G. Tizón, Joaquín Guerra, Aristides Aljovín y Antonio de la Guerra. Cf. *El Comercio*, 11 y 16 de Julio de 1890; Id. *El Peruano*. Boletín Oficial. Lunes 14 de Julio de 1890.

Un Guardiamarina, Emilio Díaz, integraba, el 17 de Marzo de 1880, la plana mayor de la Corbeta "Unión", comandada por el Capitán de Navío Manuel A. Villavicencio; y por los años de 1910 residían en Lima, en el Jirón Moquegua, calle Animitas 117, el marino D. Emilio Antonio Díaz y el ingeniero Ernesto Díaz, ambos peruanos. Cf. Manuel I. Vegas G., *Historia de la Marina de Guerra del Perú. 1821-1924*, ob. cit., pág. 330; Id. Pedro E. Paulet, *Directorio Anual del Perú*. Publicación hecha bajo los auspicios del Ministerio de Fomento. Imprenta del Estado. Escuela de Artes y Oficios de Lima (Perú), 1910, pág. 638.

En lo atañadero a Balbina Díaz Seminario, la segundogénita y única hija habida en ese matrimonio de Doña Luisa con Don Pío Díaz, además de las informaciones halladas en el Arc. R.T.T., hemos ubicado otras huellas de su intrascendente y corta existencia. El 4 de Mayo de 1848, previa dispensa de proclamas, contrajo enlace con Pedro José Rodríguez en la Catedral de Piura, ante el P. Fr. Pedro Dámaso Ruiz, Teniente de Cura de la misma, actuando como testigos Miguel Rodríguez y José María Urbina. En la respectiva partida matrimonial figura como Balbina Jacoba Díaz Seminario, natural de San Miguel de Piura e hija legítima de Don Pío Díaz y Doña Luisa Seminario del Castillo. Cf. Archivo Parroquial de la Catedral de Piura. *Libro de Casamientos*, No. 6, fol. 32, partida No. 117. El desposado era natural de Lima, hijo legítimo de Pedro Rodríguez, ya fallecido, y de Manuela Sarmiento y, en razón de su próximo viaje a Lima por motivos de negocios, había otorgado poder, el 24 de Marzo de 1847, a Juan Seminario del Castillo, tío carnal de su futura consorte. Cf. Arc. Dep. Piura, *Protocolos*. Esc. Manuel Rebolledo, Leg. 87, Año 1847.

La unión matrimonial de esta hermanastra materna de Miguel Grau duró tan sólo 7 meses porque falleció el 8 de Diciembre del mismo año de su enlace. Su tumba en el cementerio piurano de San Teodoro, cercana a la de su tío abuelo, el prócer Miguel Gerónimo Seminario y Jaime, es sencilla y cubierta con la usual laude de mármol, cuya parte superior está exornada con la representación de una figura plañidera y al lado adornos florales de tipo funerario. El texto del epitafio, todo él en letras mayúsculas, es el siguiente: "Balbina Díaz y Seminario/Nació en 25 de Mayo de 1828: dejó de existir [en bl.] de Diciembre de 1848; llevando en su seno a la tumba el primer fruto de su lejítimo y puro amor. Esposa tierna e inocente volo a la gloria dejando sumido en llanto inagotable al desventurado que cifro su vida su gozo su felicidad; y que ya nada quiere, nada espera por consuelo, sino que unida su alma a la de Balbina y su hijo en el cielo, puedan también reposar unidos sus restos mortales bajo esta losa que con doble angustia de esposo y padre consagra a su memoria./Pedro José Rodríguez.

Si bien en esa inscripción sepulcral no figura el día del fallecimiento de Doña Balbina, en el *Libro No. 1 de Nichos perpetuos* del cementerio consta la siguiente anotación: "Balbina Díaz y Seminario... San Carlos... Nicho N 13—Se sepultó 8 de Diciembre 1848". En lo tocante a la fecha de su natalicio, cabe observar el escaso lapso entre el 25 de Mayo de 1828, indicado en esa lápida y no averado por la respectiva partida, y el 21 de Noviembre de 1828, fecha en la cual, según documentación fidedigna, se bautizó su hermano Emilio. A todas luces, ese señalamiento cronológico inscrito en la losa funeraria es inexacto.

Agradecemos a la Srta. Isabel Ramos Seminario el envío de la copia de la partida matrimonial de Doña Balbina, que nos ha permitido verificar los respectivos datos del Arc. R.T.T. Por lo que respecta al epitafio fúnebre, la misma Srta. Ramos nos remitió gentilmente su transcripción; y el Sr. Dr. José Estrada Morales colaboró en la confrontación del texto, por lo cual cumplimos con expresarle similar reconocimiento.

¹¹ Corresponde aquí la referencia al trabajo del Dr. Barreda sobre el Dr. Newell por tratarse de la investigación más completa sobre ese personaje, cuya primera mención relacionándolo con el nacimiento de Grau se debe, según parece, al Dr. Vegas García. Cf. Ricardo Vegas García, *Nace un héroe*, ob. cit. pág. 25; Felipe A. Barreda, *Un médico y un marino extranjeros ligados a nuestra historia*, en "Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas". No. 8, Lima, 1955, pág. 337 y sigs.

¹² Transcribimos, por vez primera completa y con su exacta colación bibliográfica, la respectiva partida bautismal: "Miguel María Grau./Año del Señor de mil ochocientos treinta y cuatro, a los tres de Septiembre yo el Inter de la Matriz, D. Juan Blanco puse Oleo y Crisma á Miguel María a quien en caso de nesesidad [sic], le Bautisó el Presbítero D. Santiago Angeldonis, de un mes y siete días de nasido hijo natural de D. Juan Manuel Grau y Doña Josefa Castillo, fueron sus Padrinos Don Manuel Ansoategui y Doña Rafaela Angeldonis a quienes advertí sus obligaciones y Espiritual parentesco y para que conste lo firmo. Juan Blanco". Cf. Archivo Parroquial de la Catedral de Piura. *Libro de Bautismos*, No. 19, fol. 80 vta., partida No. 953. (He cotejado personalmente la copia de esta partida existente en el Arc. R.T.T. con su original). Para prevenir agibles interpretaciones de rivadas de esta fuente primaria, conviene iterar que, con toda evidencia, la madre del héroe fue Doña Luisa Seminario del Castillo. (Cf. nota 8 ut supra y 19 infra). Por razones cuyo examen no alcanza a esta tasada semblanza, en el mentado testimonio bautismal figura como Josefa Castillo, utilizando un nombre de pila muy familiar en las mujeres de su rama materna, como es el caso de su propia hermana, Josefa Seminario del Castillo, legítima consorte de Don Vicente Navarrete; y de su tía carnal, Doña María Josefa del Castillo. (Cf. nota 6 ut supra). Por otra parte, la propia Doña Luisa figura en algunos documentos como Luisa Josefa. Cf. Manuel I. Vegas G., *Historia de la Marina de Guerra del Perú. 1821-1924*, ob. cit., pág. 234; Id. Miguel Grau, en "El Tiempo". Suplemento conmemorativo del IV Centenario de la Fundación de la Ciudad de San Miguel de Piura. Piura, 15 de Julio de 1932, s.p. Aunque sin precisar el contenido de ese mentado testimonio bautismal, ni señalar los datos pertinentes a su repositorio de origen, corresponde a los historiadores piuranos, los repetidos Manuel I. y Ricardo Vegas García, la divulgación primicial del apellido materno de Miguel Grau, apellido que el héroe, siguiendo una generalizada costumbre, no usó en su documentación pública ni privada, con excepción de la actuada al contraer vínculos matrimoniales. Cf. Manuel I. Vegas G., *Historia de la Marina de Guerra del Perú*, ob. cit. pág. 233-34 (Cabe recordar que la primera edición de esta obra es del año 1929); Ricardo Vegas García, *Nace un héroe*, ob. cit. págs. 24-27.

Por otra parte, los Drs. Barreda y Arosemena se limitan a consignar la fecha del bautismo de Miguel Grau, los nombres de los padrinos y, sin especificaciones, los de sus progenitores. Como referencia documental sobre ese acto bautismal, el Dr. Barreda indica que se anotó en el "T. 8, fs. 337" de la parroquia de San Miguel de Piura; y el Dr. Arosemena, a su vez, señala que se "asentó y suscribió la partida, bajo el No. 953, en el libro respectivo". Cf. Felipe A. Barreda, *El Caballero de los Mares Almirante Miguel Grau*, ob. cit., pág. 30; Id. Geraldo Arosemena Garland, *El Almirante Miguel Grau*, ob. cit. pág. 2, nota 1.

¹³ Entre los muchos testimonios sin rescatar de esta hermana entera de Miguel Grau, no deja de ofrecer interés el tocante a un pedido de donativos para las ambulancias de guerra el año de 1880, patrocinado por "los descendientes de franceses y amistades", en la "Casa Perret", de la calle de Mercaderes. En la lista de donantes, figura "Dolores Grau de Gómez". Cf. *La Opinión Nacional*, 20 de Noviembre de 1880.

La foja de servicios del Teniente Coronel Manuel María Gómez, figura en el archivo del Ministerio de Guerra y fue dada a conocer por el Dr. Barreda. Cf. Felipe A. Barreda, *El Caballero de los Mares Almirante Miguel Grau*, ob. cit. pág. 27. Habida cuenta de las normas señaladas a estos apuntes, hemos de limitarnos a la simple mención de algunos datos

complementarios que pueden tal vez servir de apoyo a futuras apostillas biográficas sobre este hermano político y muy allegado a Miguel Grau.

A tenor de esa foja de servicios, cuya actual catalogación en el Archivo de Guerra ha sido cambiada al No. 3, el 6 de Julio de 1856, el Coronel Manuel María Gómez figuraba como natural de Trujillo, casado y con 40 años de su edad. Entre los cuerpos y cargos que sirvió, aparece el de la "mayoría de plaza en Piura", ocasión de la cual pudo conocer a su futura consorte, Doña Dolores Grau y Seminario. Después de una larga y asendereada carrera militar que corre al hilo de las luchas civiles de aquellos tiempos, fue separado del ejército en 1855, a raíz de la batalla de Las Palmas; y, tras otros avatares, el 28 de Junio de 1877 se le llamó al servicio activo como Vocal de la Junta Revisora de Ordenanzas Militares. En la Guerra con Chile, tras el punzante golpe que le significó la pérdida de su cuñado en Angamos, este militar, pundonoroso y sin tacha, se enroló como soldado en el Batallón 4 de la Reserva de Lima, sucumbiendo en el campo de batalla de Miraflores ese 15 de Enero de 1881 que selló, asimismo, el heroico final de los hermanos Seminario Cortés, tan cercanos familiares de su esposa Doña Dolores. En el *Escalafón General del Ejército*, del 30 de Junio de 1888, entre los jefes y oficiales fallecidos, figura su nombre con la siguiente anotación: "Arma de Infantería". "Coronel Manuel María Gómez. En Miraflores, 15 de enero de 1881". Sus restos reposan en la Cripta de los Héroes del Cementerio Presbítero Maestro, nicho 22-D, con la siguiente leyenda: "Ciudadano. Gómez, Manuel M. Miraflores". El Dr. Barreda indica que su nombre aparece, además, en la placa mural No. 5. Al respecto, observamos que si bien en la Guía de ese monumento conmemorativo se registra en esa placa No. 5 al "Coronel Manuel A. Gómez", nos parece evidente que se trata en efecto del mismo personaje. Cf. Felipe A. Barreda, ob. cit. pág. 28; Id. *Santuarios Patrióticos. Cripta de los Héroes de la Guerra de 1879. Guía histórica y biográfica*. Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú. Lima-Perú, 1968, págs. 14, 21.

Su viuda, Doña Dolores Grau, al reclamar su pensión de montepío, el 7 de Enero de 1884, alegaba que su esposo había muerto en el campo de batalla de Miraflores, peleando "como soldado en el Batallón 4 de la Reserva de Lima". Tras dilaciones y problemas, figura ya en las listas de pensionistas de guerra como "viuda del Coronel don Manuel María Gómez", con la respectiva constancia del lugar y fecha de su defunción y con cédula del 14 de Marzo de 1887. Cf. *Memoria que presenta al Congreso Ordinario de 1888 el Ministro de Estado en el de Guerra y Marina D. Elías Mujica*. Lima. 1888. Anexo 17, pág. 287. Id. en la misma *Memoria: Alteraciones que ha tenido el Escalafón General del Ejército y los anexos durante el tiempo de su impresión*. Anexo 13.

Doña Dolores Grau viuda de Gómez feneció sus días, el lunes 10 de Diciembre de 1906, en su domicilio de la calle Lezcano No. 22 y en esa luctuosa fecha se confirma la gran intimidad existente entre las hermanas enteras de Miguel Grau y la que fuera su esposa. La morada de Lezcano, casa del héroe, albergó también a Dolores y Ana Grau, y según remembranzas de sus descendientes en uno de sus triunfales retornos, el pueblo lo aclamó frente a su portada. Cf. *El Comercio*. No. 61127, Domingo 14 de Marzo de 1954, pág. 3. Participan el fallecimiento de esa hermana de Grau y la traslación de sus restos, a cumplirse el día siguiente, su "hermana política, sobrinos y demás relacionados", o sea su colomboña, la mentada Doña Dolores Cabero viuda de Grau, y los hijos del héroe. A su muerte, la hija de Juan Manuel Grau y Berrio, "gran soldado de la Emancipación americana", hermana del héroe de Angamos y viuda de

otro bizarro defensor de la Patria, no recibió el homenaje que le era debido. Arrastraron el duelo sus sobrinos, Rafael, Oscar y Miguel Grau Cabe-ro, pero el periódico dedicó cortas líneas al suceso que contrastan con la dilatada relación, inserta el mismo día, sobre el sepelio de una Sra. Lucre-cia H. de Zapata. Cf. *El Comercio*. No. 30660. Ed. de la tarde, Lun. 10 de Dic. de 1906; Id. No. 30661, Martes 11 de Diciembre de 1906; Id. No. 30663, Miércoles 12 de Diciembre de 1906; Id. No. 30664, Ed. de la tarde, Miércoles 12 de Dic. de 1906.

14 A modo de simple vistilla, cabe asentar que la viuda de Noel, Ma-ría de la Cruz Andrade, figuraba el año 1888 como pensionista del ramo de la Marina, al lado de la viuda de Grau. (Cf. *infra* nota 19).

15 En su *Relación de los buques en que ha nabegado* (sic) el que suscribe, publicada por vez primera en el diario *El Comercio* del 13 de Mar-zo de 1954, enumera sus embarques en las naves "Tescua", "Florita" y "Jo-sefina" al mando del Capitán Manuel F. Herrera, la última de ellas "en ser-vicio de paquete" conduciendo la valija de Europa "y cesó por haberse es-tablecido la línea de vapores". Casi sin interrupción, siguieron sus alista-mientos en la "N. A. Ballenera Oregón", dedicada a ese lucrativo tráfico, en la guanera "Peruana", el "Conroy" y en las fragatas "Gresmau", [sic] "Cosar", "Wich Craf", "Estay Hong", "Siroom" y "Goll and Egell" [sic], las cinco últimas de bandera norteamericana. Este testimonio documental, es-crito de puño y letra de Grau, lleva su firma, a todas luces la de sus muy juveniles años. Puede revestir apreciable interés señalar que el comercian-te inglés Carlos Higginson, radicado en Paita, lo ayudó para su enrolamien-to en uno de esos buques de bandera británica, dedicado al transporte de carbón de piedra desde Inglaterra.

16 Todo lo conocido sobre esa etapa inicial de la formación intelectual de Grau, se limita a muy escuetos datos al sesgo de los elogios o semblan-zas pioneras sobre el héroe, no faltando inclusive alguna aislada mención sobre su tránsito por el Convictorio Carolino. En esta línea referencial, Gon-zález Prada menciona que estudió la "instrucción primaria en la Escuela Náutica de Paita" y que "se trasladó a Lima para continuar su educación en el colegio del poeta Fernando Velarde". Cf. Manuel González Prada, Grau, en *Homenaje a Grau*. Centro Naval del Perú. Marina de Guerra del Perú. Lima, 1979, pág. 84. Manuel I. Vegas García, asimismo sin el apoyo de fuentes documentales, afirma que después de su primer naufragio, cuando "tenía apenas once años", o sea entre Marzo de 1843 a 1844, fecha de su siguiente embarque, estudió "en el colegio de instrucción me-dia de don José Nieto y pasó después al de don Manuel Zapata en donde tuvo como profesor al poeta español desterrado don Fernando Velarde, quien, a la muerte del héroe, cantole en versos". Cf. Manuel I. Vegas G., *Historia de la Marina de Guerra del Perú. 1821-1924*, ob. cit. pág. 234. So-bre este punto, hemos de concretarnos a observar que en Marzo de 1843, Grau sólo contaba nueve años de su edad y no los once que le atribuye Vegas García. Por otra parte, Fernando Velarde, de cepa santanderiana, "en 1847 vino al Perú, donde estuvo hasta 1855". Cf. José de la Riva-Agüero, *Carácter de la literatura del Perú Independiente*, en "Revista Universita-ria" (Universidad Mayor de San Marcos). Año III, Tomo I, Números 18-22, Abril-Agosto, 1908, pág. 181. A mayor abundamiento, no existe ninguna pro-banza conocida acerca de esos estudios de Grau, con la sola excepción del testimonio de Velarde, quien lo menciona, con toda precisión como su constan-te alumno "allá en la noble y opulenta Lima". Cf. Fernando Velarde, Grau, en *Homenaje a Grau*. Centro Naval del Perú, ob. cit. pág. 28.

En lo que concierne a la Escuela Náutica, es punto conocido que el año 1843 se fundaron dos centros de la especialidad: la central en Lima (Ca-

llao) y la de Paita, destinadas a preparar "pilotos facultativos" para la marina mercante, con opción para que los egresados pudieran ingresar a la marina de guerra con el grado de guardiamarinas. Director General de ambas Escuelas Náuticas fue el Capitán de Navío y futuro Contralmirante de la Armada peruana, D. Eduardo Carrasco, Cosmógrafo Mayor, Catedrático de Prima de Matemáticas en la Universidad de San Marcos, eminente científico y editor del *Calendario y Guía de forasteros de la República* durante el período 1840-1857. La práctica de los alumnos se cumplía en el pailebot "Vigilante", a cargo de una selecta plana de profesores. Por lo que se refiere a Miguel Grau, hasta el momento no se ha ofrecido prueba fehaciente de su asistencia a esa escuela paiteña.

17 En cuanto a su muy difundida foja de servicios en la Marina de Guerra peruana, sólo nos resta precisar que el original, firmado por el propio Grau y fechado en el Callao el 31 de Julio de 1873, que se conserva en el Archivo del Museo Naval del Perú, registra los siguientes datos sobre el héroe: "El Capitán de Navío de la Armada D. Miguel Grau su país Piura/ su estado casado su edad 39 años, sus servicios y circunstancias, las que se expresan". Figuran a continuación, como es de rigor, el renglón de "Empleos y fechas en que los obtuvo" y el "Tiempo que ha servido en cada clase", hasta el fin de Julio de 1873, totalizando 19 años, 4 meses y 17 días, alcanzando con los abonos por la campaña y el combate de Abtao, 20 años, 10 meses y 17 días de servicios. Por lo que atañe a los buques y destinos en que sirvió, como último cargo aparece el de Comandante del vapor de torreon "Huáscar"; y en punto a las "Campañas y acciones de guerra en que se ha hallado", se anotan la campaña contra la escuadra española en 1866, al frente de la Corbeta de Guerra "Unión", bajo las órdenes del Comandante en Jefe de la División Naval de Operaciones del Perú, Capitán de Navío Manuel Villar; y su repetida actuación en Abtao, al mando del mismo buque. La correspondiente constancia, de ese mismo año de 1873, lleva la firma del Comandante General de La Marina, Diego de la Haza; y certifica la hoja de servicios, el Capitán de Navío graduado, Amaro G. Tizón. Cf. *Archivo del Museo Naval del Perú*. Callao. Debemos hacer reconocida mención de la amplia acogida brindada por los directivos del Museo Naval del Perú para nuestras investigaciones en ese repositorio. Nuestro agradecimiento al Capitán de Navío, José Valdizán Gamio, Supervisor de Museos y Monumentos Navales; y al Capitán de Corbeta, José Carlos Cosío, Director del precitado Museo Naval.

El Cap. de Frag. Manuel I. Vegas G. reproduce la misma foja de servicios, con la firma de Grau, pero actualizada al 10 de Octubre de 1877, cuando Miguel Grau asumía 43 años de edad contaba con 25 años, 2 meses y 26 días de servicios y era Comandante General de Marina. Cf. Manuel I. Vegas G. *Historia de la Marina de Guerra del Perú 1821-1924*, ob. cit., 2ª ed. Ministerio de Marina, Secretaría General de Marina. Biblioteca del Oficial, V. No. 1, Lima, 1973.

El Dr. Arosemena, a su vez, da a conocer "la foja auténtica, encontrada en el camarote del Comandante del "Huáscar" después del combate de Angamos", fechada el 20 de Agosto de 1879. En la reproducción de la misma no aparece la firma de Grau, se le reconocen un total de 26 años, 11 meses y 6 días de servicios; y la certificación del repetido Amaro G. Tizón, indica que "es copia fiel de la que existe archivada" en la respectiva oficina de la Marina. Cf. GERALDO AROSEMENA, ob. cit. págs. 161-163.

Finalmente, la reciente publicación de la Marina de Guerra sobre Grau, incluye una foja de servicios con datos diversos de los registrados en la

original de 1873. En sus generales de ley, el héroe figura como "Miguel Grau Seminario", se consigna la fecha de su natalicio, los nombres de sus padres "Dn. Manuel Grau y Berrio y Doña Luisa Seminario y del Castillo", así como también el nombre y edad de su consorte, Doña Dolores Cabero y Núñez. Por otra parte, se actualizan sus servicios al 26 de Agosto de 1879, o sea 6 meses más de los que figuran en el testimonio presentado por el Dr. Arosemena; y, en el rubro de "campañas y acciones de guerra en que ha actuado", se hace una larga reseña de las mismas hasta el final de Grau en Angamos. No aparece tampoco la firma del héroe, ni las constancias y certificaciones y sólo se señala como fuente el "Museo Naval del Perú". Cf. *Homenaje a Grau*. Centro Naval del Perú, ob. cit. págs. 215-217.

¹⁸ Como todas las figuras de grandes excelencias, no empecé su inmaculada trayectoria vital, cúpole a Grau enfrentar un anónimo y mezquino ataque periodístico, inspirado en ostensibles intereses políticos, en particular por su adhesión a Balta. La digna respuesta del héroe, alturada y honesta, además de comportar la definitiva refutación de tan alevés arterias, le permitió esclarecer, como hemos expuesto, sugestivos aspectos de su propia biografía. Cf. *El Nacional*, No. 2606, Viernes 20 de Marzo de 1874, "Boletín del día"; Id. *La Patria*, No. 848, Sábado 21 de Marzo de 1874, sección "Remitidos" No. 1258.

¹⁹ Archivo Arzobispal de Lima. *Expedientes matrimoniales*. 1867, Marzo, No. 11. Id. Archivo de la Parroquia del Sagrario de la Catedral de Lima. *Libro de Matrimonios*. 1868-1873. fs. 46 vta. y 47.

Las velaciones de Miguel Grau y Dolores Cabero y Núñez se celebraron el 17 de Setiembre de 1873, ante el Dr. Pedro García y Sanz, actuando como testigos el Capitán de Navío Francisco Sanz, Joaquín Sanz y Felipe Cox. Consta esa ceremonia en el precitado *Libro de Matrimonios* del Sagrario.

El Dr. Barreda menciona la existencia del expediente eclesiástico, pero sólo utiliza y ofrece la colación bibliográfica del "T. 16, fs. 46", que corresponde, como se ha señalado, a la partida matrimonial. A su vez, el Dr. Arosemena se circunscribe a ese mismo documento. Cf. Felipe A. Barreda, ob. cit. pág. 31; Id. Arosemena Garland, ob. cit. pág. 46.

Por lo que se refiere a la genealogía de Doña Dolores Cabero y Núñez, nos remitimos al estudio del Ing. Táller. Cf. Guillermo Luis Táller Barúa, *Los Cabero del Perú y sus ascendientes en Granada, Avila y Aragón*, en "Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas", No. 5, Lima, 1950-1951, págs. 124 y sigs.

La viuda de Grau figura como pensionista del ramo de Marina, en las mismas listas, como ya se apuntó, en que figura la viuda del Capitán Noel. Cf. *Memoria que presenta al Señor Ministro de Guerra y Marina acerca del estado de la formación de los cuerpos de la Guardia Nacional el Inspector General de la institución Coronel D. Justiniano Borgoño*. Lima, 1888. Anexo No. 28. Montepíos de Marina, págs. 1 y 3. Por los años de 1910, Doña Dolores de Grau vivía en Chorrillos, en el jirón del Tren, calle sexta, número moderno 147; y figuraba como abonada a "El Comercio". Cf. Pedro E. Paulet, *Directorio Anual del Perú*, ob. cit. pág. 661. Empero, fue en la calle Sagástequi, de la parroquia de los Huérfanos, donde feneció sus días el año 1926.

²⁰ La esposa de Grau estaba vinculada con las familias de mayor figuración social de la época. En la lista de las 50 damas nominadas por la

Municipalidad de Lima, en 1879, para recaudar fondos con destino a las ambulancias y damnificados de guerra, figura, junto con su madre, al lado de las señoras, Orbegoso, Barreda, Olavegoya, Moreyra, Laos, Diez Cansaco de Castilla, etc., etc. Por otra parte, confirmando una vez más, la intimidad del núcleo familiar que rodeaba a Miguel Grau, su hija María Luisa, entre el manojito de reminiscencias sobre su padre, relata los paseos del héroe con sus hijos y sobrinos políticos, los Soyer Cabero, por el Parque de la Exposición, levantado en los antiguos fundos de San Martín, Santa Beatriz y Huerta de Matamandinga e inaugurado el año 1872. Cf. *El Comercio*. No. 61127, Domingo 14 de Marzo de 1954, pág. 3.

A la influencia de ese círculo femenino, pudo obedecer la deferencia que mereció Grau de los más visibles elementos del clero limeño. A guisa de simple acotación, cabe mencionar un olvidado testimonio. Después del primer combate de Iquique y el naufragio de la "Esmeralda", la Junta Directiva de la Congregación "Hijas de María del Santuario de Monserrat, publicó un elogio del héroe en el cual lo califican de "entusiasta hermano de nuestra Sociedad"; y es de observar que su nota de agradecimiento, la dirige Grau al Presbítero Dr. José Antonio Villón, Director de esa asociación. Cf. *La Patria*, 6 y 13 de Junio de 1879. En todo caso, sería interesante rescatar ese filón de las ideas religiosas del héroe, contrastando las fuentes existentes, a las veces muy contradictorias sobre esa temática.

²¹ Entre las distintas piezas que integran el proceso, figura el testimonio de Miguel Grau "casado, natural de Piura, residente en ésta, Capitán de Navío Graduado y Comandante del Monitor de Guerra "Huáscar", católico". (El subrayado es nuestro). Revisamos ese expediente en el antiguo Archivo Nacional de Perú y el Dr. Equiguren reproduce algunas de sus piezas más importantes. Cf. Luis Antonio Equiguren, *Leyendas y Curiosidades de la Historia del Perú. Miscelánea. 2º Tomo de la Colección Las Calles de Lima*. Lima, 1946, pág. 155.

²² V. *El Comercio*. No. 11354, Viernes 2 de Agosto de 1872; Id. *El Peruano*. Boletín Oficial. T. II. Año 30. Sem. 2º Núm. 9. Martes 6 de Agosto de 1872, págs. 59-61. Id. *El Peruano*, Núm. 11, Miércoles 14 de Agosto de 1872, págs. 93-94. Sobre este trascendental suceso de la historia peruana, en la cual destaca la decisiva intervención de Miguel Grau, el Dr. Martín recoge interesantes documentos del archivo del Dr. José Pardo y Barreda. Cf. José Carlos Martín, *1872*. Lima, 1974, págs. 32-33.

²³ Cf. nota 18, up supra.

²⁴ Las principales piezas jurídicas del expediente actuado sobre este motín de cariz casi legendario, han sido publicadas por el Dr. Equiguren. Cf. Luis Antonio Equiguren, *ob. cit.* págs. 199-215.

²⁵ A raíz de su renuncia a la Comandancia General de la Marina para reintegrarse a la Cámara de Diputados, la Marina, "haciendo justicia a los méritos que había contraído en aquel cargo", le ofreció un banquete en el transporte la "Limeña". Cf. *El Comercio*. No. 14155, ed. de la tarde, 11 de Julio de 1878.

²⁶ En función de nuestra particular perspectiva, consideramos que para aquilatar en toda su dimensión la personalidad de Miguel Grau, sería muy elocuente la compulsa avizora de sus actividades de orden político y, a un tiempo mismo, el enfoque de sus posiciones ideológicas. Preciso es tener a la vista que no fue tan corto el espacio que en su acontecer vital ocupó el quehacer político. Sus gestos de condigna rebeldía en la revolución

vivanquista contra Castilla en 1856, apenas ingresado al servicio, contra Pezet en 1865, y contra los Gutiérrez en 1872, fueron todos ellos impulsados por razones ideológicas similares y por la misma y unívoca línea principista. Ejerció, además, como bien es sabido, altos cargos en la Marina y en sus informes y "Memoria" se perfilan con nitidez sus planteamientos y posiciones, que merecerían detallado análisis crítico, como cuando protesta contra las intromisiones de la autoridad política en la administración, en cuyos actos, según expresa, debe reinar siempre la justicia, señalando con énfasis que una autoridad para gozar de prestigio "no debe declinar de sus deberes, como tampoco abrogarse los ajenos"; o cuando esboza sus ideas acerca de la formación de los oficiales de la Marina de Guerra, a los cuales debe exigírseles abnegación y costumbres severas para que "no echen de menos los alicientes naturales de la vida de tierra", ni "las comodidades de la vida doméstica".

Connotado civilista y amigo personal de Pardo, al cual visitó en 1877 en el balneario chileno de Cauquenes, su figura se perfila al hilo de la historia de ese Partido y en cada uno de los ~~graceros~~ políticos de la época, a la vera de otros egregios marinos, como Aurelio García y García, Lizardo Montero, el novelesco caudillo piurano ídolo de la juventud limeña, y del notable científico paitiense, Camilo Carrillo, Director de la Escuela Naval.

La consideración especial que le guardaba Pardo se hace ostensible cuando, al pedir informes acerca de su elección como Senador por Junín, especificó que se consultara a Grau. Al respecto, Ernesto Malinowski, en carta del 6 de Marzo de 1878, expresaba: "Ud. me escribe sobre Grau; que se puede contar con él completamente en cuanto a lo que toca a Junín". Cf. José Carlos Martín, *Manuel Pardo en Chile*, Lima, 1978, pág. 34.

Frente a las adversas circunstancias y presentimientos que confirmarían los hechos, al igual que sus más cercanos familiares y muchos de sus amigos y partidarios, desde Junio de 1878, Grau se manifestó opuesto al retorno de Pardo. En sus funerales, el jueves 21 de Noviembre de ese año, fue uno de las doce personalidades que cargaron sus restos de Santo Domingo a la Catedral; y su declaración figura en el proceso seguido por el asesinato del Presidente.

Como hemos expuesto, para hilvanar la puntual trayectoria de la actuación de Grau en la órbita social y política de su tiempo, sería punto de obligada investigación el concerniente a la casi desconocida nómina de sus allegados. Aparte de su círculo familiar ya esbozado, de sus colegas de la marina mercante, algunos tan olvidados como el joven Juan Boisé, de sus compañeros y subalternos de la Marina de Guerra, de los directivos de la política nacional, todos ellos de su obligada relación, se pueden rastrear otros nombres de personas provenientes de muy diversos estratos y categorías con los cuales tuvo vinculaciones. Sería esa otra veta inédita para iluminar con luz de vida el perfil humano de Grau y columbrar siquiera al trasluz sus íntimas convicciones ideológicas. Hemos por ello de insistir en la urgencia de formar el corpus documental sobre el héroe de Angamos, sin descuidar su desperdigado epistolario público y privado, fuente de valor primario para esclarecimientos biográficos de cualquier índole.

A modo de simple prontuario ejemplarizador de ese aspecto, además de los nombres citados en el texto de esta semblanza, cabe subrayar los siguientes, simplemente espigados al sesgo de diversas fuentes: Germán Astete, Felipe Barreda y Osma, Amalia Bolívar Pardo de Barreda, Mariana Barreda y Osma, esposa de Manuel Pardo Lavalle, Felipe Pardo y Barreda, Rosario Pardo de Bolívar, Enriqueta Bolívar de Canaval, Francisco Mendoza Barreda,

Rosario Canaval Bolívar, Enrique Canaval Munarriz, Francisco y Enriqueta Mendoza Canaval, Mariano Bedoya, Cristina Bustamante, Manuela Cendeja de Beltrán, Rosa y Pedro Beltrán Cendeja, Jesús Beltrán de Elías, Luis Carranza, Fernando Casós, Luis B. Cisneros, Manuel Candamo, Felipe Cox, José Francisco Canevaro, Dionisio Derteano, Pedro Diez Canseco, Carlos Elías, Francisco José Eguiguren, Carlos Ferreyros, Presb. Manuel Fuentes Chávez, Victoria y Teresa Gibson, Manuel M. Gálvez, Carlos Higginson, Simón de Lavalle Zugasti, P. P. León, Carlos Lisson, Ernesto Malinowski, José Antonio Miró Quesada, Manuel de Mendiburu, Rosa Orbegoso, Ricardo Ortiz de Zavallos, Ezequiel Otoya, Enrique Palacios, Francisco Paz Soldán, Juan Francisco Pazos, las Quesada, Juan Rivera, Francisco Rivas, Mons. José Antonio Roca y Boloña, José Ignacio Távora, Honorato G. Tizón, Mons. Manuel Tovar, Federico Sotomayor, Alberto Ureta, Asisclo Villarán, etc., etc.

27 A lo que alcanzan nuestras noticias, sólo el Dr. Eguiguren ofrece información acerca de esos juicios de presas y bien conviene una corta referencia sobre ellos porque constituyen una fuente importante de carácter documental. Destaca el seguido, a raíz de la captura por el "Huáscar", el 28 de Mayo de 1879, de la barca chilena "Emilia", la cual, como informara Grau a la superioridad, navegaba sin patente bajo el pabellón nicaragüense, con marinería chilena y conduciendo carbón de piedra al puerto de Antofagasta. En su declaración, Grau señala ser "natural de Piura, de 46 años, casado, marino y católico" (el subrayado es nuestro); y nombra como su poderdante al Dr. José Ignacio Távora. El proceso continuaba después de la muerte del héroe, actuando en representación de los oficiales del "Huáscar" el Cap. de Navío Ezequiel Otoya. El 7 de Enero de 1880, la Corte Superior sentenció que la barca "Emilia" y su cargamento eran "buenas y legítimas presas" correspondiendo al Estado y a sus apresadores. Empero, en este caso, como en otros similares, los herederos de Grau no recibieron parte alguna de sus derechos legales. El 17 de Enero del mismo año, Doña Dolores Cabero viuda de Grau y el Contralmirante Melitón Carvajal, ambos por su propio derecho y el segundo representando, además, a los tripulantes del "Huáscar", otorgaron poder al Dr. Juan Portal para que hiciera prevalecer sus derechos en "las diversas presas que hizo el Monitor "Huáscar", solo o en convoy de la Unión, sobre los buques chilenos"; y similar poder extendió, a su vez, el Comandante de la "Unión" al Dr. Portal. Cf. Luis Antonio Eguiguren, *ob. cit.* págs. 181-187.

Por otra parte, el mentado expediente del intestado de Grau, verifica su desinterés en materia de bienes económicos y que su familia se sostenía tan sólo con sus módicos emolumentos. En ese documento judicial se insertan las partidas de bautismo de sus hijos, no así la del propio Grau que no pudo ubicarse, se comprueba que no dejó ningún hijo natural; y se verifica la inexistencia de toda clase de bienes o rentas por inventariar. Merecedor de mención es el testimonio del Dr. José Ignacio Távora, el cual expresa que Grau no dejó testamento alguno porque en tal caso, como era su "amigo íntimo", se lo "habría comunicado". Agrega que en uno de sus últimos viajes, al partir del Callao, le había otorgado un poder para que "se entendiera en algunos de sus asuntos", porque siempre le consultaba "sobre diferentes cuestiones" y todo lo relacionado con sus intereses.

Este expediente se terminó por auto del 19 de Setiembre de 1890; y el 2 de Marzo de 1899 se ordenó su protocolización en el registro del Notario Público Dr. Carlos Sotomayor. Se conservaba en el antiguo Archivo Nacional, actualmente A.G.N.P. Protocolos. El Dr. Eguiguren reproduce la mayoría de sus piezas fundamentales. Cf. Luis Antonio Eguiguren, *ob. cit.*, págs. 169, 465-469.

LIMA, 8 DE OCTUBRE DE 1979.

E. D. T.

L A M I N A S



*Doña Luisa Seminario del Castillo, madre de
Miguel Grau.
(Museo "Grau". Piura)*



Doña Luisa Seminario del Castillo, madre de.
Miguel Grau.
(Museo "Grau". Piura)



*Doña Luisa Seminario del Castillo, madre de
Miguel Grau.
(Museo "Grau". Piura)*



*Don Juan Manuel Grau y Berrio, padre de Miguel Grau.
(Museo "Grau". Piura)*



*Don Juan Manuel Grau y Berrio, padre de Miguel Grau.
(Museo "Grau". Piura)*



A mi apreciable Amiga
la Señorita Virginia Ji-
ménez
Mig. Grau

FOTO ORIGINAL de Miguel Grau, dedicada de puño y
letra a Dña. Virginia Jiménez Anchóriz, tía bisabuela de
su actual propietario el Emb. Carlos Pérez Cánepa.
Jiménez.



*Enrique Grau y Seminario, hermano de Miguel Grau.
(De la obra El Caballero de los Mares, Almirante
Miguel Grau, por Felipe A. Barreda. Lima, 1959).*



*Dolores Grau y Seminario, hermana de Miguel Grau.
(De la obra El Caballero de los Mares, Almirante
Miguel Grau, por Felipe A. Barreda. Lima, 1959).*



*Doña Ana Grau Seminario, hermana de Miquel Grau.
(Museo "Grau". Piura)*



*Doiores Cabero de Grau, esposa de Miguel Grau.
(De la obra El Caballero de los Mares, Almirante
Miguel Grau, por Felipe A. Barreda. Lima, 1959).*

LA DEFENSA DE LIMA

Cuando el litoral boliviano fue sorpresivamente ocupado por fuerzas regulares de Chile (14-II-1879), la opinión pública alzóse en Lima para condenar la acción. Y no obstante la cautelosa prudencia adoptada entonces por las autoridades gubernativas, fueron frecuentes las demostraciones tumultuarias en las cuales se las incitó a repeler el atropello. De modo que hubo de cundir el ánimo belicista, en cuanto Chile rechazó la mediación peruana y planteó su irrevocable declaratoria de guerra (5-IV-1879). Personajes representativos y humildes menestrales acudieron a las armas con insólito fervor. En el retiro hogareño, las damas prepararon hilas para satisfacer las futuras necesidades de la sanidad. Y a los universitarios correspondió dar un ejemplo de altivez, durante aquellas horas de euforia, pues espontáneamente se fusionaron con los cadetes del Colegio Militar y constituyeron la llamada "Legión Carolino-Militar" (5-IV-1879). Sus integrantes se sometieron a riguroso entrenamiento, en el cuartel de dicho colegio; allí aguardaron que se les emplease en alguna avanzada posición de la defensa, mientras delicadas manos de mujer bordaban el estandarte de la unidad; pero tal fue entonces la afluencia de voluntarios, que se optó por diferir su traslado a la línea de fuego; y antes de avenirse a su disolución (9-V-1879), acordaron que al menos se incorporase al Ejército del Sur una delegación de flamantes legionarios, para significar así la vocación patriótica de la juventud universitaria. Al efecto fueron sorteados José Andrés Torres Paz, Manuel Eduardo Lecca y Augusto E. Bedoya, quienes procedieron a embarcarse (24-V) con destino a Iquique; recibieron en ese puerto nombramientos de subtenientes; y, a órdenes del coronel Andrés A. Cáceres, se incorporaron al Regimiento "Zepita", que hasta entonces carecía de distintivo.

Sucesivamente flameó aquella enseña en las batallas de San Francisco, Tarapacá y el Alto de la Alianza. Vio agruparse "en torno suyo, en los momentos de gran peligro, a todos los que comprendían el valor de ese ejemplo silencioso y la muda elocuencia de esa lección que partía desde las aulas universitarias de Lima" —según expresó el mencionado jefe militar, cuando retornó a la capital e intentó devolverla, para que la propia juventud atendiese a su custodia. Pero los estudiantes renovaron su entrega (6-XII-1880), para que fuese asociada a las alternativas de la campaña. Nuevamente flameó en San Juan y Miraflores, y luego en Pucará, Marcavalle, Concepción y Huamachuco. Y

no sólo es su recuerdo un símbolo de la serena decisión que anima a los peruanos, cuando se quiebran los precarios márgenes de su optimismo: pues, como nunca fue mancillado por la mano del enemigo, y tampoco se tiene noticia de que hubiera sido destruido en el fragor de algún combate, es posible que reaparezca para orientar a la juventud que salga al encuentro de su destino.

Aquella voluntad heroica exaltó los ánimos en los momentos cruciales que siguieron al holocausto de Angamos (8-X-1879); y, tras el aura de victoria que se anunció en Tarapacá (27-XI-1879), extendióse la tensión durante los presagiosos días que siguieron al sacrificio de Arica (7-VI-1880). Al percibirse entonces en Lima que la guerra se aproximaba a sus inmediaciones, de modo inexorable, se reanimaron las virtudes marciales de la población. Y después de haber estado aplicada, durante algunos meses, al seguimiento de las alternativas bélicas, la vida adquirió insólitas resonancias. Fue decretada la movilización de todos los peruanos que en la región metropolitana contaban entre 16 y 60 años (17-VI-1880); y vióse acudir a todos, hacia los cuarteles y centros de instrucción, con fogoso entusiasmo. Allí fueron adustos abogados y magistrados, comerciantes y hombres de empresa, médicos y profesionales, al lado de artesanos y gentes sencillas. Se formó así la reserva. Sus hombres fueron adscritos a diez divisiones, cuyos mandos fueron asignados a una improvisada jerarquía, principalmente basada en la prestancia que cada uno tenía en la vida civil, o en las contribuciones pecuniarias ofrecidas para el avituallamiento de los cuerpos; y equívocadamente se puso bajo las órdenes de esa jerarquía a oficiales de carrera, que habían sobrevivido a la adversa suerte sufrida por sus unidades en los frentes del sur, y sobrellevaron la incompreensión del Dictador con estoica paciencia. Como no bastaron los edificios militares para impartir a todos ellos la necesaria instrucción, reuniéronse a veces en los domicilios de sus propios jefes; y ocurrió que éstos aprendían los principios del arte militar al mismo tiempo que los subordinados a quienes impartían su enseñanza. Los ejercicios prácticos fueron realizados en la Alameda de los Descalzos, a las tres de la tarde; y cuando las campanas de la Catedral daban esa hora, asomaban las mujeres en balcones y ventanas, para ver pasar a los reservistas. Su disciplina y su bizarría alentaban la seguridad en la eficacia de su preparación.

En tal coyuntura llegó a la capital el coronel Andrés A. Cáceres (21-IX-1880). Sucesivamente se presentó ante el jefe de Estado Mayor, general Pedro Silva, y el Dictador, Nicolás de Piérola, a fin de solicitar la colocación que le permitiera coadyuvar a la defensa de la capital. Adujo ante éste las razones tácticas que hacían esperar el ataque chileno por el sur; porque las fuerzas expedicionarias podían efectuar su avance a lo largo del

litoral y ser protegidas por la artillería de la escuadra; y, en cambio, hallarían una seria resistencia si intentaban desembarcar en el Callao, o debían arriesgar la desarticulación entre el ejército y la armada si la ofensiva sobre la capital era emprendida a través de los elevados arenales norteños. Pero no halló la menor receptividad, porque el Dictador alegó tener informaciones sobre un proyectado desembarco del enemigo por el norte; y, habiendo ajustado ya un “plan” para tal eventualidad, requirió los servicios del coronel Andrés A. Cáceres en la comandancia de una división que se hallaba acantonada en Huaral, y a cuyo frente debía oponerse a cualquier incursión por el vecino puerto de Ancón. Al mismo tiempo, y para atender a una observación precautoria, anuncióle que había destacado hacia el sur 300 hombres de caballería, a las órdenes del coronel Pedro José Sevilla. Y en los ámbitos de la ciudad prosiguieron los ostentosos adiestramientos de la reserva. Luciendo sus uniformes azules, bordeados con ribetes blancos, las diversas unidades que la integraban desfilaron por primera vez durante la fiesta consagrada a Nuestra Señora de las Mercedes (24-IX-1880), patrona de las armas; y aunque en sus filas sólo había soldados bisoños, su compostura marcial pudo alentar la esperanza de que supieran rivalizar con las veteranas y ensoberbecidas tropas del enemigo.

Aparte de esa reserva, la defensa de la capital movilizó también a varios millares de reclutas, trasladados desde lejanas provincias. Muchos eran peones de hacienda, que tal vez entendían sólo el quechua y se limitaban a seguir las incitaciones de sus propios patrones. Según testimonios fehacientes, el comando les ofreció una insuficiente atención: pues hubo batallones enteros que aún en vísperas del encuentro armado se hallaban todavía sin uniformes, o recibían fusiles cuando debían marchar al campo de batalla y no atinaban a cargarlos correctamente. Acostumbrados a sus rústicas ojotas, no soportaban a veces la presión del calzado militar, y conservaban aquellas o marchaban descalzos a través de los caminos y los cálidos arenales. Exhibían coraje y decisión ejemplares, cuando eran conducidos a las posiciones del frente; pero quizá habrían desertado en masa antes de abandonar sus lares nativos, si no hubieran sido acompañados por sus leales y abnegadas compañeras, aquellas *rabonas* que incansablemente atendían a su alimentación y al cuidado de su ropa, y en muchas ocasiones supieron restañar las heridas del compañero caído o coger su arma para vengar en el enemigo la desventura de la pareja amada. No cabe duda que formaban un conjunto heterogéneo y pintoresco en los campamentos; pero en ellos alentaba el alma generosa del pueblo, la emoción sencilla del hombre que se identifica con el destino de la patria y sin alardes rinde por ella la vida.

Con el concurso de tales contingentes humanos, entusiastas

pero inexpertos, no eran muy sólidas las bases sobre las cuales se sustentaba la defensa. Por añadidura, las atribuciones del comando supremo habían sido asumidas por el Dictador, quien se había investido con el grado de coronel y había unificado la responsabilidad de la conducta política y militar, para favorecer la oportuna adopción de las medidas que requiriese la campaña; pero a su lado había constituido un Estado Mayor, con antiguos jefes militares y navales —los generales Pedro Silva y Juan Buendía, y los marinos Lizardo Montero y Aurelio García y García—, que anteriormente combatieron sus aventuras sediciosas y a la sazón no eran consultados, o debían acatar la suficiencia que en lo militar afectaba el caudillo, al criticar los resultados de las campañas iniciales de la guerra; y aunque en las improvisadas divisiones del ejército se hallaban prestigiosos coroneles —como Belisario Suárez, César Canevaro, Andrés A. Cáceres y Miguel Iglesias—, era obvio que no podían confiar en la genialidad de ese comando, y su propia capacidad estaba constreñida por órdenes rígidas. Limitado cada uno a las previsiones trazadas para su división, sólo conocían el “plan” del comando supremo en la parte que les competía, y debían apelar a las providencias que aquel impartiera cuando se tratase de establecer una comunicación operativa con las restantes unidades. De modo que la suerte del Ejército y la Reserva dependían del estricto cumplimiento de las concepciones globales que la mente del Dictador había forjado; y parece que entre ellas no existían disposiciones sobre las formas de la coordinación dinámica destinada a contrarrestar una quiebra del frente, ni el reforzamiento de las líneas afectadas por las maniobras ofensivas del enemigo.

Ninguna alteración dispuso el Dictador en su presunto “plan”, cuando fuerzas chilenas desembarcaron en el puerto de Pisco (19-XI-1880). Siguió aplicando extraordinaria actividad a la construcción de algunas estructuras defensivas; pero su emplazamiento y su dotación potencial se ajustaron a las alegadas informaciones sobre la invasión que el adversario iniciaría por el norte de la capital, sin proceder siquiera a una mínima evaluación de los alcances estratégicos de aquel desembarco y la inmediata consolidación de las posiciones que inmediatamente establecieron al sur las fuerzas enemigas. Y tal vez inspirado en los recuerdos de algunas batallas clásicas, prodigó esfuerzos y dinero para erigir la más notable de las estructuras aludidas en la cumbre del cerro San Cristóbal, que debía ser atalaya y bastión de la defensa de la capital, y que en homenaje a la vanidad del caudillo recibió el sonoro nombre de “ciudadela Piérola”. Constaba de sólidas plataformas, sobre las cuales fueron emplazados los cañones pesados que habían guarnecido los fuertes del Callao, y otros provenientes de algunos buques. Su terminación dio pretexto (9-XII-1880) a una bendición solemne, seguida por una

parada militar y un discurso del propio Dictador. Un discurso cuyos términos grandilocuentes lograron insuflar optimismo a la multitud; y, al mismo tiempo, descubrieron ante los pensadores la proyección egolátrica de su conducta, pues sostuvo que "el Perú para ser grande en el continente y en la historia no ha menester sino adquirir la conciencia de su propia fuerza". Quizá creyó entonces que bastaban su convicción y sus designios, para forzar las condiciones de la realidad. Pero aquella fortaleza estaba situada al norte de la ciudad, y fue inútil para repeler el ataque descargado por el sur, debido al peligro que sus obuses hubieran cernido sobre la población. Y semejante fue también el destino de los otros fortines, emplazados en los cerros San Bartolomé y Vásquez, hacia el E. S. E. de Lima; pues allí se apertrecharon batallones de la reserva a los cuales no se impartió orden para entrar en el combate, y después de la batalla de Miraflores fue preciso destruir sus cañones para evitar que cayeran en poder de las fuerzas chilenas.

Después de los desembarcos efectuados por éstas en Pisco (19-XII-1880), y el metódico cumplimiento de las etapas determinadas para su traslado a la playa de Chilca, para reunirse con las tropas provenientes de Arica (28-XII-1880), no fue posible ignorar la realidad. Y sólo entonces fue encarada la defensa de los accesos meridionales de la capital. Empezó la febril construcción de los reductos, que a lo largo de dos líneas escalonadas debían proteger las posiciones de los combatientes situados entre San Juan y Miraflores; pero debe reconocerse que aquellos no integraron una verdadera línea de fortificaciones, pues apenas fueron parapetos formados por sacos de arena o primarias excavaciones cuya hondura albergaba a los combatientes, y por falta de tiempo y recursos no fue posible formar el curso de agua que debía paralizar al enemigo antes de llegar a ellos, ni organizar las comunicaciones entre dichos reductos. Y ante coyuntura tan comprometedora se impartió una orden al coronel Andrés A. Cáceres (22-XII-1880), para que se trasladase desde Huaral y, asumiendo el comando de la III División, cooperase en la apremiante tarea de contener el avance chileno. A paso de camino atravesó las calles de Lima, cuando ya había caído la noche; pero su presencia era inmediatamente advertida por las gentes del pueblo y saludada con renovados vítores; y aunque el comando lo destinó inicialmente al pueblo de Pachacámac, envióle sucesivos mensajes a Chorrillos y San Juan, para indicarle que debía proseguir hasta Lurín y estacionarse al fin en el precario caserío situado al S. E. de Surco.

No es necesario relatar las incidencias de la batalla librada por la posesión de Lima, porque los textos de historia tratan sobre ellas con suficiente detenimiento; pero es oportuno advertir que en rigor se planteaba a la sazón un cambio de los objetivos

asignados a la guerra. Notoriamente habían sido logrados éstos durante la campaña naval y las campañas terrestres libradas en el sur, e inclusive se había empezado a negociar las condiciones de paz. En verdad, la guerra no se dirigía ya hacia el enfrentamiento de dos fuerzas militares más o menos equiparables, ni el escenario de la acción era un campo abierto a las operaciones en las cuales debía medirse la superioridad combativa de tales fuerzas. La contienda había entrado en una nueva fase, desde que la escuadra chilena incursionara a lo largo del litoral peruano (IX-X de 1880), para imponer exacciones a los pueblos prósperos y laboriosos que se hallaban alejados de las hostilidades y en los cuales no había objetivos militares, pero cuya depredación importaba para abatir al país en lo económico y social. La continuación de la guerra tendía a inhabilitarlo para alternar en cualquier competencia por la supremacía en el Pacífico; y además de ganar la guerra en lo militar, se consideraba preciso organizar el saqueo y la destrucción que obstruyeran la profícua consagración del Perú a las artes de la paz. Durante aquellas incursiones, dirigidas por el contralmirante Patricio Lynch, quedaron en ruinas los ingenios azucareros e incendiadas las casonas de sus ricos propietarios; fueron levantados los rieles de las vías férreas, a fin de trasladarlos a Chile y utilizarlos en el desarrollo de sus comunicaciones; y procedióse también a remover puentes, a requisar ganados o cosechas almacenadas, a saquear los enseres de los establecimientos de cultura, y por añadidura, aun a imponer onerosos cupos.

En rigor, la batalla de Lima se inició cuando las unidades avanzadas del ejército chileno desembarcaron en la bahía de Pisco (19-XI-1880). Justamente, en el lugar escogido por el almirante Thomas Cochrane para efectuar el desembarco de la Expedición Libertadora (1820), en atención a las ventajosas condiciones que pudo reconocerle después de llevar a cabo dos cruces a lo largo del litoral peruano; y que, por su proximidad a poblaciones prósperas y ricas haciendas, ofrecía abundantes recursos para asegurar los suministros del ejército. La zona se hallaba desguarnecida, pues apenas había en ella algunas guardias nacionales, que hubieron de limitarse a observar las maniobras de los invasores. Por tanto, no fueron estorbados; allí permanecieron hasta que fue ordenado su avance escalonado hacia el Norte; y, cumpliendo etapas regulares, llegaron a Chilca el mismo día que la escuadra completaba el traslado de las tropas adiestradas en Arica (22-XII-1880). Unidas ambas fuerzas expedicionarias, marcharon luego hacia Lurín, a fin de asegurar la posesión de las fuentes de agua que requerían para combatir la sed, y tampoco se les opuso resistencia durante su travesía por los abrasadores desiertos costeros que se extienden al Sur. De modo que en forma ostensible se limitó el comando peruano a espe-

rar la aproximación del enemigo: tal vez bajo la influencia de las presuntas informaciones que anunciaron su ataque por el norte, y en cierta forma indujeron a identificar las incursiones depredatorias del contralmirante Patricio Lynch con la preparación de tal ataque; o tal vez porque se ciñó a una concepción absolutamente defensiva y, siendo la posesión de Lima el objetivo principal de la campaña, optó por hacer de la ciudad misma el apoyo inmediato de las líneas de combate. Lo cierto es que no fueron evaluadas, ni aprovechadas, las debilidades que hicieron vulnerable al enemigo en estas fases preliminares de la batalla por la capital; y que sus arriesgados movimientos estratégicos fueron simples ejercicios de campaña debido a falta de oposición armada. Es indudable que pudieron variar sensiblemente las condiciones del enfrentamiento, si alguna fuerza peruana hubiese hostilizado: 1º, el desembarco de las unidades avanzadas en Pisco y la aislada posición que durante varias semanas mantuvieron en aquella playa; 2º, la marcha escalonada que luego efectuaron, desde Pisco hasta Chilca; 3º, el desembarco que en Chilca realizaron las tropas procedentes de Arica; y 4º, la marcha que, acosadas por la sed, llevaron a cabo todas las fuerzas, hasta tomar posesión del río Lurín (27-XII-1880).

Por añadidura, los desplazamientos hechos por los chilenos a través de la provincia de Cañete tuvieron consecuencias disolventes; porque en las haciendas de sus valles existían numerosos *coolies* chinos, sometidos a trabajos y tratos sumamente abusivos, y cuyas quejas o protestas habían sido ordinariamente sofocadas con violencias o castigos humillantes. Ante las fuerzas invasoras, abandonaron los campos; y, en actitud de franca rebeldía contra sus patrones, se plegaron al enemigo. Constituyeron una especie de cuerpo auxiliar, que ejecutaba las tareas requeridas por el arreglo de los caminos y los transportes; que informaba puntualmente sobre la presencia de alguna partida peruana, encargada de observar los movimientos de los invasores, o sobre los recursos pecuarios y agrícolas que estos podían necesitar; y que, sin recibir nada de sus eventuales protectores, atendían a sus propias necesidades mediante el pillaje. Una masa bullente, versátil, reptante, que socavaba la moral del poblador inerme y destruía cuanto se le antojaba.

Las noticias referentes a los constantes cambios de la situación llegaban al comando peruano en forma irregular, y aun contradictoria: porque la observación de los movimientos enemigos estaba confiada a las improvisadas guardias nacionales, o a monotoneros voluntarios, que carecían de un entrenamiento adecuado y, tanto por su número como en atención a su deficiente armamento, debían evitar una aproximación riesgosa. No estaban en aptitud para interpretar la cuantía y la calidad de las tropas, a base de las nubes de polvo levantadas durante su marcha; ni

para reconocer la importancia de la artillería o la caballería, mediante la auscultación de la sorda resonancia que su movilización producía en la tierra. A veces aceptaban como ciertas las impresiones subjetivas de una observación ligera, o magnificaban ciertos signos cuyos contornos se perdían a distancia, o se limitaban a recoger imprecisas versiones de testigos innominados. Era explicable que tales noticias no diesen asidero a las correspondientes previsiones del comando, y que aun se las llegase a desestimar sin discutirlos. Por eso redujéronse los alcances de la observación, y sólo se otorgó crédito a las voces transmitidas por los vigías apostados en las cumbres de algunos cerros o en la eminencia de los reductos. Pero a tal limitación se agregaron además las desventajas ocasionadas por la carencia de instrumentos ópticos, o por la densidad de las neblinas matinales; de modo que en las líneas defensivas fue permanente la tensión, ante el ataque inminente y la posibilidad de que fuese descargado por sorpresa.

Para neutralizar las desfavorables circunstancias de tal situación, y detener una incursión inesperada, apelóse a minar el campo extendido entre los ejércitos enemigos. Al afecto, fueron empleadas dos clases de minas, que secretamente distribuyó durante las noches el cuerpo de ingenieros, a unos dos kilómetros de la línea fortificada o en las inmediaciones de las fortificaciones mismas, y en ambos casos convenientemente disimuladas bajo una ligera capa de arena. Una fue concebida para amortiguar o desorganizar el avance del adversario, y la otra debía proteger la retirada de las avanzadas hacia la protección de los reductos. La primera fue compuesta mediante una carga de pólvora o dinamita, a la cual se adaptaba un elemento de percusión que al menor contacto ocasionaba la explosión; y la segunda, mucho más simple, consistía en un reguero del material explosivo, que en caso necesario era encendido desde los reductos mediante una mecha. Quizá no fueron muy eficaces como recursos disuasivos: pues inmediatamente se asoció esas minas con los torpedos que a la vista de la costa habían destruído dos naves chilenas; y movieron a represalia, cuando pasó la influencia psicológica ocasionada por su estallido. Pero su uso se reflejó también sobre la actitud de los defensores, porque la deflagración de la pólvora podía alcanzarlos en cualquier movimiento dirigido contra las líneas enemigas, y para evitar tal peligro hubieron de permanecer en sus reductos. Sensiblemente redujo la defensa sus posibilidades de fluidez; y, habiendo sido dispuesta para aguardar los animosos ataques del enemigo, hízose peligrosamente estática.

Al coronel Andrés A. Cáceres se le encargó sostener las posiciones centrales, en el avanzado frente de San Juan. A su derecha, hasta las proximidades de la hacienda Villa, fueron em-

plazadas las divisiones comandadas por los coroneles Belisario Suárez y Miguel Iglesias; y a su izquierda, cubriendo el camino que a través de los cerros conducía a Lurín, fueron situados los coroneles César Canevaro y Justo Pastor Dávila. Personalmente reconoció el terreno, para determinar la procedencia de los emplazamientos adoptados, las vías de acceso, y los relieves topográficos que podían encubrir los avances del enemigo. Observó y evaluó las evoluciones que en el curso de los días llevaron a cabo algunos destacamentos chilenos, así como las escaramuzas que protagonizaron. Se hizo presente en las guardias nocturnas. Y al despuntar las luces del alba, el 13 de enero de 1881, oteaba el horizonte desde la cumbre de la colina situada frente al pueblo de San Juan, cuando el resplandor producido por unos disparos lejanos le bastó para advertir que se había iniciado el ataque. Sin dudar un momento, cabalgó en torno a las dunas que protegían a su división y arengó a los soldados, diciéndoles que había llegado el esperado momento del ataque enemigo y la Patria confiaba en su valor.

A poco, llegó hasta esas posiciones el Dictador, Nicolás de Piérola. Inspeccionó el frente en compañía del coronel Andrés A. Cáceres, quien le hizo ver cómo penetraba el enemigo a través de las espaciadas líneas que defendía la división comandada por el coronel Belisario Suárez; pero se limitó a contemplar la comprometida situación de aquella zona y, sin impartir ninguna orden para auxiliar a sus defensores, enderezó su cabalgadura hacia Chorrillos. No obstante el denuedo desplegado en el combate, las fuerzas peruanas del ala izquierda fueron pronto amenazadas por una maniobra envolvente, y hubieron de retirarse hacia las posiciones donde se hallaba estacionada la Reserva. Definióse la derrota. Los triunfadores, embravecidos, destruyeron las rústicas viviendas de San Juan; saquearon e incendiaron las bodegas y las elegantes residencias de Chorrillos; y al caer la tarde, eran fácilmente perceptibles a la distancia los escandalosos excesos de la soldadesca alcoholizada. El coronel Andrés A. Cáceres pidió al comando que se le permitiera aprovechar la desmoralización del ejército chileno, para atacarlo durante la noche e inferirle un castigo tan duro como su relajación hiciera posible; y, hallándose precisamente en Chorrillos con el Estado Mayor chileno, el comandante inglés William A. Dyke Acland anotaba que "si los peruanos hubiesen atacado durante la noche, los chilenos hubieran sido fácilmente vencidos, debido a que las tropas no guardaban ninguna formación"; pero el Dictador opinó que el propuesto ataque ocasionaría un sacrificio inútil, porque los excesos eran cometidos sólo por unos cuantos soldados, y no lo autorizó. En cambio, aceptó un precario armisticio, cuya ruptura fue fácilmente justificada por el general Manuel Baquedano. Se efectuó la batalla de Miraflores (15-I-1881). Y aun-

que las fuerzas peruanas sostuvieron con ardor la acometida enemiga, e inclusive iniciaron un vigoroso contraataque, a la postre fueron doblegadas; porque la falta de órdenes precisas mantuvo a la expectativa a las unidades situadas en el ala izquierda, y no se halló al Jefe Supremo para impartirlas. Se hizo inevitable la retirada.

Los contrastes experimentados en aquellas acciones no tuvieron los alcances abrumadores de una derrota, pues en ningún momento intentaron los vencedores que a la suerte de sus armas siguiera el aniquilamiento del poder combativo de los presuntos vencidos. Y, en verdad, las fuerzas peruanas se replegaron con ánimo de continuar la lucha. Los simples combatientes de fila rodearon a sus jefes, en demanda de instrucciones; y, con claro sentido de la realidad, el pueblo identificó su destino y su dignidad con la viril oposición a los desmañes del invasor. A base de ese espíritu y los recursos que aún poseía el Perú en las regiones andinas, el coronel Andrés A. Cáceres concibió la posibilidad de reorganizar el ejército e iniciar una dinámica resistencia contra las fuerzas chilenas de ocupación. Y mientras ardían todavía las llamas que dejaron en ruinas a Chorrillos y Miraflores, una nueva esperanza alentaba las perspectivas del país.

Cierto es que allí expió el país los errores de varias décadas, y las culpas de quienes quebraron la unidad nacional para satisfacer vanidades y egoísmos, en aras de la cosa pública. Y quizá debamos destacar la barbarie que en aquella hora lóbrega ensañóse contra la casa de la Universidad Mayor de San Marcos, al convertirla en cuartel de la soldadesca invasora. Su biblioteca, sus laboratorios y los archivos de su vida académica fueron sustraídos; su mobiliario sometido al saqueo de la oficialidad extranjera y embarcado en el Callao, con rumbo a Valparaíso; las bancas del salón general, rudamente desprendidas, para convertir el recinto en caballeriza; los muros divisorios de las aulas, derribados, para acomodar sus espacios a las cuadras cuarteleras; los jardines, irremediablemente agostados; los servicios higiénicos, obstruidos; los papeles decorativos que exornaron las paredes interiores, malamente desprendidos; y, dondequiera, las señales del oprobio. Pero esa pesadilla tuvo un fin, y no deberá repetirse. Nuestra vieja y preclara Universidad ha trabajado desde entonces con redoblado celo, para rivalizar con los mejores centros culturales del mundo. Y tal como lo demostraron hace un siglo los estudiantes sanmarquinos, asumimos hoy a plenitud el compromiso que impone el ser peruano. Por eso aspiramos a consolidar la independencia y las gloriosas tradiciones que heredamos de nuestros mayores; y, a base del pleno ejercicio de la soberanía sobre nuestras fuentes de riqueza, reclamamos el bienestar del pueblo que supo sacrificarse en la defensa de Lima y en la viril campaña de la Breña.

INFORMES SOBRE LA DEFENSA DE LIMA

1.—En el Public Record Office, de Londres, hallamos un documento que en su tiempo fue calificado como "estrictamente confidencial". Incluye los informes elevados al Almirantazgo por los oficiales navales ingleses, que en noviembre de 1880 fueron agregados a los Cuarteles Generales de los ejércitos peruano y chileno, y que luego dieron cuenta del desarrollo de las batallas de San Juan y Miraflores. Hoy está registrado bajo la siguiente cifra: W. O. 33-36, X/L 01425.

2.—El acuerdo que condujo a la designación de esos oficiales fue tomado en una reunión efectuada a bordo del barco británico "Triumph", a la cual asistieron representantes de las armadas neutrales que a la sazón seguían las incidencias de la guerra librada entre Perú y Chile. En ella se discutió la posibilidad de acompañar a los ejércitos en campaña, para comprobar su estricta sujeción a los principios universales de la guerra, y cautelar la comisión de excesos en perjuicio de los intereses neutrales y las poblaciones civiles. Y se aprobó solicitar autorización a los beligerantes, para designar oficiales que pudiesen agregarse a los respectivos estados mayores y atender al cumplimiento de esa comisión.

3.—Al ser aceptada la petición, por el dictador Nicolás de Piérola y el general Manuel Baquedano, cada una de las armadas procedió a nominar a sus representantes.

Con el comando chileno actuaron: William A. Dyke Acland, inglés; y los lugartenientes Le León, Ghigliotti y Mullan, de las armadas francesa, italiana y norteamericana, respectivamente.

Con el comando peruano actuaron: Reginald Carey Brenton, inglés; y los lugartenientes Rotomsky, Conde Royck y Houston, de las armadas francesa, italiana y norteamericana, respectivamente.

Sólo se abstuvo de participar en esa importante misión la armada alemana que a la sazón se hallaba destacada en el Océano Pacífico.

4.—De los ocho informes que esos oficiales debieron presentar a sus comandos, sólo dos han sido publicados hasta hoy: los de William A. Acland y E. Le León. El primero, en una corta impresión, sin portada, que sólo parece haber sido destinada a circular entre la oficialidad de la misión naval británica destacada en la isla Norfolk; y no podría concebirse algo distinto si se tiene en cuenta el carácter "estrictamente confidencial" que el Almirantazgo atribuyó a los informes de sus oficiales. El segundo apareció (París, 1883) bajo el título de *Souvenirs d'une mission a l'armée chilienne - Batailles de Chorrillos et de Miraflores*; vertido al español, lo incluyó Pascual Ahumada Moreno en su *Guerra del Pacífico — Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia*: Tomo VI (Valparaíso, Imprenta y Lib. Americana, 1889), pp. 247-260. Ha sido también editado en Buenos Aires, el año 1969.

5.—Los informes que por primera vez ofrecemos, en versión española, son muy apreciables. Exponen observaciones objetivas e imparciales sobre los efectivos y los armamentos, los aprestos y los movimientos de los ejércitos peruano y chileno. Es obvio que de ellos pueden desprenderse muy sugestivas conclusiones, de orden sociológico, político y militar. Y para incitar el interés del lector nos abstenemos de señalar los aportes que el conocimiento histórico puede sorprender en ellos.

6.—No cabe duda que los cinco informes aún inéditos pueden ser fácilmente ubicados. Su examen y su confrontación pueden esclarecer el desarrollo integral de la campaña librada en defensa de Lima, y conducir hacia un correcto análisis de las incidencias del enfrentamiento armado.

7.—La versión española de los Informes de los Oficiales Ingleses ha sido hecha por Henry Scott Vignes Vásquez, y su revisión ha estado a cargo de Alberto Tauro.

A. T.

INFORMES DE OFICIALES NAVALES [INGLESES] AGREGADOS A LOS CUARTELES GENERALES DE LOS EJERCITOS PERUANO Y CHILENO

CONFIDENCIAL Este papel es transmitido para la información personal de _____ por directiva del Secretario de Estado para Guerra y debe ser considerado *estrictamente confidencial*.

Carta del Contralmirante Stirling, Comandante en Jefe, Estación del Pacífico (Recibida en el Almirantazgo, 5 de Abril, 1881).

No. 68 "Triumph", en Coquimbo, 18 Febrero, 1881.
Señor,

Tengo el honor de solicitarle que se sirva informar a los Lo-res Comisionados del Almirantazgo que a mi llegada al Callao, el 21 de Noviembre pasado, supe que la primera división del Ejército Chileno había desembarcado en Pisco, y que el resto del ejército continuaría y atacaría Lima.

2 Habiendo convocado a una reunión, a bordo del navío de Su Majestad "Triumph" a los oficiales superiores de las naves de guerra neutrales presentes, a saber:

Inglés — "Shannon", Capitán D'Arcy,
Francés — "Decrés", Capitán Chevalier
Italiano — "Cristoforo Colombo", Capitán Labrano
Alemán — "Adriana", Capitán Von Hollen.
Americano — "Adams", Comandante Howell,

Se acordó unánimemente (con la excepción del Capitán Alemán) que se debería obtener permiso del Comandante en Jefe del Ejército Chileno y del Jefe Supremo del Perú para agregar a un oficial de cada nacionalidad a las comandancias de ambos ejércitos.

3 Ha sido opinión de todos los comandantes que la presencia de oficiales neutrales con ambos beligerantes actuaría como un gran control de los excesos y atrocidades y tendería a controlar la destrucción de propiedades tanto neutrales como particulares que desafortunadamente había prevalecido demasiado en las partes sureñas del Perú y Bolivia durante las operaciones anteriores. Puedo añadir que esta medida contó con la cordial asistencia del Ministro de Su Majestad y de todo el Cuerpo Diplomático en Lima.

4 Habiendo sido prontamente otorgados la autorización y los salvo conductos por su excelencia el General Baquedano coman-

dante del Ejército Chileno y por su excelencia Nicolás de Piérola, Jefe Supremo del Perú, yo envié al Comandante Acland, del "Triumph" con los siguientes oficiales extranjeros, a saber:

Francés — Teniente Le Leon, del "Decrés,"
Italiano — Teniente Ghigliotti, del "Cristoforo Colombo,"
Norteamericano — Teniente Comandante Mullan, del "Adams,"

en el "Gannet" a Pisco, lugar en el cual se reunieron con el Estado Mayor del Ejército Chileno el 29 de Noviembre de 1880, y permanecieron con las tropas Chilenas hasta que entraron en Lima el 17 de Enero de 1881.

5 El Teniente Brenton del "Triumph" fué destacado al Ejército Peruano con los siguientes oficiales extranjeros abajo mencionados:

Francés — Teniente Rotomsky, "Hussard,"
Italiano — Teniente Count Royck, "Garibaldi,"
Norteamericano — Teniente Houston, "Lackawanna,"

y se reunieron con su excelencia, Nicolás de Piérola, el 22 de Diciembre de 1880. El Teniente Brenton prestó la más grande asistencia al Cuerpo Diplomático y a mí mismo durante la última semana de las operaciones y negociaciones tendientes a la Capitulación de Lima.

6 En mi opinión la presencia de Oficiales Navales neutrales en los cuarteles generales de ambos ejércitos fué una medida del más grande beneficio, y fué eminentemente exitosa en sus resultados.

7 Puedo añadir que desde su posición y estando con el Estado mayor en el cuartel general, tanto el Comandante Acland como el Teniente Brenton se encontraron repetidamente bajo fuego. En una o dos ocasiones el Comandante Acland fue fogueado por sus sedicentes amigos y su caballo fué herido en la batalla de Chorrillos.

8 Después de la batalla de Chorrillos en común con todos los hombres de guerra neutrales, yo ofrecí los servicios de los oficiales médicos de los navíos de Su Majestad para atender a los Peruanos heridos en el hospital de Lima, habiendo sido aceptados:

Señor Queely, Cirujano H.M.S. "Triumph,"
Señor Charlton, Cirujano H.M.S. "Triumph,"
Doctor Loane, Cirujano H.M.S. "Shannon,"
Señor Ferguson, Cirujano H.M.S. "Thetis,"
Señor Williams, Cirujano H.M.S. "Gannet,"

Con un ordenanza cada uno, fueron desembarcados. Sus servicios fueron muy necesitados y debidamente apreciados.

9 Los informes de los oficiales se encuentran incluidos y estos colocarán a sus señorías en posesión de toda la información obtenida mientras ellos estuvieron destacados en los servicios arriba citados.

10 Los gastos efectuados por los oficiales, ascendentes a 148 Libras Esterlinas y un Chelín han sido dirigidos por mí para ser pagados por el Pagador del "Triumph," y confío que el objetivo perseguido al enviar a los oficiales encontrará la aprobación de su señoría.

11 En conclusión yo ruego que sean puestos en conocimiento de sus señorías los servicios rendidos por los oficiales nombrados en esta comunicación, y solicito alguna muestra de la aprobación de su señoría.

Tengo, etc.

(firmado) F. H. Stirling
Contralmirante y Comandante en Jefe

Al Secretario del Almirantazgo

Anexo 1 en Carta del Pacífico No. 68

Capitán A. H. Markham, R. N., al Contralmirante Stirling.

Nº 12

"Triumph" en el Callao

3 de Febrero, 1881

Señor,

Junto con ésta ruego adelantar para su información los informes oficiales del Comandante William A. D. Acland, y el Teniente Reginald O. B. C. Brenton de este navío, que por sus órdenes han sido últimamente agregados a los cuarteles generales de los Ejércitos Chileno y Peruano respectivamente, durante las recientes operaciones militares en las cuales aquellos países se han visto comprometidos y que han resultado en la caída de Lima.

2 Al hacerlo, estoy deseoso de poner en su favorable conocimiento la forma altamente estimable en la cual han cumplido estos oficiales las onerosas y muy delicadas obligaciones con que ellos fueron acreditados, confirmando plenamente la opinión que ya me había formado acerca del profundo juicio y la rápida percepción que ambos poseen.

3 Sus interesantes informes dan una descripción muy gráfica de la campaña en la cual tomaron parte y de las escenas que presenciaron, permitiéndonos de esta manera formar alguna idea de las peculiares características de los beligerantes; pero no proporcionan alguna idea de los muchos riesgos en que incurrieron ellos mismos, y de las muchas posiciones de extremo peligro en las cuales fueron colocados, y que, con una modestia que les confiere mucho crédito, han sido escasamente aludidas por ellos.

4 Habiendo sido colocados en posiciones muy críticas, la sangre fría y la serenidad que estos oficiales pusieron de manifiesto en todas las ocasiones fueron asunto de unánime recomendación en ambos ejércitos, reflejando el prestigio sobre sí mismos y derramando lucimiento a la profesión a la cual pertenecen.

5 Su serenidad bajo fuego me ha sido subsecuentemente representada por varios oficiales Chilenos y Peruanos, y ha sido el Comandante en Jefe del Ejército Chileno el primero en hacerme conocer el desinteresado proceder del Comandante Acland bajo fuego, acerca del cual se me dijo que "Deparó un brillante ejemplo a quienes se hallaban situados a su alrededor".

6 Aprovecho esta oportunidad para someter a su especial atención la energía y fervor, que tanto en tierra como a bordo, fueron invariablemente desplegados por el Teniente Brenton, y la concienzuda manera como fueron ejecutadas sus obligaciones en todo tiempo. Es un oficial bastante merecedor de progreso, y cuyo nombre someto respetuosamente a su atención, por ser digno de llevarlo al favorable conocimiento de los lores Comisionados del Almirantazgo para un ascenso.

7 Yo respaldo enteramente los encomios que ambos han pasado sobre la descripción de la polaca de uniforme de patrulla llevada por cada uno de estos oficiales durante la campaña, una manera de vestir que en la marina constituiría un gran adelanto con respecto a las incómodas levitas que actualmente son usadas por oficiales de todos los rangos,

Tengo, etc.

(Firmado) A. H. Markham
Capitán

Anexo 2 en Carta del Pacífico No. 68

Comandante W. A. Acland, R. N., al Capitan A. H. Markham, R. N.

Informe de Procedimientos

"Triumph", en el Callao,

27 de Enero, 1881

Señor,

Tengo el honor de informar que el 27 de Noviembre, 1880, me embarqué a bordo del H.M.S. "Osprey" con destino a Pisco, para que pudiese unirme a la comandancia del Ejército Chileno durante sus operaciones contra Lima; a mi llegada a Pisco, el General Villagran, comandante de la Primera División, me concedió permiso a mí y a un oficial de cada una de las Armadas Francesa, Norteamericana, e Italiana, para acompañar al Ejército.

2 Yo fuí alojado después de unos cuantos días con el Coronel Lynch, entonces comandante de la 1ra. Brigada de la 1ra. División, con quien permanecí hasta la partida del ejército desde Lurín para la batalla de Chorrillos. Aunque ejerciendo comando militar, el Coronel Lynch es un oficial naval y estuvo por muchos años al servicio de Su Majestad.

3 El 10 de Diciembre, 1880, la 1ra. División recibió órdenes del Comandante en Jefe, General Baquedano, quien estaba en Arica para marchar a Chilca, a unas 140 millas por tierra y como yo esperaba obtener información acerca de este método de marchar a través de los desiertos y debía estar listo para prestar asistencia en caso de que súbditos Británicos requiriesen protección, determiné marchar con la brigada en vez de esperar al General Baquedano.

4 La división partió a las 5:00 P.M. del 13 de Diciembre y la 1ra. Brigada, llegada a Chilca el 24 de Diciembre, avanzó el 25 a Lurín, donde encontré la comandancia y la mayor parte del ejército ya acampado, que había llegado por mar.

5 El 12 de Enero de 1881 se movió el ejército a posiciones avanzadas, listo para atacar Chorrillos el día 13; yo entré a Lima el 18 y me presenté a bordo el 20 de Enero.

6 Debido a mi elemental conocimiento del idioma español me fué muy difícil obtener información; mientras los oficiales fueron

más amables y corteses y en toda forma hospitalarios, hasta cierto punto sus promesas de otorgarme información detallada fueron muy rara vez cumplidas.

7 El uniforme que vestí consistió en una túnica de anascote azul, de pechera simple, cerrada hasta el cuello, similar a aquellas usadas por la Artillería de la Real Infantería de Marina, y mostró ser tan útil y cómoda que me aventuro a destacar que es mucho más conveniente para un uniforme de trabajo, que la levita usada al presente por oficiales al Servicio de Su Majestad.

Confiando que mis procedimientos contarán con su aprobación,

Tengo, etc.
(Firmado) William A. Dyke Acland,
Comandante

Sub-anexo 1 en anexo 2

Descripción del Ejército Chileno del Norte

Previamente a la declaración de guerra al Perú, el Ejército Chileno sólo se componía de 4 regimientos de línea, los "Zapadores" (o cuerpo de ingenieros), tres regimientos de caballería y unas cuantas piezas de artillería. De esta manera, fue necesario incrementar todas las armas en gran medida. Esto fué logrado llamando a voluntarios requeridos para servir durante la presente guerra, y que a su terminación serán probablemente dispersados.

Estos hombres fueron formados en regimientos, los cuales generalmente llevaban el nombre de la provincia en la cual habían sido reclutados, tal como "Atacama", "Colchagua", etc.

Los caballeros que contribuyeron con más dinero para la formación de estos cuerpos, y quienes por razones políticas o de otra índole han sido los más capacitados para el puesto, fueron nombrados coroneles, y como no poseían entrenamiento militar, los segundos en el mando eran oficiales especialmente seleccionados en los regimientos de línea para organizar y entrenar a los hombres; los otros oficiales fueron adscritos a diferentes rangos, tomando en consideración sus posiciones sociales antes que sus cualidades militares; por lo tanto, como una regla, los oficiales en jefe de un regimiento eran hombres cultos y bien educados, mientras que los oficiales subordinados eran a menudo más viejos y menos educados. Esto puede ser cierto para el promedio, pero por supuesto había muchas excepciones.

Los oficiales eran inteligentes, no poseían mucha energía, no jugaban al cricket ni a otros juegos activos, pero pasaban su tiempo libre fumando cigarrillos y conversando; muchos de ellos podían hablar Inglés y Francés.

Aquellos que habían vivido en los puertos de mar y habían sido educados en Valparaíso eran los mejores lingüistas.

Unos pocos oficiales del estado mayor podían dibujar bien pero parecían haber sido seleccionados por su relación con los jefes más que por sus logros especiales.

Los hombres estaban generalmente agrupados en regimientos, de acuerdo con su oficio; por ejemplo, el regimiento "Atacama" estaba mayormente compuesto por mineros del distrito de Atacama; los del "Navaltes" eran estibadores de Valparaíso; los del "Valparaíso" eran mecánicos de Valparaíso; de manera tal que todos los hombres eran mucho más inteligentes que aquellos generalmente encontrados en un ejército; cerca de dos tercios eran hombres de fuerte contextura, aptos para resistir la fatiga, y si podían disponer de mucha agua, eran capaces de marchar grandes distancias sobre caminos pesados sin mostrar signos de fatiga; cuando se hallaban sobrios eran corteses, siempre dispuestos a saludar a un oficial y aunque entre los oficiales y sus hombres había mucha mayor familiaridad que en nuestro propio servicio, se encontraban bien disciplinados. Ellos eran frecuentemente azotados, hasta con 200 azotes con una caña sobre el trasero. Por otro lado, son crueles, y si luchando, no les dan ningún valor a sus propias vidas, parecen ser casi insensibles al dolor; yo he visto a dos hombres, con una herida a través de ambas mejillas, y otro con los primeros nudillos de sus dedos volados acompañando a su compañía para pelear de nuevo, y he visto a hombres malheridos vagando por el pueblo de Chorrillos en busca de licor, antes de preferir ir a un hospital; parecen tener la creencia de que es correcto matar y destruir a todos sus enemigos ya sea a sangre fría o no. Ellos son grandes borrachos y cuando es hallado algún licor ellos dejan el campamento y se tornan completamente fuera del control de sus oficiales, quienes quizás no muestran ansiedad para detener los excesos que ellos deberían detener.

Una buena cantidad de mujeres siguieron al ejército; fueron útiles para cocinar y lavar, y eran inteligentes; pero los oficiales me informaron que su presencia era la causa de riñas y disturbios, y no hubieran sido admitidas si hubiera sido posible mantenerlas afuera.

La siguiente es una lista de los principales oficiales con el número de sus edecanes:

General en Jefe — Don Manuel Baquedano (7 edecanes).

Jefe de Estado Mayor— General Don Mario Maturano (18 edecanes)

Comandante de Artillería — Coronel Don José Velásquez (4 edecanes)

Comandante de Caballería — Coronel Don E. Letelier (4 edecanes)

Jefe de Ambulancia — Dr. R. A. Padin

Jefe del Comisariato — Señor Don A. Delgado

Comandante de la 1ra. División — Coronel Don Patricio Lynch (10 edecanes)

Comandante de la 2da. División — General Don Emilio Sotomayor (18 edecanes)

Comandante de la 3ra. División — Coronel Don Pedro Lagos (10 edecanes)

Como Inspector General y Jefe de Policía — General Don A. Saavedra

El ejército se componía de alrededor de 25,000 oficiales y soldados, divididos en tres divisiones. Cada división tenía dos brigadas de Infantería, una proporción de Artillería y un regimiento de Caballería.

1ra. División

1ra. Brigada

<i>Regimiento</i>	<i>Oficiales</i>	<i>Hombres</i>
2do. de Línea	56	1,004
Atacama	48	1,159
Colchagua	35	857
Talca	38	1,145
Artillería de Marina	21	398
Mellipilla	38	461

2da. Brigada

4to. de Línea	42	953
Chacabuco	40	961
Coquimbo	45	1,028
Batallón Quillota (no llegó de Pisco a tiempo)	32	600
	<hr/> 395	<hr/> 8,566

Caballería Granaderos 31 490

Artillería, 11 cañones de montaña

Artillería, 10 cañones de campaña

Artillería, 2 cañones Gatling

2da. División

1ra. Brigada

<i>Regimiento</i>	<i>Oficiales</i>	<i>Hombres</i>
1ro. de Línea	41	1,008
Chillán	38	1,040
Esmeralda	44	985

2da. Brigada

3º de Línea	43	1,091
Lautaro	49	1,132
Curico	39	962
Batallón Victoria	28	574
	<hr/> 282	<hr/> 6,792

Caballería Cazadores 29 413
(a caballo)

Artillería, 12 cañones de Montaña

Artillería, 12 cañones de campaña

Artillería, 4 cañones Gatling

3ra. División

<i>Regimiento</i>	<i>Oficiales</i>	<i>Hombres</i>
Aconcagua	35	800
Valparaíso	39	845
Batallón Navalles	34	887
Bulnes	22	479
Concepción	34	667
Santiago	51	1,004
Batallón Valdivia	38	501
Caupolicán	28	428
	<hr/> 281	<hr/> 5,611

Caballería Carabineros 31 398
1a Yungay

Artillería, 12 cañones de montaña
 Artillería, 10 cañones de campaña
 Artillería, 4 cañones Gatling
 Artillería, 2 cañones Nordenfelt

Reserva

<i>Regimiento</i>	<i>Oficiales</i>	<i>Hombres</i>
Zapadores	50	1,200

Artillería, 4 cañones de montaña
 Artillería, 6 cañones Armstrong

Fuerza Total del Ejército

Infantería	1,008	22,169
Caballería	91	1,301
Artillería	103	1,486
Gran Total	1,202	24,956

Con una fuerza de Artillería de 77 cañones, 10 ametralladoras. (Estas cifras fueron obtenidas unos días antes de la batalla de Chorrillos).

Infantería

La infantería se encuentra bien armada, con rifles a retrocarga, así como Gras o Comblain; ambos son buenos, pero el primero tiene alcance más largo, mientras que el segundo posee acción más simple y es menos propenso a descomponerse, y a su vez ambos fusiles son inferiores al Martini-Peabody, con el que los Peruanos se encuentran armados.

Tanto el Gras como el Comblain disparan la misma munición, que es fabricada en Santiago y es relativamente buena; pero he visto varios casos de desperfecto en el disparo, algunos por humedad, algunos porque los percutores no golpeaban los detonadores lo suficiente y otros porque en los cartuchos estaba omitido el yunque.

Los hombres son fuertes; y, como regla, bien desarrollados, activos y endurecidos, y muy superiores en físico a los Peruanos.

Los uniformes de los regimientos son muy similares (algunos tienen pantalones rojos, mientras otros, son de un gris azulado), distinguiéndose cada regimiento por la inicial en la gorra, y por chevrones de colores o marcas en los brazos; las bandas blancas en el brazo derecho denotan la división a la cual pertenece, el regimiento, y sobre la holandesa se encuentran grabados los números de la compañía, del batallón y del regimiento.

El uniforme de parada es una túnica (azul oscura), pantalones, gorra, medias botas marrones de cuero suave, y para uniforme de trabajo se usa un traje de holandilla; para pelear se usa una combinación de ambos, de acuerdo con la orden del día: para marchar, el traje de holandilla es usado sobre el traje azul, con medias de lana, camisas y forros para gorra; a su espalda el soldado lleva envuelta en su mochila una muda completa de ropa, menos las batas; si puede realizar una marcha corta con parada larga, lleva también una cama de campaña; a su lado izquierdo una bayoneta (los zapadores utilizan una con sierra) y un morral conteniendo provisiones para dos días; a su lado derecho una cantimplora conteniendo agua de botella, plato de lata, taza para beber, cuchara y tenedor; una correa al rededor de su cintura conteniendo 20 cartucheras, cada una de las cuales lleva 10 cacerinas, son usualmente cargados con 100 cacerinas, y antes de una acción de armas se les distribuyen unas 100 cacerinas adicionales. Esta correa es muy pesada y totalmente se halla sostenida por tiras, y debe de ser muy incómoda e insalubre; un cuchillo largo en cada bota completa su equipo.

Cada rifle es cuidadosamente protegido por fundas de cuero, frenos de cañon y cubiertas de lana para todo el rifle.

El peso total cargado, con 150 cacerinas, es alrededor de 57 libras.

Lista de Pesos Cargados Durante la Marcha

	lbs
Rifle Comblain, Completo	9.8
Mochila y Morral	2.29
Funda de Rifle	.24
Cartuchera para munición	.72
150 Cartuchos	13.82
Botella de agua, llena	5.75
Raciones para dos días	5.41
Bolsa para raciones	72.38.57
Gorra de Lona	0.33
Túnica de tela	3.30
Pantalones de tela	1.85
Traje de lana	1.49
Camisa, calzoncillos y chalina	1.03
Botas	2.64 — 10.64
Mochila y frazada	4.79
Cintas	.44
Toalla, Peine, Jabón, Tabaco, Escobilla, etc.,	1.21—7.47
	<hr/> 56.68—56.68 <hr/>

	Gras	Comblain
Peso con Bayoneta	10.5 lb	9.8 lbs
Largo con Bayoneta	71 pulgs.	
Largo sin Bayoneta	51 pulgs.	
Calibre	.43	
Número de Acanaladuras	4	4
Profundidad	0079"	
Grosor	138"	
Descripción	Derecha a Izquierda	Izquierda a derecha
Inclinación	3°33'	
Alcance en la Mira	1900 yds., 1300	400 yds.
Peso, cartucho completo	1.5 onzas	1.5 onzas
Peso Bala	.88	.88
Peso Pólvara	.18	.18
Peso Estuche	.45	.45
Largo de cartucho	3 pulgs.	3 pulgs.

Un regimiento de infantería se compone nominalmente, de un coronel, un comandante, un mayor, 8 capitanes, 8 tenientes, 16 tenientes segundos, 1 teniente edecán, 8 compañías de 150 clases y soldados, 56 músicos de banda, cornetas y reservistas, pero ninguno de los regimientos se encuentra en su máxima fuerza; y algunos regimientos tienen 16 tenientes.

Artillería

Aunque no tienen ninguna educación especial, como aquella que se recibe en Woolwich, los oficiales de la artillería, son inteligentes y en su mayoría son reclutados de la profesión de ingenieros; en consecuencia ellos han aprendido a manejar sus modernas piezas con gran precisión, pero no con rapidez.

Los hombres no son seleccionados en atención a ninguna calificación particular que puedan poseer, y los comentarios concernientes a la infantería pueden aplicarse igualmente a la artillería.

Los caballos son animales finos y fuertes, pero algo temerosos de las armas. Las mulas utilizadas en las baterías de montaña son los animales más finos de su clase que yo he visto; todos los accesorios de los cañones y arneses son de los más recientes patrones de Armstrong y Krupp, y no he escuchado ninguna queja de su excelencia.

Los nuevos cañones Armstrong son muy gustados; son más ligeros que los Krupp, más precisos, y fácilmente operables, pero durante una práctica en Lurín hubo tres explosiones prematuras, un casquillo fué recogido posteriormente sólo explosionado a medias y con la mayor porción de las balas y segmentos permaneciendo dentro de él. En dos de los cañones se observaron rajaduras de cerca de 2 pulgadas de largo en la espiral del tubo de acero; pero como no había herramientas para tomar una impresión, soy incapaz de dar alguna información más acerca de ellas.

Hasta donde yo sé, los cañones Krupp, respondieron sin ningún tropiezo, aparte de una ligera dificultad en cerrar la funda a consecuencia de la tierra que se metía en la rosca. Todos los accesorios están muy bien ordenados, con la excepción de la pólvora, que estaba muy expuesta cuando la tapa del armón era abierta.

Yo me quedé muy sorprendido por el pequeño daño logrado por el fuego de artillería, pues fuertes que aparecían cañoneados una y otra vez eran encontrados prácticamente indemnes después de un exámen; hubo muy pocos muertos en cada bando por fuego de artillería, y el único caso de daño real del que yo he escuchado fué la destrucción de una cureña de cañón por un proyectil peruano, pero ningún otro cañón parece haber sido alcanzado.

La mayoría de las cureñas para cañón fueron acondicionadas con un freno ordinario de tornillo, el cual se mostró muy útil al subir y bajar colinas.

La artillería está dividida en dos regimientos. El primero consta de cuatro baterías conteniendo:

12 cañones de campaña, 2.9 pulgs. — 9.5 lbs. Krupp	
12 cañones de montaña, 2.9 pulgs. — 9.5 lbs. Krupp	
2 cañones Nordenfelt 1 pulg. — una libra	9.5
4 cañones Gatling .45	

Total 24 cañones, 6 ametralladoras, 30 oficiales y 511 hombres.

El segundo regimiento consta de 10 baterías de

12 cañones de campaña 3.4 pulgs. — 15 lbs. Krupp	
8 cañones de campaña 2.9 pulgs. — 9.5 lbs. Krupp	
6 cañones de campaña 2.6 pulgs. — 9 lbs. Armstrong	
11 cañones de montaña 2.9 pulgs. — 9.5 lbs. Krupp	
16 cañones de montaña 2.4 Krupp	
4 cañones Gatling	

Total 53 cañones, 4 cañones Gatling, 73 oficiales, 975 hombres.

Fuerza total de artillería: 77 cañones, 10 ametralladoras, 103 oficiales, 1,486 hombres.

Las baterías contaban 4 ó 6 cañones, y nominalmente 5 oficiales y 125 hombres, pero este no era siempre el caso; algunas baterías tenían Gatlings, pero no les gustaban a los oficiales de artillería, se volvían obsoletas y su alcance no era el suficiente para proteger a la artillería. Todos los servidores de los cañones estaban armados con carabina Winchester, y los jinetes de los caballos con sables.

Los cañones de campaña eran jalados por 8 caballos, 6 hombres eran cañoneros, que viajaban sobre el carruaje y el avantren de cureña, si el suelo era carrozable; si no lo era, ellos caminaban. En caminos pesados, no eran suficientes los 8 caballos. Cada batería tenía 20 caballos de repuesto, 8 de los cuales jalaban los carros de agua, y otros 8 jalaban los carros con la munición de repuesto.

Los cañones de montaña eran cargados sobre 7 mulas, 3 mulas para el cañón y la cureña, 4 mulas para el equipo de repuesto y munición; sobre buenas carreteras, los cañones eran jalados por las mulas en lugar de ser cargados. El equipo del cañón constaba de 6 cañoneros y 7 muleros.

Los cañones de montaña disparan los mismos proyectiles que los cañones de campaña, pero con una carga más pequeña, y consecuentemente, velocidad más reducida, como se ve en la siguiente tabla.

Descripción de la artillería usada en el Ejército Chileno.
Alturas reducidas a medida Inglesa. Miras marcadas en metros y centímetros: (ver página 79).

Peso del carruaje	1210 lbs. — 1012 lbs.
Preponderancia del carruaje	2376 lbs. 233 lbs.
Elevación del carruaje	24° + 8° — 28° + 8° — 20° + 13°
Armón, peso completo	3,949 lbs. — 3,278 lbs.

Estas descripciones fueron obtenidas de libros y mediciones actuales. La marca — significa que la información no pudo ser obtenida.

Caballería

Los oficiales se hallan entre los más agradables del ejército, pero ellos no mostraron mucho arrojo antes de las batallas.

Los hombres son elegantes, fuertes y bien comportados.

Los caballos son poderosos, cerca de 15 palmos, bien entrenados y vistosos, de tal manera que la caballería por su excelente equitación, su fina apariencia y su buena disciplina, constituye la porción más llamativa del ejército.

Nombre de la Parte	Campaña 80 Armstrons	Campaña 80 Krupp	Campaña 79 Krupp	Montaña 80 Krupp	Montaña 73 Krupp	Campaña 67-69 Krupp
Calibre del cañón	2.6 pulgs.	3.4 pulgs.	2.9 pulgs.	2.9 pulgs.		
Cámara del cañón	—	3.8 pulgs.	3.2 pulgs.	3.1 pulgs.		
Largo total del cañón	79.2 pulgs.	87.7 pulgs.	78.74 pulgs.	37.8 pulgs.		
Peso del del cañón	550 lbs.	900 lbs.	671 lbs.	224 lbs.		
Preponderancia del cañón	12 lbs.	119 lbs.	95 lbs.	—		
Número de fundas del cañón	16	24	24	21		
Refuerzo de riflado	—	1 en 48	1 en 48	1 en 48		
Radio de puntería	37 pulgs.	40.9 pulgs.	35 pulgs.	36 pulgs.		
Velocidad inicial	—	1832 pies	1546 pies	962 pies		
Alcance visible	15"7500 yds.	5230 yds.	5230 yds.	3880 yds.		
Alcance sobre la tabla	5000 yds.	5450 yds.	5450 yds.	4360 yds.		
Paso del segmento de proyectil	9 lbs.	15 lbs.	9.5 lbs.	9.5 lbs.		
Peso de metralla	—	ninguno	ninguno	ninguno		
Peso del casquillo	—	ninguno	ninguno	ninguno		
Carga de cañón	2.5 lbs.	3.3 lbs.	22 lbs.	88 lbs.		
Carga de reventazón	—	44 lbs.	22 lbs.	22 lbs.		

No obtenible; solo unos cuantos cañones de estas descripciones

Hay tres regimientos, Granaderos, Cazadores a Caballo, Carabineros a la Yungay; cada regimiento, en su mayor poderío, consta de 500 hombres.

Los hombres están armados con una carabina de repetición Winchester y un largo sable curvo; utilizan montura Mexicana hecha en Chile, y cargan piqueta, ronزال, lazo y alforjas para una muda de ropa para los hombres; las embocaduras son muy poderosas y las espuelas muy pesadas.

Los caballos son espoleados con una sola piqueta, y los obstinados son apretados además con las dos piernas.

Los Granaderos son el regimiento más pesado, pero las armas y el equipo son iguales, y los regimientos se distinguen por franjas de colores en los pantalones.

Departamento de Ambulancia

El Departamento de Ambulancia constaba del Jefe de cuerpo médico, Doctor R. A. Padin, quién tenía bajo sus órdenes 3 ambulancias, cada una con un cirujano en jefe; un hospital volante con un cirujano jefe; un buque hospital, con un cirujano jefe.

Cada ambulancia consta de 6 secciones; cada sección tiene un cirujano jefe, 4 cirujanos segundos, 8 practicantes o vestidos, y 24 hombres como destacamento de faena; cada sección tenía 12 carpas en carretas (cada carpa conteniendo 12 hombres), cantimplora médica y 130 camillas, de tal manera que los números totales eran:

- 5 Cirujanos Jefes
- 20 Cirujanos
- 72 Cirujanos Segundos
- 144 Vestidores
- 432 Destacamento de Faena

Durante la batalla los vestideros trabajan en la retaguardia de sus divisiones, vendando y enviando hombres a la retaguardia.

Después de la batalla partidas de trabajadores chinos y soldados salían a buscar a los hombres que fueran incapaces de caminar, y los traían en camillas y carretas. Para la segunda batalla se usó el tren.

Los heridos fueron enviados primero a un edificio grande en Chorrillos, donde había 2,500, aquellos que eran capaces de embarcarse eran enviados a Chile en transportes, y los otros eran atendidos por los doctores; los arreglos para alimentar a los heridos y para proveerlos de camas, utensilios, etc., eran muy malos.

El instrumental médico parecía bien distribuído y abundante pero, con la excepción de los Cirujanos Jefes, el personal médico parecía carente de educación.

Comisariado

El Intendente, Señor Alvarado Delegardo, se encontraba a cargo de todo el departamento; los oficiales de comisariado en cada división, y un oficial menor en cada regimiento tomaban cargo del equipaje, los carros, vagones de provisiones y el transporte de todo lo descrito.

Los oficiales y los hombres de este departamento no visten ningún uniforme, pero se distinguen por llevar impreso sobre bandas blancas en el brazo y en la gorra, "Intendencia del Ejército".

Cada regimiento cargaba sobre mulas calderos grandes y pequeños, que sostenían cerca de 50 o 70 galones; y con un fuego encendido debajo, la sopa (el rancho usual) era preparada en ellos. La sopa está compuesta de arroz guisado, camotes, verduras, frijoles y grasa.

Las comidas son como sigue:

Café a la 5:00 A.M.; desayuno, de sopa, a las 10:00 A.M.; comida, de sopa a las 5:00 P.M.

El campo del regimiento esta formado (en marcha) en cuarto de columna, con las armas apiladas, los hombres recostados cerca de sus rifles, los oficiales de las compañías se encontraban en los flancos.

Raciones para los Soldados

Descripción	Parados	en Marcha
Carne seca	150 gramos	460 gramos
Frijoles	350 gramos	
Frangoli	120 gramos	
Arroz	120 gramos	
Galletas	200 gramos	460 gramos
Cebollas	50 gramos	100 gramos
Harina	400 gramos	200 gramos
Manteca	50 gramos	
Ají	5 gramos	10 gramos
Sal	15 gramos	
Papas	150 gramos	
Azúcar	25 gramos	
Café	10 gramos	
Comida fresca	10 gramos	

Esto en lugar de carne fresca, y Frangoli o Callavances, 2 galones de agua, y una botella de vino cuando se lo puede obtener.

El cuadro de la pág. 83 muestra la cantidad de mulas requeridas para una división de 7,000 hombres y número de munición cargados.

Supuesto Plan de la Campaña

La idea general de la campaña parece ser como sigue:

Una división de alrededor de 8,000 hombres debía marchar de Pisco a Chilca, una distancia aproximada de 130 millas, para cubrir el desembarco del cuerpo principal, o para atraer a los peruanos de Lima, de tal manera que el cuerpo principal sería capaz de cortarlos. De acuerdo con esto, la 1ra. División fué desembarcada en Pisco, con poca o ninguna resistencia, tomó posesión del pueblo de Ica y de los valles vecinos, exigió contribuciones y disciplinó a sus hombres.

El cuerpo principal debía dejar Arica a tiempo para llegar a Chilca un día después del arribo de la 1ra. División, pero este plan fué frustrado debido a las dificultades causadas por la ausencia de agua y los desiertos que encontró la 1ra. División, y por ello resultó que a la 2da. Brigada de la 1ra. División se le ordenó volver de Tambo de Mora a Pisco, para reembarcar e ir por mar.

Mientras que en Lurín los hombres eran ejercitados, las provisiones fueron conducidas a tierra desde los barcos a un pequeño puerto llamado Curayaco; y tan pronto los aprovisionamientos fueron completados y los reconocimientos hechos, el ejército hizo un ataque directo sobre las líneas peruanas en Chorrillos.

El Tiempo Transcurrido en Pisco

La 1ra. División permaneció en Pisco cerca de tres semanas, tiempo durante el cual yo visité Ica con el General Villagrán, comandante de la 1ra. División.

Un regimiento, alguna caballería y artillería habían marchado previamente desde el lugar de desembarco (Paracas, cerca de cinco millas al sur de Pisco) para tomar posesión de Ica; cuando los Chilenos llegaron a Guadalupe fueron recibidos por un comité de residentes extranjeros que había tomado posesión del pueblo de Ica por haberlo abandonado todas las autoridades peruanas, y quienes también solicitaron protección Chilena; esta fué garantizada, y tanto como yo pude averiguar, no hubo ningún caso de robo excesivo, todo lo obtenido fué pagado, y el pueblo fué res-

Detalles	Carretas	Mulas por Carretas	Mulas de carga	Muleros de Infantería	Mulas para agua	Munición para cada cañón	Munición para cada soldado	Munición para cada carabina
Cargados por las tropas	—	—	—	—	—	50	100	50
En carga de la División	10	40	280	50	40	50	100	25
En carga general	—	—	—	—	—	100	100	25
Para Equipaje	10	64	55	11	20	—	—	—
Total	20	104	335	61	60	200	300	100

petado en toda forma; las tiendas fueron abiertas y la gente ambulaba en las calles cuando yo estuve allí, cerca de una semana después que los chilenos habían entrado.

Partes de las locomotoras habían sido llevadas y las máquinas mutiladas por los peruanos; pero los ingenieros chilenos encontraron las piezas que faltaban y pusieron las locomotoras en funcionamiento, de tal manera que estuvieron en aptitud de viajar por tren.

La línea corre cerca de 47 millas a través de un desierto arenoso, con dos estaciones, una que es un lugar para proveer de agua a la máquina, y la otra llamada Guadalupe, que es un pequeño terreno con vegetación, donde se puede obtener fruta.

El valle de Ica es una magnífica franja de campiña, principalmente utilizada para el cultivo de uvas, usadas en la manufactura de Italia y Aguardiente; es irrigada por el río Ica, el cual está seco durante nueve meses al año, y durante la temporada húmeda corre a través de los diferentes viñedos, por medio de esclusas, de acuerdo con el término de los arriendos; la hacienda de Macacona, una de las más fértiles sólo recibe agua tres días durante el año. Cerca de Ica está la laguna de Huacachina, formada en medio de algunas colinas de arena, y llena de agua con una fuerte solución de potasa. Es muy usada por los nativos con el propósito de bañarse para la cura de enfermedades de la piel.

El pueblo de Ica está sujeto a temblores; las iglesias y varias casas se encuentran en ruinas. Mientras nosotros estuvimos allí sentimos varios temblores moderadamente severos.

En nuestro camino de regreso a Pisco, por tren, a cerca de 12 millas de Ica, nosotros observamos al trole, o carro de mano (que había sido enviado por delante para despejar la línea) volcado, huellas de lucha en la arena y el poste de telégrafo derribado, con el alambre cortado. Nosotros sospechamos que alguna dinamita había sido colocada debajo de los rieles. A corta distancia más adelante, un hombre fue visto alejándose de un poste en el cual había sido cortado el alambre. Se le dijo que parase, pero corrió, y fué muerto por el guardia en el tren. Antes de morir dijo que había cortado el alambre por orden de alguien, y el cuerpo fué colgado de uno de los postes como una advertencia.

La locomotora se encontraba sin reparar, sin freno, sin los vidrios del manómetro, con la palanca de retroceso descompuesta, con pernos sueltos en muchos lugares, con los abastecedores de aceite perdidos; de tal manera que el andar era muy lento.

Antes de dejar Pisco los chilenos quemaron la villa de Guadalupe para vengar el daño que los peruanos habían hecho a la línea, justamente antes de que un tren cargado de soldados llegase de Ica.

Mientras estuve en Pisco tuve varias oportunidades de observar las prácticas de artillería e infantería. La artillería entrena muy bien, con la misma clase de maniobras que nuestro ejército; todos los movimientos son correctamente ejecutados, y se toma un gran cuidado para hacer que los sargentos recuesten los cañones correctamente. Un oficial observa a lo largo de la vista, y el principal defecto es que los movimientos son todos movimientos cuadrados, y los destacamentos son muy lentos.

La infantería practica bien pero sin mucha consideración para mantener el paso; ellos marchan generalmente en fila y casi siempre con sus rifles en el hombro.

Ellos emplean movimientos cuadrados pero disparan bien, y para una carga de bayoneta caída forman con un vítor y con espíritu.

El fuego de mortería no es tan acucioso como la artillería y cuando avanzan disparan apoyándose en la cadera.

La posición de acostarse no es muy usada, debido a que generalmente están avanzando, y los oficiales dicen que si los hombres son heridos cuando están echados la herida es más severa; además es un trabajo extra para los hombres tenderse en el suelo y volverse a levantar.

Casi todas las órdenes son dadas en la práctica por la corneta, y mientras los hombres completan un movimiento que ellos llaman un número; por ejemplo, en armas al hombro hay tres movimientos; 1er. movimiento, que el hombre llama uno, uno; 2do. movimiento, dos dos; 3er. movimiento, tres, tres; el ruido hecho no es muy excesivo, y es una buena manera de enseñar a los hombres.

Una hora al día es impartida la instrucción entre toques de corneta, que son interminables; la corneta toca una orden, y los hombres cantan una tonada, repitiendo las palabras de la orden. El uso de la corneta es hasta cierto límite útil, pero es conducido con gran abuso en el Ejército Chileno.

El ejercicio de espada y bayoneta es muy lento y complicado, pero ambos han sido enseñados extensamente.

La Marcha de la 1ra. Brigada de Pisco a Lurín

El 10 de Diciembre de 1880, nos enteramos de que el General Villagrán había recibido órdenes para marchar con su División a Chilca, dejando a la 1ra. Brigada, 2da. División para esperar al Comandante en Jefe, que llegaría probablemente a Pisco y después iría a Chilca por mar.

Se perdió tiempo en hallar el camino y hacer arreglos, todo lo cual pudo haber sido hecho de antemano.

Los informes acerca del desierto indicaban que la marcha iba a ser muy dura, así que los hombres enfermizos y débiles fueron dejados atrás, y la División partió con 8,000 a las 4:30 P.M. del 13 de Diciembre; los hombres marcharon en una formación libre de a cuatro, con guardias avanzados cuando era necesario, y guardias de flanco y de retaguardia para recoger a los rezagados, de los cuales hubo un buen número el primer día.

La procesión constaba de las tropas, de tantas mulas como pudieron obtenerse, y a lo largo de toda la marcha fueron incorporados animales de toda descripción, caballos, asnos, ganado vacuno, ovejas y cabras, y utilizados para tiro o para alimento.

Hicimos alto cada hora por quince minutos, y a la media noche acampamos para descansar acostándonos en columna con los centinelas apostados.

El camino se extendía a lo largo de la playa, y en su mayor parte era muy pesado y arenoso.

A las 4:00 A.M. partimos de nuevo, y llegamos a Tambo de Mora alrededor de las 8:00 A.M.

La 1ra. Brigada fué a Chíncha Baja, y la Caballería a Chíncha Alta, mientras que el resto fué acampado en Tambo de Mora.

Mientras estuvimos en Tambo de Mora fuímos hospitalariamente atendidos por un alemán llamado Von Weldbeck, o Señor Martínez, como lo llaman los peruanos, y tanto de él como de otras fuentes obtuvimos la siguiente información:

“Tambo de Mora es el puerto marítimo del valle de Chíncha, el cual, tiene un largo de 23 millas y un ancho de 15 millas, y aunque el desembarco es malo, grandes cantidades de azúcar y de vino son embarcados allí por medio de lanchas o balsas.

“Las principales haciendas son poseídas por peruanos, con ingenieros escoceses como agentes. El año pasado las haciendas fueron saqueadas por montoneros peruanos y los dueños asesinados.

Existen varias ruinas incaicas muy sólidas, cerca del pueblo de Tambo de Mora, y el pueblo de Chíncha Baja, que tiene casas viejas con pinturas en las paredes, claraboyas, etc., estaba casi desierto.

“El sistema de reclutamiento merece atención. Un oficial peruano viene y solicita hombres en las diferentes haciendas; los dueños en lugar de hombres le dan algunos soles. El informa al gobierno de tantos hombres, y retira sus raciones y vestimentas, que son vueltas a vender al gobierno; después de haber estado en el lugar por algún tiempo llega otro oficial y se vuelve a pasar por el mismo procedimiento.

“No menos de cinco oficiales han estado en Tambo de Mora para este encargo.

“Tres chilenos fueron fusilados por montoneros, que fueron

cogidos y condenados a ser fusilados, pero desde entonces he escuchado que fué suspendida su sentencia. El corresponsal de *La Patria* me informó que los chilenos tienen prueba, por medio de los libros del telégrafo encontrados en Pisco, que los peruanos decidieron envenenar los pozos en nuestra línea de marcha, pero fueron impedidos de hacerlo por falta de tiempo”.

La distancia de Tambo de Mora a Cañete es de unas 38 millas; pero esta era considerada como una distancia muy grande para que las tropas marcharan sin agua, y como a una distancia de 15 millas había algunos antiguos pozos incaicos, que habían sido tapados con arena, una pequeña partida fué enviada para limpiarlos, y el General Villagrán determinó que marchase la División por brigadas.

Los primeros partieron bajo el comando del Coronel Lynch a las 4:30 P.M. del 17 de Diciembre, con una gran cantidad de animales; las mulas cargaban agua en pipas; y un gran número de chinos, que a lo largo de la línea de marcha abandonaban las haciendas en las que habían sido empleados, seguían en grandes cuerpos al ejército; no se les pagaba ni se les alimentaba.

Ellos desertaron de los peruanos a consecuencia del mal trato que habían recibido, y se acoplaron a los chilenos esperando mejorar su condición.

Nosotros arribamos a los pozos a media noche y nos acostamos formando un campo en columna.

El camino estaba a lo largo de la playa, y era muy pesado pero los hombres marcharon mucho mejor que de Pisco a Tambo de Mora.

Con la luz del sol encontramos que un pozo había sido excavado en 30 pies de largo por 12 de ancho y 6 de profundidad, y contenía cerca de 2 pies de agua: aunque lodosa era bebible.

A las 4:00 P.M. del 18 de Diciembre partimos con guardia avanzada (escuchando que la caballería peruana había sido vista), y seguimos a lo largo de la playa por cerca de media milla, y de ahí por encima de los acantilados a las partes altas de la pampa, hasta que llegamos a Cañete.

El camino pasaba por un territorio muy ondulante, con ocasionales lugares malos, pero en su integridad era más firme de lo que habíamos esperado. A las 8:00 P.M. nos acostamos hasta las 11:00 P.M., cuando la luna se elevó y nosotros avanzamos. A la media noche un oficial de caballería vino para contar que había sido atacado en el valle de Cañete, y se habían retirado con pérdida de un prisionero y cuatro caballos heridos. Nosotros avanzamos hacia el borde del valle y esperamos a la luz del sol; la noche era nublada y húmeda, y la arena estaba muy mojada para echarse sobre ella.

A la salida del sol del 19 de Diciembre alcanzamos a la caballería, a la cual encontramos parada en la cima de la colina,

que formaba uno de los lados del valle de Cañete; por ellos nos enteramos que cabalgando habían caído en una emboscada de infantería la noche previa, y habiendo sido atacados juzgaron prudente retirarse.

El Coronel Lynch formó la brigada en orden de combate, la artillería naval en escaramuza, el regimiento 2do. de Línea y Talca como reserva, y la batería de montaña la apostó en las colinas. Sin ser molestados descendimos entonces al valle, donde sólo encontramos a dos hombres, armados; uno de ellos fué capturado sin uniforme, y confesó no saber a qué regimiento pertenecía, de manera que se ordenó que fuera fusilado como montonero, pero se le perdonó la vida, a fin de obtener de él información concerniente al país y al enemigo.

Nos detuvimos en una hacienda ruinosa llamada Hervay Baja, situada en el lado sur del valle, cerca del río, en el cual procedieron las tropas a lavarse y lavaron su ropa.

La hacienda era muy sucia, y la maquinaria estaba en condición dilapidada.

Las tropas salieron para obtener forraje y obtuvieron alimento de toda clase, así como animales, pero no hicieron ningún daño innecesario. El lunes 20 de Diciembre debíamos haber partido a las 3:30 A.M., pero a esa hora fuímos informados que a la 2da. Brigada, que habíamos dejado en Tambo de Mora, le había ordenado el General Baquedano regresar a Pisco para embarcar, y para nosotros habían llegado instrucciones de proceder a Chilca sin demora.

A las 5:00 A.M. partimos y marchamos a través del valle.

El valle de Cañete es muy fértil, y rinde anualmente una enorme cantidad de azúcar, ron, alfalfa, etc. Se encuentra bien irrigado, y las diferentes haciendas utilizan una gran cantidad de maquinaria a vapor para el cultivo de las cosechas y para el transporte de la producción.

Entre 70 y 80 súbditos Británicos residen en las haciendas, principalmente en aquellas que pertenecieron al finado Señor Swayne. Algunos de estos me dijeron que temían más la violencia a la cual estaban convencidos que serían sometidos por los peruanos en lugar de la que cometieran los chilenos, porque ellos habían sido previamente amenazados varias veces por los montoneros.

Nosotros visitamos la hacienda del Señor José Unanue, con una residencia agradable, construida al estilo de un palacio italiano, bellamente amoblada y acondicionada, que posee un adorable jardín y viñedos. El propietario no había vivido en ella durante años y la hacienda estaba a cargo de un alemán, quién dió al Coronel Lynch un cheque por 20,000 pesos como contribución de guerra. La hacienda no fué dañada, pero unos cuantos animales (mayormente asnos) fueron llevados por el ejército co-

mo animales de carga. Entonces visitamos la hacienda perteneciente anteriormente a los Señores O'Higgins y Delpino, y ahora trabajada por una compañía italiana.

Las tropas hicieron alto aquí durante el calor del día; algunos hombres irrumpieron dentro de una de las habitaciones, pero fueron aprehendidos y castigados.

La casa había pertenecido originalmente al General O'Higgins, un ex-presidente chileno y contenía varias pinturas, del viejo campo de batalla de la guerra de la independencia Chilena; cuando nos retiramos llevamos todos los animales que pudieron encontrarse. El Coronel Lynch y yo visitamos entonces la hacienda principal del Sr. Swayne, Casa Blanca, y el Sr. Renwick, el agente, fue informado que su propiedad sería respetada. Con la excepción de unos cuantos animales que fueron tomados por las tropas, y de los cuales la mayoría fueron posteriormente devueltos, creo que esta promesa fué guardada.

El Sr. Renwick cría caballos y yeguas, perros, faisanes, etc. Yo escuché posteriormente que algunos de los hombres habían cazado dos yeguas de cría, que no habían sido capaces de recuperar, pero estos hombres no pudieron ser identificados y escaparon al castigo. Nosotros marchamos hasta después del anochecer y llegamos a un camino profundamente inundado, fuera por accidente o a propósito, y tuvimos que retroceder una milla sobre nuestros pasos, y dormimos esa noche en un campo mojado, donde los mosquitos eran excesivamente fastidiosos, y los peruanos nos dispararon sus revólveres a intervalos durante la noche, pero sin efecto.

Con la luz del día, partimos el 21 de Diciembre a las 5:00 A.M. hacia Cerro Azul, al que llegamos a las 7:00 A.M., yendo por la vieja carretera, que estaba seca, y a lo largo de la cual sigue el rastro desde las haciendas al muelle.

Cerro Azul es un pequeño puerto, con un buen anclaje y un amplio embarcadero; un muelle sale hacia afuera, y sobre él hay una grúa y maquinaria para embarcar azúcar, etc. El pueblo estaba desierto, y había sido saqueado por los chinos, que habían desvalijado completamente el lugar antes de que llegáramos.

El agente de la P. S. N. C. (Compañía de Navegación a Vapor en el Pacífico) me informó que él temía mucho la partida de los chilenos, porque los peruanos habían amenazado a todos los súbditos británicos; la propiedad de la P. S. N. C. no había sido dañada.

Los regimientos Atacama y Colchagua, que habían sido dejados en Tambo de Mora, arribaron a las 4:00 P.M.

Nosotros partimos nuevamente, en una larga formación, que incluía cerca de mil chinos que se habían unido al ejército y que causaron una gran cantidad de problemas, ya fuera robando o

atribuyéndose los robos, en los pueblos a través de los cuales pasamos. Habíamos sido advertidos que el camino iba a ser malo, especialmente en un lugar llamado Cabo Mal Paso, y acerca del cual nuestro informante nos dijo seriamente que: "Los peruanos estarían detras del paso; que el camino estaba cortado frente a un acantilado, y que el ruido ocasionado por el ejército al pasar causaría un temblor, que destruiría la carretera y aquello que estuviera sobre ella". Encontramos el camino muy pesado, colina arriba, colina abajo, a través de zanjones abiertos al borde de los precipios, y con uno o dos lugares desagradables para que las mulas subieran y bajarán con la batería de montaña; nosotros seguimos hasta el anochecer, paramos durante cuatro horas hasta que la luna salió, y entonces proseguimos nuevamente con nuestras usuales paradas horarias; el Cabo Mal Paso fué pasado sin ningún problema causado por temblores o por los peruanos, quienes habían desaparecido dejando atrás solo una vieja espada como recuerdo.

Miércoles 22 de Diciembre. El valle de Asia es muy pobre, el río estaba seco y la pequeña cantidad de agua que pudimos obtener de los pozos existentes en los ranchos estaba muy lodososa.

Los pueblos consistían de chozas de caña y barro de la más asquerosa apariencia; difícilmente se podía obtener alguna verdura, solo algunos camotes y cebollas.

Enterados de que la caballería había sido atacada por los peruanos en Bujama, el Coronel Lynch y yo partimos a las 4:00 P.M. con la artillería naval, y llegamos a las afueras de Bujama, en el valle de Mala, después del anochecer. Nos recostamos afuera de las murallas, sin ruido ni luces, pero no escuchamos ningún disparo.

Jueves 23 de Diciembre. Levantados a las 4:30 A.M., esperamos a los regimientos 2do. de Línea y Talca y la batería de montaña. Cuando ellos llegaron nosotros entramos al valle; llegamos a Bujama, donde encontramos telegramas de Piérola felicitando a los habitantes por su exitosa defensa y su victoria en Cañete.

Después de pasar el pueblo observamos alguna caballería sobre una pequeña colina, a unas 2,500 yardas; pusimos uno de los cañones de montaña en acción e hicimos dos disparos, que hicieron desaparecer al enemigo; al mismo tiempo, la guardia avanzada estaba comprometida en lucha con algunos peruanos, que estaban escondidos en los espesos matorrales y árboles que cruzan el valle. El camino iba a través de 5 millas por un terreno cubierto y no hay ninguna duda que si los peruanos hubieran sido hombres decididos habrían causado muchas pérdidas al Ejército Chileno mientras pasaban; pero tan pronto habían avanza-

do los soldados de escaramuza los peruanos emprendieron una rápida retirada.

Sin embargo, no era placentero cabalgar de principio a fin, siendo blanco de los disparos hechos desde corta distancia por un enemigo invisible, y caer las balas en abundancia alrededor de nosotros; nuestras bajas fueron dos muertos y tres heridos.

Los peruanos dejaron una vaca en el campo, y cuando algunos de nuestros hombres fueron a cogerla ellos abrieron fuego, y si no hubiera sido por su mala puntería, indudablemente habríamos perdido una gran cantidad de nuestros hombres.

Esto encolerizó tanto a los chilenos que todos los pueblos y ranchos hallados a nuestro paso fueron quemados.

Nosotros llegamos al otro lado del valle de Mala cerca de las 12 y acampamos en el pueblo de San Antonio.

Consecuentemente, este pueblo fué enteramente quemado, incluyendo la iglesia, que había sido recientemente pintada y dorada; en una/casa que estaba ardiendo, cerca de la mesa en la que estábamos cenando hubo una fuerte explosión, y fuimos alcanzados por los escombros que ella ocasionó. Los chilenos inmediatamente exclamaron "las minas" pero yo fui de opinión que la explosión se debió a pólvora suelta o aguardiente; después del anochecer los peruanos continuaron disparando al campamento, pero sin efecto.

A la 1:00 A.M. del 24 de Diciembre, encontrándose la luna en lo alto y siendo buena la noche, partimos, con gran cautela, debido a que se esperaba una emboscada; pero ningún peruano fué visto hasta que nos aproximamos a Chilca, donde tres hombres fueron observados sobre las colinas situadas a nuestra retaguardia.

El camino era pesado y montuoso, y debido a que el viento había soplado arena, fue difícil seguir la huella; pero manteniéndonos cerca del mar conseguimos encontrar nuestro camino, aunque no pudimos evitar pasar varios lugares malos, donde las mulas de artillería tuvieron que ser descargadas.

Nos detuvimos para tomar desayuno (el cual consistió de la mitad de una cebolla, una pequeña cantidad de queso de cabra, unos cuantos granos de maíz indio, un pequeño pescado salado y un poco de agua barrosa) en una pequeña choza de pescadores habitada por diez peruanos pobres, quienes parecían no comprender por qué estaban allí los chilenos.

Llegamos a Chilca cerca de las 9:00 A.M., y encontramos al pueblo desierto, con la excepción de cuatro peruanos, quienes tocaron las campanas de la iglesia como saludo.

El pueblo de Chilca es grande y, a ser posible, más sucio y descuidado que ninguno de los que habíamos atravesado previamente; el agua es escasa y está distante de ser buena, pero los hombres descubrieron una cantidad de pisco, que puso muy bo-

rrachos a varios de ellos. Cerca a Chilca existen muy buenas higueras, y algunas lagunas saladas que contienen excelente pero muy gruesa sal marina.

Durante la noche, una de las mujeres dió felizmente a luz un bebé, y tuvo que ser cargada durante el resto de la marcha.

Dejamos Chilca a las 5:00 P.M., y después de detenernos tres horas, a las 11:00 P.M., llegamos a las 6.00 A.M. a Curaya-co, donde encontramos a 4 guerreros, 12 marineros, y 14 navíos anclados que desembarcaban tropas y provisiones.

El cuerpo principal que encontramos había desembarcado el 23 y había marchado al valle de Lurín, que se encontraba rodeado por peruanos, y allí perdieron los chilenos a dos muertos después de una pequeña escaramuza. Después de que los hombres habían desayunado, proseguimos a Lurín, y allí acabamos nuestra marcha desde Pisco.

La última marcha fué muy fatigosa, los caminos eran excesivamente pesados, la arena era honda y suave, y esto, combinado con la pequeña cantidad de agua obtenida por las tropas en Chilca, afectó severamente a los hombres; pero la forma en que habían trajinado sobre el pesado terreno era merecedora de todo encomio.

Ni un solo hombre fué dejado atrás, muy pocos desertaron, hubo solo uno o dos casos de terciana (una clase de fiebre), y cuando llegamos a Lurín nadie, excepto los heridos, se encontraba en la lista de enfermos.

Como apéndice va una tabla que muestra la distancia recorrida por la 1ra. División, a la cual yo me encontraba agregado.

Tabla de distancias recorridas de Pisco a Lurín

Pisco a Tambo de Mora	18 millas	de 4 P.M. a 8 A.M.
Tambo de Mora a		
Pozos de Agua	15 millas	de 5 P.M. a 12 P.M.
Pozos de Agua a		
Río Cañete	24 millas	de 4 P.M. a 7 A.M.
Río Cañete a Cerro Azul	15 millas	de 5 A.M. a 8 P.M.
Cerro Azul a Asia . . .	27 millas	de 4 P.M. a 9 A.M.
Asia a Bujama		
(Valle de Mala)	9 millas	de 3 P.M. a 7 P.M.
Bujama a San Antonio	5 millas	de 6 A.M. a medio día
San Antonio a Chilca	15 millas	de 2 A.M. a 9 A.M.
Chilca a Lurín	19 millas	de 5 P.M. a 9 P.M.
TOTAL	147 millas	109 horas

Estos tiempos incluyen los altos hechos en la marcha, los cuales fueron por lo regular de quince minutos cada hora, con un descanso de tres horas durante la noche.

El promedio de avance fué de unas 2½ millas por hora.

El 26 de Diciembre solicité ver al General Baquedano, Comandante en Jefe, y fuí recibido amablemente. Me enteré que la infantería, la Caballería y la mayor parte de la artillería habían sido desembarcadas y que el tiempo era ocupado en entrenar a las tropas, en completar los paquetes de municiones, en organizar el comisariado y las ambulancias y en formar el campamento, de hecho en una organización general del ejército.

El lunes 27 fué dedicado a formar campamentos y reunir municiones y provisiones. A las 9:00 P.M. escuchamos fuego pesado de mosquetería a la derecha, durante cerca de media hora.

El valle de Lurín está bien irrigado por un río y acueductos, y contiene varias haciendas azucareras; es fértil, y bien cultivado. El pueblo de Lurín es pequeño y descuidado, y las haciendas estaban desiertas cuando llegamos; el molino principal de azúcar llamado de San Pedro había sido accidentalmente destruído por el fuego.

Las tropas acamparon en los sembríos, y los animales devoraron gradualmente la vegetación.

Martes 28. Visitamos las ruinas en el sitio del viejo pueblo de Pachacamac.

Esta grande y una vez floreciente ciudad se supone que ha sido construída en un período anterior aún al de los Incas, y la antigua fortaleza debe haber sido casi inexpugnable en sus días prósperos, no solamente debido a sus inmensas murallas masivas, construídas de adobe, sino a su posición en la cumbre de una colina, de unos 300 pies de altura, que domina un valle pequeño.

En este valle hay un lago, del cual la 1ra. División de la 2da. Brigada consiguió sacar con sus manos, por lo menos 3,000 peces, mientras se bañaban.

Esos peces constituyeron una bien venida adición a nuestra mesa, la cual no había sido hasta entonces bien provista.

Descubrimos que la causa de los disparos de la noche anterior fué debida a un intento de la caballería peruana (que nos había estado molestando durante nuestra marcha desde Pisco) para cortar a través de la derecha de las fuerzas chilenas, a fin de unirse en Lima al resto de su propio ejército; y ellos fueron, sin embargo, rodeados y tomados prisioneros.

Los chilenos perdieron en este encuentro 4 oficiales, y unos cuantos muertos y heridos; los peruanos, alrededor de 2 oficiales y 40 hombres.

Los chilenos enviaron cada noche un regimiento, a 1½ millas de su frente, como una guardia avanzada, y después del toque de silencio, ejecutado cerca de las 8:00 P.M., ninguna luz

era permitida y a nadie se permitía moverse alrededor del campamento.

Jueves,, Diciembre 30. El Capitán Markham y el Comandante Burke, de la Armada Real, llegaron con despachos del Almirante para el General Baquedano.

Viernes, 31 de Diciembre. Yo fuí a ver al Coronel Woods, de la artillería, para obtener alguna información relacionada con sus cañones, etc.

El Coronel fué muy gentil y dió ordenes para que la banda tocara a mi llegada "Dios Salve a la Reina", pero como la música había sido desafortunadamente dejada atrás, este cumplido tan gentilmente significativo no pudo ser rendido a mi posición.

A media noche el Coronel Lynch preparó una cena de fiesta, con el propósito de desear a sus coroneles un Feliz Año Nuevo; se las arregló para conseguir un poco de vino y jamón.

Lunes, 3 de Enero. Inspeccionamos los nuevos cañones Armstrong de 9 libras, que ayer habían sido probados por primera vez; yo encontré que había habido dos explosiones prematuras en seis disparos y que en dos de los cañones había aparecido una pequeña rajadura en la espiral del cañón, pero los oficiales no estaban dispuestos a dar mucha importancia a este desperfecto.

Martes, 4 de Enero. Cabalgamos al pueblo de Pachacámac, cuartel general de la 2da. División de la 2da. Brigada, por un camino que a lo largo de 6 millas pasa cerca de las colinas que forman el valle. El valle parece tener 15 millas de largo y 4 millas de ancho, en las cercanías de Lurín. Produce flores, caña, alfalfa, etc.

Observé al coronel del 3ro. de Línea, quien hizo tocar su banda mientras desayunábamos, y después ordenó a una de sus compañías que practicara el ejercicio a la bayoneta para mi observación.

Ellos practicaron muy bien y con más ostentación y ánimo de lo que es usual.

Toda la munición había sido reportada como desembarcada, y las provisiones estaban listas, de tal manera que se esperaba que el ejército avanzara pronto.

Jueves, 6 de Enero. El General en Jefe, el Ministro de Guerra, y 100 oficiales, escoltados por 300 efectivos de caballería, 200 de infantería montada, y dos cañones de campaña, partieron a las 6 para un reconocimiento en la dirección de Chorrillos; el camino era pesado y con algunas colinas por cerca de 8 millas. Cuando estuvieron bajo su visión las líneas peruanas, que se extendían sobre la pequeña población de Villa, nos detuvimos sobre una colina a cerca de 2,000 yardas de sus fortificaciones, mientras que la caballería avanzó a cerca de 800 yardas.

Las posiciones parecían ser naturalmente muy fuertes, pero

con la excepción de unos cuantos fortines hechos de sacos de arena y algunos atrincheramientos, nada parecía haber sido hecho para fortalecerlas.

Tan pronto como fuimos observados, escuchamos cornetas sonando, hombres gritando y bandas tocando, y vimos una gran cantidad de polvo; evidentemente creyeron que nuestro reconocimiento era el verdadero ataque, pero aunque alinearon cerca de 5,000 hombres en su posición, no hicieron otra cosa que disparar unos cuantos tiros de fusil y de cañón, a los cuales contestó, nuestra artillería, permitiéndonos permanecer de otra manera sin ser molestados a esta corta distancia, haciendo bocetos y planos de las líneas. Regresamos a Lurín por otra ruta, algo mas larga pero no tan pesada.●

Sábado, 8 de Enero. Fuimos a misa a las 8:00 A.M., después de la cual el 2do. de Línea fue presentado con sus colores, que habían sido capturados por los peruanos en la batalla de Tarapacá (en la cual el regimiento perdió 22 oficiales y 438 hombres de un total de 40 oficiales y 850 hombres), y fueron subsecuentemente reconquistados en Tacna, cuando se los encontraron perforados con 17 balazos. Los colores fueron consagrados por el sacerdote con agua y sal. Luego los abrazó, y después de hacer un discurso guerrero y patriótico, los entregó al coronel del regimiento; y entonces fueron llevados a la jefatura del regimiento, mientras tocaba la banda y los hombres presentaban las armas. Algunos discursos fueron hechos y terminó la ceremonia.

El Coronel Barbosa, con 1,200 efectivos de infantería, algunos cañones y caballería, hizo hoy un reconocimiento a Rinconada, en la cual sostiene haber matado a 45 peruanos, en represalia por 12 de sus hombres que fueron volados y quemados por torpedos mecánicos colocados en el camino.

Estos torpedos parecen ser hechos de cobre, tienen forma cilíndrica terminada en punta, y son dispuestos para explotar por medio de pequeños detonadores, que actúan cuando se los pisa.

Los torpedos contenían probablemente cerca de 5 libras de pólvora, y no podían hacer más daño que exasperar a los chilenos, pero a tal grado que los provocaba a cometer excesos, hasta no dar cuartel, y quemar y destruir todas las casas. Los oficiales ven las minas como injustas, y varios de ellos me dijeron que si eran utilizadas se encontrarían bastante justificados para destruir Lima y a todos sus habitantes.

Lunes 10 de Enero. Fuí a observar las prácticas de la artillería. El blanco sobre el cual disparaba era una pantalla de lona, de cerca de 30 pies por 10, colocada sobre una pequeña colina a unos 2,000 metros de la batería de montaña, y a 3,000 de los cañones de campaña. Los disparos fueron lentos, y al principio malos, pero después se tornaron muy buenos, aunque no se hizo suficiente concesión al viento. El disparo de anda-

nadas por baterías fue largamente practicado, y pareció responder muy bien.

Las rajaduras en los cañones Armstrong no habían aumentado. Hubo dos explosiones prematuras en 30 disparos, y un proyectil, que fué recogido posteriormente, no estalló debidamente, y permanecieron los segmentos y las balas dentro de él.

Debido al suelo pesado los cañones no retrocedían fácilmente, y los carruajes eran en algunas ocasiones dañados y forzados. Algunos desertores del enemigo vinieron al campamento, y declararon que la comida era mala, que eran cruelmente tratados, y que no tenían armas para más de dos meses.

Martes, 11 de Enero. Los chinos, en número cercano a 2,000, tuvieron una gran ceremonia en la iglesia, matando un pollo, bebiendo su sangre, arrojando conchas, y jurando lealtad a los chilenos y destrucción a los peruanos. Algunos de ellos han sido formados en partidas para ayudar a la ambulancia, mientras otros, armados con picos y lampas, son puestos al trabajo para hacer caminos, o para hacer cualquier labor de trabajadores que pueda ser requerida.

Miércoles, 12 de Enero. Recibimos órdenes de marchar, y las tropas recibieron munición y alimentos para dos días. Las mulas cargadas con la munición para cada división fueron alistadas, y se halló en orden las armas y pertrechos. Las tropas partieron por dos caminos a las 4 P.M., y a las 8 el valle de Lurín había sido abandonado por todos, menos por los enfermos, los guardias, las mujeres, etc. Las mulas seguían a retaguardia de cada división. El general y el estado mayor dejaron Lurín a las 10:45 P.M., y a la 1 se echaron a descansar detrás de una pequeña colina, cerca de 2,000 yardas al frente de las líneas peruanas.

Plan de Ataque

El plan de ataque parece ser como sigue:

La 1ra. División, bajo el Coronel Lynch, debía aproximarse por el camino de la izquierda y arribar a posición frente a Villa, al lado derecho de los peruanos, una hora antes del amanecer. La 2da. División debía ir por el camino del lado derecho, y llegar frente a San Juan, el centro de los peruanos, a la misma hora.

Estas dos divisiones debían atacar simultaneamente, mientras que la tercera estaba lista para cortar la izquierda de los peruanos si ellos vinieran para auxiliar al centro y la derecha. La flota fue mantenida en aptitud de bombardear el pueblo de Chorrillos.

La Batalla de Chorrillos

A las 5 A.M. escuchamos disparos en la dirección de Villa, pero como estaba casi sin luz del sol y al mismo tiempo con neblina, era difícil ver el ataque. Sin embargo, la 1ra. División parecía haber avanzado cerca a los peruanos sin ser vista, cuando fue observado un fuego súbito de los rifles y cañones de campo y, avanzando rápidamente los chilenos conquistaron las posiciones peruanas, una tras otra.

El fuego del enemigo era rápido pero no certero; de otra manera habría sido casi imposible a los chilenos avanzar a través de las lomas de arena de la manera como lo hicieron. Balas y fragmentos volaban sobre nuestras cabezas y mi caballo fué herido.

Hubo muy pocos muertos, y no muchos heridos, y parecía que los peruanos se habían retirado cuando los chilenos se encontraban dentro de las 400 o 500 yardas de ellos.

Tan pronto como vimos que la 1ra. División estaba ganando terreno nos fuimos hacia San Juan, y encontramos que la 2da. División había llegado tarde, y recién había comenzado el ataque hacia las 5.45, y un destacamento había sido enviado a capturar la colina de la extrema derecha, mientras el resto, abriéndose en orden de escaramuza, avanzó sobre las lomas de arena bajo la protección de la artillería, y disputando gradualmente su camino ascendente, tomó las posiciones en rotación, desde las cuales se retiraron precipitadamente los peruanos; la caballería fué ordenada para cargar, y lo hicieron, perdiendo a su comandante, pero sableando a 180 peruanos.

A las 7:15 estábamos en la cumbre de las colinas que dominaban San Juan, y en posesión de las líneas peruanas. Las trincheras estaban atestadas de peruanos muertos, y todos los heridos habían sido muertos en venganza porque los chilenos consideran injusta la utilización de minas; algunas de estas estallaron a una distancia de 2,000 yardas en frente de las fortificaciones. Nosotros pensamos entonces que la batalla había concluido, y fuimos en camino a San Juan para reorganizar los regimientos, los cuales se habían envuelto en una maravillosa confusión, mezclándose un regimiento con otro.

Poco tiempo después se escucharon disparos en los campos cercanos a Chorrillos; siguieron proyectiles disparados desde las alturas sobre el pueblo; y el fuego se incrementó, mostrando que los peruanos no se habían retirado de sus casas.

A la Primera División se le ordenó avanzar y hacer un ataque directo sobre la gran colina, de sur a norte, pero al ser temporalmente detenida, algunos regimientos de las Divisiones 2da. y 3ra, fueron ordenados para avanzar y crear una distracción en su favor haciendo un ataque de flanco de este a oeste;

después de alguna fuerte lucha en las calles y casas, aquellos ganaron la posesión del pueblo y, atacando la colina en el flanco de los peruanos, los hicieron retroceder, permitiendo a la 1ra. División avanzar, y tomando ventaja rápidamente, hacia la 1 P.M. habían empujado a los peruanos de las alturas sobre el pueblo; bastantes escaparon por la playa, al pie de los acantilados, mientras que el resto, cerca de 1,500 hombres, fueron tomados prisioneros.

Cabalgando a través del pueblo observé muchos muertos en las calles y casas; los chilenos vinieron de los campos de batalla, irrumpieron en las tiendas de licores, y muy rápidamente se emborracharon; los oficiales perdieron velozmente el control de sus hombres, que empezaron a pelearse y quemar el pueblo, robando y asesinando a todo el que encontraban.

El General y el Estado Mayor ocuparon una casa grande, opuesta a la estación, pero hacia las 8:00 P.M. fue incendiada la casa adyacente y volaron las balas en todas direcciones, por lo cual nos vimos obligados a mudarnos al Cuartel, donde dormimos en el suelo entre los heridos y las tropas.

Los regimientos fueron colocados fuera del pueblo, pero me parecía que no había ningún orden; había muy poca duda que si los peruanos hubiesen atacado durante la noche, los chilenos hubiesen sido fácilmente vencidos, debido a que las tropas no guardaban ninguna formación.

Viernes, 14 de Enero. En la mañana encontré que varios ingleses, mujeres y niños, que habían estado en el pueblo de Chorrillos ayer, habían sido trasladados al Cuartel para su seguridad. Una mujer italiana, cuyo marido había sido asesinado en su dormitorio, también fue traída. Yo fuí con el Sr. Scott, un gasfitero, a visitar su casa, y encontramos que todo había sido saqueado, y uno de sus trabajadores, un inglés, estaba tirado en uno de los cuartos con los sesos destrozados. La casa del Ministro inglés había sido quemada, las instalaciones de gas saqueadas, y las tropas aún borrachas disparaban sus rifles indiscriminadamente por el pueblo. Yo mismo fuí baleado tres veces por soldados borrachos, y cuando me encontraba desayunando alguien se robó las alforjas de mi caballo y todo lo que contenían. Unos cuantos efectivos de caballería fueron apostados alrededor del pueblo, y se hizo un intento para restaurar el orden.

Los heridos fueron traídos al Cuartel, y en la tarde fueron apostadas las tropas hasta Barranco, el cual fue incendiado con el propósito de destruir las tiendas de licores. Al rededor de la media noche el Teniente Brenton, de la Armada Real, y un oficial italiano vinieron de Lima con una carta para el General Baquedano, quien la recibió, replicando en respuesta que recibiría al Ministro inglés a las 7 A.M.; el Teniente Brenton regresó entonces a Lima.

Las pérdidas chilenas de ayer fueron estimadas en 1,800 muertos y heridos.

La Batalla de Miraflores

Sábado 15 de Enero. A las 7 A.M. los Ministros Inglés y Francés arribaron por tren y sostuvieron una entrevista con el General Baquedano, y se acordó un armisticio que durase hasta la medianoche.

La Artillería Chilena tomó posiciones en Barranco, y alguna infantería fue mandada al frente para evitar el mal olor cerca al pueblo de Chorrillos. Yo acompañé al General Baquedano hasta Barranco por si acaso llegaba el tren en el cual se esperaba a los ministros. Alrededor de la 1:30 P.M. dejé al General y entré a un jardín. A las 2:25 escuché unos cuantos disparos de fusil en la dirección de Miraflores, luego un disparo de cañón, y al correr, para indagar la razón de los disparos, supe que los peruanos habían abierto fuego por la izquierda; inmediatamente el fuego peruano se generalizó, y un proyectil reventó cerca de la batería de campaña, con cuyos oficiales me hallaba conversando. Los artilleros, que se encontraban tendidos, respondieron al fuego. La infantería, que había estado refrescándose y echada, estaba formándose, fue a tomar las armas y empezó a disparar, y la acción se hizo general. Me parece que los peruanos habían avanzado desde las líneas de Miraflores, y que uno o dos disparos, descargados contra el General Baquedano y su estado mayor, fueron suficientes para dar lugar a una acción general, sin órdenes. Por un corto tiempo, los chilenos se encontraron en una gran confusión, ya que todos estaban bajo la impresión de que había sido acordado un armisticio hasta medianoche. La caballería y algo de la artillería tuvieron que retirarse; la última tomó posición en el acantilado, para bombardear un gran fuerte en el extremo derecho de la línea de los peruanos, auxiliada por los siguientes buques que alinearon y abrieron fuego: "Huascar", "Blanco Encalada", "O'Higgins", "Pilcomayo" y "Toro". Su alcance promedio con respecto al fuerte fue de cerca de 3,000 yardas, y la puntería fue buena, aunque varios proyectiles pasaron sobre el fuerte y reventaron a larga distancia tierra adentro.

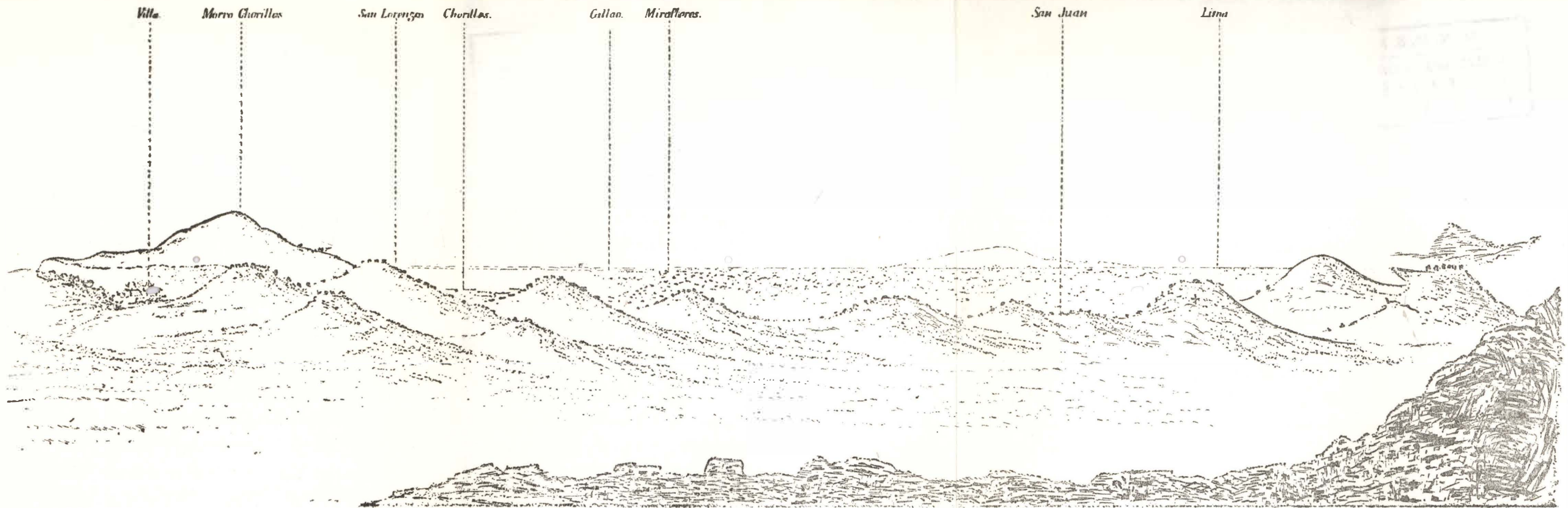
La 1ra, y 3ra. Divisiones parecieron hacer un ataque directo, mientras que la 2da. División fué enviada a la derecha para impedir que los peruanos volteasen ese flanco, pero el general no pudo ser encontrado por algún tiempo. Parece que ninguna orden había sido dada y me pareció que, no habiéndose hecho ningún reconocimiento la única forma en que la batalla fue ganada fue porque los hombres atacaron todos los lugares desde los cuales se les disparaba.

Cabalgando, noté a muchos hombres, deteniéndose detrás de los regimientos; algunos cocinando, algunos detrás de paredes, y todos ellos más o menos bajo la influencia del licor. Cerca de dos horas las descargas fueron muy rápidas, y los hombres fueron muertos y heridos en gran número. Después de esto, el encuentro llegó gradualmente a una conclusión, y a las seis cesó el fuego, excepto desde los cañones del fuerte San Bartolomé.

Las pérdidas chilenas fueron muy fuertes aquel día y fueron estimadas en 3,000 muertos y heridos. Merecen gran crédito por la manera como atacaron las paredes atroneras y los reductos del enemigo, pues cuando comenzó la batalla se encontraban bastante impreparados, el terreno no era bien conocido, y la posición del enemigo era muy fuerte. Al oscurecer, las tropas regresaron y se formaron frente a las líneas de Miraflores. A la 1 A.M. el Teniente Brenton, acompañado por un oficial francés y un oficial italiano, llegó a Lima, con una solicitud de que el General Baquedano no entrase a Lima antes de que sostuviera una entrevista con los ministros extranjeros acreditados ante el Gobierno Peruano. El General escribió una carta diciendo que no atacarían a menos que las hostilidades fueran provocadas por el enemigo, de modo que los oficiales francés e italiano regresaron para impedir ulteriores disparos de parte de los peruanos, y a las 8 A.M. del domingo, 16 de Enero, el Teniente Brenton entró cabalgando con la carta. A las 3 P.M. el tren arribó con el Contralmirante Stirling, el Contralmirante Du Petit Thouars, y los ministros extranjeros, quienes sostuvieron una entrevista con el General Baquedano, y luego regresaron a Lima; los refugiados que habían estado viviendo en el Cuartel, fueron enviados a Lima en el mismo tren. Barranco y Miraflores se encontraban todavía en llamas.

En la mañana del lunes 17 de enero, observamos al Callao ardiendo y escuchamos fuertes explosiones en aquella dirección. Todas las tropas formaron en las líneas de Miraflores y los regimientos 1.º de Línea, Bulnes, Zapadores, Cazadores a Caballo y seis baterías de artillería, fueron hacia Lima. Yo visité el fuerte situado en el extremo derecho de la línea peruana; se encontraba minado en varios lugares, y había desparramadas grandes cantidades de pólvora que conducían a la santabárbara. Los cañones no estaban dañados, y parecía que los peruanos hubieran intentado volar el fuerte, pero se habían ido con un gran apuro. Yo estaba asombrado por la escasa cuantía del daño hecho al fuerte y los cañones por el fuego chileno, que había sido muy pesado, y parecía ser muy preciso; los cañones no estaban tocados, había unas cuantas marcas en el suelo, pero no ví ningún muerto.

Martes, 18 de Enero. Entré en Lima en compañía del General Baquedano y el estado mayor, escoltados por una tropa de caballería.



Sketch (taken from the Reconnaissance Hill) of the Peruvian positions near Chorrillos. The hills rise from a sandy undulating plain to heights varying from 300 to 800 feet, most of them were fortified with a rough Sand Bag redoubt and were connected by shelter trenches. The distance of range is about 2000 yards. The 1st Division of the Chilean Army took up their position on the left of the Reconnaissance Hill and attacked from Villa to hill on left of San Juan. The 2nd Division moving by the right of the Reconnaissance Hill attacked on the right. The last hill taken (marked +) was in Chilean hands at 7.10 a.m. After which the 1st Division attacked the Morro Chorrillos by the left, and three other Regiments of 2nd & 3rd Divisions, marching along the plain, assisted by a flank attack from the right.

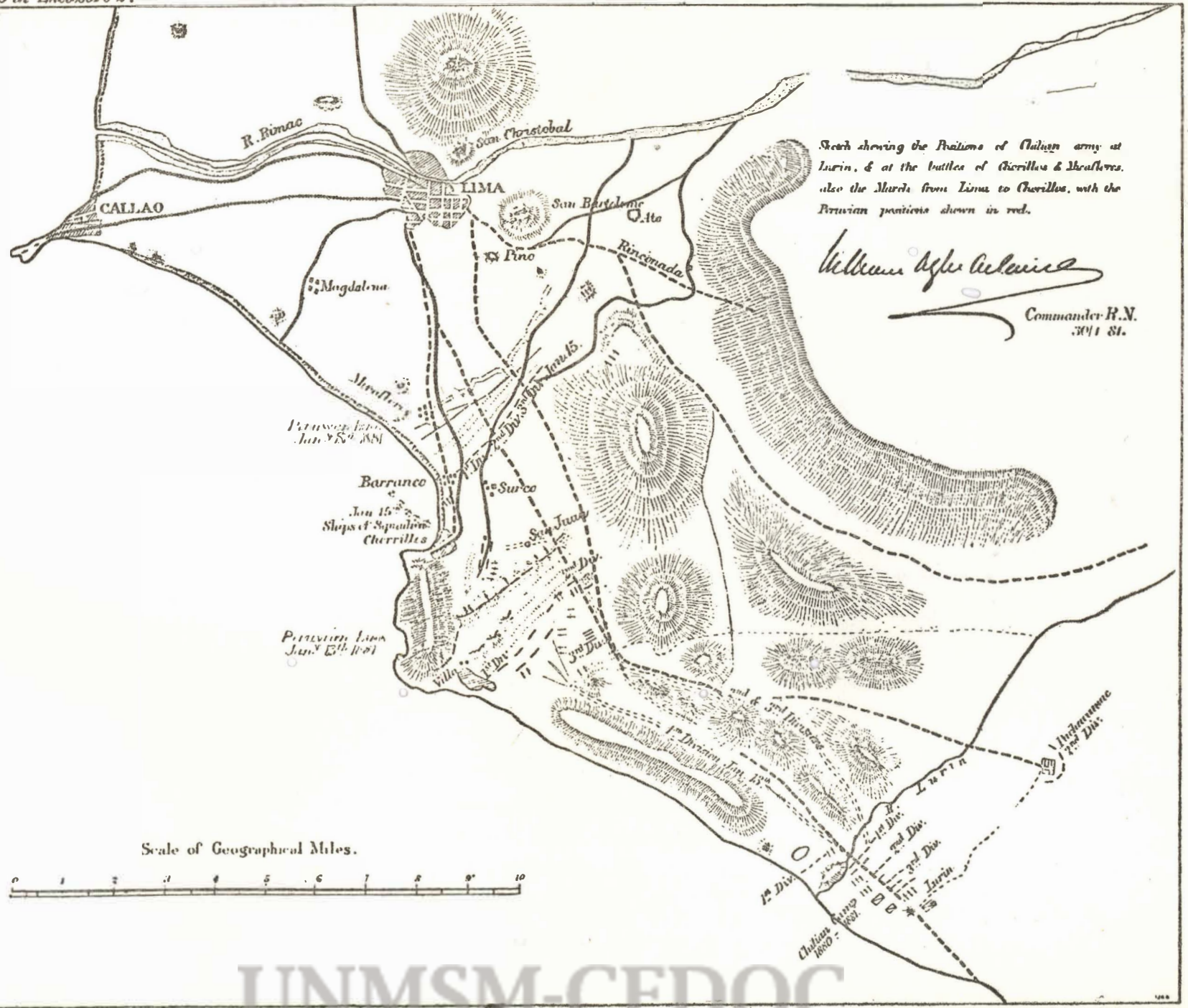
William Alfred Adams

Com. R. N. 7.2.5A

Diseño (tomado desde la Colina de Reconocimiento) de las posiciones peruanas próximas a Chorrillos. Las colinas emergen de un llano arenoso ondulado, a alturas que varían de 300 a 800 pies: la mayoría de ellas fueron fortificadas con un tosco reducto de sacos de arena y conectadas por trincheras abrigadas. La distancia a la cual han sido alineadas es de unas 2,000 yardas. La 1^a División del ejército chileno tomó su posición sobre la izquierda de la Colina de Reconocimiento, y atacó desde Villa la colina situada a la izquierda de San Juan. La 2^a División se movió por la derecha de la Colina de Reconocimiento y atacó sobre la derecha. La última colina tomada (marcada con una †) estuvo en poder de los chilenos a los 7.10 a.m. Después de ello, la 1^a División atacó el Morro de Chorrillos por la izquierda, y otros tres regimientos de la 2^a y la 3^a divisiones marcharon a lo largo del llano, apoyados por un ataque de flanco desde la derecha.

Diseño que muestra las posiciones del Ejército chileno en Lurín, y en las batallas de Chorrillos y Miraflores, así como la marcha efectuada desde Lima a Chorrillos, con las posiciones peruanas en rojo [i. e., con líneas continuas].

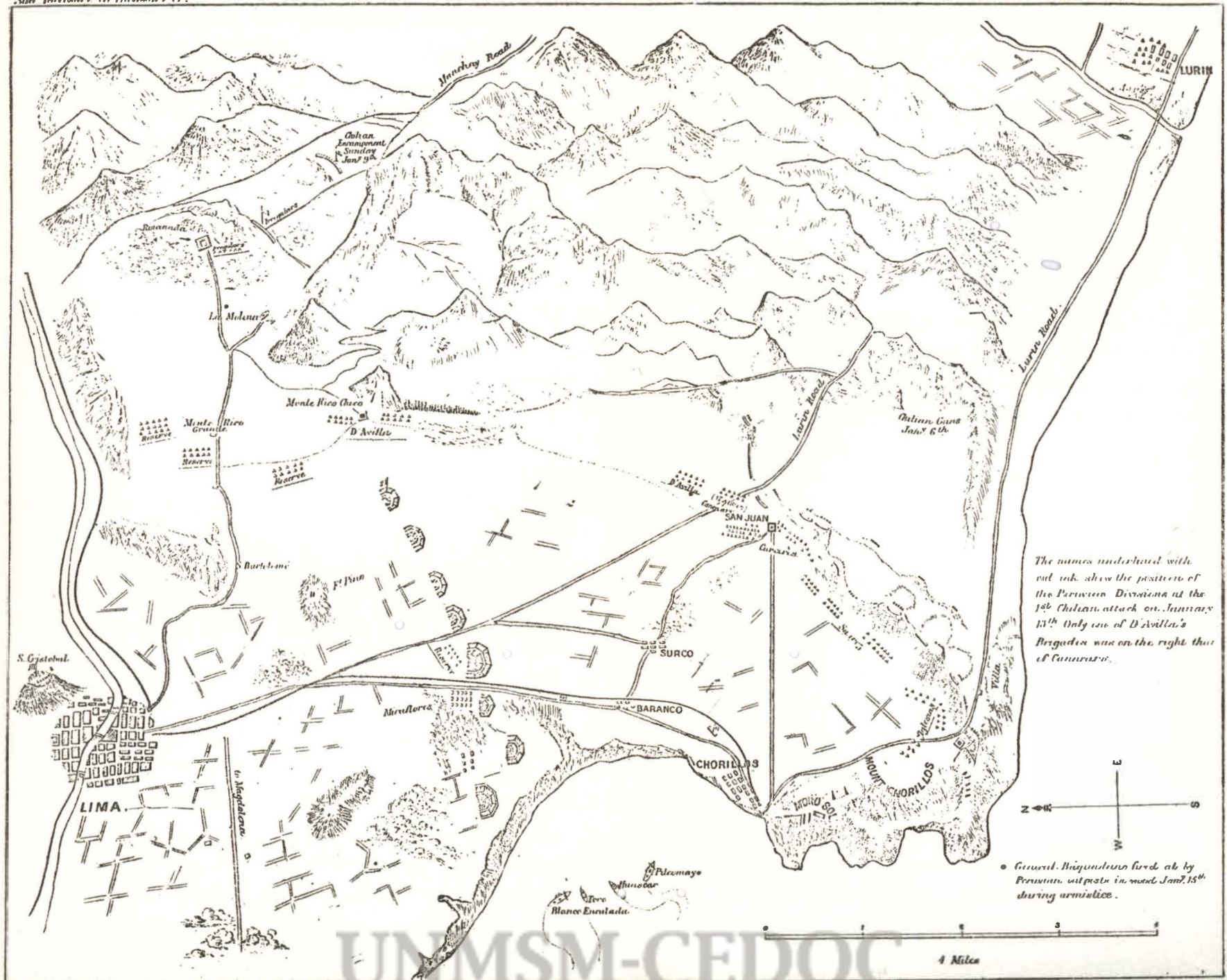
Sub Enclosure 3 in Enclosure 2.



Los nombres subrayados con tinta roja [i. e., con líneas continuadas] muestran la posición de las divisiones peruanas durante el primer ataque chileno, el 13 de enero. Solamente una de las brigadas de Dávila estuvo a la derecha de la de Canevaro.

† El general Baquedano fogueado por una avanzada peruana el 15 de enero, durante el armisticio.

Sub. Initiative in Indonesia S.



Miércoles, 19 de enero. Hice una visita formal al General Baquedano, para efectuar mi partida, y le entregué una carta que expresaba mi sentimiento de gratitud a él y sus oficiales, por la cortesía y la amabilidad demostradas a mi persona durante el tiempo que estuve asignado al Ejército Chileno.

En la tarde, cabalgué por el campo de batalla de Miraflores. Las posiciones eran mucho más fuertes de lo esperado, y constaban de 2 fuertes y 9 reductos, conectados con paredes atroneadas, y defendidos por zanjas. La lucha en la izquierda chilena parecía haber sido la más severa, mientras que a la derecha los peruanos parecían haberse ido después de poca o ninguna resistencia. El número de armas, pertrechos y cañones dejados en el campo era enorme.

El jueves, después de visitar los pueblos de Miraflores, Barranco y Chorrillos, regrese a bordo del H.M.S. (Buque de su Majestad) "Triumph". Miraflores está casi todo quemado, los jardines arruinados, las estatuas rotas, y el pueblo, que era uno de los elegantes balnearios del Perú, y lleno de bellas casas, es ahora un escenario de desolación y ruina.

Barranco está casi igual de mal, mientras que en Chorrillos, con la excepción de muy pocas casas, el lugar entero ha sido reducido a cenizas.

La siguiente información ha sido reunida de oficiales y otras fuentes desde que regresé a bordo.

En la batalla de Chorrillos, el regimiento Chacabuco fue rechazado desde uno de los fuertes y se retiró, dejando a un oficial herido en el suelo; cuando avanzó de nuevo y tomó el lugar. este oficial fue encontrado muerto, con sus orejas cercenadas, y una Cruz de Honor Alemana incrustada en su cuerpo. Los chilenos, después de este hallazgo, atravesaron con la bayoneta a todos los hombres en el fuerte.

Los cañones Krupp resistieron la campaña muy bien, y no fueron inutilizados, aunque algunos de ellos dispararon más de 100 disparos por cañón. Las cureñas fueron dañadas por el fuego de los proyectiles, pero ninguna de ellas fue puesta fuera de acción.

Los cañones Armstrong, presumiblemente los dos que había visto rajados antes de que dejáramos Lurín, estaban hendidos tan malamente como para ser considerados inseguros; los oficiales son de la opinión que la carga es muy pesada para ellos, pero no los he visto desde entonces.

La bayoneta de tres ángulos es mucho mejor que la achata-da, perteneciente al rifle Comblain, la cual se dobla mucho.

(Firmado) William A. Dyke Acland

Comandante

Anexo 3 en Carta del Pacífico No. 68

Informe de los Procedimientos del Teniente Carey-Brenton mientras permaneció agregado al Estado Mayor del Cuartel General del Ejército Peruano, comprometido en la defensa de Lima contra los Chilenos.

H.M.S. "Triumph"
Callao, 19 de Enero, 1881

Señor,

Habiendo regresado ayer al Navío de Su Majestad bajo su comando, he tenido el honor de adelantar para su información un relato detallado de mi proceder, junto con las observaciones que he podido hacer durante el tiempo que estuve agregado al Cuartel General del Ejército Peruano.

Al confeccionar este informe no puedo evitar el reconocimiento de la gran dificultad que he experimentado al determinar lo que debía y lo que no debía ser insertado en una narración oficial de esta naturaleza.

Después de una consideración muy madura sobre el espíritu de mis instrucciones, combinada con el hecho de que tenía otros importantes deberes que atender y más allá de informar meramente sobre las tácticas puramente militares de la campaña, he considerado oportuno esbozar mi informe en una forma tan comprensiva y popular como soy capaz, mediante la inserción de muchas notas privadas hechas en el momento y mientras los sucesos estaban frescos en mi memoria.

Aunque quizás no sean importantes en lo abstracto, estas notas servirán, cuando se las confronte, para ilustrar, en mayor ó menor grado, las características de la nación ante la cual estaba acreditado, y manifestarán, en cierta medida, el espíritu con el cual era llevada a efecto la guerra.

Gran parte de mis notas y papeles, siento decirlo, fueron inevitablemente perdidos durante el súbito ataque de los chilenos sobre Miraflores; consecuentemente, al confeccionar este informe, mi memoria tendrá que subsanar la deficiencia en una gran extensión. Sin embargo, esta pérdida no es de una naturaleza tan grave como puede parecer, ya que por obvias razones aludidas aquí mismo posteriormente, yo no estuve en aptitud de obtener mucha información estadística relativa al personal o al material del Ejército Peruano.

Deseo también decir que, siendo un oficial naval, los comentarios que yo hago sobre la conducción general de la campaña son hechos con gran desconfianza, y que las críticas ofrecidas

son solo como las que serían aparentes a cualquier observador ordinario.

En primer lugar, al presentarme no pude dejar de notar que era visto por los oficiales con mucha sospecha, y por lo tanto, estuve obligado a actuar con gran circunspección, más especialmente, cuando me empeñaba en obtener información sobre asuntos militares. En una ocasión, el permiso para inspeccionar algunos cañones de campaña hechos en Lima, me fue firmemente, aunque cortésmente, negado.

Era muy evidente que el Ejército Peruano había sido organizado presurosamente, y difícilmente podía ser considerado como si estuviera regularmente constituido en cualquiera de sus ramas.

Si yo fuera a tabular toda la información que he recibido bajo diferentes títulos, temo que mi informe sería descaminado, ya que invariablemente recibí diferentes respuestas a las mismas preguntas hechas a diferentes oficiales; y aquellas que recibí fueron rara vez confiables. Por lo tanto, me parece que un relato de lo que realmente cayó bajo mi observación durante la campaña sería de más grande valor que detallar estadísticas que solo pude obtener de segunda mano.

En conformidad con esta determinación, ruego anotar que yo me dirigí a Lima el lunes 28 de diciembre, y allí fui informado que debía recibir instrucciones del Ministro Peruano de la Guerra en lo concerniente a mis ulteriores movimientos.

Habiéndome presentado al Sr. St. John, Ministro de Su Majestad Británica Residente en Lima, empleé mis momentos de ocio en cultivar la familiaridad de varios oficiales peruanos, con vistas a obtener información concerniente a los probables movimientos del ejército. Entre aquellos a quienes fui presentado, se encontraba el Teniente Coronel T. Smith, quien tenía un nombramiento en la plana mayor del Ministro de Relaciones Exteriores, y se encontraba atendiendo constantemente al Presidente, pero fui incapaz de averiguar cuando irían al campo el Estado Mayor del Cuartel General o las tropas.

La siguiente información, en relación con la constitución del Ejército Peruano puede ser de interés.

La unidad táctica del ejército es un batallón, que se supone compuesto por doce compañías de 50 hombres cada una. Sin embargo, la fuerza media del batallón excede escasamente a 500 hombres.

Un batallón es comandado por un Coronel ó "Jefe", asistido por un Teniente Coronel ó "Comandante" y un Mayor. Estos oficiales son montados. Cada compañía es comandada por un Capitán, el cual es apoyado por cuatro Subalternos. Como regla, los capitanes son una clase muy inferior de hombres, mien-

tras que difícilmente puede distinguirse los Subalternos por el rango y la fila.

Yo estimo esta inferioridad de los Oficiales de Compañía como una de las razones entre las muchas que han conducido a los irreparables desastres experimentados por las armas peruanas, y, probablemente como la principal causa del abandono de las fuertes posiciones que fueron tomadas.

Los soldados rasos son, como regla, indios sudamericanos puros, e ignorantes de cualquier idioma excepto del suyo propio. No son de una naturaleza guerrera, están acostumbrados únicamente a sus ocupaciones agrícolas, y son la gente más pasiva, bonachona y dócil que jamás he visto. Yo he comentado invariablemente que el soldado peruano parece tan contento y resignado en el campamento como al lado de su fuego hogareño.

La mayoría de los oficiales, especialmente los superiores, son los descendientes de los viejos colonos españoles, y por lo tanto, poseen muy poco en común con sus hombres. El espíritu de cuerpo es desconocido y aunque el grito de "¡Viva el Perú!" es invariablemente lanzado por el soldado peruano antes de que ataque o huya de su enemigo, probablemente no se percata de su significado, y solamente grita porque se le ha ordenado hacerlo. Muchos de ellos eran totalmente ignorantes de la causa por la que se encontraban peleando, imaginaban que se trataba de una revolución, y que las partes contrincantes se hallaban encabezadas respectivamente por los Generales Chile y Piérola: pero también fui informado por un oficial que a muchos de los soldados se les había escuchado decir que "Ellos no iban a ser abaleados por el bien de los hombres blancos".

El uniforme general de la infantería era una especie de túnica de algodón blanco y pantalones. Esto nunca fue cambiado, pero había unos cuantos batallones que lucían uniforme azul con cuello y muñequeras rojas. La cuestión del uniforme era algo muy delicado entre los oficiales, según hube de observar, de tal manera que cuidadosamente me abstuve de aludir a ella o criticarla.

La irregularidad y la escasez de uniformes se debía indudablemente, al hecho de que la mayor parte de las tropas estaba formada por hombres que habían sido extraídos de sus hogares en el interior, y que habían sido vestidos con el primer artículo de indumentaria que en el momento había estado más próximo.

El uniforme de los oficiales era tan irregular como el de los hombres de tropa, y frecuentemente vestían pantalones usados, de ropa común y corriente.

Muy pocos de los soldados rasos eran lo suficientemente afortunados para poseer botas o zapatos; unos cuantos calzaban sandalias, pero un gran número andaban descalzos. Sin embargo, no debe olvidarse que la mayoría de estos hombres no

habían sido acostumbrados a usar botas ó zapatos en todas sus vidas, y, con toda probabilidad, serían capaces de marchar una distancia mayor con los pies desnudos que calzados.

Los batallones, aunque numerados de acuerdo con las posiciones que ocuparían en el campo de batalla, eran nombrados según los pueblos o provincias en los cuales eran levantados. Estos eran siempre aludidos por su nombre, y no por el número de su regimiento.

La infantería estaba armada con el rifle Martini-Peabody, un arma que difiere poco de nuestro rifle de servicio, el Martini-Henry; la diferencia se halla en que el cañón es más pequeño, y posee un arreglo de mitad de percutor, del cual fuí informado que rara vez se usa. La gran dificultad experimentada por los hombres en relación con sus fusiles era la de impedir que la arena trabase los cilindros ~~acíos~~ en la abertura. Esto era evitado en unas pocas ocasiones mediante una pequeña placa semicircular de bronce, la cual era encajada para correr por el bloque de la abertura y parecía responder al propósito para el cual había sido destinada, por ejemplo, mantener fuera la arena.

Cada hombre cargaba unos cien cartuchos de munición, además de una cantimplora de lata para agua, capaz de contener un cuarto de galón de agua, y una frazada doblada alrededor de la cintura.

Todos los utensilios para cocinar eran cargados por las esposas de los soldados, las cuales también llevaban a cabo todas las obligaciones relacionadas con la cocina.

Estas pobres mujeres, o "Rabonas", como eran llamadas, fueron merecedoras de toda alabanza por la manera infatigable como seguían a sus esposos a través de marchas largas y cansadoras, y aún en medio de la batalla, donde se entregaban sin vacilación al cuidado de los heridos, sin tener en cuenta y sin sentir las balas que volaban alrededor de ellas.

Las raciones eran repartidas a cada hombre en una escala liberal. Ellos eran proveídos de dos comidas por cabeza, en cada una de las cuales recibían $\frac{3}{4}$ de libra de res, $\frac{1}{2}$ libra de pan, con frijoles y cebollas; pero debe recordarse que las "Rabonas" tenían que compartir las raciones de sus esposos.

Ninguna carpa era utilizada por las tropas, ni tampoco eran requeridas, pues como nunca llueve, la protección de la lluvia era innecesaria, y la frazada extendida constituía un formidable refugio del calor solar.

El ejército sobre el cual recaía la defensa de Lima estaba compuesto de cuatro divisiones, llamadas por los peruanos cuatro ejércitos, cada uno bajo el mando de un coronel antiguo.

Para mí puede no estar fuera de lugar, observar que, aunque muchos de los llamados Generales se encontraban presentes con el ejército en el campo, mientras que muchos otros estaban

asignados al Estado Mayor del Presidente, y ocupaban posiciones importantes sobre el papel, yo estaré lejos de equivocarme al afirmar que ningún General se encontraba actualmente al mando de ningún cuerpo de tropas excepto el General Silva, cuya posición nominal era la de Jefe de Estado Mayor del Presidente, pero el cual ejercía verdaderamente las funciones de Comandante en Jefe, al menos en tanto que de ninguna persona se podía decir que había asumido esta posición de responsabilidad.

Las divisiones eran comandadas en orden numérico, respectivamente, por los Coroneles Iglesias, Suárez, Cáceres y Dávila. Cada división estaba compuesta por tres brigadas, y cada una de éstas nuevamente comandada por un Coronel. Cada brigada constaba de tres batallones de infantería, y llegaba a 1,500 hombres; y una batería de artillería constaba de 10 cañones y alrededor de 200 hombres. De manera que la fuerza media de una brigada puede ser considerada de unos 1,700 hombres, mientras que una división constaba de cerca de 5,100.

En el ejército había una gran insuficiencia, tanto de ingenieros como de caballería y a ninguna división en particular se encontraban adscritos representantes de estas armas. Los pocos que habían sido incorporados actuaban bajo las órdenes directas del cuartel general.

Al comienzo de la campaña, la fuerza total de la caballería pudo haber llegado a unos 600; la mitad de ellos había sido enviada a Cañete, para reconocer al enemigo e intentar oponerse a su avance. En consecuencia, cuando el ejército formó, fue solamente provisto con 300 hombres de caballería, sobre los cuales recaían todos los deberes de avanzada y reconocimiento. Al mismo tiempo estaban tan calamitosamente montados que nunca fueron capaces de avanzar mucho de sus propias líneas, por temor a la más numerosa y mejor montada y equipada caballería chilena.

De estos 300 efectivos de caballería, arriba mencionados, que habían sido enviados a Cañete, sólo una tercera parte regresó a Lima, pues los 200 restantes fueron cortados por el enemigo y hechos prisioneros, poco tiempo después de su desembarco en Chilca. Este episodio es suficiente por sí mismo para demostrar la muy descuidada y aventurada manera como eran conducidos los movimientos del Ejército Peruano.

Los ingenieros ascendían a cerca de 200 hombres. Ellos eran principalmente empleados en minar caminos y fuertes; pero como estas operaciones eran llevadas a cabo con gran secreto, y bajo el amparo de la oscuridad, yo fuí incapaz de recolectar ninguna información concerniente a la posición de estas minas o al método por el cual explotaban, pero me encuentro bajo la impresión de que eran de dos clases. Una clase de torpedo ligero, que contenía 10 libras de pólvora o su equivalente en dinamita.

Estas parecen haber sido depositadas promíscuamente a una distancia de cerca de 2,000 yardas al frente de las líneas peruanas, donde eran cubiertas de la vista por una ligera capa de arena. A ellas se les adaptó probablemente un dispositivo de percusión, que explotaba al entrar en contacto.

La otra clase de mina era simplemente hecha excavando debajo de las fortificaciones, o de los caminos conducentes a ellas. En estas excavaciones, eran depositadas grandes cantidades de pólvora, que podían ser encendidas con mecha de tipo Bickford durante la retirada de los peruanos. En ninguna ocasión pareció que las minas se encontraban tan científicamente dispuestas como para causar la detención del enemigo bajo el fuego centrado de los parapetos.

Estas minas parecen haber sido de poca utilidad para afectar el avance del ejército victorioso, en tanto que tuvieron el efecto de indignar a los soldados chilenos a tal grado que los incitaron a infligir severas represalias sobre sus derrotados oponentes.

Hasta ahora sólo he tratado sobre el ejército regular. La reserva, que también fue al campo, constaba aproximadamente de cada peruano físicamente capaz, que no perteneciera al ejército regular, y pudo ser encontrado. Esta reserva se componía de 16 batallones de infantería, y llegaba a 8,000 hombres. Si incluyo a la fuerza policial, y unos cuantos *etcéteras* que fueron enviados a engrosar el ejército, la fuerza total de la cual dependía la seguridad de la capital llegaba a unos 30,000 hombres a saber:

Cuatro divisiones de 5,100 cada una	20,400
Caballería	600
Ingenieros	200
Policía y diversos	800
Reserva	8,000
Total	30,000

Los cañones de campo usados por los peruanos eran de varias clases, y cerca de 120 en número. El más común era un cañón B.L. que disparaba balas de 6 libras, construido en Lima. Este consistía en un tubo interior, hecho con un tipo inferior de acero destinado para los propósitos de la vía férrea y encasillado en un tubo exterior de bronce. El arreglo del espiral y de la cerradura de recámara era similar al sistema Krupp.

Estos cañones no habían sido provistos de miras, y las miras estaban graduadas solamente en grados. Se me dijo que su alcance era cercano a las tres mil yardas. Disparaban una clase de proyectil de segmentos, con una sensitiva mecha de percusión.

Al día siguiente de mi arribo a Lima, el 21 de Diciembre, se

me informó que nuevas insignias iban a ser presentadas al pabellón del 67º Batallón de infantería ó Batallón Piura, estacionado en Chorrillos. Como pensé que la ceremonia me proporcionaría una pequeña percepción de su sistema regimental, resolví asistir.

Los peruanos, como todas las razas latinas, toman gran deleite en el despliegue teatral, y la escena de la que fui testigo en Chorrillos no fué ninguna excepción a la regla.

A mi llegada encontré el batallón ordenado, formando tres lados de un cuadrado; en el cuarto lado había sido improvisado un altar, sobre el cual se encontraban colgadas las insignias que iban a ser presentadas.

El General Vargas y el Secretario Privado de Su Excelencia el Jefe Supremo de la República, se colocaron cada uno a cada lado del altar como auspiciadores, apoyados por el Coronel Canevaro (Comandante de la Primera Brigada de la Tercera División, a la cual pertenecía el Batallón Piura) y su Estado Mayor.

La banda fue estacionada en el centro del cuadrado, y a intervalos tocó una música sacra verdaderamente buena.

El capellán, en hábitos eclesiásticos completos, pronunció un discurso muy conmovedor, en el cual fue invocado el entusiasmo religioso como un elemento combativo, pero no pude dejar de observar que no recibió respuesta de los soldados.

Al concluir este servicio sonó la campana y, encontrándose todos arrodillados, las insignias fueron bendecidas. Ellas fueron entonces presentadas al pabellón y cargadas alrededor del cuadrado, después de lo cual los oficiales se abrazaron unos a otros. Cuando la ceremonia estuvo terminada, todos los que estuvieron presentes y asistieron a la función fueron obsequiados con un pequeño medallón de plata, sobre el cual se encontraba grabado el lema "Muerte o Victoria". La medalla estaba destinada a ser lucida por los beneficiarios, suspendida por un listón con los colores peruanos. En días posteriores, durante una apresurada retirada con esta misma división, frecuentemente vino a mi mente la inscripción de la medalla y no pude dejar de imaginarme que algunos de los refugiados, que para conservar su querida vida, estaban volando a un lugar seguro, se encontraban aún en posesión de esta misma medalla.

El resto del día, fué dedicado al regocijo y las festividades por los oficiales y por los hombres de tropa. Yo fui muy impresionado por el hecho de que un hombre, detentando el grado de general y en compañía del Secretario Privado del Presidente, había encontrado tiempo para entregarse a festividades en la víspera de una grande e importante contienda nacional y mi sorpresa fue considerablemente acrecentada durante la tarde, cuando se recibieron noticias de que los chilenos estaban desembarcando en Chilca, y ello no produjo ningún efecto. Por el contrario, el servicio de inteligencia se encontraba enteramente desenten-

dido y el Secretario del Presidente, con todos los oficiales que comandaban las brigadas y los batallones, dedicaron el resto del día, en un jardín italiano, a jugar "cara y sello", por botellas de licor ¡¡¡ Y estas festividades fueron permitidas cuando era bien sabido que un enemigo poderoso acababa de desembarcar a treinta millas escasas de Lima!!!

La manera como yo, un oficial extranjero, fuí recibido en ésta primera presentación al ejército, fue lo más amable y considerada, y me proporciona gran placer aprovechar esta oportunidad para registrar las amabilidades que recibí de todas las jerarquías.

Durante las vicisitudes a través de las cuales seguí subsecuentemente al Ejército Peruano, fuí invariablemente tratado con la más grande hospitalidad, y siempre guardaré un vivo sentimiento de gratitud a ambos oficiales como soldados, por la generosa manera en que compartieron conmigo su alojamiento y sus provisiones, escasamente suficientes. En una ocasión, durante una larga y cansadora marcha, un soldado raso insistió en compartir conmigo su pequeña cantidad de pan, al observar que yo estaba desprovisto de lo necesario para la vida. Lo menciono como una muestra del sentimiento gentil y la natural bondad de la soldadesca peruana.

Aunque, como lo he afirmado, habían llegado a Lima las noticias del desembarco de los chilenos en Chilca, cuando regresé esa tarde a la capital, encontré que ningún preparativo se estaba haciendo para oponerse a ellos, y de hecho, tampoco se estaba adoptando alguna medida vigorosa.

Quizás pueda declarar aquí, de una vez por todas, que los peruanos no comprenden el significado de las medidas vigorosas; es decir, no tienen idea de adoptar una acción súbita y decididamente ante el estímulo del momento. Cuando surge la emergencia piensan que "algo" debería hacerse, pero al mismo tiempo se consuelan a sí mismos pensando que "alguien" está haciendo ese "algo" con toda probabilidad ó si no lo está haciendo entonces, alguien más lo hará mañana. Es imposible apresurarlos, la única forma de lograr que algo sea hecho rápidamente es permanecer insistentemente con el oficial que debe gestionar el asunto en cuestión hasta que haya sido verdaderamente ejecutado. Es un error fatal partir con la simple aseveración de que el día de mañana será hecho lo que uno requiere.

Observando síntomas de preparación para la partida de tropas, en la tarde del 22 de diciembre, y no habiendo recibido ninguna insinuación de tal procedimiento, empecé a recelar que una expedición pudiese partir para oponerse al avance de los chilenos sin tener agregada a ella un oficial neutral. Entonces me presenté al Ministerio de Guerra donde fuí recibido por el Coronel García y García, el principal secretario del Ministro de

Guerra, a quién expresé mi deseo de acompañar a cualquier columna avanzada que pudiese ser enviada. La recepción que me hizo fue de lo más amable y pareció satisfecho con mi pedido. Me informó que el Coronel Cáceres, comandante de la Tercera División, marcharía al cabo de una hora desde Lima a Pachacamac, y que yo me encontraba en libertad para acompañarlo si estaba listo.

A las 7 P.M. salí de la ciudad cabalgando con el Estado Mayor. El Coronel Cáceres parecía ser un oficial muy popular, pues el grito de "Viva el Coronel Cáceres" nos acompañó mientras cabalgamos por las calles.

Habíamos marchado sólo cuatro millas cuando tuve dispuesto ante mí un buen ejemplo de la forma en la cual eran conducidas las operaciones por el Ejército Peruano. Habíamos tomado el camino equivocado a una ~~hacienda~~ hacienda de azúcar llamada San Juan, que está situada en la carretera a Pachacamac, y en consecuencia fue ordenado un alto, mientras que el Estado Mayor procedió a discutir con algunos trabajadores la cuestión pertinente al camino que debía ser tomado.

Finalmente, se hizo contramarchar a las tropas y otra ruta fue escogida. Cuando se considera que esto ocurrió cerca de la capital, que durante un año entero había sido amenazada con una invasión desde el sur, que los oficiales seleccionados para los comandos debieron haber sido conocidos por el Presidente, por lo menos algunas semanas previamente, y por lo tanto pudieron haberse familiarizado concienzudamente con la localidad entera en un corto tiempo, y que la actual orden para que marchasen las tropas había sido dada seis horas antes de que partiéramos, debe confesarse que este primer episodio fue calculado para sacudir nuestra fe en la competencia de los líderes peruanos.

Dejando a la 2da. Brigada de su división en marcha a Pachacamac, el Coronel Cáceres entró en Chorrillos, para poder dirigir los movimientos de la Primera Brigada, y para concertar un plan de acción con su Comandante, el Coronel Canevaro. Este oficial parece haber sido muy afortunado en seleccionar como Jefe de Estado Mayor a uno de los más inteligentes y capaces oficiales peruanos que yo haya conocido alguna vez, un Mayor Castilla, hijo del famoso General Castilla, por muchos años Presidente del Perú. Este joven oficial había sido educado en Inglaterra y poseía un carácter enérgico y determinado. Nos hicimos grandes amigos, y él frecuentemente me destacaba las faltas por las cuales consideraba culpable a su país, y a las cuales creía que se debían sus infortunios. Mucho siento decir que fue muerto cuando valientemente intentaba reunir a su brigada durante la primera batalla.

Mientras se hallaba en Chorrillos, el Coronel Cáceres recibió órdenes de marchar a Lurín en lugar de hacerlo a Pachacamac; pero al llegar a San Juan, nuevamente fueron recibidas órdenes frescas, indicándole permanecer donde estaba. Sin embargo una brigada había proseguido por alguna distancia a lo largo del pesado sendero que lleva al valle de Lurín, sobre una sucesión de colinas de arena a unas diez millas. No se tomó gran trabajo en detener a estos hombres. El Jefe de Estado Mayor del Coronel Cáceres penso, aparentemente, que durante una noche había servido lo suficiente a su país, deliberadamente se recogió en una hamaca sobre el césped, y pronto estuvo abstraído de caminos, divisiones, brigadas y todo lo demás.

A la mañana siguiente a las cinco, el Coronel Cáceres partió por el camino a Lurín. A las seis y media nos encontramos con la 2da. Brigada que regresaba. Nunca fuí testigo de una visión más lastimosa. Estos hombres habían estado marchando desde las seis de la tarde anterior, sobre un terreno de arena suelta, y se encontraban completamente exhaustos. Muchos de ellos habían arrojado sus rifles y sus bultos, y algunos estaban tendidos, incapaces de marchar más lejos. Los oficiales montados merecen gran encomio por la forma en la cual auxiliaron a sus hombres, cediendo sus caballos a los fatigados, y hasta cargando sus rifles, e inclusive un coronel pudo ser visto con un pequeño niño tambor montado detrás de él. Eran pasadas las nueve antes de que estas pobres gentes llegaran al terreno del campamento, habiendo permanecido en marcha durante dieciséis horas. Esta trampa carente de objeto se debió enteramente a la ignorancia oficial y al desatino administrativo, e incluso durante la retirada, ninguna murmuración o queja se escuchó entre los hombres, pero cada soldado trajinó aburridamente y de una manera impasible hasta que, en algunos momentos se tendió sobre la arena caliente completamente exhausto e incapacitado por la fatiga para proseguir más lejos.

La línea de defensa externa seleccionada por los peruanos estaba bien escogida. Se extendía desde Chorrillos, en el extremo derecho de la posición, bordeando las crestas de varias pequeñas colinas de arena, las cuales formaban por sí mismas unas series de fortificaciones perfectamente naturales, hasta que llegaba a la vecindad de San Juan, de donde divergía hacia las montañas situadas al este; a través de estas montañas, era casi impracticable un pasaje para tropas. Por lo tanto, obstruían la aproximación a Lima en el centro de las posiciones peruanas, y se extendía hacia la izquierda a lugares tan alejados como La Molina y Rinconada, situados sobre el camino alto de Manchay, el cual es muy bueno y practicable, tanto para artillería como caballería.

Esta posición, aunque naturalmente fuerte, se extendía por cerca de ocho millas, y como en la retaguardia eran muy pobres

los caminos, una rápida concentración de tropas hubiera sido extremadamente dificultosa en cualquier punto.

Sin embargo, esta posición ofrecía cierto grado de defensa frente a toda la línea de avance por la cual un ejército invasor pudiera acercarse a Lima desde la dirección de Lurín, con la excepción quizás del ferrocarril de La Oroya; pero para que los chilenos avanzaran por esta dirección, ellos estarían obligados a moverse primero arriba del valle de Lurín, exponiendo entonces su flanco a un contraataque de los peruanos por Manchay, un movimiento que hubiera sido tan incorrecto como imprudente. Estos eran consecuentemente solo dos puntos en los cuales era probable un ataque, y fueron coherentemente fortalecidos para resistir un avance chileno desde Lurín. Uno quedaba a la derecha, entre San Juan y Chorrillos, por donde el enemigo podía avanzar desde Lurín, a lo largo del camino principal; el otro punto estaba en el extremo izquierdo, entre La Molina y Rinconada, donde sería recibido un ataque por el camino de Manchay. No hay ninguna duda de que si los peruanos hubieran llevado a efecto su primera intención de defender la línea del Valle de Lurín, habrían tenido allí una fuerte posición, que el enemigo se hubiera visto obligado a atacar con gran desventaja para poder asegurar agua para sus tropas, por no haber ninguna obtenible entre Chilca y Lurín. Pero si lo hubieran hecho así y hubieran sido vencidos por los chilenos, y forzados a retirarse, a través de la llanura árida y arenosa extendida entre Lurín y Chorrillos, hay poca duda de que el Ejército Peruano la hubiera pasado muy mal. De mi reciente experiencia sobre este mismo camino, es fácil conjeturar que una retirada tal como estoy describiéndola hostigada por la superior caballería del enemigo, hubiese terminado en una desastrosa derrota para las fuerzas peruanas.

En suma, por lo tanto, considero que el Presidente mostró gran juicio y discriminación al seleccionar para su defensa externa las posiciones que yo he intentado describir.

En vista de la posibilidad de ser sacado de su primera y exterior posición, Piérola había designado, como una segunda e interior posición, una línea de reductos que se extendía desde el mar, justamente al frente de Miraflores, hacia adentro, a una milla de Monterrico Chico. Había nueve de estos reductos, y como estaban conectados y flanqueados por paredes atroneras de barro, formaban un obstáculo bastante serio en el camino de un ejército victorioso, que, habiendo llevado las posiciones por San Juan, se encontraba avanzando sobre Lima.

El Ejército Peruano fracasó completamente en su servicio de inteligencia. Los oficiales más jóvenes de su plana mayor, aunque excelentemente montados, pero con poco en qué ocupar su tiempo, mostraban una indiferencia apática para obtener in-

formación concerniente a los caminos o los movimientos del enemigo, y era fácil observar que estos oficiales decían la verdad cuando le decían a uno que "ellos no eran soldados, y solo esperaban el momento en que pudieran retornar a sus empleos civiles". Como consecuencia de esta falta de celo y energía por parte de sus subordinados, los Comandantes peruanos tenían que confiar su inteligencia militar principalmente en los "Montoneros", una especie de caballería irregular, que, sin embargo, traía los informes más contradictorios, y rara vez obtenían así alguna información realmente confiable. Ellos estaban, sin embargo, acostumbrados a la guerra de guerrillas, y hábilmente comandados por el Coronel Rondón, un viejo oficial experimentado en esta modalidad de lucha.

En la noche del 23 de diciembre la única fuerza peruana en el campo era la división comandada por el Coronel Cáceres, la cual había tomado su posición frente a San Juan. Un rápido avance de los chilenos en este momento habría impedido con toda probabilidad, la reunión del Ejército Peruano.

Al medio día del 24 de diciembre, recibimos información de inteligencia de que un pequeño cuerpo de peruanos, el cual había sido dejado en Manchay para observar el avance chileno, había sido atacado por una partida de reconocimiento del enemigo. El Coronel Miranda, quien se encontraba al mando de los peruanos, solicitó al Coronel Cáceres asistencia médica durante la escaramuza, y yo recibí permiso para acompañar al doctor.

Partimos a la 1 P.M. y fuimos por el camino que conducía directamente de San Juan a Lurín, pero volteamos a Pachacamac, siguiendo el lado norte del valle de Lurín.

Al llegar a unas colinas que dominaban Lurín, observamos a un pequeño cuerpo de caballería chilena cerca de la costa, cabalgando hacia la derecha peruana. Poco después vimos otro destacamento, siguiendo el lado sur del Valle de Lurín, por el lado opuesto a Pachacamac. Yo estaba al comienzo asustado de que hubiéramos sido cortados de Manchay por esta última partida, pero los chilenos mantuvieron su propio lado del valle y probablemente no nos vieron.

Arribando a Manchay a las 5 P.M. encontramos que hacía varias horas se habían retirado los peruanos por el camino de Lima. Los campesinos se encontraban muy asustados, y escasamente pudimos conseguir que nos hablasen. Con alguna dificultad alcancé a divisar que el Coronel Miranda, comandando cerca de ciento cincuenta hombres de caballería y alrededor del mismo número de Montoneros desmontados, a quienes se había ordenado permanecer en Manchay para observar el avance del Ejército Chileno, había sido atacado por una partida enemiga que estaba haciendo un reconocimiento arriba del Valle de Lurín; esta fuerza constaba de unos cien soldados de caballería y

quinientos infantes. Parece que la caballería peruana se fue sin mayor pena, mientras que los Montoneros se cubrían entre las cañas de azúcar y mantuvieron un fuego irregular sobre los chilenos, quienes hirieron a tres peruanos de la caballería mientras se retiraban arriba de las colinas, mataron a once Montoneros entre las cañas de azúcar, y se retiraron, después de haber hecho probablemente efectivo el objetivo del reconocimiento.

Los peruanos sostienen haber matado y herido a muchos chilenos en esta escaramuza, pero yo no pienso que fuera muy grande la pérdida en el bando del enemigo, ya que el fuego de los Montoneros es usualmente de lo más irregular. Estos últimos parecen haberse retirado sin ser molestados hacia La Rinconada, lugar hacia el cual nos dirigimos el doctor y yo, acompañados por un refugiado peruano, quien se encontraba tan aterrado ante la aproximación de los chilenos que nos imploró que lo llevásemos a un lugar seguro.

Yo me encontraba ahora en una posición adecuada para ver que el camino desde Manchay hasta La Rinconada era decididamente favorable para el avance de un ejército; tenía un ascenso gradual a la cumbre de las colinas sobre las cuales pasaba, era amplio y bastante libre de cualquier pasaje que pudiese haber encubierto y cobijado a un enemigo. El camino no era muy arenoso, excepto a través de dos o tres millas en la vecindad de La Rinconada, y como yo anduve todo el trayecto desde Manchay a ese lugar, en cuatro horas, estimo que la distancia es un poco mayor de doce millas. Aunque en La Rinconada nos encontrábamos a sólo seis millas de nuestro campamento, nos vimos forzados a pasar a través de Lima para retomar San Juan. Esto proporcionará una buena ilustración del estado de los caminos en la retaguardia de las posiciones peruanas, y de los obstáculos que impedirían una rápida concentración de sus tropas en cualquier punto.

El sábado 25 de diciembre, llegó la Primera División, a cargo del Coronel Iglesias, y ocupó la línea de colinas directamente en la retaguardia de Villa; la Segunda División, del Coronel Suárez, formó frente a San Juan; mientras que la Tercera División, del Coronel Cáceres, fue desplazada a Monterrico Chico, aparentemente con vistas a defender el camino de Manchay. La Cuarta División, comandada por el Coronel Dávila, no parece haber formado en este período.

Los pocos días siguientes, fueron aprovechados por el Coronel Cáceres, a la izquierda, en un concienzudo examen de todos los pasos montañosos existentes entre el camino principal desde Manchay a través de La Rinconada, y el camino principal desde Lurín a través de San Juan. Este trabajo era excesivamente pesado y fatigoso para los caballos, por ser los ascensos a veces casi escarpados. Incluso, por ser constantemente montados los

caballos con los lomos inflamados, constituían una gran fuente de problemas y molestia para nosotros.

Después de examen muy cuidadoso, el Coronel Cáceres llegó a la conclusión de que entre los dos caminos ya mencionados no existía ningún camino practicable para un ejército, desde el valle de Lurín a Lima. Los comandantes de las divisiones parecen haber sido oficiales capaces y duros para el trabajo, pero no parecen haber sido apoyados por sus subordinados, ni ellos mismos parecen haber depositado mucha confianza en sus propios superiores. Yo también he notado ahora una circunstancia que fue más prominentemente traída a mi observación durante las batallas que sobrevinieron: cuán totalmente carecía el ejército peruano de una clara cabeza, en la cual debía haberse originado toda orden general, y a la cual debían haber sido informados todos los asuntos de interés. Sólo necesito mencionar una ocasión para mostrar con que mano floja sostenía el Presidente las riendas de Comandante en Jefe. Fue una cuestión relativa a la fortificación de las posiciones que habían sido ocupadas y que naturalmente inferí se habría hecho sobre algún plan bien considerado y madurado; pero cuál sería mi sorpresa, al visitar la brigada del Coronel Canevaro, cuando encontré a un oficial más enérgico que lo acostumbrado, y aplicadamente comprometido a levantar atrincheramiento, y al preguntarle sobre el plan general del cual yo presumí que formaban parte sus trabajos, me dijo francamente que el no sabía lo que hacían los otros, que el sólo se estaba ocupando de su propia brigada, y que las fortificaciones que él estaba levantando eran de su propia responsabilidad.

Así fue como se dejó que la pequeña energía existente entre los oficiales peruanos se gastara a sí misma en esfuerzos espasmódicos, y todo por la carencia de una mano firme y hábil para empuñar estas fuerzas caprichosas en un todo fuerte y decidido.

Hasta el jueves 30 de diciembre, las tropas permanecieron extendidas sobre el amplio frente que llegaba desde Chorrillos hasta La Rinconada. Decidióse entonces, y aparentemente con mucha sabiduría, reunir tropas en las cabeceras de los dos caminos que he descrito como conducentes desde el valle de Lurín; de acuerdo con esto, las cuatro divisiones regulares fueron formadas detrás de las colinas de arena que se extienden en una línea curva desde Chorrillos hasta San Juan, una línea de defensa que se extiende a lo largo de unas cinco millas. Esta posición estaba defendida por cerca de veinte mil cuatrocientos hombres, en el siguiente orden: el Coronel Iglesias con su división se encontraba acampado entre algunos árboles cercanos a Chorrillos, teniendo al Coronel Suárez a su izquierda inmediata, y la izquierda de éste apoyada por la división del Coronel Cáceres, que

ocupaba el frente derecho de San Juan. El Coronel Dávila, cuya división acababa de llegar, fue apostado a la izquierda de Cáceres y al frente izquierdo de San Juan.

Las tropas vivaqueaban en los campos situados detrás de las colinas, pero cada mañana ocupaban sus crestas desde las cuatro A.M. hasta cerca de las siete. Durante el resto del día las posiciones en las cumbres de los cerros eran ocupadas solamente por puestos avanzados y centinelas.

La protección de la izquierda fue confiada a las reservas, de las cuales fueron desplazados 4,000 hacia la izquierda del camino de La Rinconada a Lima, cerca de Monterrico Grande. Dos mil defendían un paso entre Lima y Ancón, mientras que dos mil fueron estacionados en Miraflores con orden de mantenerse preparados para atacar en cualquiera de los dos flancos que se requiriese. Alrededor de 100 hombres de Caballería y ciento cincuenta Montoneros sin caballos, fueron apostados en La Rinconada. Con esta disposición de las fuerzas, la izquierda parecía muy débil y siempre se advertía que una posición mucho más fuerte podía haberse adoptado si los cuatro mil reservistas hubieran sido colocados frente a La Rinconada, dominando así la parte baja del valle al cual conduce el camino desde Manchay. Tal posición hubiera ofrecido una retirada segura entre las cañas de azúcar, etc., desde las cuales podía haberse llevado a efecto una vivaz guerra de guerrillas, hasta la llegada de apoyo desde la derecha. Una fortificación fue levantada frente a La Rinconada, por supuesto, pero nunca fue defendida con algún tesón, debido a que nunca parece haber sido contemplada una resistencia sería en este punto. A Piérola debe otorgársele el mérito de adelantarse a los hechos, aunque no puedo decir sobre qué base, en cuanto opinó que el ataque principal sería hecho sobre su izquierda.

El tiempo fue ocupado ahora por el Ejército Peruano en fortificar sus posiciones de la derecha, conectando las colinas de arena mediante trincheras de refugio, construyendo parapetos de sacos de arena alrededor de sus puntos culminantes, y emplazando artillería como para dominar toda la llanura sobre la cual tenían que avanzar los chilenos.

Los cañones usados eran principalmente los pequeños cañones Lima, de seis libras, que ya he descrito.

Chorrillos estaba defendido por seis cañones de campo en el pico más alto, por dos de 60 libras en una cuesta sobre el lado nor-este de la colina, por un M.L. de 500 libras tipo perforación suave de 500, y dos cañones M.L.R. de 60 libras sobre el Morro Solar, una pequeña planicie en el lado norte del cerro cerca de medio camino de la cumbre, que domina una bahía arenosa donde las tropas podían haber sido fácilmente desembarcadas. Los dos de 60 libras sobre el Morro Solar, después de que los chilenos habían capturado San Juan y estaban avanzando sobre Chorrillo

llos, fueron volteados hacia el interior y utilizados para controlar su avance.

Algún pequeño desgaste de energías, fue desplegado por los peruanos en este tiempo, para hacer caminos, y fue construído un camino directo desde San Juan hasta Chorrillos, y otro desde San Juan hacia Monterrico Chico.

Durante este tiempo el ejército fue mantenido bien provisto con alimento, y por cierto, nunca escuché ninguna queja hecha contra el comisariado. Los carniceros peruanos no eran hábiles y todos los días eran llevadas a cabo una serie de corridas de toros, antes de que los animales, que eran proporcionados vivos, pudieran ser servidos como carne.

Las horas de la comida para los hombres, a las 11 y las 5, considero que han sido malas, pues en caso de un ataque a la luz del día, los hombres habrían tenido que pelear con los estómagos vacíos, y ellos hubiesen estado muy afectados al permanecer sin comer durante la mayor parte del día.

El forraje para los caballos estaba bien provisto, y aunque por supuesto no estuvo colocado ante ninguna gran prueba, verdaderamente puede decirse que el comisariado peruano no se descompuso, sino cumplió con aquello que se requería hacer bien. A las ambulancias de campo se les proveyó con carpas espaciosas y bien ventiladas, y se tuvo mucho cuidado en suministrar los accesorios necesarios. Un amplio cuerpo de médicos se encontraba atendiendo, pero se me informó que los principales practicantes habían dejado el país durante la guerra, proceder que difícilmente puede ser considerado como muy patriótico de su parte. Yo encontré que los heridos eran conducidos rápidamente a la retaguardia durante un encuentro hasta que los peruanos empezaron a darse por vencidos, y por su parte los chilenos demostraron invariablemente que juzgaban superfluo prestar toda atención ulterior a los heridos. Los peruanos heridos se portaban con la compostura más impacible, y se sometían a las más dolorosas operaciones sin acobardarse y sin articular un quejido.

El jueves seis de enero a las 8 A.M., los chilenos pusieron en acción dos cañones de campo contra San Juan, desde una pequeña colina de arena situada a unas 3,000 yardas de distancia. Estos dispararon nueve proyectiles, tres de los cuales cayeron sobre las colinas que nosotros ocupábamos, y allí explotaron, en tanto que los restantes cayeron cortos, y uno o dos quedaron sin estallar. Al mismo tiempo hicieron un reconocimiento en la dirección de Villa con un escuadrón de caballería.

Previamente había dado Piérola estrictas órdenes de que el fuego chileno no debía ser contestado, por temor a revelar sus posiciones, pero a pesar de esto, tres disparos fueron hechos por los cañones de campo sobre Villa, y algunas descargas de rifles

fueron también permitidas. A las diez y media el enemigo se retiró, y el reconocimiento concluyó.

Puestos de avanzada fueron establecidos por los chilenos sobre una colina inclinada, frente a las posiciones peruanas, y hombres a caballo fueron observados constantemente al acecho. Tan buena era, realmente, la caballería chilena, que enmascaraba perfectamente todos los movimientos de las tropas en su retaguardia.

El 9 de enero, mientras nos preparábamos a pasar un domingo tranquilo y a dejar descansar a los caballos, fueron escuchados disparos en el extremo izquierdo de nuestra posición. Cabalgando en una colina, en la vecindad de Monterrico Chico, vimos que un cuerpo de unos tres mil chilenos venían por la parte inferior del valle de Manchay. Cuando llegué a La Molina me encontré con algunos Montoneros y caballería desmontada, los cuales me informaron que recientemente habían entrado en lucha con el enemigo; varios de los primeros estaban heridos con cortes de sable. En ese momento, los cañones del Fuerte San Bartolomé abrieron fuego sobre los chilenos que avanzaban, y, como de costumbre, no mostraron éstos ninguna inclinación por seguir a su enemigo que se retiraba, y a su vez se retiraron fuera del alcance de los cañones peruanos. Alguna caballería fue ahora destacada para observar a los chilenos, y se le ordenó avanzar con gran cuidado. Después de pasar La Molina, y cuando estaban cerca a La Rinconada, fue lanzada una alarma, por la cual los Montoneros comenzaron a disparar sus rifles a derecha e izquierda, sobre cualquier cosa. Era bastante evidente para mí que los chilenos no habían entrado en La Rinconada, pues llegando a ese lugar encontramos los grandes sacos de los hombres todos echados en el camino, en las mismas posiciones que en la noche anterior habían servido de lecho a los peruanos.

Desde algunas colinas situadas a una media milla en frente de La Rinconada, podían ser vistos los chilenos a cerca de tres millas, acampados detrás de otra pequeña colina.

Los detalles de la escaramuza fueron probablemente como sigue: La infantería chilena había avanzado en la parte inferior del valle, por el camino de Manchay, en número de tres mil, precedida por alrededor de doscientos de caballería. La caballería había sorprendido a los Montoneros en las fortificaciones ya aludidas que estaban en frente de La Rinconada; con toda probabilidad habían disparado los últimos una descarga y después se habían dirigido a los matorrales en su retaguardia. Los siete cuerpos yacentes, que yo encontré en la escena de la escaramuza, fueron muertos por cortes de sable, y probablemente fueron cortados cuando estaban tratando de escapar. Un fuego mal dirigido fue

mantenido durante algún tiempo por los Montoneros desde las cañas y arbustos, y la caballería chilena, al ver que nada más se podía hacer, se retiró adonde se encontraba la infantería avanzando lentamente. Los peruanos se retiraron ante esta gran fuerza, y habiendo obtenido el objeto de su reconocimiento, los chilenos debieron retirarse entonces, sin entrar en La Rinconada, y acampar fuera del alcance de los cañones de San Bartolomé; aquí podían ser claramente vistos durante la tarde. No pienso que algunas tropas regulares peruanas se hubieran comprometido en la lucha, sino solamente los Montoneros. La caballería partió a pie inmediatamente; un batallón de reservistas acantonado en Monterrico Grande, y al cual se ordenó que los auxiliase, ni siquiera entró en La Rinconada. El fuego de cobertura, hecho desde los fuertes peruanos, como en muchas otras ocasiones, fue en ésta más peligroso para sus propias tropas que para los chilenos. Alguna caballería peruana había sido formada en dos líneas, sobre las colinas situadas frente a La Rinconada, lista para apoyar al Coronel Rondón, quién, con otro oficial, estaba haciendo una inspección en la parte inferior del valle, cuando el Comandante del San Bartolomé, suponiendo que estas fuerzas eran chilenas, abrió fuego sobre ellas, y arrojó dos descargas, que reventaron entre las dos líneas de caballería. El resultado fue, por supuesto, una inmediata estampida y una reprimenda del Presidente fue llevada al Comandante del fuerte, quien después de todo no era de culpar, tanto como aquellos que debieron haberlo mantenido provisto con información.

El efecto de esta escaramuza (como fue sin duda calculado por el General Chileno), fue el retiro de tropas peruanas de San Juan, para fortalecer la izquierda. Se destacó la división de Dávila a La Molina, y la derecha fue dejada en consecuencia con solo tres divisiones. Esta disposición fue subsecuentemente alterada, al ser acampadas en Monterrico Chico dos brigadas del comando de Dávila, mientras que la restante, del Coronel Canevaro, regresaba a su posición original en el frente izquierdo de San Juan.

La brigada del Coronel Canevaro había sido removida de la división del Coronel Cáceres y reemplazada por otra de la división del Coronel Dávila; éste intercambio fue hecho en vista de una pequeña y estúpida querella entre el Coronel Cáceres y Canevaro. El Coronel Cáceres, tenía la reputación de ser un soldado valiente; la Universidad le había obsequiado un bello estandarte peruano, con el expreso precepto de cargarlo bajo el fuego del enemigo; de manera que cuando parecía haber alguna oportunidad de encuentro, el estandarte debía ser visto con el Estado Mayor del Coronel Cáceres. El Coronel Canevaro se rió ante ello como ridículo, preguntando si el Coronel Cáceres se consideraba a sí mismo un caballero andante del tipo de Godo-

fredo de Bouillon. De esta manera este pequeño episodio infantil produjo una frialdad entre dos de los mejores hombres que los peruanos poseían, y que debían haber trabajado juntos en perfecta armonía.

A la mañana siguiente, lunes 10 de enero, todo el mundo estuvo levantado y bajo las armas a las 2 A.M., esperando un ataque; pero a medida que el día pasó y ningún movimiento era discernible en el ejército chileno, se pensó como probable que el ataque sería diferido hasta la mañana siguiente; pero cuando las mañanas del martes y el miércoles transcurrieron de una manera similarmente quieta, los peruanos empezaron a relajar su vigilancia, y a fantasear que el ataque había sido indefinidamente pospuesto, imaginando que sus posiciones eran consideradas demasiado fuertes, o en su defecto, que los chilenos estaban esperando posteriores refuerzos.

Yo no pude dejar de sentirme impresionado con la idea de que todo estaba aconteciendo probablemente, para cumplir los planes del General chileno, y según lo que indudablemente había calculado; de acuerdo con esto, cuando a las 4 A.M. de la mañana del jueves, 13 de enero, se me informó que el ejército chileno estaba avanzando contra nuestra derecha, no me sorprendió encontrar que había muchos oficiales que realmente se negaban a dar crédito a la información. Montando mi caballo, acompañé al Coronel Cáceres a la cumbre de la colina situada frente a San Juan; esto fue aproximadamente veinte minutos para las cinco.

Yo he intentado mostrar sobre el mapa anexo las posiciones de las tropas peruanas al comienzo de lo que ahora se llama batalla de Chorrillos. A la derecha estaba estacionada la división del Coronel Iglesias, preparada para defender las colinas inferiores frente al monte de Chorrillos, con las divisiones de Suárez y Cáceres a su izquierda; mientras que la primera brigada comandada por Dávila, bajo el Coronel Canevaro, fue colocada así como para actuar en el frente izquierdo de San Juan.

Abandonando sus campamentos, casi la integridad de las tropas se habían extendido en una línea compacta a lo largo de las crestas de los cerros, y un batallón tocaba a otro batallón, desde San Juan hasta Chorrillos, solo ocasionalmente separados por los cañones de la artillería. Canevaro avanzó y ocupó las colinas situadas en el frente izquierdo de San Juan, con su refugio de conexión atrincherada, una posición muy expuesta. Por alguna razón desconocida a mí mismo, alrededor de cuatro mil hombres, fueron concentrados en los campos extendidos frente a San Juan, y nunca entraron en combate para nada.

Esta era la disposición de las tropas peruanas agrupadas a la derecha para resistir el ataque chileno. Las tropas que defendían la izquierda estaban ocupando las posiciones a las cuales ya se ha hecho referencia; principalmente, dos mil reservistas en

el camino de Ancón, cuatro mil reservistas cerca de Monterrico Grande, unos cuantos irregulares en La Rinconada, y dos brigadas, que contaban cerca de tres mil cuatrocientos de la división de Dávila en Monterrico Chico. A esta parte de la división de Dávila se le ordenó subsecuentemente auxiliar a Canevaro, pero parece que nunca le rindió la más mínima asistencia. Dos mil reservistas también ocuparon un gran reducto al este del ferrocarril de Miraflores.

Yo permanecí con el Coronel Cáceres en la cumbre de la colina, inmediatamente en frente de San Juan, algún tiempo después de que el ataque chileno debió haber sido desarrollado, pero nada podía ser visto, ni pudo obtenerse ninguna información de inteligencia. El coronel fue solamente acompañado por dos de sus seis adjuntos; los otros cuatro, según se me informó, estaban en cama.

A diez minutos para las cinco, fueron vistos unos cuantos destellos en nuestro frente izquierdo, pero a gran distancia de nosotros, aparentemente cerca al camino de Lurín; pero unos cinco minutos después, la integridad del frente izquierdo fue iluminado por un continuo fuego de rifle. El Coronel Cáceres cabalgó entonces alrededor de las crestas de las colinas de la derecha, arengando a los hombres, y diciéndoles que el supremo momento había por fin llegado. En esta coyuntura, apareció Piérola, escoltado por un solo edecán. Era entusiastamente recibido donde quiera que iba, y los gritos de "¡Viva el Perú!" eran de lo más sentidos. Agregándome al Presidente, lo acompañé alrededor de las colinas de la derecha. Los disparos eran en este momento muy activos en ambos bandos; a nuestro ascenso a una colina vecina, fuimos blanco de los disparos salidos de una adyacente a ella, y un poco a la retaguardia derecha. Por esto presumo que los chilenos debían haber capturado ese cerro poco tiempo después que la batalla comenzó. El Presidente visitó entonces a los hombres en las colinas situadas frente a San Juan, los cuales aún no habían entrado en combate con la infantería, pero se encontraban entonces bajo un fuego considerablemente pesado de la artillería de los cañones del enemigo. De mi experiencia de las descargas hechas durante esta campaña, debo confesar que estaba sorprendido del poco efecto que ellas producían; varias estallaron desagradablemente cerca de mí, pero sin hacer ningún daño. Esta inmunidad ante el peligro, sin embargo, puede haberse debido, posiblemente, a la naturaleza arenosa del suelo en que ellas reventaban. Una gran molestia derivada del estallido de las descargas de cañón era que ellas volvían a nuestros caballos extremadamente ingobernables.

Siguiendo nuestros pasos hacia las colinas de la derecha de San Juan, encontramos al enemigo en posesión de ellas, y a los peruanos en total retirada hacia la parte inferior de las laderas,

a la retaguardia. Nosotros teníamos aún como reserva a los cuatro mil hombres que ya he mencionado, permaneciendo en descanso en los campos situados frente a San Juan; pero, aunque Piérola permaneció observando la batalla por lo menos diez minutos después de esto, no se envió ninguna orden para que estas tropas apoyasen la derecha, y de hecho, parece que ninguna orden había sido dada del todo. En este momento, cerca de las seis en punto, la izquierda se hallaba comprometida, mientras que Piérola, sin hacer ningún esfuerzo para auxiliar a la derecha, que estaba siendo gradualmente obligada a retroceder, entró cabalgando en Chorrillos. Tan pronto como él se había ido, los hombres que permanecían en descanso en los campos se fueron a la retaguardia, hacia Surco, sin disparar un solo tiro.

Alrededor de las 6.20, la izquierda empezó a tambalearse y poco tiempo después la retirada era general a lo largo de toda la línea.

El camino desde San Juan a Surco, fue bloqueado con mulas y caballos, mientras que cajas enteras de municiones eran arrojadas en los arroyos.

Con muy pocas excepciones, los oficiales no hicieron ningún intento de reunir a sus hombres, pero encendiendo sus cigarrillos los siguieron a la retaguardia. El Coronel Vailley (el segundo Jefe del Estado Mayor), los Coroneles Cáceres, Canevaro y Hucker, lucharon vanamente, pistolas en mano, para contener el torrente de la retirada, e hicieron lo indecible para inducir a los hombres a tomar posiciones detrás de las líneas de árboles y muros, que se encontraban admirablemente situados para el propósito de detener el avance chileno; pero sus esfuerzos fueron de poco beneficio, pues ellos no eran auxiliados por los oficiales, quienes únicamente parecían deseosos de retirarse calladamente a Lima, y los hombres no tenían ninguna idea de rehacerse por sí mismos. De esta manera, la integridad de las divisiones segunda y tercera, las de Suárez y Cáceres, junto con lo que había quedado de la brigada de Canevaro (ya que el último Comandante me aseguró que dos de sus tres batallones se habían echado a la huída casi inmediatamente después de que el primer disparo había sido disparado contra ellos), se retiraron al camino entre Chorrillos y Lima. La división de Suárez se detuvo entre Chorrillos y Barranco, mientras que el resto, bajo Cáceres, se reagrupó en la estación de ferrocarril de Barranco.

Durante este tiempo la Primera División, bajo Iglesias, se encontraba aún intentando defender gallardamente algunas de las colinas restantes a la derecha, pero estaba siendo gradualmente forzada a retroceder hacia Chorrillos. Si este oficial hubiera sido inmediatamente apoyado por Suárez y Cáceres, es probable que Chorrillos no hubiese sido tomado, y los chilenos hubieran podido ser rechazados, por lo menos temporalmente;

pues, fatigado por su larga marcha, el enemigo, después de tomar las colinas situadas a la izquierda de San Juan, fracasaron en llevar adelante su ventaja en esa dirección, y solamente hicieron una carga de caballería sobre los peruanos que se retiraban, y no intentaron acosar su retaguardia. Suárez y Cáceres, no fueron seguidos, y tuvieron bastante tiempo para reagruparse calladamente. Cuando una vez más formaron en la línea de batalla ¿Qué fué entonces, lo que les impidió seguir la buena vieja máxima de marchar en la dirección de los disparos? Yo pienso que debe haber sido la más fatal de todas las faltas en los comandantes: "Temor a la responsabilidad".

De las conversaciones previas a la batalla que sostuve con oficiales, yo quedé impresionado con la idea de que ello había sido arreglado entre el Presidente y los Comandantes de las Divisiones: "Si somos derribados en nuestras posiciones avanzadas, retírense inmediatamente a las líneas de Miraflores". Yo creo que esta orden haya sido dada, y el temor de desobedecerla parece haber paralizado al ejército peruano por el resto de ese día, y fue la causa de abandonar a su suerte al gallardo Iglesias.

¿Por qué al comienzo de la batalla, no se ordenó a Dávila para auxiliar a Canevaro desde Monterrico Chico, o por qué, si así se le ordenó, el no llegó? Yo no puedo intentar explicarlo, aunque debo decir que, en mi opinión, el apoyo que Dávila pudo haber aportado hubiera sido de muy poca utilidad después de la derrota de Suárez y Cáceres en la derecha.

Yo me retiré con el Coronel Cáceres sobre Barranco, y después me fuí cabalgando, en busca del Presidente, a Chorrillos; en todas partes encontré a otros empeñados en la misma búsqueda, y que en vano trataban de hallar a alguien que pudiera dar instrucciones. En la vecindad de Chorrillos me encontré con el Coronel Suárez y su división; ellos se encontraban parados, aparentemente sin hacer nada, mientras que el fuego chileno era aún pasado a la derecha, frente al pueblo de Chorrillos.

Llegando a Chorrillos, me enteré de que el Presidente se había ido a Miraflores, alrededor de las diez y media, por un camino que corría a lo largo de la playa; pero al cabalgar a ese lugar encontré a los oficiales que aún ignoraban su paradero, aunque todo el mundo se encontraba preguntando por él. Un vagón de ferrocarril, sobre el cual habían colocado cuatro cañones de 12 libras, montados en carriles de botes y correderas, formando una batería movable, fue ahora traído frente a Barranco, y sus cargas arrojadas promiscuamente, sin ninguna puntería particular, en la dirección del Ejército Chileno. Más allá de esto, ningún paso fue tomado para auxiliar al Coronel Iglesias. El Coronel Cáceres se retiró lentamente a Miraflores, seguido por el Coronel Suárez; allí se les unió el Coronel Dávila con sus dos brigadas, que hasta entonces no se habían comprometido en com-

bate. Estas tropas, junto con los dos mil reservistas que ya se encontraban en Miraflores, procedieron a ocupar la línea de reductos ya aludida, y sin más pormenores vivaquearon al medio día en sus nuevas posiciones. En este momento el Coronel Iglesias fue abrumado; los chilenos habían exitosamente asaltado el alto pico de Chorrillos al cual se había retirado, y este ataque, combinado con otro de flanco en el lado este de la colina, excitó a los peruanos a evacuar la cumbre y refugiarse en el Morro Solar. Pero este se hizo pronto insostenible, debido al fuego de los chilenos desde más arriba. En tales condiciones, el Coronel Iglesias y mil quinientos de sus seguidores fueron hechos prisioneros; algunos pocos huyeron a Miraflores por la playa, pero los restantes hombres de la Primera División fueron muertos o heridos, y Chorrillos cayó en manos del enemigo.

La derrota de los peruanos parece haberse debido en primer término, a la mala vigilancia mantenida sobre el enemigo, que realmente había llegado a la base de una colina antes de que fueran descubiertos y recibieran los disparos de la defensa; y cuando el ataque mismo se había desarrollado no se mostró ninguna energía en traer tropas frescas, aunque había muchas disponibles para reforzar los puntos débiles; ni tampoco demostraron mucha devoción los oficiales, para encabezar a sus hombres cuando ellos se tambaleaban. Era muy fácil ver que sus corazonas no obedecían a su deber. El Mayor Castilla, a quien ya he mencionado, fue una noble excepción, pues murió gallardamente cuando intentaba rehacer a los dos batallones de su brigada que estaban huyendo.

Los hombres, demasiado pronto, debieron haberse percatado de que no eran manejados de una manera firme y decisiva, y, consecuentemente la pequeña disciplina que ellos poseían sucumbió a un desesperado "sálvese quién pueda". No parecían sentir que había alguna vergüenza en correrse, pero se desparaban hacia la retaguardia gritando "¡Viva el Perú!", volteando de cuando en cuando para disparar sus rifles al aire; de hecho, ellos no se preocupaban mucho en qué dirección disparaban, y eran tan peligrosos para sus amigos como para sus enemigos.

La noche se cerró calladamente. Los chilenos no adelantaron sus puestos de avanzada más allá de Barranco, contentándose ese día con saquear Chorrillos y después reducirlo a cenizas. Los peruanos emplearon su tiempo en fortificar sus posiciones, permitiendo el paso del agua a las zanjas, emplazando cañones en los reductos, etc. Esa noche encontré al Presidente en Miraflores, que había establecido su cuartel general en la muy bonita residencia campestre del Sr. Shell, un comerciante alemán. Piérولا no parecía encontrarse de mal humor, o de alguna manera deprimido por los acontecimientos del día, y muy placenteramente charló conmigo durante la cena. Yo no pude dejar

de observar cuán diferente era, con respecto a los otros peruanos que yo había conocido. Habló despacio, sin nada de la excitabilidad y palabrería a las que tanto me había acostumbrado. La sumisión que exigía de sus subordinados era completa, y era claro que aunque sin hallarse poseído de ningún genio militar, y no siendo particularmente arrollador, aún era un hombre que gobernaba en virtud de cierta superioridad mental sobre aquellos que lo rodeaban; esto era muy ostensible para un extraño.

A la mañana siguiente, el 14 de enero, a la espera de un ataque, los caballos fueron ensillados a las 3 A.M., pero no se hizo ningún movimiento, y acompañé al Presidente alrededor de las líneas a las 5:30.

La posición era ciertamente muy fuerte; nueve de los reductos a los cuales he hecho mención corrían desde el mar, frente a Miraflores, hasta una milla de Monterrico Chico. Las paredes de barro que conectaban los reductos fueron cuidadosamente atroneras, de manera que ofrecieran completa protección a los soldados que las defendían, mientras que las irregularidades en la construcción de las paredes permitían el fuego de flanco en muchos casos. El terreno situado al frente, en la dirección del avance chileno, se encontraba claro y abierto en algunos lugares, por cerca de un cuarto de milla, pero en otros lugares los chilenos podían hallar refugio cerca de las líneas peruanas; ésta era una de las muchas cosas que nadie podía comprender en las precauciones peruanas. Como lo he mencionado antes, muy poco cuidado se tomaba al colocar las minas como para detener al enemigo bajo el fuego cerrado de los parapetos. Parecían satisfechos si la voladura de una mina destruía veinte o treinta chilenos, sin tener el efecto de causar un alto o de crear confusión justamente bajo sus defensas, o si, de hecho, interfirió muy esencialmente el avance de los asaltantes.

Las tropas reunidas aquí, para esta última defensa de Lima, eran cerca de doce mil hombres, de los cuales diez mil eran el residuo del ejército regular comprometido el 13, y dos mil pertenecían a la reserva que aún no había estado bajo fuego. El resto de la reserva no había sido movida de Monterrico Grande, o del camino de Ancón; y, como el acontecimiento demostró, a estos seis mil hombres se les permitió retornar a sus hogares sin haber descargado siquiera sus rifles.

Al regreso del Presidente a su cuartel general, encontró al Coronel Iglesias, quien había sido hecho prisionero el día anterior y había sido enviado ahora por los chilenos bajo su palabra de honor, para recalcarle a Piérola la futilidad de toda resistencia ulterior, y también para demandar, en nombre del general chileno que las posiciones de Miraflores fueran entregadas como acto anterior a la apertura de las negociaciones; y esto, según fui informado fue inmediatamente rechazado. La misma demanda

fue traída de nuevo durante la tarde por un oficial chileno, y fue nuevamente rechazada.

A las 6 P.M., después de celebrar un consejo, en el cual estuvieron presentes todos los comandantes de divisiones y brigadas, Piérola telegrafió a Lima, a los Ministros extranjeros, y después de alguna consulta con ellos, fui delegado por el Sr. St. John, a las 11 P.M., para llevar una carta al General chileno, acompañado por el Teniente Conde Royck, de la Armada Italiana. Alguna pequeña dificultad se experimentó, para hacer que el maquinista arrancase su locomotora sobre la línea a esa hora de la noche, debido a que él temía, que los chilenos pudiesen haber levantado los rieles o minado la vía; y para aumentar sus presentimientos, justamente cuando nos estábamos preparando para partir, una descarga disparada precisamente afuera de la estación lo alarmó tanto como para que otra vez hiciera retroceder nuestra máquina. Sin embargo, después de haber sido utilizada cierta suma de persuasión, entremezclada con amenazas, partimos en la locomotora con el ténder al frente, manteniendo una buena vigilancia para detectar un riel roto; una bandera blanca fue desplegada en el ténder, y el pito siguió tocando hasta que fuimos detenidos por los centinelas chilenos. Después de alguna pequeña demora partimos en busca del General chileno Baquedano.

No fue ningún asunto fácil encontrarlo. Fuimos primero llevados a la barraca grande que se encuentra inmediatamente afuera de Chorrillos, y que había sido convertida en un hospital temporal (éste era el lugar donde unas semanas antes había presenciado la ceremonia destinada a presentar nuevos colores al Batallón Piura, junto con la medalla con la inscripción "Muerte o Victoria", y donde primero conocí al Mayor Castilla); de allí fuimos conducidos a través de las ruinas humeantes del pueblo, donde escasamente quedaba intacta una casa; y luego, de vuelta a las carpas que servían de Cuartel General al Estado Mayor, me encontré con el Comandante Acland, quien me instruyó informase al Ministro Británico que él consideraba muy inseguro para cualesquiera mujeres o niños permanecer en Lima, en caso de que los chilenos avanzasen sobre ese lugar mientras se hallaban alentados por la victoria, pues la vida y la propiedad no serían respetadas y probablemente compartiría la misma suerte que Chorrillos. Eventualmente fuimos conducidos ante el General Baquedano; y al entregarle la carta confiada a nosotros, recibimos respuesta verbal "7 A.M.", con lo cual retornamos al lado de los Ministros en Miraflores.

A las siete en punto de la mañana siguiente, 15 de enero, acompañé al Sr. St. John y el Cuerpo Diplomático hasta el Cuartel General del General Baquedano, y regresó a Miraflores alrededor de las once. En el camino de regreso, el Sr. St. John me informó que era portador de condiciones para Piérola, e iba a re-

querir que yo lo acompañase durante la tarde, cuando él regresara con la contestación. También me dijo que había acordado un armisticio para que durara hasta la media noche.

Al regresar a Miraflores me encontré con el Comandante-en-Jefe, Contralmirante Stirling, quien acababa de llegar por tren desde Lima, acompañado por el Almirante francés y el Comodoro italiano.

Yo permanecí conversando con el Almirante hasta cerca de las dos, poco después de que el desayuno fue anunciado. Entretanto, había desensillado mi caballo para darle un buen descanso, pensando que no lo requería durante el armisticio, por ser capaz de llevar a cabo mis obligaciones a pie, o por tren. En este tiempo se susurró entre el Estado Mayor el rumor de que Piérola había accedido a las demandas chilenas, y de esta manera no habría más lucha. Durante el desayuno el Presidente se sentó en la cabecera de la mesa (su lugar acostumbrado), teniendo a los Almirantes inglés y francés a cada lado, mientras que los miembros de su Estado Mayor se encontraban presentes como en las ocasiones ordinarias. Mientras nos encontrábamos desayunando el Sr. St. John, que había ido a Lima, regresó acompañado por otros Ministros extranjeros. Todos ellos fueron conducidos a los aposentos privados de Piérola. Nosotros estábamos próximos a concluir el desayuno cuando fueron escuchadas descargas de fuego de fusilería, saguidas casi inmediatamente por bombas que estallaron sobre nuestra casa. Todo el mundo saltó naturalmente muy sorprendido de que el armisticio hubiera sido violado, y se dispersaron en diferentes direcciones de acuerdo como eran llamados por sus deberes. Debido a que mi caballo se encontraba en una disposición excesivamente intranquila e ingobernable, tanto más rendido cuanto las bombas explotaban más cerca de él, tuve la más grande dificultad para ensillarlo; eventualmente se desarmaron las cinchas de mi silla de montar, y yo fui reducido a la necesidad de cabalgar a pelo, cuando tomó la enbocadura del freno entre sus dientes, y se fue galopando, lanzándose en dos ocasiones contra una pared; afortunadamente fue cogido en ambas por algunos soldados, cuando lo volví a montar, pero sin los estribos no tuve ningún control, de modo que él se lanzó furiosamente entre un cuerpo de caballería, y siendo imposible guiarlo, resolví ir a la retaguardia e intenté conseguir otra silla de montar.

Poco después fui abruptamente detenido por dos soldados peruanos, que, asiendo mi brida, me ordenaron desmontar. Rehusé hacerlo, cuando uno de ellos desenvainó su espada, y con ella me hizo una acometida. Yo tenía un revólver, pero no consideré que sería atinado utilizarlo, de modo que cogí la hoja de su espada, que no era muy filuda, e intenté arrancarla de sus manos. Una multitud de soldados fugitivos se juntó pronto,

cuando fui bajado del caballo y desarmado por la turba. Afortunadamente, un oficial de rango superior que me conocía pasó cabalgando en esta coyuntura, enderezó amablemente las cosas, me consiguió una silla de montar, y me permitió proseguir nuevamente hacia el frente. Volviendo a cabalgar me encontré con el Almirante Stirling, quien me pidió que tan pronto como me fuese posible informase sobre el resultado de la batalla, y diese oportuna información del avance de los chilenos hacia Lima, si resultaban victoriosos. En mi camino de regreso a Miraflores encontré un número de oficiales y hombres heridos, que estaban gritando "Viva el Perú" y me aseguraron que los chilenos habían sido obligados a retroceder, y que los peruanos habían ganado una gran victoria. Como yo anticipaba, los hechos reales del caso indicaban que, después del primer ataque los chilenos encontraron las posiciones más fuertes de lo que habían esperado, y se retiraron hasta que fuesen traídos refuerzos en su apoyo.

La batalla enfureció entonces a lo largo de toda la línea de reductos, hasta cerca de las 5 P.M. Apoyando a su ejército, los buques de la flota chilena lanzaron al mismo tiempo un fuego de flanco dentro de los reductos, y aunque el efecto moral pudo haber sido útil, sólo hicieron poco daño, pues las bombas, como regla, estallaron cortas; algunas cuantas cayeron bien, pero solamente ví a un hombre que había sido herido por una bomba. En general, yo no estaba muy favorablemente impresionado por la cantidad de apoyo que una flota podía dar a un ejército que se encuentra luchando contra un enemigo dentro de un fácil alcance desde el mar. Alrededor de las 5 P.M. la derecha peruana empezó a ceder, evacuando los reductos situados frente a Miraflores. Estas tropas se retiraron sin intentar la defensa de ninguno de los muchos muros de barro existentes a través de su línea de retirada. La integridad del Ejército Peruano estuvo pronto en retirada; primero a la izquierda, una porción de ellos hizo uso de las sucesivas líneas paralelas de muros de barro, para controlar el avance chileno, pero abandonando toda idea de defensa, todo el mundo se escapó subsecuentemente hacia la Capital. Los fugitivos se inclinaron hacia el este a medida que se retiraban, presumiblemente para escapar al fuego hecho desde los buques. A pesar de que muchas indagaciones ansiosas fueron hechas por el Presidente, a él no se le encontró en ninguna parte, y creo que al principiar la tarde debió retirarse hacia la izquierda de Lima, hacia el Fuerte San Bartolomé, pues durante la tarde se le reportó como si se encontrase en esa dirección.

Yo me encontraba excesivamente ansioso de estar en aptitud de informar decididamente si los chilenos estaban o no estaban alcanzando su victoria, pero encontré que esto no era ningún asunto fácil, pues si yo permanecía detrás de las líneas peruanas

en retirada, yo estaba bastante cerca de ser blanco de sus disparos, como un chileno. En un momento fui perseguido por alguna caballería chilena. Inmediatamente se levantó el grito de "¡Chileno!" y una descarga fue disparada en mi dirección por los peruanos que se retiraban, pero afortunadamente no fui alcanzado. Sin embargo, fui obligado a retirarme con el objeto de declarar mi identidad, pues rara vez miran ellos adonde disparan cuando están corriendo. Usualmente se colocan detrás de alguna cobertura cuando se alza una alarma, y disparan hacia cualquier sitio, sin mucha consideración por el objetivo, tan rápidamente como es posible.

Observando que los chilenos no tenían ninguna intención de continuar hasta culminar su victoria esa noche, yo me adelanté con esta información donde el Almirante Stirling, en la Legación Británica. A medida que las tropas peruanas arribaron a Lima, fueron reunidas en la plaza situada frente al edificio de la Exposición. Esto fue lo último que ví del Ejército Peruano, pues una o dos horas después de su arribo ellos regresaron a sus barracas, donde los oficiales se pusieron ropas simples, y los batallones gradualmente se disolvieron y se convirtieron en transparente aire.

También me separé del Coronel Cáceres, en el mismo camino por el cual había cabalgado afuera con él y la totalidad de su estado mayor. Dos eran ahora los que quedaban del estado mayor, pues tres habían sido muertos y uno herido, mientras el Coronel Cáceres, que cabalgaba sobre su tercer caballo, con un disparo a través de su guardapolvo, otro disparo había abollado la vaina de su espada, y uno tercero había atravesado la parte carnosa de su pierna, se encontraba aún intentando mantener juntos los restos de su división. El Coronel Canevaro había sido tomado prisionero durante la parte inicial de la acción, con un disparo a través del pecho, y había perdido la integridad de su estado mayor durante las dos batallas.

Yo no podía dejar de sentirme triste, al apartarme de estos dos hombres valientes, que mostrando tanto fervor y heroísmo, habían sido tan débilmente apoyados, y habían logrado tan poco fruto.

A las 8:30 P.M. acompañé al Almirante al Palacio, donde se efectuó una consulta entre los Ministros extranjeros, los Comandantes Navales, y aquellos miembros del Gobierno Peruano que aún permanecían en Lima.

A las 11 en punto recibí órdenes del Almirante Stirling, para marchar con mis colegas francés e italiano al Cuartel General del General Baquedano, con una bandera de tregua, y solicitarle que arreglase una entrevista con los Ministros extranjeros y Comandantes Navales, y también que demorase su avance sobre la capital hasta que la entrevista hubiese tenido lugar. La

misma dificultad que anteriormente he narrado, ocurrió con los conductores de las locomotoras; pero en esta ocasión quizá había más razón, ya que esta misma máquina había sido previamente empleada, y hacía sólo una hora más o menos, para llevar una batería de ferrocarril contra el enemigo. Los chilenos también eran conocidos por encontrarse muy encolarizados ante lo que ellos consideraban en ese momento como una traición peruana; y ellos tampoco parecían considerar entonces que la diplomacia extranjera se encontraba enteramente sin culpa, así es que había alguna plausibilidad en la objeción formulada por los funcionarios del ferrocarril de que la línea se encontraba probablemente minada. Sin embargo, el conductor de la locomotora era un inglés, y cuando se le explicó que si el General chileno no era comunicado, probablemente avanzaría y quemaría Lima a la luz del día, la máquina fue echada a andar, y, en compañía de mis colegas, yo marché cautelosamente hacia el campamento chileno.

Fuimos detenidos por los centinelas de avanzada del enemigo afuera de Miraflores, y no pude dejar de notar que los oficiales no se encontraban del todo de buen humor. Uno que hablaba inglés me aseguró que no serviría para nada mi ida a ver al General, debido a que él se encontraba muy molesto ante lo que había ocurrido, y estaba seguro de que no daría ninguna respuesta favorable. Mientras hablaba con estos oficiales fueron hechos dos disparos contra la locomotora, desde un cañón de campaña cercano, pero afortunadamente sin efecto. Uno de los oficiales fue galopando inmediatamente y puso término a este disparar antes de que ningún disparo más fuera hecho. Nuestros ojos fueron entonces vendados, y nosotros fuimos llevados donde el coronel que comandaba los puestos de avanzada, quien, después de que hubiéramos manifestado nuestro asombro y también la sorpresa de todos los Ministros y Almirantes europeos ante la iniciación de hostilidades durante el armisticio, nos permitió cabalgar dentro de Chorrillos en busca del General, sin tener nuestros ojos vendados.

De Miraflores a Barranco, el camino entero estaba regado con hombres y caballos muertos, y el barracón al cual fuimos llevados para encontrar al General se encontraba atestado con hombres heridos, soldados echados por todo el cuadrilátero, mientras que los gemidos eran terribles de escuchar. Yo calculé las pérdidas chilenas en muertos y heridos, en 4,000 hombres, solo durante esa tarde.

Después de alguna conversación con el General Maturana, Jefe del Estado Mayor, nosotros le explicamos, como ya lo habíamos hecho con el comandante de los puestos de avanzada, nuestra sorpresa ante la iniciación de la batalla. Entonces transcurrió que el General Baquedano se había aproximado con su Estado Mayor cerca a los puestos peruanos de avanzada y co-

mo fuera baleado mientras reconocía sus posiciones, la acción general fue traída a los hechos. Muy pocos oficiales chilenos podían afirmar positivamente que los peruanos habían avanzado efectivamente, antes de que el fogueo empezara, y ni siquiera después; ni tampoco creo que lo hicieron, pero estando bien cubierto es muy posible que el General Baquedano se acercara mucho a ellos sin saberlo. Sin embargo, ambos bandos parecieron muy irresponsablemente listos para comenzar a pelear, considerando que prevalecía un armisticio, más especialmente los hombres de guerra chilenos, quienes abrieron fuego en el primer momento de la batalla. Como al General Baquedano no se le podía encontrar, nosotros entregamos nuestro mensaje al General Maturana, quién nos aseguró en nombre del Comandante en Jefe, que ningún avance sería realizado sobre Lima antes de que la deseada entrevista tuviese lugar, previniendo por supuesto que los peruanos no hicieran ningún ataque sobre los chilenos, en tal caso el General, nos informó, no podría considerarse a sí mismo responsable por lo que pudiese ocurrir.

Nosotros fuimos ciertamente colocados en un compromiso muy delicado durante la conversación, cuando el Fuerte San Cristóbal empezó a disparar sobre los puestos chilenos de avanzada. Nos encontramos naturalmente ansiosos de comunicarnos tan pronto como nos fuese posible con nuestros respectivos Almirantes, para que pudiesen ser tomados aquellos pasos que impidiesen un estallido de hostilidades a la luz del día. Pero como era sabido que el General Baquedano, tenía una carta que enviar, y como no había sido encontrado, se decidió que los oficiales italiano y francés retornaran de prisa a la Legación Británica en Lima, con la seguridad del General Maturana, mientras que yo debía quedarme para conducir la carta del General Baquedano.

A las 8 A.M., habiendo recibido la carta del General, yo regresé a la Legación Británica; a la 1 P.M. acompañé al Almirante Stirling y el Cuerpo Diplomático al Cuartel General del General Baquedano; y retorné con ellos a Lima en la tarde. Esto fue el domingo 16 de enero. Permanecí en la Legación Británica durante el día siguiente, actuando bajo instrucciones del Almirante, y el 18 de enero regresé a bordo del "Triumph".

En conclusión, siento que me incumbe destacar cuán valiosos fueron los servicios rendidos por el Teniente Conde Royck, de la Armada Italiana, y por el Teniente Roberjot, secretario del Comandante en Jefe de la Armada Francesa, durante nuestra visita al campamento chileno con una bandera de tregua después de la batalla de Miraflores. Estoy convencido de que fue mayormente debido a la conducta muy conciliatoria y caballerosa de estos dos oficiales, combinada con su conocimiento del idioma español, que se recibió una respuesta favorable del General Ba-

quedano, después de haber sido informados por los oficiales chilenos que sería imposible obtenerla. De hecho, la muy amable y cordial manera en que cooperaron conmigo mis colegas de las Armadas Norteamericana, Francesa e Italiana, durante todo el tiempo en que estuvimos agregados al Ejército Peruano fue, por su unanimidad, una fuente de gran apoyo y fortaleza, y merece mi más profunda gratitud.

Yo acompaño un mapa "a vuelo de pájaro" del territorio que ha sido escenario de las últimas operaciones militares en la vecindad de Lima, y por ello me encuentro reconocido al Teniente de Lisle, del H.M.S. "Shannon". Aunque topográficamente no es correcto en todos sus detalles, debido a que solamente fue confeccionado a partir de la burda descripción que estuve en aptitud de proporcionar, éste servirá para dar una idea de los dos campos de batalla y sus alrededores, muchísimo más acuciosa que la que se podía obtener de un mapa ordinario o carta.

También desearía someter a su observación la muy servicial naturaleza de la chaqueta que yo he vestido durante la campaña. Ha sido una ordinaria túnica de marino, de anascote, sobre la cual estaban cosidos los galones distintivos de teniente. Yo encontré que mi traje era objeto de envidia entre los oficiales del Estado Mayor Peruano, quienes, con una chaqueta abierta en el pecho desplegaban un amplio frente de la camisa blanca, que pronto apareció excesivamente sucia, como tengo poca duda de que realmente lo estaba, después de un largo y polvoriento viaje, mientras yo tenía la probabilidad de dormir en mis ropas, y sólo tenía que tomar una zambullida en el arroyo más cercano y cambiarme de ropa interior, para tener la satisfacción, no sólo de sentirme, sino de aparecer perfectamente limpio y confortable.

Yo tengo &

Reginald Carey Brenton
Teniente

Capitán A. H. Markham,
H.M.S. "Triumph".

Anexo 4 en Carta del Pacífico No. 68

Sr. Queely, Cirujano, H.M.S. "Triumph", al Capitán A. H. Markham, R. N.

H.M.S. "Triumph"
Callao, 24 de Enero de 1881

Señor,

Tengo el honor de informarle que en ejecución de su memorándum del 13 de enero, marché a Lima, en la mañana del 14,

llevando conmigo al Sr. George R.D. Charlton, Cirujano de este buque, y al Sr. Edward H. Williams, Cirujano, del H.M.S. "Gannet", con tres hombres seleccionados para formar una partida de ambulancia, con el propósito de dispensar asistencia a los soldados heridos del Perú y Chile.

Al arribar a la Legación Británica, fui enviado por el Comandante en Jefe a colocarme bajo las órdenes del Capitán Stephens, del H.M.S. "Thetis", quien inmediatamente se dirigió con nosotros al hospital, y me presentó al principal Oficial Médico, un Doctor Bardin, quien fue muy cortés, y nos agradeció por nuestros servicios ofrecidos.

El edificio apropiado para la recepción de los heridos es ordinariamente un museo en medio de los Jardines del Zoológico; es un edificio cuadrado muy grande, que contiene espaciosos salones y cuartos, y, en lo concerniente a espacio, como a ventilación y situación, está admirablemente adaptado a los propósitos para los cuales ha sido escogido; el agua se hallaba en abundancia.

A nuestro arribo encontramos alrededor de ochocientos peruanos heridos, quienes habían llegado la tarde anterior y a través de la noche desde Chorrillos, donde se había efectuado un encuentro.

Había un gran personal de Oficiales Médicos y ayudantes en el Hospital, asistidos por unas cuantas Hermanas de la Caridad, pero me pareció ser bastante inadecuado para el gran número de pacientes; además, la mayor parte del personal desapareció tan pronto como se esparció el informe de que el enemigo estaba viniendo, y subsecuentemente descubrí que muchos hombres que se habían enrolado en la Cruz Roja habían actuado meramente por motivos de seguridad personal.

Considerando los apresurados preparativos, efectuados sólo una semana antes de que la primera tanda de heridos llegase, ciertamente que muy pocas camas estaban preparadas, pero los arreglos fueron comparativamente buenos; había una gran escasez de ropa blanca y vendajes, y en consecuencia muchas de las vendas no estaban en aptitud de ser renovadas. Era admirable cuán pacientemente soportaban los heridos sus dolores; precisamente, parecían ser bastante indiferentes a ellos y toleraban bien el examen de sus heridas.

Cada uno de los Oficiales Médicos Ingleses, fue encargado de 25 camas, cuyos ocupantes sufrían de heridas de armas de fuego casi en todos los casos.

Fui particularmente impresionado por el hecho de que muchos de los heridos fueron cogidos por la espalda, lo cual confirmaba en cierto grado el desastroso resultado para el ejército del Perú. Muchos hombres habían venido por sí mismos, sin recibir asistencia previa, y la mayoría de los casos más severos habían

sido abandonados a morir en el campo de batalla o despachados por el enemigo.

En la generalidad de los casos que yo noté, y aquellos de los otros cirujanos, las balas habían atravesado, penetrando ordinariamente las partes blandas y descarnando los huesos y el sitio de la herida estuvo en las extremidades inferiores más a menudo que en las superiores. Había casi una total ausencia de heridas de sable; no ví tampoco heridas por cargas de artillería. Estuve presente y asistí a varias operaciones de las extremidades superiores e inferiores, y los cirujanos peruanos adoptaron en todos los casos el método circular de operación; y yo temo que en más de un caso pudo haber sido juiciosamente empleada la cirugía conservativa y salvado algún miembro útil.

Puedo añadir que visité el Hospital en Chorrillos, en el cual había más de 2,000 chilenos heridos, y que los arreglos hechos al momento fueron extremadamente inadecuados para los requerimientos de los internados.

Tengo &

(Firmado) *Albert C. Queely*
Cirujano , R.N.

EL MUNDO DE RICARDO PALMA

(VISTO POR UN PROFESOR
NORTEAMERICANO)

Cuando tomé la decisión de pasar varios meses en Lima, investigando la obra de Ricardo Palma, pensé que podría sepultarme en la Biblioteca Nacional sin tener ninguna responsabilidad de importancia, que no fuera la de respirar polvo y disputar con la polilla, cosas que don Ricardo hizo durante años. Pero tengo un buen amigo del Servicio de Información de los Estados Unidos que se llama Vance Pace y él me pidió que presentara esta charla para realizar dos propósitos: estrechar los vínculos de amistad entre el Perú y EE.UU. y demostrar que en mi país hay profesores que están muy interesados en la cultura del Perú. He dividido mi charla en cuatro partes principales. Primero, la importancia de Palma en mi vida y su impacto sobre los estudiantes universitarios de los EE.UU. Segundo, los resultados de algunas de mis investigaciones. Tercero, Palma el mago, en que demuestro cómo hizo de la historia joyas literarias. Y cuarto, trabajos de investigación sobre la obra de Ricardo Palma que todavía no se han realizado.

Hace tantos años que me encanta la obra del tradicionista. Leí por primera vez algunas de sus tradiciones en el año 1952. Me había graduado con el bachillerato universitario y había conocido ligeramente la rica literatura castellana. En mis estudios graduados empecé a estudiar obras de autores hispanoamericanos y me había metido en el mundo peruano de hace siglos cuando leí "Las orejas del alcalde" y otras tradiciones. Fue un descubrimiento. Por supuesto, esto pasó hace unos veinticinco años y me es difícil decirles cuáles eran mis reacciones. Pero al tratar de vivir de nuevo esos momentos ya lejanos, me parece que dos aspectos principales de su obra me encantaron: 1) la evocación poética de un mundo exótico. Allí estaba yo en una ciudad pequeña y moderna del oeste de los EE.UU. llevando una vida estudiantil muy prosaica. Las *Tradiciones* de Palma eran una alfombra mágica que me transportaba a un mundo de hazañas increíbles, de tesoros y de sangre derramada. El segundo aspecto que me impresionó fue el estilo —que todavía me fascina— especialmente el humorismo, que abarca la sátira, la ironía y otros rasgos graciosos. Otras características del estilo que siempre me

han gustado son el diálogo chispeante, dramaticidad, coloquialismos, giros muy picantes, refranes y la manera en que Palma trata asuntos pesados con un toque ligero. Claro que muchos otros aspectos me atraen ahora, pero éstos bastan para el momento.

Con el pasar de los años me doctoré en la Universidad de California de Los Angeles, donde escribí mi tesis sobre el honor español en las *Tradiciones* de Ricardo Palma. Más tarde escribí tres monografías sobre la obra del tradicionista. Tenía, y todavía tengo la manía de descubrir los secretos del estilo palmista y trazar el desarrollo de él (el estilo). Pero apenas comencé mis investigaciones, cuando me encontré cara a cara con el primer obstáculo — el caos en la cronología de las tradiciones. Como dije en la monografía que escribí sobre el asunto, hay problemas muy espinosos, que son: 1) según sugiere Raúl Porras Barrenechea en las *Tradiciones peruanas* editadas por Cultura Antártica (1951), Palma trasladó algunas tradiciones de una serie a otra para disfrazar el hecho de que sus primeras obritas eran muy románticas; 2) algunas de las tradiciones que se publicaron en periódicos y revistas nunca se incluyeron en ninguna colección; 3) algunas piezas se eliminaron después de haber aparecido en las primeras colecciones; 4) varias tradiciones salieron en las últimas colecciones, aunque fueron escritas en los comienzos de la carrera del autor; y 5) para complicar más el asunto, Palma escribió de nuevo unas tradiciones, a veces cambiando los títulos. Hay otras dificultades que pudieran mencionarse, pero el tiempo no permite más detalles.

De modo que me puse a trabajar en Utah para poner un poco de orden en la cronología de las tradiciones. ¡Qué proyecto tan estrambótico! Procurar compilar una lista cronológica de las tradiciones empleando la bibliografía publicada por el laborioso chileno Guillermo Feliú Cruz.¹ Terminé mi estudio y lo publiqué en 1969 en una revista académica de mi país.² A base de esa cronología estudié varios rasgos del estilo de Palma y escribí un artículo que se publicó en *Fénix*, revista de la Biblioteca Nacional. En el mismo número de esta revista, publiqué un cotejo de dos versiones de "Lida", tradición que escribió Palma en 1853: en 1863 la editó de nuevo, y en la edición de 1893 la eliminó.³

¹ Guillermo Feliú Cruz, *En torno de Ricardo Palma*, Vol. II, *Ensayo crítico-bibliográfico* (Santiago: Universidad de Chile, 1933).

² "Las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma: Bibliografía y lista cronológica tentativas", *Duquesne Hispanic Review*, núm. 3, 1969, pp. 1-24.

³ "Algunos aspectos del estilo de las *Tradiciones peruanas*" y "Un cotejo bibliográfico de dos versiones de 'Lida', obra juvenil de Ricardo Palma", *Fénix*, núm. 23, 1974, pp. 5-70.

Terminados estos trabajos me puse a escribir un libro sobre Palma en inglés. Aunque varios libros se han escrito en castellano sobre el ilustre limeño, no hay ninguno en inglés — laguna que trato de llenar. Con mucha suerte y con la benevolencia de mi editor este libro verá la luz en 1979 ó 1980. Ya que estoy en Lima —un sueño que hace muchos años tengo— voy recogiendo materiales y estudiando ciertos aspectos de la obra de Ricardo Palma. La Universidad de Brigham Young, donde yo dicto clases, me ha dado licencia para pasar unos meses aquí. Aquella institución está muy interesada en todos los aspectos de la cultura hispanoamericana. Tenemos una biblioteca que cuenta más de dos millones de libros y de esta suma hay, me atrevo a decir, más de cuarenta mil libros cuyos temas están relacionados con Hispanoamérica.

“Bueno, todo esto está muy bien, señor profesor”, me van a decir. “Sabemos que todos los académicos tienen sus manías o mejor dicho sus locuras, y la de usted es desenterrar todo lo que haya de interés sobre nuestro Ricardo Palma, pero ¿qué opinan los norteamericanos de él?” No los quiero engañar. La mayoría de mis compatriotas ignoran por completo la literatura hispanoamericana. Los más sofisticados saben algo de Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez y quizá de Mario Vargas Llosa. Si le hago la pregunta a John Jones, o sea el Fulano de mi país, “¿Qué le parece Ricardo Palma?” Lo que hará primero será mirarme de un modo extraño y luego quizá dirá algo como esto. “¿Palma? No sé qué será. Quizá sea una clase de árbol”. Es exageración, cierto, pero el punto principal, desgraciadamente, tiene mucho de verdad. Lo siento mucho, pero en general se puede decir que hay muchos estadounidenses que muy poco saben de Latinoamérica. Los hay que creen que Río de Janeiro está en la Argentina y los hay que creen que el Perú está en la costa atlántica y que Lima está en las montañas.

Afortunadamente hay quizá unos cien mil estudiantes de los EE.UU. que saben quién es Ricardo Palma y conocen a Lima, la ciudad de ustedes, por medio de las tradiciones. En muchísimas universidades los estudiantes pueden especializarse en literatura hispanoamericana y en muchas otras por lo menos se dictan clases en que la literatura hispanoamericana se estudia. Hay varias antologías de esta literatura que se usan y en cada una figura por lo menos una tradición de Ricardo Palma, y en algunas hay siete. Palma, sin duda, es uno de los autores predilectos de estos estudiantes, y para muchos, según encuestas informales que he hecho, es su autor hispanoamericano favorito. ¿Qué rasgos de su obra los atraen? Me dicen que son los argumentos, el tono socarrón, la sátira, el diálogo y el espíritu que las informa.

Si me pueden perdonar la nota personal, les voy a decir qué piensan mis dos hijos universitarios y mi mujer de las tradiciones de Palma. Timoteo, quien tiene diecisiete años, dice que aunque ha leído pocas tradiciones le gustan por el humorismo — por los comentarios y las digresiones ligeras que amenizan el conjunto. Todd, quien tiene veinticinco años y se especializa en la literatura de Inglaterra dice que también para él lo humorístico es muy importante, pero agrega que le impresiona la manera en que Palma saca lo esencial de la historia y nos permite ver lo humano que está escondido en ella. Mi mujer, que lee tradiciones traducidas al inglés dice: “Posee Palma un talento sobresaliente que aun puede apreciarse en inglés”. Para estos tres miembros de mi familia, el estilo palmista es formidable — ágil, ameno, divertido y regocijado. Creo que así reaccionan la mayoría de los lectores que entran en el mundo de las *Tradiciones*.

“Pero, señor”, muchos limeños me dicen, “aunque Palma gozó de cierta popularidad en su madurez, ya todo esto carece de importancia”. Para ellos Palma es hombre de otro siglo que escribió sobre la época del coloniaje. Quizá hayan leído algunas narraciones suyas en la escuela o en otra parte, pero Palma es sólo una figura muy esfumada que sale muy bien en los monumentos o museos. Permítanme explicarles mi opinión sobre la importancia de Ricardo Palma. Para mí es una figura gigantesca de la literatura peruana del siglo XIX y —me atrevo a decirlo— uno de los autores hispanoamericanos más destacados de ese siglo. Sé que algunas personas me van a acusar de miope, pero opino que desde el punto de vista de su resonancia en el mundo de las letras hispanoamericanas su nombre debe figurar al lado de Rubén Darío, Jorge Isaacs, José Hernández, José Martí y otros autores sobresalientes. Y no hablo sólo de su popularidad. El estilo de Palma es único e inimitable, un estilo formidable todavía no estudiado a fondo. Les digo a todos que la obra de Ricardo Palma merece más atención, más trabajos esmerados, y estoy aquí para documentarme en lo concerniente a algunos aspectos de su obra que deben iluminarse. De esto quisiera hablar en la última parte de esta charla.

Detengámonos unos momentos para discurrir sobre los resultados de mis investigaciones — las ya publicadas y las que ando confeccionando. Cuando publiqué mi estudio sobre la bibliografía de las tradiciones dije que era una lista cronológica tentativa. Aunque me parece que fue un gran adelanto, esta monografía adolece de ciertas debilidades. Por medio del trabajo que llevo a cabo en la Biblioteca Nacional, he podido recoger muchos datos que no poseía Feliú Cruz, de modo que después de volver a Utah podré publicar un estudio más preciso sobre el tema. No será perfecto, porque todavía nos quedan algunas lagunas, pero será, ojalá, de mucho más valor que mi primer esfuerzo.

Sobre los artículos que aparecieron en *Fénix*, solamente quisiera dirigirles dos párrafos, porque lo que hago en ellos es bastante complicado y para una ocasión como ésta sería casi imposible dar una explicación lúcida. En el primero cotejé dos versiones de una tradición juvenil de Palma, "Lida", como mencioné hace unos minutos. Estos son los resultados del cotejo que presenté: a) hay una aumentada preocupación por una historia correcta y completa en la segunda versión; B) podemos vislumbrar más fácilmente el tono zumbón y gracioso en la revisión y c) el autor corrigió algunos errores gramaticales y también corrigió algunas inconsecuencias en el argumento.

En el segundo artículo estudié algunos aspectos del estilo de Palma a través de todos los períodos de su carrera, tratando de descubrir qué cambios se realizaron al abandonar el escritor el Romanticismo. A continuación doy una idea sobre lo que logré. En pocas palabras hay tres aspectos de su estilo que cambiaron de un modo notable al madurarse Palma, según mis investigaciones. (Por supuesto puede haber muchos más, pero me refiero aquí a los rasgos que estudié). Primero, empleaba mucho menos el adjetivo antepuesto en su madurez; segundo, empleaba mucho menos el presente del indicativo; y tercero, había una tendencia en los primeros años de su carrera a emplear más el adjetivo en comparación con el verbo que en sus años maduros. En el artículo explico la relación entre estos aspectos de su estilo y el Romanticismo, y los resultados de mis investigaciones y cómo los saqué. Si hay algunos de ustedes que quieran más pormenores sobre el artículo, tendría mucho gusto en explicarles lo que he hecho.

Durante mi estada en Lima he encontrado, entre otras cosas, los materiales siguientes: 1) Tradiciones desconocidas, no recogidas en ninguna colección. Yo tengo todas las tradiciones que escribió Palma menos una, y ando en busca de ella. 2) Versiones primitivas de algunas de las primeras tradiciones; 3) Editoriales, artículos y otros escritos periodísticos de Palma de los años 1855-1880; 4) Fuentes no divulgadas hasta la fecha de algunas tradiciones y 5) Tradiciones conocidas que aparecieron en periódicos y revistas que Feliú Cruz desconocía. Revisándolas he podido preparar una bibliografía más completa y he encontrado variantes muy interesantes.

Pasemos ahora a la sección en que enfoco a Palma, mago. En una tradición dedicada a su amigo Ricardo Rosell escribió Palma: "Dice usted, amigo mío, que con cuatro *paliques*, dos mentiras y una verdad hilvano una tradición", y en carta a Pastor Obligado, otro escritor de tradiciones, escribió: "Algo y aún algo de mentira y tal o cual dosis de verdad, por infinitesimal... que sea, muchísimo de esmero y pulimento en el lenguaje y cata la receta para escribir tradiciones". Aquí se encuentra la fór-

mula para escribir tradiciones, que da mucho énfasis al hecho de que la base histórica puede ser muy pequeña. Fijémonos en dos tradiciones que sirven como muestras de los poderes mágicos que poseía D. Ricardo.

La famosa tradición "Las orejas del alcalde" nos ofrece una pieza cuyo origen se encuentra en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega. Más tarde Sebastián Lorente escribió su versión del asunto, y por fin Palma compuso la suya.⁴ La empleo porque está más condensada que la del Inca y sin embargo retiene todo lo esencial. Leamos lo que escribió Lorente:

La Historia — Versión de Sebastián de Lorente (1863)

Los más oscuros aventureros poseían un corazón tan bien templado, que ni el peligro les hacía mella, ni el tiempo embotaba sus resoluciones. Un cierto Aguirre, soldado de ruin porte, que llevaba a la expedición de Tucumán algunos Indios de carga, fue condenado por el licenciado Esquivel, Alcalde mayor de Potosí, a la pena de 200 azotes por falta de plata para pagar una multa. Habiendo manifestado que, como *hijo de nobles padres* prefería la muerte a tan ignominioso castigo, se le envió el verdugo para la inmediata ejecución de la sentencia; y sólo se le concedió un plazo de ocho días por haber mediado los principales vecinos. Se hallaba ya desnudo y montado sobre el asno, cuando se le hizo saber la merced. "Ya que hemos llegado a esto", exclamó "que se ejecute la sentencia y ahorremos la pesadumbre que estos ocho días había de tener, buscando rogadores que me aprovecharan, tanto como los pasados". Sufrida la deshonrosa carrera con gran lástima de Españoles e Indios, se quedó en Potosí, diciendo que un azotado no debía pensar en conquistas, sino en la muerte; y aguardó para vengarse que el juez saliera de su cargo. El Licenciado, que tenía el resentimiento de Aguirre, huyó de Potosí a Lima, de Lima a Quito y de Quito a Cusco, donde se estableció, creyéndose más seguro por el temor que infundía la severidad del corregidor, Alvarado. Allí vivió junto a la catedral con el mayor recato, saliendo siempre

⁴ Otras posibles fuentes de esta tradición son *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, por Nicolás Martínez Arzanz y Vela (Buenos Aires: Emecé, 1943), pp. 194-203 y "Crimen y expiación", por Vicente G. Quesada, *Revista de Buenos Aires*, vol. VI, núm. 24, abril de 1865, pp. 632-659. Muy pronto publicaré un artículo sobre las fuentes y otros aspectos de esta tradición.

con cota bajo el vestido y con espada al cinto. Mas su implacable enemigo había seguido de cerca sus huellas a todas partes, durante tres años y cuatro meses; entró en su casa; habiendo atravesado el corredor alto y bajo, la sala cuadra y cámara, le encontró en la recámara, dormido sobre sus libros; y le dio una puñalada mortal en la sien derecha. (Pp. 214-15).

Historia del Perú bajo la dinastía austriaca 1542-1598.

Comparemos la historia de Lorente con un resumen de la tradición:

Resumen de “Las Orejas del Alcalde” — Ricardo Palma

El escenario es Potosí y el año es 1550. Los protagonistas son el alcalde mayor, Don Diego de Esquivel, y un soldado llamado Don Cristóbal de Agüero. Los dos se enamoraron de una muchacha potosina, pero ella despidió al Alcalde y se puso bajo la salvaguardia del soldado. Por eso, Esquivel buscó la oportunidad de vengarse. Cierta noche cuando Agüero estaba jugando a los dados en una casa de juego, cosa que prohibía la ley, los alguaciles lo prendieron y le llevaron a la cárcel. Allí se alegró de gran manera el Alcalde de verlo prisionero. Siendo pobre el soldado no pudo pagar la multa de cien duros y el Alcalde le dijo al carcelero que le aplicara doce azotes. Agüero protestó, diciendo que era hidalgo y no podían tratarlo así. Cuando el Alcalde oyó esto, dijo: —¡Hidalgo! ¡Hidalgo! Cuéntamelo por la otra oreja.

El soldado, ya furioso, dijo que si le azotaban, él cobraría venganza en las orejas del Alcalde. Este salió de la cárcel, Agüero sufrió los azotes, y después le dijo al carcelero que quería anunciar algo — que las orejas del Alcalde ya le pertenecían a él (al soldado) y se las prestaría a su rival por un año.

Durante varios meses el Alcalde hizo viajes a varias ciudades, pero dondequiera que iba, allí estaba Agüero para averiguar si las orejas se encontraban en buenas condiciones y para recordarle al Alcalde que las podría poseer sólo unos meses más. Después de varios meses de esta guerra psicológica en que el Alcalde viajaba a Lima, al Cusco, a Huamanga y otra vez a Lima, Esquivel tenía miedo del más leve ruido. Así llegó el aniversario de la escena de la cárcel y a pesar de que el Alcalde pensaba que estaba bien seguro en su casa, el soldado entró en la casa de Esquivel y le rebanó las orejas.

Un mes después Esquivel murió de miedo al ridículo de oírse llamar "El Desorejado". Agüero se escapó a España donde el Rey Carlos V le perdonó el crimen y lo nombró capitán de un regimiento que se organizaba en México.

Como podemos ver el asunto básico es lo mismo. Un soldado que era hidalgo era culpable de un crimen y el alcalde lo hizo azotar. Después, el soldado siguió las huellas del alcalde hasta que por fin se vengó, limpiando así la mancha que había caído sobre su honra. Pero también es muy evidente que se han cambiado muchos aspectos de la pieza. En lo que sigue se encuentran algunas de las diferencias:

LORENTE

1. No hay mujer.
2. Aunque no está muy claro, el soldado fue condenado por usar indios como bestias de carga.
3. Los azotes son doscientos.
4. El soldado fue flagelado en público.
5. No se mencionan las orejas.
6. El soldado mata al alcalde.
7. No se mencionan ni España ni Carlos V.

PALMA

1. El alcalde y el soldado se enamoran de una mujer potosina.
2. El soldado fue condenado por jugar a los dados.
3. Los azotes son doce.
4. El soldado fue azotado en la cárcel sin más testigos que los carceleros.
5. Las orejas hacen un papel importante.
6. El soldado le rebana las orejas al alcalde, quien muere del miedo al ridículo.
7. El soldado fue a España donde Carlos V lo perdonó.

Pero hay dos cosas principales que me gustaría comentar. Como hemos visto, lo de las orejas es pura invención y es lo que llega a servir de eje para la tradición. Por medio de ellas Palma nos da una narrativa con más suspenso, con más dramaticidad. También hay una lucha psicológica que se desarrolla en la tradición y no vemos en la historia. Nace en la rivalidad entre Agüero y Esquivel por los favores de una mujer, crece a causa de la azotaina y asume aun más importancia con lo de las orejas, especialmente cuando el soldado sigue las huellas del alcalde por un año (no tres años y cuatro meses como Lorente dice).

La otra cosa principal es el estilo, que en Lorente es seco, prosaico, objetivo, como casi siempre se escribe la historia. El estilo de Palma en muchas partes de la tradición puede ser como el de Lorente, sobretodo en el "obligado parrafillo histórico" en que pintó la historia del virrey de la época. Pero en muchas partes el estilo de Palma es todo lo opuesto. Leamos unos trozos de la tradición para recalcar la diferencia. El primer trozo del comienzo de las tradiciones:

I

La villa imperial de Potosí era, a mediados del siglo XVI, el punto adonde de preferencia afluían los aventureros. Así se explica que, cinco años después de descubierto el rico mineral, ~~en~~ fuese su población de veinte mil almas.

Pueblo minero —dice el refrán—, *pueblo vicioso y pendenciero*. Y nunca tuvo refrán más exacta verdad que tratándose de Potosí en los dos primeros siglos de la conquista.

Concluía el año de gracia de 1550, y era alcalde mayor de la villa el licenciado don Diego de Esquivel, hombre atrabiliario y codicioso, de quien cuenta la fama que era capaz de poner en subasta la justicia, a trueque de barras de plata.

Su señoría era también goloso de la fruta del paraíso, y en la imperial villa se murmuraba mucho acerca de sus trapisondas mujeriegas. Como no se había puesto nunca en el trance de que el cura de la parroquia le leyese la famosa epístola de San Pablo, don Diego de Esquivel hacía gala de pertenecer al gremio de los solterones, que tengo para mí constituye, si no una plaga social, una amenaza contra la propiedad del prójimo. Hay quien afirma que los comunistas y los solterones son bípedos que se asimilan.

Por entonces hallábase su señoría encalabrinado con una muchacha potosina; pero ella, que no quería darses ni tomarses con el hombre de la ley, lo había muy cortésmente despedido, poniéndose bajo la salvaguardia de un soldado de los tercios de Tucumán, guapo mozo, que se derretía de amor por los hechizos de la damisela. El golilla ansiaba, pues, la ocasión de vengarse de los desdenes de la ingrata, a la par que del favorecido mancebo.

Los párrafos que siguen pintan la escena en que el alcalde se da cuenta de que su rival había caído en sus garras.

No fue bobo el alegrón de don Diego cuando, constituyéndose al otro día en la cárcel, descubrió que uno de los presos era su rival soldado de los tercios de Tucumán.

—¡Hola, hola, buena pieza! ¿Conque también jugadorcito?

—¡Qué quiere vueseñoría! Un picaro dolor de dientes me traía anoche como un zarandillo, y por ver de aliviarlo, fui a esa casa en requerimiento de un mi paisano que lleva siempre en la escarcela un par de muelas de Santa Apolonia, que diz que curan esa dolencia como por ensalmo.

—¡Ya te daré yo ensalmo, truhán! —murmuro el juez, y volviéndose al otro preso, añadió—: Ya saben usarcedes lo que reza el bando: cien duros o una docena de azotes. A las doce daré la vuelta y... ¡cuidadito!

El compañero de nuestro soldado envió recado a su casa y se agenció las monedas de la multa, y cuando regresó el alcalde halló redonda la suma.

—Y tú, malandrín, ¿pagas o no pagas?

—Yo, señor alcalde, soy pobre de solemnidad; y vea vueseñoría lo que provee, porque, aunque me hagan cuartos, no han de sacarme un cuarto. Perdone hermano, no hay que dar.

—Pues la carrera de baqueta lo hará bueno.

—Tampoco puede ser, señor alcalde; que aunque soldado, soy hidalgo, y de solar conocido, y mi padre es todo un veinticuatro de Sevilla. Infórmese de mi capitán, don Alvaro Castrillón, y sabrá vueseñoría que gasto un don como el mismo rey, que Dios guarde.

—¿Tú hidalgo, don bellaco? Maese Antúnez, ahora mismo que le apliquen doce azotes a este príncipe.

—Mire el señor licenciado lo que manda, que, ¡por Cristo!, no se trata tan ruinemente a un hidalgo español.

—¡Hidalgo! ¡Hidalgo! Cuéntamelo por la otra oreja.

—Pues, señor don Diego —repuso furioso el soldado—, si se lleva adelante esa cobarde infamia, juro a Dios y a Santa María que he de cobrar venganza en sus orejas de alcalde.

El licenciado le lanzó una mirada desdeñosa, y salió a pasearse por el patio de la cárcel.

Como se puede apreciar hay humor, diálogo chispeante y un tono ligero — rasgos no presentes en el párrafo de Lorente.

A continuación vamos a fijarnos en la tradición titulada "El hijo de la dicha". La primera sección de lo que sigue es la versión histórica y la segunda es el fin de la tradición escrita por Palma. En este caso, les puedo asegurar que Palma empleó fielmente la armazón histórica de Fernández.⁵

⁵ Alberto Tauro en su *Tradiciones peruanas* (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1969), pp. 28 y 29, señala esta fuente, que quizás sea la única de esta tradición.

I. La Historia — Versión de Diego Fernández

Llegada la nueva a Gonzalo Pizarro del alzamiento de Diego Centeno... acordó enviar a Juan de Acosta con la gente que menester fuese, y seguirle él mismo con novecientos hombres que consigo tenía, con los principales vecinos del Perú. Y con esto entendió de allanar toda la tierra de arriba y que después haría la guerra a todos los demás... Y entrado que fue Juan de Acosta en Lima, porque el Jerónimo de Soria había prestado al capitán Lope Martín un caballo en que había huido, le prendió Francisco de Carbajal diciendo que, como amigo del capitán Palomino, había dado aquel caballo para que Jerónimo de Soria huyese y se fuese a los navíos (que sostenían la causa del Rey), con cartas y avisos que con él enviaba; y sin hacer más información que sólo su sospecha y no siendo verdad, le hizo confesar y echar un dogal al pescuezo. Y habiendo dado una vuelta al garrote, Don Antonio de Ribera (gran servidor de Gonzalo Pizarro y que con él había procurado dar la vida a Lope Martín) llegó con guante suyo, diciendo que Gonzalo Pizarro mandaba no le matase porque se quería saber cosas de Lope Martín que convenían a su servicio; y con esto, medio ahogado, le quitaron del palo.

Diego Fernández: *Historia del Perú* (Libro II, capítulo LXI)

II. El fin de "El hijo de la dicha" — Ricardo Palma

Don Antonio de Ribera, deudo de los Pizarro y personaje de muchos respetos y campanillas, tuvo noticia del conflicto en que se hallaba Lope Martín, que era muy amigo y calculando que empeñarse con Carbajal era perder tiempo y gastar saliva, se fue directamente a Gonzalo, y tanto le rogó, que a la postre se avino a perdonar. Pero como la cosa urgía y no daba tiempo para escribir y firmar, obtuvo Don Antonio que Gonzalo le diese sus guantes de gamuza, que ya en otra oportunidad habían servido de cédula de perdón para con el sanguinario Don Francisco.

Entre tanto habían transcurrido cincuenta minutos, y del palacio de Gonzalo a la cárcel había casi dos cuadras de camino. Don Antonio corrió, y echando los bofes llegó a la prisión, y sin fuerzas para articular palabra presentó los guantes a Carbajal.

—Paréceme, y me alegro— dijo Don Francisco— que vuesa merced ha llegado tarde con la bula. Ya ese bellaco de Lope Martín debe estar en el infierno dando cuenta al dia-

blo de sus perrerías en este mundo. Pero, en fin, véngase vuesa merced conmigo y llévase el cuerpo del traidor y tenga el consuelo de darle la sepultura que no merece.

Y entraron en el calabozo a tiempo que el verdugo, después de dar una vuelta de garrotillo, que no bastó para matar al preso, se preparaba a dar la segunda, que infaliblemente habría sido la de apaga y vámonos.

Lope Martín, medio estrangulado, cayó sin sentido en brazos de su amigo.

Mientras le hacían aspirar algunas sales, Carbajal le examinaba el amoratado cuello y murmuraba:

—¡Vaya un pescuezo para duro! Bien puede este pícaro desbautizarse desde hoy y llamarse el “hijo de la dicha”. Y salió del calabozo canturreando una de sus coplas favoritas:

¡Ay, amor!, tirano amor,
más que tirano traidor;
pues traidor me fuiste, amor,
todo te sea traidor.

La obra de Palma respira vida, vida que nace del gran talento imaginativo del tradicionista. En la historia, el Demonio de los Andes surgió como figura descomunal de gran interés; por medio de la magia verbal, Palma lo hace vivir y transforma la historia en literatura.

Ya hemos llegado a la última parte de esta charla. Para dar comienzo a ella quisiera leer unas líneas de lo que escribió Emilio Carilla, crítico argentino, en un artículo. “La biografía del conocido escritor peruano [Ricardo Palma] podía mejorarse ¿qué duda cabe?... Sin embargo, más urgencia hay en ahondar aspectos tratados muy de pasada o de manera harto deficiente. Por supuesto, se trata de estudios más complejos, más arduos, que apuntan hacia el meollo de la *creación literaria*. Por ejemplo notamos que faltan indagaciones detalladas (algunas en absoluto) sobre “La lengua de Ricardo Palma”, sobre “La evolución de la ‘tradición’”, sobre “Las fuentes de las tradiciones”, y sobre “Las variantes de las ‘tradiciones’”, etcétera”.⁶

Opino lo mismo. De hecho, antes de leer el artículo de Carilla había decidido que ciertas investigaciones debían realizarse. Imagínense mi sorpresa al leer que en 1967 había notado la falta de ellas el estudioso argentino. En lo que sigue ofrezco mis recomendaciones sobre trabajos que han de confeccionarse:

- (1) Una colección de todas las piezas de Palma en prosa

⁶ “Ricardo Palma y Casanova”, Caravelle, núm. 8, 1967, pág. 31.

que no se han ubicado en las ediciones ya asequibles. También incluiría las piezas juveniles que sufrieron cambios notables.

(2) Una edición definitiva de las Tradiciones que abarcaría todas las tradiciones con los cambios y variantes. Quizá algún día incluiría notas, comentarios y explicaciones.

(3) Una bibliografía cronológica completa y ojalá algún día definitiva de las tradiciones.

(4) Un estudio cabal sobre la carrera periodística de Palma. A respecto de este tema escribió José Vélez Picasso en un folletín titulado "Don Ricardo Palma, periodista": "Hemos señalado meramente algunos rasgos de la labor periodística de Don Ricardo Palma. Toca a los alumnos del Curso de Historia del Periodismo investigar sobre sus aportes. Algunos de ellos permanecerán envueltos en el misterio del anonimato, pero éstos podrán determinarse porque Don Ricardo poseía un estilo inconfundible..."⁷ Quedan por revisar periódicos como *El Diablo*, *El Murciélago*, *La Campana*, *El Liberal*, *El Intérprete del Pueblo* y unos veinticinco periódicos y revistas más en que colaboró Palma. No hablo de encontrar más tradiciones. Me parece que quedan muy pocas tradiciones de Palma que no tengamos. Pero sí, nos hacen falta editoriales, comentarios, artículos y otras cosas que escribió Palma, algunos firmados y otros no. Esto agregaría mucho a lo que sabemos del desarrollo de su estilo y sería un aporte muy necesario para redondear su obra.

(5) Un estudio sólido sobre las fuentes de las tradiciones, que completará la obra comenzada por Ruth Sievers Thomas y Alberto Tauro, demostrando maneras en que Palma hace de trozos históricos joyas en miniatura.⁸

(6) Un estudio enjundioso y profundo sobre el estilo de Palma que correspondería al estudio que Edith Palma sugirió en su prólogo a la edición de tradiciones publicada por Aguilar.⁹ Este trabajo daría énfasis al desarrollo de su estilo desde sus primeros años de aprendizaje.

Quizá algunos de los aquí presentes u otros palmistas pue-

⁷ Universidad Nacional de San Marcos, 1950, p. 8 (Separata de *Letras*, núm. 44, 1950, pp. 126-132).

⁸ Ruth S. Thomas, "Sources of the *Tradiciones peruanas* of Ricardo Palma", University of Washington, 1938 (tesis doctoral) y Alberto Tauro, op. cit.

⁹ "Edición clásica de las *Tradiciones peruanas*" (Madrid: Aguilar, 1953), pp. xvii y xviii.

dan preparar estos estudios; quizá algunos estudiantes universitarios, animados por sus profesores puedan comenzar estas tareas. Yo haré lo que pueda.

Además de estos estudios hay dos cosas más que en mi opinión deben realizarse. Primero, hay muchos viejos periódicos y revistas ubicados en la Biblioteca Nacional y en la Hemeroteca de la Universidad de San Marcos que sufren deterioro a causa de gusanos, humedad y otras cosas. ¿No sería posible hacer algo para conservar estos impresos tan valiosos? Constituyen un tesoro nacional y si los insectos los destruyen o si hubiera otro incendio ¡ojalá que no! el Perú perdería muchas cosas valiosas que no pueden reemplazarse. Esta es la primera cosa y la de más urgencia. La otra consiste en conseguir todo lo que se haya escrito sobre Palma — obras que deben formar en la Biblioteca Nacional una colección completa. Hay tesis doctorales y muchos artículos sobre Palma que deben estar aquí en Lima. ¿No hay peruanos que pudieran contribuir fondos para dar comienzo a estos proyectos? La obra de Palma lo merece y los peruanos también lo merecen.

Para terminar me gustaría leer las palabras que Luis Alberto Sánchez escribió en su libro *Don Ricardo Palma y Lima* en el año 1927. Todavía cuadran. “Abrió pues la Tradición de Palma los ojos ante el pasado y ante el porvenir. Al revalorar su obra, sin prejuicios de siglo ni de clase, es muy probable que se asigne a las Tradiciones un papel más importante del que se le ha asignado hasta ahora. Porque, aparte de su valor literario, que es muy subido, se le buscará el valor humano, que quizás no quiso darle su autor”.¹⁰

Muy pronto, en menos de cinco años, vamos a celebrar el aniversario número ciento cincuenta del nacimiento del insigne peruano. ¿Habrà homenaje para honrar a don Ricardo? Ojalá que sí. ¿Habrà estudios sólidos y profundos sobre su obra? Esperamos que los haya. Pero me parece que si algo se va a hacer, nosotros que estamos aquí cargaremos gran parte de la responsabilidad. De modo que hay mucho que hacer. Que la obra de Palma reciba la atención que merece, y que pueda volver yo algún día a esta ciudad muy especial que es Lima para estrecharles la mano de nuevo y para aprender más sobre el gran limeño Ricardo Palma—, son mis fervientes deseos.

¹⁰ Pág. 49.

UN INEDITO SOBRE LA INSTITUCION DEL CABILDO EN CAJAMARCA

En el acontecer institucional, el proceso histórico-jurídico de los Cabildos asumió connotaciones singulares dentro de la realidad varia de las ~~Ciudades~~ y Villas, adquiriendo alguna de ellas la titularidad citadina, desde un principio y por hispánica fundación, mientras que otras obtuvieron el ambicionado título a base de pedimentos, no embargante su prosperidad y servicios. Es así como Cajamarca, después de renovadas diligencias en los siglos setecentista y dieciochesco, adquiriría título de Ciudad y Cabildo en el primer lustro de la décimonona centuria.¹

El presente trabajo comporta el análisis de un documento jurídico de carácter inédito, espigado en protocolos notariales.²

¹ Cúmpleme agradecer a mi maestra, la doctora Ella Dunbar Temple, su valiosa orientación y ayuda en este primigenio y corto trabajo. Desde mis inicios universitarios, hace más de 5 años trabajo a su vera en el Seminario de investigación de su curso de Historia de las Instituciones Jurídicas Peruanas del cual es catedrático titular y fundador en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

² Anoto que acerca de este punto no existe trabajo integral, motivo por el cual es muy escasa la bibliografía. El presente trabajo constituye un intento de transitar someramente en ese ingente campo del derecho municipal virreinal y rastrear la evolución del Cabildo en el caso específico de Cajamarca.

Joseph Ignacio Lecuanda, **Descripción Geográfica del Partido de Cajamarca en la Intendencia de Trujillo**, en "Mercurio Peruano". T. X, Núm. 334, 16 de Marzo de 1794, fol. 178.

Carlos A. Romero, **Apuntes Históricos. Fundación de los ciudades de Chachapoyas y Celendin. Idolatrías de los indios del Titicaca**, en "Revista Histórica". Organó del Instituto Histórico del Perú. Lima, 1937, T. XI, Ent. I y II, págs. 182-201.

Rafael Altamira y Crevea, **Contribuciones a la Historio Municipal de América**, I.P.G.H. Comisión de Historia. México D.F., 1951, págs. 59-60.

Nazario Chávez Aliaga, **Cajamarca**. Lima, 1957, T. II, pág. 99.

Rubén Vargas Ugarte, S.J., **Manuscritos Peruanos en Bibliotecas y Archivos de Europa y América**. Biblioteca Peruana. Buenos Aires, 1947, T. V, pág. 108, No. 4352.

José Dammert Bellido, Mons., **Cajamarca Independiente**. Cajamarca, 1974, págs. 180 y sigs.

Esta fuente consiste en un poder otorgado el 12 de abril de 1659, por diecisiete vecinos de la Villa de Cajamarca y entre esos moradores encontramos tradicionales patronímicos, tales como Fernández o Hernández, de los primeros pobladores del Perú; el muy difundido Sánchez, López de inmemorial solar gallego; el asturiano-gallego Martínez y el gallego leonés García; todos ellos, a fuer de prístinos, asaz extendidos en la Península. A la fría tierra de Santa Teresa representan un Dávila y un Altamirano; Segovia tiene un de Torres; burgalés es Cépedes; y no podía faltar la influencia montañesa de León, Santander y los Astures con Lozano, Herrera, Prieto y Salas. Es Pajares reminiscencia cantábrica; y Caballero nos trae la sangre aragonesa. Las Vascongadas están presentes con Mollinedo de Trucios (Vizcaya), Plazaola de Berástegui (Guipúzcoa), Lezcano y Salcedo, derivado éste último de la Casa de Ayala y el vasconavarro Goicochea. Para el remate peninsular está Bejarano, oriundo de Portugal establecido en tierras extremeñas desde el siglo XIII.³

Cesadas las ardentías de los primeros momentos, emergen en los villorios americanos diminutos grupos que aspiran a un gobierno local que conlleve el progreso y bienestar, no sólo comunal, sino en cierta medida regional y asimismo, como es obvio, aunar a su posición social y económica la aspirada figuración y poder políticos.⁴

Horacio Villanueva Urteaga, **Cajamarca. Apuntes para su Historia**. Cuzco, 1975, págs. 101 y sigs.

John Preston Moore, **The Cabildo in Peru under the Bourbons. A study in decline and resurgence of local government in the Audiencia of Lima. 1700-1824**. Duke University Press. Durham, North Carolina, 1966, pág. 4.

³ Julio de Atienza, **Nobiliario Español. Diccionario Heráldico de Apellidos Españoles y de Títulos Nobiliarios**. Madrid, 1948, págs. 443, 506-507, 611-612, 666-667, 703-704, 731, 772-773, 775, 857, 875, 910, 953, 1092, 1102, 1169, 1244-1245, 1310.

⁴ Comprueba este aserto el hecho de que uno de los otorgantes es el Capitán D. García Fernández de Caballero otrora Corregidor de Cajamarca. Por otra parte, en años anteriores existió Don Francisco Martín Caballero, también Corregidor de ese lugar, apellido que se vuelve a repetir en uno de los poderdantes. Cf. Villanueva, ob. cit. pág. 30. A guisa de simple mención, y a base de documentación estrictamente inédita se comprueba que Don Martín García Lozano había casado con la hermana de Don Bartolomé Martín Cavallero, dato que fluye de una carta de mutuo por la cual, el Licenciado Miguel Martín Cavallero, Presbítero radicado en la ciudad de Las Reyes dice "ya el Licenciado Miguel Martín Cavallero, presbítero que estoy presente par mi mismo y en bos y en nombre de Bartolomé Martín Cavallero my hermano y Martín García Lozano mi cuñado por quienes presto boz y caucion de rato a manera de fianza de que están y pasarán por esta escriptra so expresa obligación que para ello hago de sus personas y bienes que tienen y tubieren...". Cf. Nota (°) del Texto, *Infra*. A mayor abundamiento se consigna que don Bartolomé Martín Cavallero otorga poder a don Francisco Rodríguez Negrón

De acuerdo con el formulismo jurídico de rigor, en la pieza en comento, los otorgantes acreditan su personería declarando ser "vecinos moradores" de la Villa⁵ y como representantes de los demás habitantes ofrecen "Cautio Rato Grato" de lo contenido en el presente instrumento. Dejan con plena validez otros anteriores poderes, uno de ellos otorgado a Don Pedro Alvarez de Espinoza, Regidor perpétuo de la ciudad de Los Reyes⁶ y entregan el documento a su apoderado el Alférez Luis de Plazaola, encargado de las diligencias de rigor para que, en vía de concesión de mercedes, se admitan por las autoridades virreinales las posturas que han hecho de los oficios de Regidores, Fiel Ejecutor, Depositarios y Alférez Real como integrantes del Cabildo, cuya erección pretenden. La Villa adquiriría así la titularidad de Ciudad con las preeminencias del caso.

Como argumentos de derecho aducen la Real Cédula, fechada en el Buen Retiro a 1º de julio de 1654, especialmente en su capítulo XIII⁷, y además el título de Villa, del cual "está en

para que en su nombre venda "manadas de ganado de cerda y bestias muladares" testificando entre otros, el ayudante Diego Sánchez Pajares y Jerónimo Tenorio, éste último Protector de Naturales del Corregimiento. Cf. Archivo General de la Nación, **Protocolos**, Esc. Nicolás García, 1665. A. fol. 84. Otra pieza interesante es el contrato de arrendamiento de la dilatada estancia de "Combayo" a favor de Don Martín García Lozano, otorgada por el Capitán Eugenio Hurtado de Alcocer, en nombre de don Francisco de Moncada, Depositario General de la Ciudad de Trujillo. Cf. Archivo Departamental de Cajamarca, **Protocolos**, Esc. Joseph Ruiz de Arana, 1649-52, fol. 326 v. Estas pequeñas élites van unidas por vinculaciones que van desde las económicas y sociales, hasta la del parentesco, los oficios y cargos que desempeñan.

⁵ Es del caso apuntar, como sostiene el Padre Bayle, que "al principio llamaban vecinos únicamente a los encomenderos, los que tenían indios; y nació el nombre de la obligación de residir, para llenar las cargas de la encomienda, esto es, la defensa de la tierra y la instrucción y amparo de los indios". El mismo autor agrega que en algunos lugares se les exigió jurar la vecindad, para evitar que emigraran a otro sitio, y que tal noción de vecindad debió ampliarse, conceptuando que "la vecindad no se cerró acabados de repartir los indios, y la solicitaban en términos propios los que iban llegando" especificando que el "Cabildo celebrado en Lima el 5 de enero de 1537 se va todo en recibir y despachar peticiones como ésta: Juan de León dió otra petición en que pidió vecyndad e solar e tierras, e su Señoría e mercedes le recibieron por vecyno, e que pida solar e tierras sin perjuycio, e se le darán... Ni pedía ni se le daban indios... La vecindad era sólo morada: traía consigo los privilegios de la ciudad, solar y tierra que se daban a los comienzos gratis...". Cf. Constantino Bayle, S.J., **"Los Cabildos Seculares en la América Española"**, Madrid, 1954, págs. 55, 56, 67 y 68.

⁶ A este regidor no lo registra Mendiburu y como los libros editados de Cabildos de Lima no alcanzan a esta época, no nos ha sido dable acopiar mayores datos para su biografía.

⁷ Esta norma de la legislación virreinal, que no se encuentra incluida en las Recopilaciones de la época, es posible que se ubique en el Archi-

posesión de el de mas de ochenta años a esta parte...".⁸ Interesantes empentas de hecho alegadas son el "aber sido cabeza del Imperio de Atagualpa a quien se degollo aqui" y el de "ser de mucha vecindad de españoles y otras misturas".

La tercera parte del documento se refiere al posible remate de oficios, en el caso de alcanzar las mercedes, y para ello suplican que se acepten las pujas correlativas y se les consideren las posturas hechas. Igualmente se procedería a la composición de Villa o Ciudad. Es menester acotar que en el primer otro si se solicita que no se despachen Jueces para composición de tierras y estancias aseverando que "porque an venido a llegado esta republica a mucha pobreza y migeria por las muchas costas y salarios que an llevado contraviniedo a la suabidad y amor paternal con que Su Majestad despacha sus Reales Cédulas...".⁹ En el segundo otrosi siguiendo las pautas formales de este tipo de documentos notariales, se otorgan al apoderado las más amplias y especiales facultades para todo lo que considere necesario "en pro y util de esta republica que nuestra voluntad es que el dicho Alférez Luis de Plazaola haga en birtud de este poder todo aquello que nosotros y los demás vecinos podamos y debamos hacer... con libre y general administración sin límite alguno".

Asimismo, como es de estilo, se hacen las renunciias de la "Lex Fori", por la cual el demandante se somete al fuero del demandado, de la "Exceptio non numerata pecuniae" que estipula que es el mutuante a quien toca probar que la suma en préstamo fue contada "in specie" antes de ser entregada; y de la "Lex si combenerit de Juridictio omnium Judicium" de sometimiento de jurisdicción.

En calidad de testigos suscriben el documento Don Antonio de Uriasan, Don Martín de Ibarra, Don Francisco Quintero Príncipe y Don Juan Merlo de la Fuente.¹⁰

vo de la Municipalidad⁶ de Lima. Como se colige del documento que publicamos, si llegó la mencionada norma a leerse en Cajamarca, fue posiblemente durante el gobierno del Virrey Alva de Liste.

⁸ Se advera que Cajamarca fue villa en 1619. Cf. Villanueva, ob. cit. pág. 3.

⁹ Este dato confirmo la tesis planteada desde hace muchos años, a base de amplia documentación inédita, por la doctora Ella Dunbar Temple, en el sentido de que las composiciones de tierras comportan una de las raíces más fecundas del surgimiento de la gran propiedad rural en el Perú. Cf. Ella Dunbar Temple, *Instituciones Jurídicas Peruanas*. Curso Universitario a mimeógrafo. Lima, 1949. Posición distinta es la de otros juristas al considerar que la citada composición de tierras significó la primera reforma agraria. Cf. José Morúa Ots Copdequí, *El Régimen de la tierra en Indias*, Universidad de Santo Domingo. Ciudad Trujillo, 194, págs. 67 y 105.

¹⁰ Los Merlo de lo Fuente que se afincaron en el Perú son oriundos de Valdepeñas (España) y es el primero de ellos el Licenciado Luis José

EL TEXTO (°)

Sepan cuantos esta carta vieren como nos el Capitan Garcia Fernandez Cavallero - Capitan Juan Martin de Goicochea - Alferez Francisco Lopez Cavallero - Bartolome Martin Cavallero - Martin Garcia Lozana - Manuel de Herrera - Domingo Martinez de Mollinedo - Alferez Juan de Salas - Ayudante Diego Sanchez Pajares - Antonio Hernandez de Villarrreal - Andres de la Torre - Juan de Cespedes Prieto Escribano Publico de este Corregimiento - Juan Davila Bejarano - Nicolas de Altamirano - Venancio de Lezcano - Vecinos moradores en esta villa de Cajamarca por nos y en nombre de los demas vecinos de ella por quienes siendo necesario prestamos boto y caucion de rato grato de que estaran y pasaran por lo aqui contenido con obligacion que para ella acemos de nuestras personas y vienes y sin que sea visto rebocar otros poderes que emosdado al Capitan Pedro Alvarez de Espinoza vecino y regidor perpétuo de la Ciudad de Los Reyes y a otras personas sino dejarlos en su fuerza y bigor aora nuevamente otorgamos [REDACTED] la que damos todo nuestro poder cumplido tan bastante como de derecho se requiere y es necesario al Alferez Luis de Plazaola vecino de esta dicha villa para que en nuestro nombre y en el de los demas vecinos de ella y representando todas nuestras personas baya a la dicha Ciudad de Los Reyes y parezca ante el Excelentisimo señor Virrey de estos reynos y señores de la Real Audiencia y demas

Merlo de la Fuente, que vino de Oidor de Panamá y luego pasó a servir en la Real Audiencia de la Ciudad de Los Reyes, casado con doña Jerónima de Santa Cruz, limeña en la que tuvo 7 hijos. El mayor, Don Alonso siguió la carrera eclesiástica, llegando a ser, en 1672, Vicario Capitular en sede vacante del Cuzco. Fue el segundo don Luis José, letrado de capacidad, que ascendería a una Oiduría en Las Charcas y que después tomó estado eclesiástico, culminando como Deán de la metropolitana de Lima en 1684. Es el tercero don Juan Tomás que como portador de los "Memoriales" de su padre, acerca de la pacificación y dominación de Chile, naufragó en los Cayos de Matacumbe en 1622. El último parece ser don Juan, quien es Obispo de Honduras en 1648. Mendiburu asevera que éste último de los Merlo de la Fuente tuvo un hermano de nombre Antonio, de quién no se conocen mayores datos. Es posible que el testigo, de nuestro documento en estudio, llamado Juan Merlo de la Fuente, sea otro hijo o un descendiente de este linaje. Cf. Manuel de Mendiburu, **Diccionario Biográfico del Perú**, T. VII. Lima, 1935, págs. 372-373. Luis A. Eguigueren, **Diccionario Histórico Cronológico de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos y sus Colegios. Crónica e Investigación**, T. I, Lima, 1940, págs. 24, 526, 905. Manuel Moreyra Paz Soldán, **Biografías de Oidores del Siglo XVII y otros estudios**. Lima, 1957, págs. 62-64.

(°) Archivo Departamental de Cajamarca, **Protocolos**, Esc. Joseph Ruiz de Arana, 1659-1663, fols. 134-35. Copia de esta pieza se incorpora en el contrato de "Mutuum" que celebran con fecha 26 de Junio de 1659, de una parte, el apoderado Alferez Luis de Plazaola y su comutuario el Licenciado Miguel Martín Caballero, Presbítero, y de la otra parte como mutuantes el Alferez Alfonso de Esquivel y don Andrés López de Ortega por la suma de 3,400 pesos de 8 reales para los efectos contenidos y expresados en el dicho poder suso inserto". Al margen consta el finiquito suscrito por las partes a [REDACTED] de Mayo de 1660. Cf. Archivo General de la Nación, **Protocolos**, Esc. Antonio Fernández de la Cruz, 1659-B, fols. 1568-1572 v.

Jueces y Justicias de Su Majestad, Audiencias y Tribunales que con derecho pueda y deba y presente todos los memoriales, pedimentos y suplicas que convengan y respuestas de ellas en orden a que se nos aga merced de admitirsenos los posturas que tenemos hechas a los oficios de Regidores, Fiel Executor, Depositarios y Alfez Real del Cabildo que pretendemos de esta dicha Villa con las calidades y condiciones de nuestra (sic) y de los demas contenidos en ella y asimismo para que en birtud de la Cedula que el Rey Nuestro Señor que Dios guarde fue servido de despachar en primero de Junio del año pasado de mil seiscientos y cincuenta y cuatro años y fecha en el Buen Retiro en el dicho día y medios (sic) contenidos del y en especial capitulo trece de ella en que Su Majestad tiene por bien se admita a composición de ciudad o villa a los pueblos que tuvieran lustre y vecindad que lo acredite y que lo pidieren como mas largamente de ella costa que se publico en esta dicha villa de la que sustenta este titulo y esta en posesion⁹ de el de mas de ochenta años a esta parte y con muchas cedula de Su Majestad que le da este titulo y aber sido cabeza del imperio de Ataguolpa ~~o quien~~ se degollo aqui y ser de mucha becindad de españoles y otras misturas en quien concurre la calidad contenida en la dicha Real Cedula y en otras que alegara el dicho Alfez Luis de Plazaola presentando todos los pedimentos, respuestas, suplicas y requerimientos que convengan hasta que con efecto consigamos la dicha pretension asi de los dichos oficios como de que se aga Ciudad o Villa este lugar con titulo en forma como lo tiene los demas de estos reynos y las de los reynos de España y rematándose los dichos oficios conforme a las posturas que estan echas los acepte y así mesmo aga la composicion de Villa o Ciudad en Virtud de la dicha Real Cedula con el dicho señor Virrey o con la persona que su Excelencia mandase ofreciendo en el dicho nuestro nombre el precio que fuere justo y se concertare y lo que asi fuere con el del remate de los dichos oficios nos obligue a que lo pagasemos a los tiempos y placas (sic) y en las partes y lugar que concertare y con las penas, posturas, riesgos, sumisiones y renunciaciones de leyes o fuero de la pecunia que se contubiere en las escrituras que a de acer sobre el caso las cuales desde ora (sic) para entonces y desde entonces para ora las aprobamos y rectificamos y nos obligamos de las guardar y cumplir en todo y por todo segun y como en ellas se contubiere.

Otrosi Le damos este dicho poder para que pida y suplique al dicho señor Virrey se sirva de mandar que no se despachen jueces a esta tierra para efectos de las composiciones de estancias, tierras y otras cosas por cuanto y por que an⁹benido a llegado esta republica a mucha pobreza y miseria por las muchas costas y salarios que an llevado contraviniendo a la suabidad y amor paternal con que Su Majestad despacha sus Reales Cedula procurando que sus basallos no sean bejados ni molestados si en razon de lo suso dicho aparte de ellas fuere necesario contienda de juicio parezca ante todas y cualesquiera Justicias y Jueces del Rey Nuestro Señor, eclesiasticas y seglares que con derecho pueda y deba y aga cualesquiera demandas, respuestas, pedimentos, requerimientos, autos, juramentos, presentar escritos, escrituras, testigos, testimonios y probanzas y otros recaudos los cuales saque de poder de quien los tubiere, recusar jueces letrados, escribanos y otras personas y jurar en nuestro nombre las tales recusaciones y se disitir (sic) y apartar de ellas y hacer otras de nuebo si conbiniese concluir y cerrar razones, pedir sentencias interlocutorias y definitivas y las dadas y pronunciadas en nuestro favor, consentir y de las contrarias apelar y suplicar y seguir o dar quien siga la apelacion o suplicación para ello y con derecho deba — y por que tenemos muchas causas y negocios el dia de oy cada dia se nos ofrecen y ban ofreciendo cosas y

cosos de nuebo para el pro y util de esta republica y vecinos de ello en diferentes casos que no bon espresados en este poder. Otrosi Lo domos al dicho Alferez Luis de Plazaola para que en el dicho nuestro nombre acuda o todos ellos y los siga, prosiga, fenesca y acabe judicial y extra judicialmente, asi por via de concertos, composiciones como en otra manera porque para aquello que quisiera hacer e hiciere en nuestro nombre queremos y es nuestra voluntad que seo visto y entendido que se entiende este dicho poder sin que se puedo poner dubdo ni adicion que esto falto para ello o que ero menester poder especial nuestro para los casos y negocios que osi en nuestro nombre quisiese hacer y en pro y util de esta republica que nuestro voluntad es que el dicho Alferez Luis de Plazaola aga en birtud de este poder toda aquello que nosotros y los demas vecinos podamos y debamos hacer y que por falta de poder no deje de hacer cosa ninguno de los que el quisiera hacer por nosotros y en nuestro nombre y si en rozon de ello quisiere hacer alguno escritura o escrituras de cualquier suerte y calidad que seo asimesmo visto y entendido que se entendió y entiende a ello este poder el qual le domos con libre y general administraci3n sin limitacion de cosa alguno y con facultad que lo puedo sostituir en quien quisiere en todo y en porte y rebocar los sostitutos y nombrar otros de nuebo a los cuales y o el relebamos en debida formo de derecho y paro la firmeza de todo ello obligamos nuestras personas, bienes avidos y por ober y domos poder cumplido a todos y cualesquier Justicias y Jueces del Rey Nuestro Señor de cualesquier partes que sean y en especial a los a donde fueremos sometidos en virtud de este poder que alli nos sometemos y renunciemos al nuestro propio que tenemos al presente y otro que de nuebo ganaremos de que debamos gozar y lo ley si cambenerit de Juridictio onium (sic) Judicium poro que a los que dicho es nos compelan y apremien como por sentencio posada en cosa juzgada y renunciemos todos y cualesquiera leyes y derechos de nuestro favor y lo general y derechos de ello que es fecho la corta en la Villa de Coxomorco a doce de abril de mil y seiscientos y cincuenta y nueve y los otorgantes que yo el escrivono doy fe que conosco lo firmaron los que supieron en mi registro siendo testigos el Capitán Don Antonio de Uriasan - Martin Juan de Ibarro y Juan Merlo presentes.

Garcia Fernandez
Caballera
(rubricado)

Juan Mortin
de Goicochea
(rubricado)

Francisco Lopez
Covollero
(rubricado)

Altomirana
Nicolos
(rubricado)

Juan de Solos
(rubricado)

Andres de
lo Torre
(rubricado)

Antonio Hernan
de Villorreal
(rubricado)

Domingo Gomez de Mollinedo
(rubricado)

Diego Sanchez Pajares
(rubricado)

Martin Garcia
(rubricado)

Juan de Cspedes
Prieto
(rubricado)

Venancio de
Lazcono
(rubricado)

ante mi

Joseph Ruiz de
Arana
(rubricada)

y del otorgamiento de Bartolome Martin Cavallero Alferez Juan Martinez de Coscojales, Manuel de Herrera, Nicolas de Salcedo y Juan de Avila Bejarano fueron testigos Juan Merlo de la Fuente, Juan de Ibarra y Francisco Quintero Principe presentes en Coxamarca a doce de abril de mil y seiscientos y cincuenta y nueve años.

Bartolome Martin Cavallero
(rubricado)


Nicolas de Salcedo
(rubricado)

Manuel de Herrera
(rubricado)

(rubricado)
Coscojales
Juan Martines de

Juan de Avila
Bejarano
(rubricado)

ante mi

Josepn Ruiz de Arana
Escribano Publico de Su

(rubricado)

POETICA DE LOS PRIMITIVOS

No cabe ya, por cierto, reconocer vigencia a las concepciones de Lévy Bruhl sobre una supuesta mentalidad primitiva, por completo diferente de la mentalidad del hombre civilizado. Es posible, sin embargo, referirse a un modo de pensar animista, intuitivo, y más cercano a lo sensorial y concreto, típico de sociedades poco evolucionadas, y en tal sentido 'primitivas'. Con alcance semejante son pertinentes las afinidades que establece Freud entre el niño, el neurótico, el poeta y el hombre de esas culturas. Estas consideraciones, y la lectura de textos como los que presentamos más adelante, nos inducen a preguntarnos sobre la posibilidad de una poética del recogimiento y la espera, como sería la de los poetas primitivos, a juzgar por los ejemplos que recogemos, provenientes de muy diversas literaturas orales. Una poética no entendida, obviamente, como teoría o doctrina de la poesía, sino en el sentido reclamado por Paul Valéry, esto es de una reflexión en torno a la creación poética y las condiciones que parece demandar. En otras palabras, una poética centrada en el quehacer — *poiein*, *poiesis* — y no propiamente en los resultados ¹.

No existe, sin duda, en las culturas 'primitivas', un corpus de concepciones relativamente coherentes al respecto — coherentes, al menos, de acuerdo a nuestra lógica. Y las ideas o intuiciones que podrían hallarse habrán de diferir sustancialmente de un grupo cultural a otro, como diferentes son las funciones que en su seno desempeñan el canto, la danza, el relato y la forma en que están vinculados. Es posible, no obstante, en razón de los rasgos y actitudes que esas culturas comparten, especialmente en relación con el lenguaje, que encontremos en ellas reveladoras coincidencias en su modo de concebir las funciones no utilitarias ni estrictamente mágicas de la palabra — lo que podría llamarse, en suma, sus funciones estéticas. Así parecen confirmarlo los fragmentos que se han de leer en este artículo.

Recordemos también, antes de proseguir, que el término poesía designa tanto una forma de lenguaje como un objeto de lenguaje, y, además, un estado interior peculiar, que espera ser transmitido gracias a ese objeto. En tal virtud, puede decirse muy bien, con una frase igualmente de Valéry: "Es la ejecución del poema que es el poema". En las sociedades primitivas suele existir un lenguaje particular, hecho casi siempre de fórmulas y variaciones de fórmulas, vinculadas en sus orígenes con un repertorio mágico-religioso. Sin duda se ha dado también en sus miembros ese estado afectivo particular propicio a la palabra poética. Y han conocido y conocen, así mismo, el objeto de lenguaje resultante, no escrito, sino oral.

Entrando ya en la materia que nos interesa, veamos cómo se concibe la fuente de la voz — ~~p~~ canto, relato — entre algunos pueblos ágrafos. Un primer ejemplo nos es ofrecido por Bronislaw Malinowski. Los Trobriands de Nueva Guinea piensan que la zona laríngea es sede de *nanola*, esto es una facultad que involucra inteligencia, habilidad no manual y ciertas cualidades morales. El reservorio de las fórmulas se sitúa, en cambio, en una región más profunda: el vientre. Y su fuerza, y la fuerza de toda fórmula, no reside en las cosas: "reside en el interior del hombre y puede salir sólo a través de su voz"². El aeda — o el aeda-hechicero — es pues, entre ellos, una suerte de medium. Su papel es puesto mejor en evidencia por las declaraciones de Orpingalik, un esquimal Netsilik, en versión recogida por Knud Rasmussen:

*Los cantos son pensamientos, expresados con el aliento cuando la gente es impulsada por grandes fuerzas, y no basta entonces el hablar ordinario. El hombre es entonces como un témpano llevado a la deriva en la corriente. Sus pensamientos son empujados por una fuerza que fluye cuando siente alegría, cuando siente temor, cuando siente pena. Los pensamientos pueden abatirse sobre él como una inundación, haciendo que su voz afllore en su respiración, se haga entrecortada, y su corazón palpita con violencia. Algo como un apaciguamiento del mal tiempo lo mantendrá entonces libre de hielos, lo librará de ese helado apriamiento. Entonces nosotros, que nos sentimos de ordinario tan pequeños, nos sentiremos aún más pequeños. Y temeremos acudir a las palabras. Pero las palabras que necesitemos vendrán por sí mismas. Y cuando vengan así las palabras que deseamos, tendremos entonces un nuevo canto.*³

Y en otro momento asevera:

Cuántos cantos tengo, no puedo decirlo. No llevo cuenta de esas cosas. Hay tantas ocasiones en la vida en que una alegría, o una pena, son sentidas de tal modo que sobreviene entonces el deseo de cantar; y lo único que sé es que tengo muchos cantos. Todo mi ser es canto, y canto como respiro.

En esas sociedades, naturalmente, son indisociables, en lo que Rasmussem traduce como canto (song), la palabra y la música — o, de otra manera, la palabra y la cadencia.

Muy semejante a esa actitud — o'técnica' — de la espera es la que describe Kábbo, poeta bosquimano que cantó para Wilhelm Bleck y Lucy Lloyd en la segunda mitad del siglo XIX, en una "performance" que es toda una revelación de la movilidad y magia de los nombres (no en vano Kábbo significa 'sueño'):

Primero debo sentarme un poco, refrescando mis brazos: que la fatiga se ausente de ellos, porque me siento. Simplemente escucho, esperando un relato [story], que deseo oír; mientras descanso en esa espera; que pueda ello deslizarse hacia mis oídos. He allí lo que escucho con toda atención, mientras siento que reposo sentado, en silencio. Debo esperar escuchando hacia atrás de mí, mientras escucho en el camino; mientras siento cómo mi nombre flota a lo largo del camino; ellos, mis tres nombres, flotan hacia mí; iré a sentarme allí; que pueda escuchar yo tornándome hacia atrás (con mis oídos) a los talones de mis pies, con los que caminé; mientras siento que un relato está en el aire. Eso, el relato [story] suele flotar hacia otro sitio. Entonces nuestros nombres se trasladan hacia esa gente, mientras no perciben nuestros cuerpos que se alejan. Pues nuestros nombres son aquéllo que, flotando, llega a otra parte. Las montañas se alzan entre dos diferentes caminos. El nombre de un hombre pasa por detrás de las montañas, esos nombres con los que, retornando, él va.⁴

Espera, contemplación, conciencia de ese tránsito inacabable de los nombres. El poeta (cantor) aguarda, y en torno suyo se desenvuelve, como juego de luces en noche de luna, la secreta coreografía de las palabras. El poeta es el que siempre está a la escucha.

Esa atenta pasividad puede oponerse, incluso, a toda acción que no sea la de la celebración y del canto. Por lo pronto — y ello no es negativo, necesariamente — al trabajo. El poeta es el que sueña, y el sueño es la fuente y la vía por donde se vierte

el espléndido universo interior que lo habita. Oigamos a Smohalla, de los indios Nez Percé (noroeste de los Estados Unidos):

Mis jóvenes hijos no trabajarán nunca. Los hombres que trabajan no pueden soñar, y la sabiduría viene con los sueños. Me piden que are la tierra. ¿Tomaré pues un cuchillo y cortaré el pecho de mi madre? [Si así lo hago] cuando muera, no me acogerá entonces en su seno para descansar.

Me piden que cave la tierra en busca de piedras. ¿Cavaré bajo mi piel en pos de sus huesos? [Si así lo hago], cuando muera, no podré ingresar en su cuerpo para nacer otra vez.

Me piden que corte hierba y la convierta en heno y la venda, para hacerme rico como los blancos. Mas ¿cómo osaré cortar los cabellos de mi madre?

*Esa es una ley perversa, y mi gente no puede prestarle obediencia. Quiero que los míos permanezcan aquí conmigo. Todos los muertos volverán nuevamente a la vida. Nosotros debemos esperar aquí, en la casa de nuestros padres, y estar listos para encontrarlos en el cuerpo de nuestra madre.*⁵

La actitud común que se puede inferir a partir de los textos transcritos ofrece curiosas convergencias con las ideas de algunos pensadores de nuestro tiempo en relación con la poesía. Así por ejemplo Freud estima que los poetas, y los artistas en general, son dueños de un modo de percepción y conocimiento especiales, esto es, de una sensibilidad endopsíquica, la misma que considerada con admiración en muchos pasajes de sus escritos, es vista en otros como un estado casi de trance, y que vendría a equivaler por tanto a la inspiración en cuanto entusiasmo. El mismo Valéry, a quien citábamos al comienzo, dice: "La Poesía se forma o se comunica en el abandono más puro o en la espera más profunda...". Y en otra parte: "En verdad, hay ciertamente en el poeta una especie de energía espiritual de naturaleza especial: se manifiesta en él y le revela a sí mismo..."⁶. Ideas éstas que se concilian muy bien, desde luego, con su clara conciencia de que el arte — los objetos de arte y de palabra — requieren además de trabajo, conocimientos, sentido crítico.

El poeta, o más exactamente, el poeta-cantor, que cumple funciones marcadamente mágicas en el seno de tales sociedades, percibe el mundo, como un vasto conjunto de seres animados, a los que imagina de una manera más o menos antropomórfica. Y cada ser vivo, incluso, puede ser entendido como compuesto a su vez por partes igualmente animadas. Cada individuo, en ese

contexto, guarda una relación multifacética y sensitiva con su entorno, y entabla con éste una suerte de incesante y misterioso diálogo. Si ello es así, el poeta — es decir, el sujeto que más se acerque, por su papel, a lo que para nosotros es el poeta — no es pues un mediador puramente pasivo y sin mayor conciencia del proceso del cual es centro. Es más bien un sujeto activo, que sabe cuál es el sentido de su espera, y cómo a través de su voz se manifiestan fuerzas oscuras y trascendentes. Más aún, su espera se ve animada por un modo de fervor, y por una honda y serena confianza. A través de su palabra hablarán sus penas y sus alegrías, y con ellas, las corrientes sustanciales que se entrecruzan en la vida. Es el participante protagónico de una comunión.

Muy diferente es, por cierto, el proceso que se opera en la psique de los poetas modernos. La inspiración es en ellos un instante privilegiado en que brilla y resplandece un caudal oportunamente desviado hacia fines constructivos. Una revelación en que convergen, obscuramente, lo individual y lo social. El punto de partida de un complicado trabajo en que se pone de manifiesto, mucha más que en otros, el fundamental aislamiento del creador. Les sería muy provechoso, por todo ello, volverse aunque sea brevemente a esas antiguas y fecundas condiciones de existencia en que el canto se hacía posible, con plenitud, con fervor, con felicidad. Revivir en sí mismos, alguna vez, aunque sólo sea en imaginación, ese hacer — *poiein* — de sus lejanos predecesores. Su poética, en suma.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Este artículo debe mucho a **Technicians of the Sacred**, editado con comentarios por Jerome Rothenberg, New York, Doubleday & Co., 1968.

¹ Paul Valéry, **L'Enseignement de la Poétique ou collège de France**, en: **Oeuvres**, Tomo I, Paris, Gollimard, 1968. Cf. en el mismo volumen, **Questions de poésie, Poésie et pensée obstroite**.

² Bronislaw MALINOWSKI, **Argonauts of the Western Pacific**, New York, E. P. Dutton & Co., 1961, pp. 408-9.

³ Knud RASMUSSEN, **The Netsilik Eskimos**, Copenhagen, 1931, p. 321.

⁴ W. H. I. BLEEK & Lucy C. LLOYD, **Specimens of Bushman Folklore**, 1911, pp. 303-5.

⁵ Margot ASTROV, **The Winged Serpent**, New York, The John Day Co., 1946, p. 85.

⁶ Cf. los ensayos de Valéry citados.

Homenaje a Grau. Lima, Talleres de Santiago Valverde S. A., 1979.

Dado a la publicidad en conmemoración del primer centenario de la gesta que culminó en el combate de Angamos, este hermoso haz de elogios, estudios y documentos es un tributo de admiración "a la gloria del Gran Almirante del Perú, Miguel Grau". Piedra miliar del monumento que la posteridad ha elevado al ilustre marino, que en la aciaga Guerra del Pacífico desplegó silenciosamente las más nobles virtudes humanas y civiles y dio un claro ejemplo de heroísmo. Expresión de la gratitud que se debe a su voluntario sacrificio. Y, al mismo tiempo, mensaje a las nuevas generaciones, que hoy deben recordar la significación de aquel "marino epónimo" en la esforzada construcción del país.

Se inicia con la semblanza biográfica debida a Fernando Romero, Trazada con efusiva simpatía cuando el autor era aún teniente 1º de la armada, es una feliz evocación de la vida y la época de Miguel Grau; precisa en la información histórica, acertada en las apreciaciones sobre las influencias que determinaron el carácter del héroe, y hábilmente enderezada a

su propósito de ilustrar a la juventud en el conocimiento de los valores que aquel representó. En verdad, una semblanza cabal.

Los "homenajes" provienen de historiadores que en tratados y estudios conmemorativos ubicaron la figura del heroico marino (como Jorge Basadre, José de la Riva Agüero, Raúl Porras Barrenechea, Jacinto López), artículos y discursos ocasionales (como los de Manuel González Prada, Ricardo Palma, José Luis Bustamante y Rivero, Germán Leguía y Martínez, José Antonio Roca y Boloña y Ezequiel Balarezo Pinillos) y poesías que proyectan la emoción suscitada por la meditación en torno a la estela que en el recuerdo dejó la trayectoria heroica de Miguel Grau (como las de Fernando Velarde, Martín García Medou, Carlos Augusto Salaverry, Juan de Arona, José Gálvez, José Santos Chocano y Juan Ríos). Una "corona" literaria a la cual se agregarán aún muchas piezas notables.

Sigue una compilación de "testimonios" que reconstruyen los hitos fundamentales de la carrera cumplida por Miguel Grau. Y, finalmente, algunas cartas del héroe, entre las cuales destacan las que dirigió a su esposa cuando

presentía ya la inminencia del cerco que la marina chilena preparaba contra el "Huáscar".

Todos los textos reunidos son muy representativos del homenaje perenne que en el país se tributa a la memoria del ciudadano ejemplar y el marino heroico. Y sugieren la necesidad de un gran

corpus documental, que lo amplíe hasta lograr una total integridad: pues se echa de menos las intervenciones parlamentarias de Miguel Grau, numerosas cartas y oficios, y aun poesías como las de Federico Flores Galindo.

A. T.

Imprenta de la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos

UNMSM-CEDOC